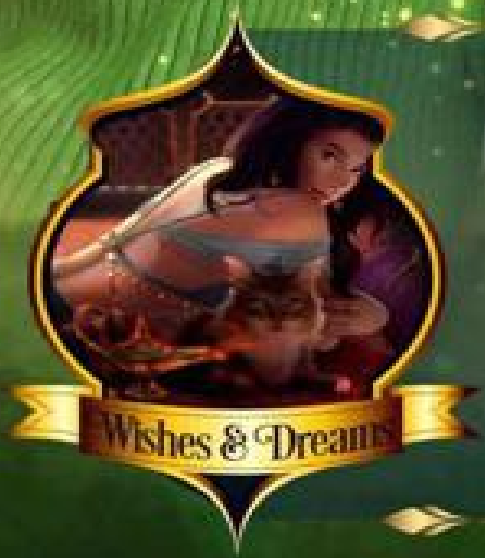




PÍCARA REACIA

ALLIE
MCCORMACK

PÍCARA REACIA

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

LIBRO CINCO

ALLIE MCCORMACK

Pícara Reacia
Copyright (c) 2023 por Allie McCormack
Todos los derechos reservados

Pícara Reacia / Allie McCormack

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, excepto en el caso de citas para artículos, reseñas o almacenes en cualquier sistema de recuperación, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la autora.

Visite el sitio web de Allie en
www.alliemccormack.com
Portada diseñada por Dar Albert en Wicked Smart Designs
<https://www.wickedsmartdesigns.com/>
Traducción de DeepL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Libros de Allie McCormack](#)

[Sobre la autora](#)

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi maravilloso Equipo de Lectores Beta, que ha leído mi manuscrito y me ha enviado montones de comentarios. No podría haberlo hecho sin ellos.

Heids Van Vuuren
Kathleen Crapse
Kimberlee Bennett
Margery Tipton
Riet de Bruin-Strijker

PRÓLOGO



NAOMI ESCUCHABA A SU CITA, asintiendo y sonriendo cortésmente en los momentos adecuados, mientras daba vueltas a unos espaguetis alrededor del tenedor. Ahogando un suspiro, tuvo que admitir que su primera cita desde que se había mudado a Nueva York hacía unos meses había sido un fracaso total. No es que se aburriera mucho. De hecho, sus historias eran bastante entretenidas. Sólo que no eran exactamente lo que ella había esperado.

No buscaba un romance ni una relación, pero se había sentido sola. La semana pasada se había unido a la multitud en las calles para ver el Desfile del Día de Acción de Gracias de Macy's. Aún recordaba la emoción y la excitación de aquel momento, el aire frío en las mejillas y algún que otro copo de nieve en la nariz. El Desfile parecía haber dado comienzo a la temporada festiva a lo grande, con villancicos llenando el aire por todas partes, Papás Noel en las esquinas, gente comprando regalos.

Nunca había vivido algo así, en su familia no se celebraba la Navidad. Ni ninguna otra cosa, para ser sincera. Así que no estaba preparada para la oleada de nostalgia que la invadió, la soledad. Siempre había estado sola, excepto por su hermana gemela, que ahora estaba perdida para ella. Así que cuando el hijo del dueño de la bodega de la esquina la invitó a cenar, aceptó.

Había esperado con entusiasmo una velada de conversación... es decir, una conversación en ambos sentidos. En lugar de eso, Wayne siguió y siguió, con una historia tras otra, sin hacer siquiera una pausa suficiente para que ella pudiera insertar un comentario. Pero la cena fue agradable. La había llevado a un pequeño y encantador restaurante italiano a unas manzanas de donde vivía. Era sencillo, ofrecía la comida tradicional, nada lujoso, ¡pero tan sabroso! Iba a ser uno de sus sitios favoritos para salir a comer.

Cuando el camarero les trajo la cuenta, ella hurgó en su bolso en busca de la cartera.

Hizo un gesto despectivo con la mano. "No, yo me encargo, nena".

Naomi hizo un gesto de dolor. ¿Nena? Aun así... se sentía rara dejándole pagar.

"Esperaba pagar mi mitad", aventuró ella. Pero él volvió a rechazar su oferta. Ella no sabía si seguir insistiendo o dejar que pagara él. Por el amor de Dios, ¡ni siquiera sabía qué esperar de una primera cita! Sintiéndose incómoda, volvió a guardar la cartera en el bolso y se pasó la correa por el hombro, preparándose para marcharse.

"Ha sido encantador", le dijo con verdadero agradecimiento mientras salían del restaurante, Wayne sujetándole la puerta para que saliera. "Aún no había descubierto este restaurante, así que me alegro de que me hayas traído aquí".

"Sí, es un buen sitio. ¿Te importa si paramos en la bodega? Le dije a mi padre que pasaría a

comprobar que todo está seguro antes de irme a casa".

"Sí, por supuesto", aceptó ella, y volvieron sobre sus pasos de vuelta a casa. "¿Has vivido en Nueva York toda tu vida".

"Sí, nacido y criado. ¿Y tú?"

Pensó que sus "sí" iban a ponerla nerviosa, pero se mordió la irritación momentánea. "Soy de cerca de Miami", dijo. "Me mudé aquí el verano pasado".

Inspiró profundamente y olfateó el aire fresco de la noche. Al parecer, la nieve hacía maravillas para mitigar el smog. "No teníamos nieve, así que esto me encanta".

"Hubo nieve en Acción de Gracias", comentó Wayne.

"Sí, pero sólo algunos copos de nieve, como éste". Se rió, volviendo la cara hacia arriba para coger algunos copos de nieve en la cara. "¡Estoy deseando que caiga una nevada de verdad!".

Resopló con sorna. "Tendrás lo que has pedido, seguro. Sólo recuerda que lo querías".

Naomi sonrió. "Me acordaré".

Pasando por delante de la bodega cerrada, Wayne la condujo a la vuelta de la esquina, por un callejón oscuro y estrecho. Naomi arrugó la nariz ante los olores que salían de los cubos de basura que bordeaban el callejón. Qué asco, ¿no podrían haber entrado por la puerta principal? Pero él desbloqueó la puerta trasera y la abrió, y ella lo siguió dentro. Como nunca había estado en la parte trasera de ninguna tienda, miró a su alrededor con interés. Había las esperadas estanterías con existencias y un gran congelador. En un rincón había un escritorio rebosante de papeles y un par de sillas. Una puerta daba a la tienda, y otra a, presumiblemente, un cuarto de baño.

Un brazo que la rodeaba por la cintura la sobresaltó, y medio se volvió para mirar inquisitivamente a Wayne. Su rostro estaba incómodamente cerca y ella se apartó. Su brazo se tensó, manteniéndola cerca. Su corazón empezó a latir alarmado ante la mirada acalorada de él.

"Entonces, nena", dijo.

Intentó dar un paso atrás, pero él tiró de ella. Su mano libre se acercó a su barbilla y su boca descendió sobre la de ella. Ella retrocedió ante el beso abierto y húmedo, la gruesa lengua de él abriéndose paso entre sus labios. Empujó hacia él, luchando por liberarse, y en su interior, la gata levantó la cabeza, siseando, con las orejas echadas hacia atrás. Wayne levantó la cabeza y ella jadeó, luchando por no atragantarse.

"¡Suéltame!"

Una mirada de ira brilló en sus ojos y su rostro se ensombreció. "No juegues conmigo. Sabes que lo quieres".

¿Lo quieres? Su significado tardó un minuto en calar.

"Sólo era una cita para cenar", protestó ella.

Una sonrisa desagradable estiró sus labios y le brillaron los ojos. "Sí, y ahora voy a comer el postre que he pagado".

Oh, Dios.

"Me ofrecí a pagar mi mitad", susurró temblando. Le temblaban tanto las rodillas que apenas podía mantenerse en pie. Su gato la observaba, silencioso, pero al acecho, más cerca de la superficie.

"Sí, sí", sonrió con satisfacción, y esta vez, cuando su boca se posó en la de ella, su mano libre encontró el hombro de ella en un fuerte apretón, bajando hasta la curva de su pecho.

Dios mío, iba a violarla, y estaban solos en aquella oscura bodega, sin nadie que pudiera oír sus gritos de auxilio. El terror la invadió y se apartó de él, abalanzándose hacia la puerta. Apenas había rozado el pomo con los dedos cuando unas manos duras la agarraron y tiraron de ella.

Su gato se levantó, furioso, y de repente Naomi estaba librando dos batallas, luchando contra Wayne y manteniendo a su gato bajo control. No podía cambiar aquí, donde Wayne, un humano, la vería. Furiosa, a su gata no le importaba. Empujó hacia delante, dándole a Naomi más fuerza de la que hubiera imaginado que podría tener. Curvó los dedos, desgarrándolo con las uñas, luchando por escapar.

Wayne gritó de dolor y rabia, y le dio un revés en la cara tan fuerte que vio las estrellas. Pero su gato ya no podía controlarse y, cuando volvió a atacarla, golpeó, y Naomi estaba bastante segura de que eran garras, no uñas, las que desgarraron la camisa de Wayne. Desesperada, hizo acopio de todas sus fuerzas, mientras su gato se levantaba para ayudarla, y empujó a Wayne con tanta fuerza que éste salió volando por la habitación y se estrelló contra una de las estanterías.

Sin un minuto que perder, Naomi voló hacia la puerta, arrancándola y huyendo. El callejón estaba oscuro y tropezó con algo, cayendo de rodillas. Oh, Dios, igual que una de esas chicas idiotas de las películas de terror que odiaba. No sería una víctima demasiado estúpida para vivir. La determinación la invadió y se puso en pie de un salto, corriendo hacia la calle. Respiró entrecortadamente al girar hacia la calle, observando el tráfico y la gente que había. Si Wayne la perseguía, podría pedir ayuda. La gente acudiría en su ayuda... ¿no? Ante sus ojos se abrieron escenarios de pesadilla, en los que ella pedía ayuda y la gente la ignoraba, no quería involucrarse. No estaba a salvo ni siquiera entre la multitud. Echó a correr. Su piso estaba al final de la manzana.

Wayne nunca apareció, aunque ella mantuvo una mirada cautelosa por encima del hombro mientras corría, y casi lloró de alivio cuando llegó al edificio donde vivía. Con piernas temblorosas, Naomi subió las escaleras hasta su apartamento. Cuando llegó a la puerta, le temblaban tanto los dedos que apenas podía meter la llave en la cerradura. Se las arregló sin dejar caer las llaves, empujó la puerta y entró dando tumbos. Hacia la seguridad. Se dio la vuelta, cerró la puerta y encajó el pestillo en su sitio; el sólido "clic" de la cerradura al deslizarse le tranquilizó.

Se dirigió a su sofá y se dejó caer en él, enterrando la cara entre las manos. ¿Qué iba a hacer? No podía llamar a la policía... Imposible explicar las marcas de garras que le había dejado... si lo había hecho. ¿Lo había hecho? ¡Oh, Dios! ¡Sus manos! Horrorizada, levantó la cabeza para mirarse los dedos y extendió los brazos ante ella. Había suciedad en ellos, mugre y una erupción de la calzada donde había intentado agarrarse al caer, pero no había sangre ante su mirada aterrorizada, ni manchas de sangre como había temido.

De algún modo, eso no la hizo sentirse mejor, y se estremeció. Era un monstruo. El monstruo en el que siempre había temido convertirse, como Beth y sus otras hermanas antes que ella. Como su madre. Como Beatrice, su tía.

Naomi se estremeció. Era la pesadilla que la había atormentado desde que había tenido edad suficiente para comprender, y ahora había sucedido. ¡Dios! No quería ser una asesina. Una asesina. No quería atraer a los hombres hacia muertes violentas y despiadadas, ni revolcarse en su sangre. Pero incluso ahora seguía sintiendo arder la furia, la rabia. Quería ir tras Wayne, darle caza. Ardía en deseos de arañarle y desgarrarle. Desgarrarle la garganta con los colmillos.

No! Con un grito, se deslizó por el sofá, se tumbó de lado y se acurrucó sobre sí misma. No podía ser esa persona.... *no* sería esa persona.

Ni aunque tuviera que hacer algo desesperado para evitarlo.

CAPÍTULO I



A PESAR DEL frío de la mañana de principios de noviembre, Liam McConnell bajó la ventanilla de su Jeep Compass. Agradecido por dejar atrás la contaminación de Manhattan, respiró profundamente el aire fresco y fresco. Después de pasar el último año haciendo prácticas en Nueva York, estaba más que preparado para salir de la ciudad y adentrarse en las zonas semirrurales y densamente arboladas del valle del Hudson, a una hora en coche hacia el norte.

Todas sus pertenencias mundanas estaban metidas en la parte trasera de su Jeep. Le habían asegurado que había una posada cerca donde podía alojarse hasta que encontrara un lugar donde vivir, así que lo había metido todo en el vehículo y se había dirigido al norte. La reunión que tenía dentro de media hora no era exactamente una entrevista, ni su primer día de trabajo. El Consejo Norteamericano para los Cambiantes le había organizado una residencia en la Clínica Veterinaria Country, así que ya tenía el trabajo, pero ésta era su primera reunión con los socios de la consulta. Todos eran humanos, pero conocían a los metamorfos.

Tuvo que admitir que la curiosidad le cabalgaba sobre los que estaban en la clínica, o asociados a ella. Dos de las socias humanas estaban comprometidas con Otros; una con un Djinn, ¡de todas las cosas! Y otro estaba prometido a Katerina Kazakis, la diseñadora de moda que también era nieta del Alcaide del Noreste de EE.UU. Todo el enorme clan Kazakis eran cambiadores de gato Maine Coon, todo el mundo lo sabía. Los dos hermanos de Katerina también vivían cerca y, al parecer, había un grupo de cambiaformas lince en la zona.

No era habitual que tantos metamorfos felinos se congregaran en una misma zona, y no pudo evitar sonreír. Sin embargo, la sonrisa se desvaneció al pensar en la sombría noticia que traía. La Alcaide, Maroulla Kazakis, no había querido transmitir la noticia por teléfono, así que le encargaron que lo hiciera en persona.

El GPS le indicó que saliera de la autopista y encendió el intermitente. Diez minutos después, siguiendo las indicaciones del GPS, entró en la entrada de la clínica. Era un edificio largo y bajo de ladrillo con contraventanas pintadas de colores alegres. Al acercarse a la clínica, el camino de entrada se dividía a izquierda y derecha, dejando aparcamientos a ambos lados, mientras que una señal indicaba a los dueños de perros a la izquierda y a los de gatos a la derecha. O-kaaay, entradas separadas para perros y gatos. Buena idea, y no la había visto antes. Divertido, giró a la izquierda y aparcó ante una puerta que tenía un gran cartel que anunciaba: "PERROS".

Al entrar en la clínica, observó con aprobación la limpieza del amplio y bien iluminado pasillo que conducía a un alegre mostrador de recepción donde había tres señoras, una al teléfono y dos inmersas en los historiales de los pacientes.

"Liam McConnell", le dijo a la guapa pelirroja que le saludó. "Tengo una cita a las nueve".

"¡Ah, sí!" Dejó la pila de carpetas que había estado ordenando y salió de detrás del mostrador. "Te están esperando. Deja que te lleve... ¿es la consulta del Dr. Shelton?". Se interrumpió para preguntar a otra de las mujeres, que negó con la cabeza.

"No, se decidieron por la consulta del Dr. McCandliss. Es más grande".

"No lo está", añadió la tercera mujer. "Sólo está más vacío".

Las tres mujeres se rieron.

"Eso es porque el Dr. McCandliss tiene otro despacho en el granero de atrás, y eso es lo que utiliza", le explicó la pelirroja, guiándole por otro pasillo en el que las habitaciones se ramificaban a izquierda y derecha. "Suele ocuparse de los caballos y el ganado. Por cierto, soy Tamera Austen".

"Encantado de conocerte".

Abriendo una puerta al final del pasillo, le hizo pasar.

"El Dr. McConnell está aquí", les dijo. Luego, dedicándole una sonrisa alentadora, se dio la vuelta y se dirigió a la recepción.

Liam parpadeó un poco, pues no esperaba que hubiera tanta gente. Tardó un momento en darse cuenta de que su primera impresión de multitud era errónea; sólo había cuatro personas que se levantaron cuando entró. Sólo parecía haber mucha gente en el pequeño despacho que sólo contenía una mesa y algunas sillas. La mesa, sin embargo, contenía una gran jarra de la que surgía el tentador aroma del café, y una bandeja con nata y azúcar, tazas y pajitas para remover, así como una caja de bollería.

Primero le saludó una joven de pelo negro, corto y liso, con los grandes ojos dorados que la identificaban como kazakí.

"Tú debes de ser Katerina", le dijo. "Tu abuela se habría parecido a ti cuando tenía tu edad".

Sonrió, pero parecía desconcertada, mirándole fijamente con lo que parecía ser confusión. Al cabo de un momento, pareció deshacerse del pensamiento que la había desconcertado.

"Sí, soy Katerina". Se volvió y señaló a los demás. "Y éstos son Troy Shelton, Suzanne MacPherson, dos de los socios de aquí, y el marido de Suzanne, Mac".

"Por favor, sírrete un poco de café y bollería si quieres", le dijo el gran veterinario, Troy, pero Katerina seguía mirándole con extrañeza.

"¿Eres becaria?", soltó por fin en tono asombrado.

Liam se rió. "Me pasa mucho. Me sentía como un viejo cuando estaba en la facultad de veterinaria, comparado con los demás. Pero primero quería acabar la carrera de medicina".

Suzanne parecía tan desconcertada como se sentía Katerina. "¿Facultad de medicina?"

Liam los miró fijamente y ellos le devolvieron la mirada. Sacudió la cabeza con un gracioso movimiento de los labios.

"¿Supongo que Maroulla no te ha enviado mi currículum?"

Todos se miraron.

"Ni siquiera se me ocurrió preguntar", admitió Troy.

"Dios mío, esto es tan poco profesional por nuestra parte", Suzanne dejó caer la cabeza entre las manos.

Katerina observó que Liam parecía más divertido que ofendido.

"En nuestra defensa", dijo Troy a Liam, "todavía estamos un poco aturridos por haber descubierto que existen los cambiaformas".

"Son cosas como", corrigió Katerina con ayuda.

"Intentémoslo de nuevo". Troy se levantó, tendiendo la mano. "Troy Shelton."

Se estrecharon la mano y Suzanne hizo lo mismo. "Suzanne MacPherson, y éste es mi marido, Mac. Douglas McCandliss, nuestro otro socio, tenía previsto estar aquí, pero tuvo una llamada de emergencia".

"Es el veterinario equino, ¿no?" preguntó Liam.

Troy asintió. "Tiene que acudir a la mayoría de sus pacientes, en lugar de que ellos vengan a nosotros".

Mac extendió la mano. "Trabajo en otra clínica, así que no estoy aquí en calidad oficial".

"Estás aquí totalmente por curiosidad", le dijo Suzanne a su marido, y él se rió, sin molestarse en negar la acusación.

Katerina sonrió desde el otro lado de la habitación y movió los dedos. "Katerina Kazakis, ya que ahora hacemos presentaciones formales".

"Pronto será Shelton", añadió Troy con una sonrisa de satisfacción. Señaló una silla. "Por favor, siéntate".

Todos volvieron a sentarse y Liam abrió su maletín.

"Afortunadamente, no voy a ningún sitio sin copias de mi currículum".

Sacó tres hojas de papel y se las pasó a Suzanne, que estaba sentada a su derecha. Ella cogió una y le pasó las otras.

"Mientras te pones al día con eso, yo expondré los fundamentos básicos. La reciente situación de tu hermana -señaló a Katerina con la cabeza- nos hizo ver a los médicos la necesidad de profesionales de ambos lados de la barrera, tanto humanos como cambiados. Aunque es raro que una metamorfa dé a luz en su forma animal, debemos estar preparados para tal eventualidad. Por ejemplo, tengo entendido que, aunque parecen perfectamente sanos, los gatitos se desarrollan físicamente a un ritmo mucho más lento que sus congéneres no metamorfos".

Troy asintió. "Es cierto. Yo mismo los examiné cuando tenían tres meses, y tenían el desarrollo fisiológico de los gatitos de aproximadamente la mitad de esa edad. Puesto que, por lo demás, estaban perfectamente sanos, como tú has dicho, lo único que puedo deducir es que el ritmo de desarrollo es *el suyo* normal."

"Exactamente", asintió Liam. "¿Maroulla dijo que había hablado contigo sobre hacer de esta clínica un centro de atención para los cambiantes que resultan heridos en su forma animal?"

Lo convirtió en una pregunta, y todos asintieron al unísono, haciendo que Katerina soltara una risita.

"Como médico, espero establecer también una consulta privada, tranquila y sin publicidad, en mi casa, y atender a los metamorfos tanto en su forma humana como animal, según sea necesario. Así que esta zona será una especie de..."

"¿Una ventanilla única?" sugirió Suzanne cuando él hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

Liam rió entre dientes, asintiendo con la cabeza. "Sí, eso es". Se puso sobrio, mirando alrededor de la mesa. "Nuestra existencia en secreto llegará *a su fin*. Con cámaras de vídeo en cada esquina, semáforo y escaparate, así como teléfonos móviles y redes sociales, es sólo cuestión de tiempo que alguien sea sorprendido cambiando de cámara y todo se haga viral. Es absolutamente crucial que tengamos nuestros propios médicos, cirujanos y veterinarios, formados y certificados. Ya proporcionamos una especie de protección a los hombres lobo, y..."

"¿Hombres lobo?" interrumpió Mac, el marido de Suzanne, horrorizado, y los demás parecían igual de alarmados. Katerina, sin embargo, se mordió el labio inferior y sus ojos dorados bailaron divertidos.

"Sí, hombres lobo. Afortunadamente son muy raros, y hacemos todo lo posible por

contenerlos para que no muerdan a nadie más. Los cambiaformas han asumido la responsabilidad de cuidarlos y mantener a todo el mundo a salvo de ellos. Les proporcionamos lugares seguros en las noches de luna llena...".

"Como la Choza de los Chillidos", soltó Katerina, y Liam se rió.

"Sí, así. Además, como médicos podemos facilitarles cartas que les excusen del trabajo por motivos médicos esos días, si es necesario. Hacemos lo que podemos para que puedan llevar una vida lo más normal posible, fuera de esas tres noches al mes. Nuestros investigadores llevan cientos de años trabajando en una cura, pero hasta ahora, nada. Lo único que podemos hacer es darles un lugar seguro donde no puedan hacerse daño a sí mismos ni a nadie, y sedarlos, para que les resulte más fácil."

Troy, sin embargo, frunció el ceño. "Creía que no había habido Weres desde hacía un par de cientos de años, hasta Beatrice, y la enviaron a una especie de santuario".

Katerina negaba con la cabeza. "No, eso es diferente. Es una metamorfa que se volvió Rogue. La llamábamos werecat, pero eso es más bien un término coloquial, supongo. Un hombre lobo es algo totalmente distinto, aunque el término "werecat" relativo a Beatrice no está del todo desencaminado".

"Eso ha sido útil", frunció el ceño Troy mirando a su prometida. "No".

"¿Liam?" Era Suzanne. Parecía pálida, notó, y su mano sobre la mesa aferraba la de su marido.

"Los hombres lobo cambian de forma -explicó-, pero no son metamorfos. Los cambiaformas son criaturas sobrenaturales, mágicas, por así decirlo. La licantropía es en realidad una enfermedad; un virus, como la rabia, y como ésta, se propaga a través de la saliva de una persona infectada por una mordedura. Los cambiaformas pueden entrar y salir de su forma animal a voluntad, mientras que los hombres lobo se ven obligados a entrar en su forma bestial en luna llena, y vuelven a cambiar a humana cuando se pone la luna. Y no -dijo con ironía en respuesta a la pregunta que podía ver en todas sus caras-. "Ser mordido por un metamorfo no te convertirá en hombre lobo. Ni en un metamorfo", añadió. "No hay forma de que un humano se convierta en metamorfo".

"Que sepamos", añadió Katerina, y él asintió con la cabeza.

"En efecto".

Frente a él, Suzanne tragó saliva. "Entonces, ¿cuántos hombres lobo andan sueltos por ahí?".

Liam sonrió tranquilizadamente. "Los hombres lobo son extremadamente raros ahora, y cada vez más ahora que podemos ocuparnos de ellos. Se les impide morder a otros, y mantenemos registros de todos los que se sabe que son hombres lobo. Debo añadir que, en nuestras formas animales, los metamorfos pueden percibir... la maldad de los hombres lobo, incluso cuando están en forma humana. Muy pocos hombres lobo han escapado a la detección desde que iniciamos este programa en los años cincuenta".

Las expresiones de alivio alrededor de la mesa le hicieron reír.

"En serio. Tienes más probabilidades de que te caiga un rayo y te toque la lotería, diez veces más, que de encontrarte con un hombre lobo. Sólo hay once hombres lobo conocidos en todo Estados Unidos... y, por lo que sabemos, los hemos identificado a todos... en una población de, ¿qué, trescientos veinte millones o algo así?".

"Son pocas probabilidades", admitió Troy, deslizando la mirada hacia su prometida. "Si tiene que haber hombres lobo".

Ella se limitó a sonreírle. "Puedes divertirte contándoselo a Douglas".

"Oh, sí". Troy se echó a reír, con un profundo estruendo. "Le encantará oír eso".

"Tengo otra cosa importante", les dijo Liam. "No es nada que os afecte, pero Maroulla pensó que os gustaría estar informados, y no quiso decíroslo por teléfono".

Hizo una pausa, mirando a su alrededor. Tenía toda la atención de todos, así que continuó. "Pudimos rastrear a la Pícara, Beatrice, hasta Florida. Por el camino, descubrimos una serie de asesinatos sin resolver que, al menos para nosotros, eran claramente obra de una Pícara. Y también algunas desapariciones. Pero eso no es lo peor". Volvió a hacer una pausa cuando Troya le acercó una taza de café. Dio las gracias con la cabeza, sorbió el fuerte brebaje y continuó.

"Descubrimos a su hermana y a las tres hijas adultas de la hermana, todas viviendo en Florida. Todas pícaras".

Katerina jadeó, poniéndose pálida, y su mano se dirigió hacia Troya, que la estrechó con fuerza.

"Han sido detenidos", les aseguró Liam. "Y colocados en el Santuario con Beatrice".

"Pero... ¿pero cómo?" tartamudeó Katerina. "Los pícaros matan a su descendencia, todo el mundo lo sabe. ¿Y *cinco*? ¿Cuando no se conoce ni uno desde hace siglos y siglos?".

Liam se encogió de hombros. "No lo sabemos, igual que tú. ¿Quizás los Pícaros sólo matan a su descendencia masculina? No es que supiéramos mucho sobre ellos desde hace más de doscientos años. También hay pruebas de que hubo otra hija, al parecer desaparecida hace tiempo. No sabemos si la mataron, si se independizó o qué, pero nuestra gente está buscándola".

Katerina se estremeció.

"Eh", Troy le sacudió suavemente el brazo. "Tendría que estar loca para venir aquí, donde todo el mundo sabe lo de Beatrice. Y ahora estamos plagados de cambiaformas. Éste es el último lugar donde una Pícara querría establecerse".

"Sí, es cierto", convino Liam. "A Maroulla no le preocupaba lo más mínimo que apareciera uno por aquí, simplemente quería que estuvieras al corriente".

"Se agradece", le aseguró Troy.

"Creía que no era genético, que era fruto del azar -dijo Katerina, con la voz tensa por la preocupación. Lo entendió; Beatrice la había acosado y casi matado dos veces. Claro que esto era duro para ella.

"Tuvimos que desechar todo lo que creíamos saber sobre los pícaros", dijo Liam con pesar. "Pero al menos ahora sabemos que no está ligado a la raza ni a la especie; la madre es un visón, y las hermanas son leopardo nublado, puma y coyote".

"¿Podría ser un caso de crianza, no de naturaleza?" preguntó Troy.

Liam se encogió de hombros. "Podría ser, pero... simplemente no lo sabemos. Todo el mundo busca respuestas y nadie las tiene. Esperamos que alguno de ellos acabe hablando con nosotros; ninguno ha sido localizado, salvo Beatrice. Pero todos han optado por permanecer en sus formas cambiadas".

Katerina hizo una mueca de dolor. "Y cuanto más tiempo permanezcan en sus formas animales, más se apoderará de ellos la naturaleza animal".

"Entonces, ¿con el tiempo se volverán como Beatrice, que al final había perdido toda su humanidad?". quiso saber Troya, que parecía incómodo.

"Con el tiempo, sí", afirmó Liam. "Existe la esperanza de que uno de ellos cambie y hable con nosotros. Podríamos probar tratamientos, medicamentos".

Katerina frunció el ceño. "Beatrice era una psicópata clásica, sin empatía ni remordimientos. Era una máquina de matar. No había tratamiento, ni medicación, que pudiera haberla ayudado".

"Lo sé. Pero aún no sabemos si los demás están en ese punto, y no podemos saberlo si no cambian y hablan con nosotros".

"Si no cambian, ésa es más o menos tu respuesta", señaló Katerina.

"Eso también es cierto", admitió Liam con un suspiro, pasándose una mano por el pelo. "Pero necesitamos respuestas, y sólo esas mujeres pueden proporcionárnoslas".

CAPÍTULO 2



LIAM ECHÓ UN vistazo a su GPS, dando un suspiro de alivio al ver que ya casi llegaba al West Side Bed and Breakfast. Era consciente de que estaba cansado; había sido un día largo. Tras la entrevista inicial y la conversación subsiguiente, le habían dado una visita exhaustiva a la clínica y al granero que había detrás. Otra hora relleno de papeleo... impuestos, seguros, etcétera. En algún momento había aparecido Douglas, el tercer socio, junto con su esposa, Jacinth, una encantadora mujer de aspecto exótico. El Djinn. Liam había intentado no mirar fijamente, pero ella le había dedicado una sonrisa amistosa y un apretón de manos, como cualquier persona normal. Teniendo en cuenta que era un metamorfo, y que todos los metamorfos parecían también personas normales, su sorpresa parecía un poco fuera de lugar. Aun así... ¡un Djinn! Esquivos y reservados, normalmente sólo los veían quienes encontraban uno de sus recipientes mágicos, y a esos pocos afortunados no se les permitía hablar de la experiencia. Incluso entre los sobrenaturales, la mayoría sólo soñaba con ver a un Djinn.

Después, los socios lo habían llevado a comer a un restaurante local, un bonito local italiano metido en un centro comercial. En el restaurante, pequeño pero abarrotado, ya no se hablaba de asuntos relacionados con los cambiaformas. En su lugar, la conversación abarcó una amplia gama de temas, desde el cambio climático hasta los avanzados logros de aprendizaje de Benny, el hijo de Douglas, pasando por el viaje de Suzanne y Mac al noreste de EE.UU. para ver los colores del otoño, el mes anterior. Liam descubrió que todas estas personas le caían muy bien. Era evidente que eran amigos íntimos, y se sintió como si le hubieran acogido en una familia, no simplemente contratado para un trabajo. Era una sensación extraña, pero sorprendentemente agradable, cuando llevaba tanto tiempo solo, sentirse de repente parte de una comunidad cercana, ser aceptado con tanta facilidad.

Al sacudir un poco la cabeza para despejarla, Liam sintió que sus ojos se abrían de par en par al doblar una curva de la carretera de dos carriles, y que el hostal aparecía a la vista. Le habían dicho que era una antigua casa victoriana reformada. ¿Una casa? ¡Era prácticamente una mansión! Tenía dos pisos, y las torrecillas y buhardillas indicaban un tercer piso. Un balcón curvo envolvía el edificio por delante, gracioso y acogedor. Estaba claramente bien cuidado, y el extenso césped estaba cuidado, con ese aspecto rico y aterciopelado de un césped que ha estado allí durante mucho tiempo. Daba la sensación de estar escondida, rodeada de bosque por tres lados. Los árboles estaban densamente agrupados, un mosaico de rojos, dorados y marrones, un fondo apropiado para la posada, cuyo color verde claro resaltaba con un ribete blanco brillante.

Le pareció acogedor, como si le hiciera señas para que cruzara el césped moteado por el sol,

con las nubes flotando en lo alto proyectando sombras a la deriva. Liam aparcó en uno de los dos espacios para invitados que había delante, y subió por el ancho paseo delantero hasta los escalones del porche. El porche era profundo y se curvaba a ambos lados de la casa. Había cómodos balancines y mecedoras para que los invitados se sentaran y se relajaran, intercalados con mesitas.

Abrió la puerta principal, entró en el vestíbulo y de nuevo le impresionó la sensación de bienvenida. El vestíbulo era pequeño, con un pasillo que conducía a la parte trasera de la posada, probablemente a un aparcamiento en la parte de atrás. A la derecha, una puerta abierta mostraba una chimenea rodeada de sillas y sofás de aspecto confortable. No pudo reprimir una carcajada al ver a un gran perro blanco y desgredado desparramado sobre la alfombra de la chimenea, con un pequeño gato atigrado acurrucado entre el espeso pelaje. ¡Eso sí que no lo veía todos los días!

"Buenas tardes".

Al volverse hacia el vestíbulo, Liam vio a un hombre negro, alto y anciano, que se levantaba de su asiento detrás de un pequeño mostrador. Se adelantó con una sonrisa.

"Buenas tardes. Soy Liam McConnell, tengo una reserva".

El hombre le devolvió la sonrisa. "Bienvenido. Soy Angus Johnston, mi mujer y yo somos los dueños. Te esperábamos, Katerina llamó desde la clínica para decir que estabas de camino".

Hizo una seña a un joven larguirucho que apareció en la puerta desde el salón. "Martin, por favor, trae las maletas del señor McConnell".

Liam buscó sus llaves y se las dio a Martin.

"¿Quiere que mueva también su coche por detrás, señor?". preguntó el joven.

¡Vaya! ¿Parking con servicio de aparcacoches, al estilo cama y desayuno? "Claro", aceptó. "Y sólo trae las maletas, puedes dejar las cajas y las misceláneas. Y por favor, Liam está bien".

Sí, señor. Quiero decir, Liam. Señor".

Liam compartió una mirada divertida con Angus mientras Martin desaparecía por la puerta principal.

"Es su primer trabajo", explicó Angus. "Está en primero de bachillerato y trabaja aquí después de clase y los fines de semana". Dirigió su atención a la pantalla del ordenador del mostrador. "Has pedido una cama de matrimonio en el segundo piso. Tenemos libre una de las habitaciones delanteras, o las laterales. Todas tienen balcón, pero las laterales comparten dos habitaciones con un balcón".

"Una habitación lateral bastará", decidió Liam. "Es muy probable que la mayor parte de mis tardes estén ocupadas por el trabajo y el estudio".

Angus asintió y le entregó una llave. No era una tarjeta llave, sino una llave de latón de las de toda la vida, con una especie de decoración curvilínea en la parte superior.

"Es la habitación número cuatro, subiendo las escaleras y a la izquierda. El desayuno se sirve todos los días de seis y media a nueve, en el comedor". Indicó la puerta que daba al salón, por lo que Liam dedujo que el salón debía extenderse hasta un comedor situado hacia la parte trasera de la posada. "Mi mujer, Renee, se encarga de la cocina. También hay bebidas frías y calientes, así como productos de panadería, disponibles en el comedor las 24 horas del día."

"¿La página web decía que tenías una lavandería?"

"Sí, en el sótano. Hay una máquina expendedora con jabón y suavizante para la ropa, pero si vas a estar aquí más de unos días, te recomiendo encarecidamente que compres algo en el supermercado."

Liam se rió y asintió. "Entendido".

"Martin vendrá con tu equipaje. Disfruta de tu estancia, Liam".

"Gracias".

Ajustándose la correa de la bolsa de su ordenador portátil en el hombro, Liam se volvió hacia las escaleras. Eran empinadas, como era de esperar, pero la madera estaba muy pulida y una suave alfombra azul amortiguaba sus pasos. El camino estaba bien iluminado con apliques colocados en las paredes. Llegó a un amplio rellano, la puerta de su habitación directamente a la izquierda.

Desbloqueó la puerta y la abrió, entró, deteniéndose a examinar la habitación. Era sorprendentemente espaciosa, aunque quizá se debiera a los colores fríos, los adornos claros y la luz que entraba a raudales por las puertas dobles del balcón. Encima de una cama alta de matrimonio había un ventilador de techo, y enfrente una pequeña chimenea, claramente de gas. En una esquina había un armario, así como un pequeño escritorio y una silla, con enchufes para cables eléctricos y una estación de carga.

Una puerta a la derecha daba a un pequeño cuarto de baño que consistía simplemente en un inodoro y un lavabo de pedestal. Sabía por la página web que la mayoría de las habitaciones tenían un medio baño, con un baño completo compartido con bañera y ducha en cada planta. Sin embargo, el cuarto de baño estaba provisto de toallas y paños gruesos y suaves, lo que parecía un jabón de lujo que probablemente no apreciaría lo suficiente, y contenía también una mesita alta para guardar el kit de afeitado. Justo al otro lado de la puerta del cuarto de baño, en el dormitorio, había un tocador y un taburete, lo cual tenía sentido para que las mujeres tuvieran un lugar donde maquillarse con sólo el lavabo de pedestal del cuarto de baño.

La cama estaba elevada del suelo, el colchón era profundo y cómodo; de espuma viscoelástica, supuso Liam. Agradable. El suelo era de un agradable color rojo castaño, como las escaleras, muy pulido, con una alfombra de pelo profundo junto a la cama y un par de alfombras más esparcidas por el suelo. En general, estaba impresionado; había estado en algunos hoteles de gran calidad que no eran tan bonitos como éste.

Unos golpes en su puerta resultaron ser Martin, con su equipaje, como había prometido.

"Sé que dijiste que sólo las maletas, pero pensé que debía sacar esto también". Levantó el kit de afeitado de Liam.

"Buen hombre", aprobó Liam, cogiendo su cartera. Sacó algunos billetes y se los dio al chico, que se puso rojo.

"Gracias, señor. Liam, quiero decir". Salió de la habitación, como si estuviera en presencia de la realeza. La puerta se cerró tras él y Liam se quedó riendo en paz.

Lo primero es lo primero. Abrió la bolsa del portátil y lo colocó sobre la mesa, junto con los auriculares. La contraseña del wi-fi estaba en una tarjetita sobre el escritorio, así que lo puso en marcha y se conectó. Lo siguiente fue un programa de Alexa, que cumplía varias funciones, entre ellas la de despertarle por la mañana.

Hecho esto, envió un correo electrónico a Maroulla, confirmando su llegada a la posada. Ella respondió con prontitud, pidiéndole que se registrara con los refugiados marroquíes, aunque ya habían sido informados de su llegada.

Sí, las señoras de Marruecos. Ésa sí que era una situación complicada. La comunidad de cambiaformas de todo el mundo se había visto sacudida por la noticia de que un cónclave de machos cambiaformas caracal mantenía a las mujeres en cautividad como esclavas sexuales, para garantizar la "pureza" de la línea caracal. Lo cual no era más que una patraña. Con la ayuda de los djinn y un equipo de rescate de cambiaformas llegados de todo el mundo, las mujeres habían sido liberadas, los hombres capturados y el complejo satisfactoriamente arrasado. Un grupo de mujeres y sus hijos habían elegido venir aquí, al valle del Hudson, y se alojaban en este bed and

breakfast mientras la comunidad cambiaformas trabajaba para ayudarles a asimilarse a una vida de libertad. Algunos de los hombres habían muerto en el tiroteo del complejo, y el resto habían sido capturados y ahora residían en el Santuario para metamorfos de Ohio, una especie de prisión para metamorfos, que incluía hábitats naturales para su forma Cambiada. Todos los cambiaformas necesitaban poder Cambiar y pasar tiempo en su Otra forma... incluso los criminales.

Un golpe en la puerta le hizo girarse en la silla, cerrando la tapa del portátil antes de levantarse e ir a abrir la puerta. Era Martin de nuevo, esta vez portando una bandeja con un surtido de galletas y pastas, así como una taza humeante. Al ver que enarcaba las cejas, sorprendido, el joven arrastró los pies, con la nuez de Adán balanceándose torpemente.

"Es de Miz Renee. Dice que eres prácticamente de la familia, ya que eres amiga de Katerina, Troy y ellos. Dice que te dé la bienvenida y que te sientas como en casa".

"Ya veo". Cogió la bandeja de manos de Martin. "Dale las gracias a Renee de mi parte".

"Lo haré, señor. Liam".

Martin cerró la puerta y Liam oyó sus pasos retirándose. Meneando la cabeza con desconcierto, colocó la bandeja sobre el escritorio, junto a su portátil, y se inclinó para oler con aprecio el penetrante aroma a café que desprendía la taza. La cafeína nunca venía mal. También había sobres de azúcar y vasitos de crema. Agradable, y sin duda conseguía su objetivo, pues se sentía como en casa. Ahora que lo pensaba, en casa nunca había habido servicio de habitaciones; siempre había tenido que prepararse su propio café. Podía vivir así fácilmente. Y lo haría durante un tiempo, ya que se quedaría al menos durante un futuro próximo, hasta que encontrara un lugar que se ajustara a sus necesidades.

Volvió a abrir el portátil, bebió un sorbo de café y dio un mordisco a un bollo de arándanos. Hizo una pausa, alzando las cejas. ¡Vaya! Si Renee los había hecho ella misma, tenía ante sí un futuro como pastelera si algún día dejaba la hostelería. Quizá planeara quedarse aquí un tiempo, en lugar de buscar un apartamento provisional mientras buscaba el tipo de casa adecuado para comprar.

CAPÍTULO 3



LLOVIZNABA A MEDIDA QUE se acercaba a la ciudad, y Liam encendió los limpiaparabrisas. Desde luego, si tenían que llamarle para ir a Nueva York, sería en un día frío y lluvioso. Tampoco había planeado volver a la ciudad tan pronto, pocos días después de marcharse al valle del Hudson. Pero esa mañana había recibido una interesante llamada de ayuda. El año pasado había elegido hacer rotaciones clínicas en el zoo mientras estudiaba la carrera de Veterinaria. Según la persona con la que había hablado esta mañana, el veterinario habitual del zoo había estado con gripe... nada sorprendente, con este tiempo... así que le habían llamado para que acudiera cuando surgiera una urgencia. La cuestión era, ¿por qué *le habían* llamado? Hacía meses que había hecho su rotación, y había otros veterinarios con licencia completa a los que podían haber llamado.

Un leopardo enfermo, había dicho la mujer con la que había hablado. Al menos, supusieron que estaba enfermo. Liam gruñó en la garganta. Al parecer, el animal llevaba días sin comer, ¿y sólo ahora se habían dado cuenta? Entró en el aparcamiento para empleados, aparcó y cogió la bolsa del asiento trasero antes de entrar en el zoo.

"Es tímida", se disculpó el cuidador que le recibió, mientras le guiaba hacia los pasillos privados que hay detrás de los grandes recintos felinos. "Se queda atrás, en las rocas, fuera de la vista de todos, incluidos nosotros. Si me preguntas a mí -continuó con voz más firme, desaparecida la tenue nota de disculpa-, cosa que nadie ha hecho, creo que está deprimida."

Liam se detuvo sorprendido, mirando realmente al hombre que tenía delante. Era un joven hispano, quizá de unos veinte años, delgado y enjuto. Su mirada era firme, casi desafiante, como si esperara que su opinión no fuera tenida en cuenta.

"Ya veremos", fue todo lo que respondió Liam cuando el joven... Ramón, decía la etiqueta con su nombre en su mono beige... señaló una zona enjaulada separada del recinto principal de los leopardos.

"Hicimos que la trasladaran a la jaula de cuarentena", le dijo Ramón, "en cuanto se dieron cuenta de su estado".

"¿Y eso fue esta mañana temprano?" preguntó Liam, agachándose para mirar a través de los barrotes a la pequeña leopardo nublado que yacía pasivamente en el suelo de cemento. Tenía la cabeza apoyada en las patas delanteras, de espaldas a ellos, y no mostraba ningún interés, ni siquiera un parpadeo de la oreja en su dirección.

"Supongo. Entré a las diez y ella ya estaba aquí. Me dijeron que venías y que te trajera de vuelta. No soy un guardián, todavía no". El orgullo se coló en la voz del joven. "Pero lo seré".

Liam miró a su alrededor y una sonrisa se dibujó en sus labios. "Buen hombre. No lo sabré hasta que haya hecho algunas pruebas, pero voy a arriesgarme y decir que tienes buenos instintos".

Los ojos de Ramón volaron hacia los suyos. "¿De verdad? ¿Lo dices en serio?"

Liam asintió. "Aunque todavía no puedo estar seguro. Tomaré algunas muestras de sangre y haré un análisis general. Pero sí, creo que has dado con algo".

Miró a su alrededor, mientras acercaba su bolso para sacar una jeringuilla y un pequeño vial de sedante. "¿Dónde están sus archivos?"

"No hay ninguno. Al menos, no pueden encontrarlos".

Liam había introducido la aguja en el vial y estaba extrayendo el líquido, pero se detuvo en ese momento, frunciendo el ceño. "¿Qué?"

"Probablemente por eso me eligieron para conocerte", dijo Ramón encogiéndose de hombros con aire fatalista. "Estoy en el escalón más bajo. Además, están todos ocupados, destrozando la sala de archivos tratando de encontrar sus papeles".

Liam frunció el ceño y miró a la leopardo, que no se había movido ni había mostrado ningún interés por su presencia. Tenía los ojos cerrados, como si durmiera, y sólo la punta de la cola se movía de vez en cuando.

"¿Cuánto tiempo lleva aquí? No es nueva, ¿verdad?"

"No. Lleva aquí al menos el mismo tiempo que yo, seis meses. No es que la haya visto a menudo. Pero no puedes dejar de verla cuando la ves". Sus ojos castaño oscuro estaban llenos de admiración. "Es preciosa. O lo era".

Liam asintió en señal de comprensión. El corto pelaje del leopardo, que debería ser brillante y suave, estaba apagado y desaliñado por la falta de aseo. Aun así, tenía que sedarla, a pesar de la falta de registros. Era una cuestión de seguridad y protocolo.

"Tendremos que esperar que no tenga ninguna reacción negativa al sedarla", le dijo a Ramón. "Sin registros no puedo saberlo, pero no puedo examinarla sin sedarla".

"Sí, ya lo sé. Probablemente se imaginaron que tendrías que hacerlo".

Liam le lanzó una mirada. "¿Así que el veterinario habitual está realmente enfermo de gripe? ¿O están intentando salvar el culo no llamándole hasta que hayan encontrado los registros?"

Ramón le sonrió y se encogió de hombros. "No te digo, tío".

Liam se rió. "Ya está bien".

El leopardo yacía fácilmente al alcance de la mano a través de los barrotes de la jaula, así que le administró rápidamente el sedante en la zona del cuello, entre los omóplatos, y retrocedió rápidamente, acomodándose para esperar.

Una vez dormida, con la ayuda de Ramón sacó a la gata de la jaula y la llevó a la mesa de espera, donde le tomó rápidamente las constantes vitales y la pesó en la báscula de la mesa.

"Maldita sea", comentó Ramón, y Liam asintió con la cabeza.

"Está muy por debajo de su peso con veintidós kilos. De acuerdo, son gatos pequeños, pero aun así". Movié las manos por los costados del leopardo, presionando suavemente. "Le noto las costillas con facilidad. Es piel sobre esqueleto".

"¿También deshidratación?"

Liam hizo una rápida comprobación, pellizcando el pelo suelto entre los hombros del gato y observando cómo se alisaba en su sitio. "No tanto", respondió. "En todo caso, no tanto como para ponerle suero intravenoso".

Rápidamente extrajo muestras de sangre y luego acarició el pelaje del gato. "Las llevaré a tu laboratorio. Mientras tanto, mantenla aislada para que podamos vigilarla de cerca. Mira a ver si

se siente tentada a comer, y lleva un registro de lo que come y cuánto. Transmitiré mis resultados a tu veterinario, y él podrá hacerse cargo cuando vuelva".

"Puedes decirles que lo ha hecho bien bajo sedación", dijo Liam, y luego hizo una pausa con una mueca. "Pueden anotarlo en su historial, cuando lo encuentren".

Ramón sonrió, y Liam se puso en pie.

"Ya me voy, Ramón. Sé que no soy tu veterinario habitual, pero aquí tienes mi tarjeta. Por favor, llámame y dime cómo está".

Ramón cogió la tarjeta y asintió. "Se lo diré. Gracias por venir, doctor McConnell.



DOS DÍAS MÁS TARDE, sentado frente a Troy en su despacho, Liam dejó el teléfono, sacudiendo la cabeza con perplejidad.

"Era el veterinario del zoo. A la leopardo nublado no le pasa nada que puedan encontrar. Aún no han encontrado su historial y siguen sin saber qué le pasa, aparte de que se murió de hambre".

Troy reflexionó sobre ello. "¿Sigues pensando que es depresión?"

"Tiene signos bastante clásicos", observó Liam. "Falta de apetito, se esconde y se recluye, además ha dejado de acicalarse y no responde a los estímulos. Así que yo diría que sí".

"Me pregunto", dijo Troy lentamente. "¿A ver si ha habido otro leopardo en el recinto que haya sido trasladado o haya muerto recientemente? O incluso un cuidador del zoo al que se hubiera acostumbrado, con el que tal vez incluso hubiera establecido un vínculo, pero que se marchó o le asignaron a otro lugar".

"Buena idea". Liam cogió el teléfono y llamó. Tras un breve intercambio con el cuidador habitual que supervisaba los recintos de los gatos, colgó, sacudiendo la cabeza. "Negativo en ambos aspectos. Lejos de relacionarse con nadie, siempre ha sido reclusiva, y rara vez la ven ni siquiera los cuidadores. De hecho, sólo se dieron cuenta de que algo iba mal *porque* la vieron. Dejó de desaparecer cuando venían a hacer revisiones y a alimentarla".

"Así que nadie se fijó en ella hasta que estuvo demasiado débil para moverse", dijo Troy con disgusto. "Y siguen sin tener ningún registro de ella. ¿Qué clase de zoo es ése?"

"Una buena", se defendió Liam. "Están sinceramente perplejos, y yo mismo me pasé por la sala de archivos cuando terminé de examinarla cuando estuve allí. Están destrozando literalmente ese lugar intentando encontrar sus archivos. Nadie se lo toma a la ligera. De hecho, por lo que sé, están rodando cabezas por todo esto".

Troy tamborileó con los dedos sobre el escritorio. "Sabes, me estoy preguntando. ¿Podría alguien haber colado de algún modo un animal ilegal allí? Ya sabes... alguien adquiere un bonito cachorro de leopardo y luego crece hasta convertirse en un animal salvaje. No quieren admitir que lo tienen, así que se las arreglan para meterlo a escondidas en el recinto de los leopardos."

Liam le miró fijamente. "Sería una hazaña infernal, entre los guardias de seguridad y los cuidadores del zoo, y las pesadas cerraduras de las puertas y verjas por las que hay que pasar, por no hablar de esquivar las cámaras de seguridad".

"Pero no imposible", incitó Troy.

"No, supongo que no. Se lo comentaré al veterinario cuando volvamos a hablar, que me ponga Admin para comprobar esa posibilidad".

"¿Qué van a hacer mientras tanto?"

"Y yo que sé", admitió Liam, pasándose una mano por el pelo. "A este paso, morirá antes de que se den cuenta. Aunque ahora la están alimentando por vía intravenosa. Eso la mantendrá

viva, al menos".

"Maldita sea. A veces te gustaría poder *preguntarles*", sonaba frustrado Troy.

Se produjo un silencio, y sus miradas se encontraron. Liam sintió que su propia sonrisa crecía lentamente, igualando la de Troy.

"Creo que has dado en el clavo", dijo.

"Nunca te lo he preguntado", Troya levantó una ceja. "¿En qué tipo de animal te transformas?"

Liam le sonrió. "Un Gran Pirineo". Se rió ante la expresión de asombro de Troy.

Desconcertado, Troy preguntó: "¿De verdad se puede hablar telepáticamente con los animales? Quiero decir, no con los metamorfos".

Liam hizo una mueca. "En realidad, no. Quiero decir que algunos afirman haber establecido alguna forma de comunicación, no exactamente hablando, sino... más bien un entendimiento entre el animal y el metamorfo. Pero...", se encogió de hombros. "Tengo que intentarlo. Lo peor que puede pasar es que fracase, y no estaremos peor que ahora, ¿verdad?"

"Cierto".

Tendría que hacerlo. Necesitaría privacidad, obviamente, para cambiar de forma segura y no ser visto. Tendría que ir a última hora de la noche, cuando sólo hubiera una tripulación mínima. El joven guardián, Ramón, parecía interesado en el bienestar del pequeño leopardo. Tal vez se preocupara lo suficiente como para organizar una visita fuera de horario. Sólo había una forma de averiguarlo.



LIAM ASINTIÓ AL joven guardián del zoo que le abrió la puerta. "Le agradezco que me deje entrar. Sé que no es habitual a estas horas".

"No hay problema, doctor", respondió Ramón. "La tienen en la enfermería y le están poniendo suero".

"¿No ha habido suerte encontrando sus discos?"

"No. Han puesto todo patas arriba, y ni un solo papel sobre ella. Tiene a todo el mundo perplejo".

"Entonces, una mascota exótica", suspiró Liam. "De algún modo, alguien se las arregló para entrar en el recinto y deshacerse de ella, una vez que se dieron cuenta de que no era tan divertido tener un animal salvaje en casa".

"Probablemente", aceptó Ramón, dirigiéndose a la enfermería, abriendo la puerta para Liam y encendiendo el interruptor de la luz. Unas luces brillantes inundaron la gran sala. "¿Necesitas que me quede?"

"No, estoy bien. Te llamaré cuando acabe y podrás acompañarme a la salida".

"Entendido".

Ramón saludó amistosamente y se marchó. Liam cerró cuidadosamente la puerta tras de sí. No quería que Ramón, ni nadie más, lo descubriera. Apagó las luces del techo. Los leopardos nublados eran nocturnos y quería que ella se sintiera cómoda. Se dirigió a la espaciosa jaula del rincón, donde la pequeña gata yacía acurrucada, dándole la espalda. Se quitó la ropa y la dejó en el suelo junto a la jaula, al alcance de la mano. Se había vestido ligeramente, con unos vaqueros, una camiseta y unos mocasines, lo bastante cómodos como para volver a ponérselos si alguien llamaba a la puerta.

Liam llamó al Cambio hacia él, permitiendo que su forma humana se disolviera. Un

momento después, estaba sobre cuatro patas. Sacudió vigorosamente su pesado pelaje y luego olfateó la jaula, acomodándose junto a ella. La leopardo no se había movido, ni le había reconocido, a pesar de que debía de haber oído y olido al can cerca.

Vale, ¿y ahora qué? Nunca había intentado comunicarse con animales que no fueran metamorfos. Tanteó con la mente, intentando percibir a la criatura salvaje. Para su sorpresa, la sintió moverse en su mente.

Déjame en paz. La voz mental era débil, pero estaba ahí.

Su perro gimió en respuesta a la angustia de su voz, y él empujó los barrotes de la jaula con su ancha cabeza. *Eres un cambiaformas.*

La sensación de llanto era tan fuerte que soltó un grito involuntario.

Su siguiente frase fue tan grave que apenas pudo oírla. *Soy una Pícara.*

Atónito, se sentó sobre sus ancas y la miró a través de los barrotes. Siempre había creído que los Pícaros eran una especie de psicópatas, indiferentes e impenitentes. Eligió cuidadosamente su siguiente pregunta.

¿Has matado a alguien?

La cabeza del felino se levantó bruscamente, y un gruñido de disgusto surgió de su garganta. *¡No! ¡Jamás!*

Al cabo de un momento, su cabeza se hundió de nuevo en sus patas, como si le pesara demasiado para mantenerse erguida. *Nunca* -repitió en un susurro en su mente.

Entonces, no lo entiendo", le dijo Liam con franqueza.

Hubo un largo silencio, y se encontró paseando de un lado a otro por el suelo de cemento, remando en silencio, con su pelaje rozando los barrotes de la jaula que contenía a la pequeña leopardo. Ella se desenroscó lentamente del apretado ovillo en el que se había metido, girando la cabeza para mirarle.

Toda mi familia son pícaros, le dijo finalmente. Sus grandes ojos verde claro se cerraron, como si sintiera dolor. *Mi madre y su hermana, y mis hermanas, las tres.*

Se le hizo la luz. *Eres la hermana desaparecida.*

Movió la cabeza sobre las patas extendidas y volvió a abrir los ojos para mirarle fijamente.

¿Los conoces?

Sí. Han sido detenidos y llevados ante el Consejo, y colocados en un hábitat seguro para que no puedan dañar a nadie más.

Tuvo la sensación de desconcierto de ella, y esperó.

¿Consejo? preguntó.

Ahora le tocaba a él quedarse perplejo. *El Consejo de los Cambiantes.* Esperó. Nada. *¿Conoces los Consejos de Cambiantes?* le preguntó.

N-no. Ni siquiera sé cómo podemos hablar así. En nuestras mentes. Nunca lo hice con ninguna otra, excepto con Beth. Con mi hermana.

La incredulidad le mantuvo sin habla durante un largo minuto. No es que no la creyera... la honestidad de su voz mental era demasiado clara, su confusión y perplejidad demasiado grandes para no creerlas... pero nunca había oído hablar de un metamorfo que no conociera la telepatía. Incluso los metamorfos caracal de Marruecos lo sabían, aunque no les hubieran enseñado nada sobre los Consejos.

¿Tu madre te enseñó lo que sabes de los cambiaformas? preguntó con dulzura.

La elegante cabeza se movió un poco en sentido afirmativo.

¿Pero nada del Consejo? ¿Y de nuestras leyes?

¿Leyes?

Santo cielo.

Los cambiantes tenemos leyes que debemos cumplir. Me explicó. Por ejemplo, no permitir que los humanos sepan de nosotros. Otra de nuestras directivas principales es que no podemos entrar en casa de otro ser sobrenatural sin permiso o invitación.

Sus ojos de gata, luminosos en la oscuridad, le parpadearon. *No sé nada de ninguna ley aparte de las humanas. Pero descubrí por mí misma que los humanos no debían saber nada de nosotros.*

Se sintió aliviado al oír un toque de humor en su voz. Con mucha delicadeza, abordó el tema que consideraba más importante.

¿Cómo has llegado aquí, al zoo?

Su cabeza, que había empezado a levantarse mientras conversaban, se hundió de nuevo sobre sus patas, y los grandes ojos luminosos se cerraron.

Yo misma he venido aquí. De nuevo, había una impresión de llanto en su voz mental. No deseo ser una Pícara, una asesina. No quiero aparearme con un hombre sólo para matarlo después. Nunca, jamás, mataría a mis propios bebés. Su voz contenía una nota de desesperación. ¡No puedo!

Fue el turno de Liam de sentir confusión. *Pero no has matado a nadie, tú mismo lo has dicho, y no quieres hacerlo. Entonces, ¿por qué estás tan seguro de que lo harás?*

Mi madre sí, y mi tía, y todas mis hermanas. Suspiraba. Me dijeron que era tonta por creer que nunca mataría. Que era inevitable. Y tenían razón. Mi hermana más cercana, Beth, la única hermana que creía que era como yo. Era mi amiga, cuando el resto de mi familia me odiaba y me consideraba débil. Una noche llegó a casa ensangrentada. Había...

Se interrumpió, y sus costillas se hincharon mientras un gran suspiro estremecedor sacudía su cuerpo delgado y compacto.

Su perro gimoteó, empujando el hocico contra los barrotes, queriendo -no, necesitando- darle consuelo.

Así que te colaste en el zoo, con los demás leopardos, para mantener a los demás a salvo de ti.

Sí, susurró, con voz mental suave.

Pero no eres feliz.

Otro sollozo. *No quiero estar atrapada como un leopardo toda mi vida. Quiero decir, amo a mi leopardo, me encanta desplazarme, y correr y saltar, incluso cazar. Tanta alegría... pero ser el animal para siempre... Tenía sueños. Tantos sueños. Y quería una familia propia. Un hogar. Hijos. Tradiciones, y cenas de Acción de Gracias, y un árbol y regalos en Navidad.*

¿Cómo te llamas?

Naomi. Naomi Kerrigan.

Ah. Dejó caer la mandíbula en una sonrisa perruna. *Un buen nombre irlandés. Soy Liam McConnell.*

El interés se coló en su voz mental. *¿Tú también eres irlandesa?*

Escocés-irlandés. Mis antepasados huyeron del campo de batalla de Culloden y se dirigieron a Dublín. Desde allí, llegaron a América a principios del siglo XX.

Mi abuela emigró aquí hace cincuenta años. le dijo Naomi, y él pudo oír el cariño en su voz, la melancolía agridulce de recordar a alguien que ya no estaba. No era una Pícara. Murió hace unos diez años. Sé que tengo un par de tíos abuelos, pero nunca los he conocido. Aparte de Granda, sólo he conocido a los miembros femeninos de mi familia. Y todas son... ya sabes.

¿Sabía tu abuela que los demás se habían ido de Rogue? preguntó con dulzura.

Tuvo la impresión de encogerse de hombros. *No. Ella no podía saberlo, no lo habría tolerado, estoy segura. Pero, además, a mi hermana y a mí no nos dejaron pasar mucho tiempo con ella a solas, no hasta que estuvo enferma y necesitó que la cuidáramos, al final.*

Liam asintió en señal de comprensión. *No querían que hablara contigo de cosas como las leyes y el Consejo, y descubrir que no te lo habían enseñado.*

Los grandes ojos parpadearon lentamente.

Nunca lo había pensado.

¿Estás seguro de que no era Rogue? preguntó con suavidad.

No, en absoluto. Su voz mental era firme. Recuerdo a mi Granda. Tenía una voz profunda y amable, como ronca. Solía fumar en pipa, aún recuerdo cuando me sentaba en su regazo, el olor del tabaco mientras la envasaba. Enfermó y murió, fue un coágulo de sangre en el corazón, y muy rápido. La abuela estaba muy triste tras su muerte, nunca volvió a ser la misma. Luego ella también se fue.

Liam pensó en todo lo que ella le había dicho.

Tengo que decirte que no creo que haya ninguna posibilidad de que seas, o llegues a ser, una Pícara, Naomi.

Sintió su retroceso, el rechazo instintivo. *Sí, lo haré.*

Suspiró. Que tu madre, tu tía y tus hermanas lo sean no significa que tú vayas por su camino. Sé que parecen probabilidades abrumadoras, si piensas en la genética, pero ¿has considerado que podría ser la crianza y no la naturaleza lo que hizo que todas se volvieran malas?

Se hizo el silencio durante unos minutos mientras pensaba en ello. ¿Quieres decir que porque mi madre y mi tía les enseñaron a ser así?

Eso es exactamente lo que quiero decir.

De nuevo un silencio.

¿Pero no hay forma de estar seguro?

No, Liam lo admitió. Pero el mero hecho de que te preocupes por ello, de que te moleste hasta el punto de llegar a estos extremos para mantener a salvo a los demás, ya me dice que es muy poco probable.

Su voz mental era suave. Pero tú no llevarías la carga de la culpa, si yo me volviera mala y empezara a matar. Lo haría.

Por mucho que lo odiara, podía ver el sentido de lo que ella temía. ¿Cómo podía alguien saberlo con certeza?

No desesperes -le dijo-. Hablaré con la Alcaide a ver qué me dice.

Las orejas redondas giraron hacia atrás, quedando un poco planas. *¿Un alcaide? ¿Como en una cárcel?*

Pensó que temblaba y se apresuró a tranquilizarla. No, no. Los Consejos de los Cambiantes han dividido las zonas geográficas en barrios, y en cada barrio se elige a una persona para que sea el Guardián y represente a ese barrio en el Consejo. Es cierto que sabemos muy poco sobre los Pícaros. Se creía que se habían extinguido, no se sabía nada de ellos desde hacía al menos dos siglos, hasta el mes pasado, cuando un leopardo negro aterrorizó a unas mujeres metamorfomago en el valle del Hudson, al norte de aquí.

¿Un leopardo negro? Su voz se entrecortó. *Mi tía Beatriz.*

Sí.

¿Hubo... alguien herido?"

No. Fue detenida con la ayuda de un Djinn local, y...

¿Un Djinn?" Ella levantó la cabeza, sobresaltada, y dirigió hacia él aquellos ojos luminosos.

¿Los djinn existen?

No pudo evitar reírse y se quedó boquiabierto, con el perro jadeando de diversión. *Oh, sí, muy real. De hecho, uno de los veterinarios de la clínica donde estoy haciendo la residencia está casado con una.*

Ella le miró fijamente, pareciendo enmudecida. Empujó el hocico contra los barrotes de la jaula.

Debo irme, llevo aquí demasiado tiempo y puede venir alguien en cualquier momento. Déjame hablar con Maroulla, nuestra Guardiana. Quiero que intentes comer cuando te traigan comida y que no cedas a la desesperación. Encontraremos alguna forma de ayudarte. Te lo juro.

No sé qué puedes hacer. Su voz mental temblaba de incertidumbre. *Pero si hay alguna posibilidad... Quiero una vida. Pero no si voy a ser una asesina.*

Volveré cuando haya hablado con ella.

Se puso a cuatro patas, acurrucándose sobre patas silenciosas cerca de los barrotes que los separaban, frotándose a lo largo de ellos como una gata. *Gracias, le dijo. Me has dado esperanza, cuando creía que no la había. Y si no hay manera para mí, siempre recordaré que lo intentaste.*

CAPÍTULO 4



LIAM REGRESÓ AL bed and breakfast, tras haber llamado a Katerina para pedirle que se reuniera con él en la posada, y también a Troy, si estaba disponible. Cuando se dirigía a la escalera, vio a Tamera, la recepcionista pelirroja de la clínica, en el salón, sentada con un joven unos años más joven que él en un sofá de dos plazas ante un alegre fuego. Levantó las cejas, sorprendido, y se desvió hacia el salón.

"¿Tamera?", preguntó.

Levantó la vista y asintió con una sonrisa pertinaz. "Sí. Y éste es Kester Kazakis, mi Elegido".

Liam se rió cuando Kester se levantó, tendiéndole la mano, y los dos hombres se estrecharon las manos.

"Otro Kazakis, ¿eh?"

Kester sonrió. "Estamos en todas partes".

Liam repasó lo que sabía de la familia. "¡Ah! ¿Tú eres Christopher? ¿El hermano de Katerina?"

"Mm. Qué suerte tengo".

Tamera le dio un manotazo. "La quieres, idiota".

"¿Yo?"

Sólo soltó una risita.

"Katerina te habrá llamado para que vengas a vernos aquí. Ahora está de camino".

Para su diversión, Tamera se coloreó de lo lindo. "No llevábamos el móvil encima. Fuimos a dar un paseo por el bosque -dijo agachando la cabeza.

Por el rubor de ella y la sonrisa de Kester, Liam dedujo que había habido algo más que un paseo.

"Nosotros también nos alojamos aquí, en el bed and breakfast", le dijo Kester. "Estamos buscando una casa, pero aún no la hemos encontrado. Así que... ¿negocios de cambiaformas?"

"Sí. ¿Sabes lo del leopardo nublado del zoo?"

Kester asintió, volvió a sentarse junto a Tamera y tiró de ella para acercarla. "Sí, Katerina nos ha mantenido informados. ¿Se trata de ella?"

"Llamé a Maroulla de camino a casa y le di un informe completo. Se ha puesto en contacto con el Consejo y me volverá a llamar. Mientras tanto, todos tenéis que saber qué pasa".

"Eso no suena nada siniestro", dijo Katerina al entrar por la puerta, con Troya un paso detrás de ella. Como el metal a un imán, se dirigió a través de la habitación hacia la mesa del bufé que

contenía bebidas y platos de galletas y brownies. "Es demasiado tarde para el café, no conseguiría dormirme", dijo, sonando arrepentida. "Pero hay cacao caliente y sidra caliente. ¿Troy?"

"Para mí, sidra", dijo, poniéndose cómodo en el otro sillón, colocado en ángulo con el que ocupaban Kester y Tamera.

"De acuerdo". Un momento después regresó Katerina, entregándole a Troy una taza de sidra humeante y una servilleta con dos brownies. "Un segundo, Liam", dijo por encima del hombro mientras volvía al bufé. "Tengo que coger una sidra para mí".

"Vale", dijo ella, volviendo y acomodándose junto a Troy. "¿Qué pasa?"

Liam tomó asiento en una silla de estilo victoriano con esbeltas patas curvadas. "¿Recordarás que te dije que cuando detuvieron a esa familia de pícaros, había pruebas de la existencia de otra hermana?"

Todos asintieron expectantes, y Katerina se apresuró a preguntar: "¿La han encontrado?"

Liam hizo una mueca. "En cierto modo. Es el leopardo nublado que me llamaron del zoo para examinar. No es una Rogue, y yo diría que tiene una brújula moral bastante fuerte. Tiene tanto miedo de convertirse en una Rogue como las demás mujeres de su familia, que consiguió colarse en el zoo con los demás leopardos. Lleva allí casi un año. Su leopardo está tan abatido que ha dejado de comer. Pero se niega a marcharse, por miedo a que ataque a alguien algún día".

"¡Pobrecita!" dijo Tamera con rápida compasión.

"La tía de esa pobre casi consigue matar a una de mis hermanas y sobrinas", le recordó Kester, "además Beatrice atacó a Katerina y Troy en su casa".

"Pero esa es su tía, no ella", le dijo Tamera frunciendo el ceño. "Katerina, ¿qué te parece?"

Katerina se había estremecido ante la mención de los traumáticos sucesos del mes anterior, y el brazo de Troya la rodeó con fuerza. Parecía desgarrada.

"No sé lo que pienso", dijo con franqueza. "Por un lado, sí, siento pena por ella, pero luego recuerdo a Beatrice y no puedo evitar volver a sentir miedo". Tragó saliva y miró a Liam. "¿Estás seguro de que no es una Pícaro? ¿De verdad, de verdad, cien por cien seguro?"

"Lo estoy", respondió Liam sin vacilar. "Pero además, no depende de mí. He expuesto la situación y mis impresiones ante Maroulla. Ella y el Consejo tomarán las decisiones sobre lo que hay que hacer".

Kester se revolvió. "Nos enseñaron que los pícaros son manipuladores, como lo sería un psicópata. ¿Estás seguro de que no está montando un espectáculo?"

Liam sacudió la cabeza con decisión. "No lo está, estoy completamente seguro de ello. Estaba en mi forma Cambiada y hablé con ella de mente a mente. Como todos sabemos, es casi imposible ocultar nuestros pensamientos y emociones cuando nos comunicamos de ese modo. Consideré la posibilidad, pero su depresión y su miedo a convertirse en asesina son demasiado profundos para fingirlos. Yo diría que también temía a su madre y a su tía cuando era pequeña. Recuerda a su abuela materna y a su abuelo con bastante afecto. Por lo que pudimos ver, sus abuelos no tenían ni idea de en qué se habían convertido Beatrice y Valerie, que es la madre".

"Pero..." Katerina hizo una pausa y frunció el ceño mientras recapacitaba. "Quiero decir, te entiendo, pero ¿cómo podemos estar seguros de que no se convertirá en Pícaro en el futuro?"

"¿Cómo podríamos?" replicó Tamera frunciendo el ceño. "Si se preocupa por ello, ¿no es eso una... una... contraindicación? ¿Contradicción? Lo que sea. Sólo lo digo. Quiero decir que yo también soy nueva en todo esto, pero me han dado un curso intensivo sobre los Pícaros, todos lo son, por lo que sé. Y una de las cosas que más recalcan es que los Pícaros no sienten remordimientos ni empatía. Son psicópatas. Esta mujer ni siquiera ha hecho nada, y siente

remordimientos por lo que pueda hacer en el futuro. Eso no demuestra falta de empatía; de hecho, parece que es muy empática".

Troy entró en la discusión. "Siempre nos han dicho que ser Pícaro no era genético, y sin embargo aquí tenemos a cinco mujeres en dos generaciones que se han vuelto Pícaras. Que cinco de cada seis se vuelvan psicópatas no es muy buena probabilidad, y apunta a algún factor genético".

"O crianza", replicó Liam. "Tenía claro que su madre y su tía animaron a las hermanas a convertirse en Pícaras, y las educaron para que creyeran que era su destino, o lo que fuera. La abuela materna estaba casada, y felizmente. El abuelo murió a una edad avanzada por causas naturales... y sí, lo comprobamos", añadió. "Maroulla tenía el nombre y la dirección de la familia en Florida, y pudo encontrar los obituarios de ambos abuelos".

"Vaya, esto se está complicando", se quejó Katerina, frotándose la frente. "Así que sus hermanas la educaron en la creencia de que está bien aparearse con un hombre y matarlo a él y a los bebés... cosa que, obviamente, Valerie no hizo, contrariamente a todo lo que nos enseñaron sobre los pícaros... ¿quizá sólo matan a los bebés varones? ... ¿pero esta hija se las arregla para no tragárselo?".

"¿Cómo no voy a sentir lástima por ella, creyendo que está destinada a convertirse en malvada, y no queriendo hacerlo?". preguntó Tamera. Miró a Kester, que estaba a su lado. "¿No hay alguna forma de demostrar que es inocente? No sólo ahora, sino que no se convertirá en Pícara en el futuro".

"No, a menos que puedas mirar en su alma", le dijo. "¡Eh! ¿Y ese tipo, el príncipe Djinn?"

Katerina negó con la cabeza. "Lee la mente. Los pensamientos, ¿sabes? No puede ver si se va a convertir Rogue, si ni siquiera ella lo sabe. Lo único que vería es que está preocupada por convertirse, cosa que ya sabemos por Liam".

"A menos, claro, que realmente lo sea y esté manipulando la situación", añadió Kester.

"¡No lo está!" insistió Liam, sintiendo cómo se formaba una lenta llamarada de ira. "Por el amor de Dios, lleva un año encerrada en un recinto de leopardos del zoo para no hacer daño a nadie. ¿Por qué iba a hacer eso si su objetivo era salir a cazar y matar?"

Troy se lo pensó mejor. "Si sabe que hemos capturado a su madre y a sus hermanas, y a Beatrice, seguro que sabe que el Consejo la conoce y la está buscando. Por eso hace esto, para que parezca que es inocente". Levantó las manos en un gesto pacífico. "No digo que eso sea lo que ocurre aquí. Sólo planteo posibilidades".

"Y eso me recuerda", les dijo Liam. "Naomi ni siquiera conocía el Consejo. Tampoco le enseñaron que los Cambiantes tienen leyes. Demonios, ¡ni siquiera sabía que existían los Djinn! Además, se encerró en ese zoo mucho antes de que Beatrice llegara aquí al Valle".

"¿Qué edad tiene?" preguntó Katerina. "¿Y qué ha estado haciendo hasta el momento en que se metió en ese zoo?".

Liam parecía disgustado. "No se me ocurrió preguntar", admitió.

Tamera sacó el portátil en un santiamén. "¿Cómo se llama? Voy a suponer que vivía y trabajaba en algún lugar de Nueva York".

"Naomi Kerrigan".

Sus dedos golpearon la superficie lisa y, de repente, se echó a reír.

"¿Qué? preguntó Katerina.

"Tiene veinticinco años y... ¡es bibliotecaria!".

Liam sintió que se le caía la mandíbula. "¿Un bibliotecario?"

gritó Katerina. "El Bibliotecario Pícaro... ¡Me encanta!"

"No es una Pícaro", dijo Liam en tono de protesta, pero las dos mujeres se estaban riendo y él puso los ojos en blanco.

"Suena como el título de una mala novela romántica. ¿Dónde encontraron a su familia? ¿En qué ciudad?" preguntó por fin Tamera, secándose los ojos cuando se le pasó la hilaridad.

"Palm Beach, creo".

"Exacto", confirmó Tamera, desplazándose por la ventana que aún tenía abierta en el portátil. "Se licenció en Biblioteconomía, y después parece que se mudó a Sarasota y trabajó un par de años en una biblioteca pública antes de venir hacia aquí. Dios mío".

"¿Qué? preguntó Katerina, y Tamera levantó la vista, sonriendo.

"Trabajaba en la biblioteca pública de Nueva York, ¡en su nuevo bibliobús!".

"¿En serio? Oh. Em. Caramba. Ya me cae bien".

"Lo sé, ¿verdad?"

Kester frunció el ceño. "¿Hola? ¿Posible asesino Rogue?"

"¿Una bibliotecaria del bibliobús?" Katerina se burló de su hermano. "Ni hablar".

Troy murmuró: "¡Mujeres!" en voz baja, y Liam le lanzó una mirada comprensiva.

El teléfono de Liam zumbó y leyó el mensaje entrante. "Es Maroulla. Quiere hablar por FaceTime", les dijo.

"Yo me encargo", dijo Tamera, abriendo una ventana en su ordenador y conectando la aplicación. Sonrió cuando el rostro de la anciana apareció en la pantalla. "Hola, Maroulla. Estoy aquí con Kester, Katerina y Troy. Y Liam, por supuesto".

"Excelente. Bueno, lo primero es lo primero", dijo Maroulla con decisión. "Tuvimos una rápida reunión del Consejo en Zoom y discutimos la situación. Todos estuvimos de acuerdo en que tenemos que sacar a esa joven de allí y devolverla a su forma humana. Pasar meses como su gato no ayuda en absoluto. Por nuestra parte, nos encargaremos de que la liberen. Haremos que el Santuario prepare la documentación, que la denuncien como mascota exótica y sugeriremos que, al parecer, alguien la abandonó en el zoo. No es lo ideal, pero lo importante es liberarla lo antes posible".

"Estoy de acuerdo", dijo Liam, y Troy asintió también.

"¿Entonces qué?" preguntó Katerina, inclinándose hacia delante para hablar con su abuela. "Quiero decir, ¿adónde irá una vez que haya salido? Liam está tan seguro de que no se va a convertir en Rogue y, por supuesto, si no ha hecho daño a nadie, no veo... bueno", dijo tanteando un poco, dándose cuenta de que estaba pisando terreno peligroso. "No es que intente decir lo que el Consejo puede o no puede hacer, pero...".

"Lo comprendo", le aseguró Maroulla. "Es una situación complicada. Y tienes razón, por supuesto, no será encarcelada. Al contrario, podría sernos de gran ayuda al darnos información sobre los Pícaros, al haber crecido tan cerca de ellos."

"Sobre todo teniendo en cuenta que casi todo lo que creíamos saber sobre los pícaros se esfumó cuando descubrimos ese grupo familiar", dijo Kester con ironía.

Maroulla reconoció la verdad con un movimiento de cabeza. "Así es. Al mismo tiempo, eso nos permitirá mantenernos en estrecho contacto con ella, hasta el momento en que podamos estar absolutamente seguros de que no será un peligro."

Liam frunció un poco el ceño. "¿Cómo puede alguien asegurar absolutamente algo así? No sólo sobre Naomi, sino sobre cualquier cambiaformas".

"Buena observación", dijo Maroulla. Parecía arrepentida. "Pero la mayoría de los cambiaformas tampoco tienen cinco familiares directos que se hayan convertido todos en Pícaros. *Debemos* tomar precauciones, Liam, aunque comprendo tu postura. Desde luego, no

abogo por encerrarla, pero queremos que esté donde podamos vigilarla. Y -continuó, mirando a uno y a otro de ellos-, con tantos de vosotros allí, tan cerca los unos de los otros, y con los lazos de parentesco formados y formándose, me inclino fuertemente a quererla allí con vosotros."

Troy pareció ansioso, y su brazo se tensó alrededor de Katerina, pero ella puso su mano sobre la de él, mirándole para tranquilizarle.

"Ella es mi YiaYia, Troy. Nunca se plantearía pedirnos esto si pensara que hay alguna posibilidad de peligro". Katerina miró a su abuela. "¿Tú lo harías?"

Los labios de Maroulla se crisparon y se curvaron en una sonrisa reticente.

"No", admitió. "Pero, como Alcaide, tengo que atenerme a mi postura oficial. Y también hay otra consideración para pedirnos a todos que la acojáis. Por lo que parece, esta joven ha estado gravemente traumatizada toda su vida, rodeada de asesinos impenitentes, y probablemente, por lo que puedo adivinar, a menudo ella misma se siente amenazada por su propia familia. Tanto ella como su gato necesitan sentirse seguros, y no se me ocurre ningún sitio donde preferiría tenerla que con todos vosotros".

Troy la miró fijamente y luego inclinó lentamente la cabeza. "Me parece un cumplido tremendo. Gracias".

"De nada. Ahora", dijo Maroulla con decisión. "En cuanto tengamos confirmada su liberación con el zoo, quiero que dos de vosotros vayáis a recogerla. Tú, Liam, porque eres conocido del zoo y conocido de ella. Tendréis que coger una furgoneta y, una vez que la hayáis puesto a salvo, hacer que la cambien. Cuanto antes esté en forma humana, mejor, después de tanto tiempo. Necesitarás que conduzca otra persona. Me pondré de acuerdo con Angus para que tenga una habitación allí, en el Bed and Breakfast. ¿Sabemos si tiene pertenencias?"

"Eso no lo sé", respondió Liam un poco irónico. "Nunca se me ocurrió preguntar. Tendría que tener al menos un bolso, una cartera, escondidos en alguna parte. A menos que los tirara a una alcantarilla o algo así de camino al zoo. Está claro que consideró que ir al zoo era una solución permanente, así que puede que lo destruyera todo".

"Bueno, averígualo, así si necesitamos conseguirle una identificación de sustitución y demás, podremos ponernos a ello. También necesitará ropa..."

Katerina se acercó para que la vieran por la cámara. "Puedo ocuparme de eso, YiaYia".

Maroulla sonrió. "Gracias, querida. Pensé que quizá lo harías".

"¿De compras!" Tamera rebotó un poco en el cojín del sofá y sonrió a Katerina, que le devolvió la sonrisa.

"Haremos que Jacinth y Talya participen", dijo Katerina, con cara de satisfacción. "Podemos hacer la comida..."

Maroulla se aclaró la garganta. "¿Chicas? Concéntrate".

"Ah, claro", Katerina se echó hacia atrás, avergonzada.

"Ahora". La voz de Maroulla reanudó su habitual tono nítido y serio. "Me gustaría que todos mantuvierais los sentidos bien abiertos cuando estéis cerca de ella. Queremos estar absolutamente seguros de que no está jugando con todo el mundo. Al mismo tiempo -continuó, con el ceño fruncido por la preocupación-. "Si, como sospechamos, es realmente una víctima en todo esto, no queremos que se sienta constantemente juzgada. Sé que es una línea difícil de caminar, pedirte que la abracés en amistad y, al mismo tiempo, estés alerta ante cualquier signo de mala intención..."

"Podemos hacerlo", retumbó Troy con su voz profunda cuando Maroulla hizo una pausa. "Sólo he conocido a la única Pícara, Beatrice, pero nunca me cayó bien, desde el principio, cuando empezó a trabajar en la clínica. No era algo que pudiera explicar, sólo que nunca me sentí

cómoda con ella".

"Nunca conocí a Beatrice en forma humana -insertó Katerina-, pero Jacinth sí, y a ella también le desagradó instintivamente de inmediato. Pero Liam ha hablado con Naomi en su forma Cambiada. Él sabría si ella era Rogue, YiaYia".

"Está demasiado débil para realizar ese tipo de manipulación", les dijo Liam. "Se le ven las costillas bajo el pelaje, que está en parches, y han tenido que ponerle suero intravenoso para hidratarla. Mi Pirineo no sintió ningún peligro por ella; de hecho, quería consolarla. Por supuesto, los grandes pirineos son muy protectores, para eso se les cría. Pero aun así, también tienen incorporado un sistema de alerta ante el peligro, como complemento de su lado protector. Mi instinto de peligro no sonó ni una sola vez mientras estuve con ella".

"Te creo", le aseguró Maroulla, "o no la enviaríamos allí. Me recuerda a un viejo dicho árabe: "Pon tu confianza en Alá, pero ata fuerte a tu camello".

Katerina se rió. "¡Eso me gusta! Lo entiendo perfectamente. Vale, confiaremos en los instintos de Liam, pero vigila con cautela".

"Muy bien, entonces está decidido. Puede que el papeleo tarde un par de días en tramitarse, pero -sonrió Maroulla, sus ojos oscuros destellaban divertidos- voy a suponer que el zoo se sentirá aliviado de salir de esta situación embarazosa en la que se ha metido. Así que no creo que tarden demasiado".

"Según Ramón, todavía están destrozando la sala de archivos en busca de papeles", convino Liam. "No podemos explicar que un metamorfo se coló en el zoo y se instaló allí".

"Entonces, ¿tenemos un plan?" preguntó Maroulla.

Hubo un coro de asentimientos, y Tamera terminó la llamada. Volvió a sentarse contra los cojines del sofá, apoyándose en el abrazo de Kester.

"Bueno, esto será interesante".

"Lo siento por ella", dijo Katerina, moviendo la mirada de un rostro a otro. "Si realmente es una inocente en todo esto, quiero decir... ¿te imaginas crecer con tu madre y tu tía siendo Pícaras y animándoos a ti y a tus hermanas a salir y... a matar gente?"

"Por lo que me dijo, se esperaba que las chicas fueran Rogue", confirmó Liam. "Naomi era la rara por no querer serlo. Aunque no lo dijo, tuve la impresión de que la maltrataron por no alinearse con el resto".

"Voy a sugerir que Jacinth esté aquí, para la reunión inicial", retumbó Troy. Su mirada preocupada se posó en el rostro de Katerina. "Ella fue la que pudo identificar a Beatrice en la feria a la que fuisteis".

Katerina asintió pensativa. "Se lo preguntaré. Aunque ninguno de nosotros perciba nada raro en ella, creo que todos podremos respirar más tranquilos si Jacinto lo confirma".

"Estoy de acuerdo", dijo Tamera. "Así que... ahora esperamos".

"Ahora esperamos".

CAPÍTULO 5



"DE ACUERDO, TENEMOS UNA OPORTUNIDAD", Liam entró en el despacho de Troy dos días después, con el teléfono en la mano. "Podemos recogerla del zoo esta tarde, o en cualquier momento después. Tengo la sensación de que están ansiosos por deshacerse de ella".

Troy miró el reloj de su mesa. "Douglas acaba de llegar de su ronda en el granero, déjame ver si puede cubrirme".

Tras una rápida llamada telefónica, Troy recogió el expediente que tenía ante sí. "Douglas está listo. Si me das diez minutos para pedir las recetas, puedo conducir. Llevaremos la furgoneta móvil. No sólo pareceremos oficiales, sino que tiene espacio de sobra en la parte de atrás para su jaula, además de espacio para moverse una vez que estemos fuera y pueda cambiarse".

"Tengo que admitir que, cuando entré en la práctica veterinaria, esto distaba mucho de lo que tenía en mente", admitió Troy mientras se alejaban de la clínica, media hora más tarde. "No sabía nada de cambiaformas, ni de Pícaros, ni de Djinn, ni de nada".

"He oído que tu introducción en nuestro mundo fue un poco dramática", dijo Liam.

Troy resopló. "Mi gato se convirtió en mi novia -nada menos que desnuda- y un leopardo salvaje se abrió paso arañando la puerta de mi casa. Nos salvaron Jacinto, el amigo de Katerina, que resultó ser un djinn, y un príncipe djinn, que nos llevó inmediatamente para testificar ante tu Consejo. Yo diría que fue un poco dramático".

Liam hizo una mueca de dolor. "Sí. De hecho, eso suena más traumático que dramático".

"Has acertado. Pero salió bien". El gran veterinario sonrió, flexionando los dedos sobre el volante mientras se incorporaba al tráfico de la autopista. "Valió la pena tener a Katerina en mi vida. Hasta entonces era solitario. Tenía mi perro, mis caballos. Ahora está la familia Kazakis, y los cambiaformas, y los Djinn, y ahora el grupo de Marruecos".

"Y no olvidemos a la misteriosa pareja que regenta el bed and breakfast", añadió Liam riendo. "Maroulla dijo que nadie sospechaba siquiera que no fueran estrictamente humanos, hasta que aquellos secuestradores de Marruecos vinieron a por Tamera la segunda vez".

"Letal", también. No es que Mahmoud, o Stephan, o como se llamara en realidad.... no se lo mereciera, dado por lo que había hecho pasar a aquellas mujeres. Pero la muerte por arenas movedizas". Hizo una mueca expresiva. "No es una buena forma de morir".

Liam se giró en su asiento para mirar fijamente a Troy. "¿Arenas movedizas?"

"No habías oído esa parte, ¿eh?".

"Ni una palabra".

"Al parecer, Angus puede levantar, supongo que lo que llamarías defensas mágicas. O algo

así. Los intrusos que entran en su propiedad con malas intenciones -y sí, así me lo explicaron- se hunden en arenas movedizas. Un par de tipos con pistolas tranquilizantes intentaron atrapar a Tamera, unos días después de que volviera de Marruecos, y quedaron atrapados en ellas. Fueron rescatados por unos metamorfos que habían estado vigilando la posada, y enviados al Consejo. Pero el jefe, que se hacía llamar Mahmoud, aunque al parecer ése no era su verdadero nombre, fue tras Tamera cuando estaba en el bosque. Ella se subió a un árbol para esconderse de él, y él fue absorbido por las arenas movedizas, y eso fue todo para él".

"Eso es... inquietante", decidió Liam, con la carne erizada ante la idea.

"Sí, no es broma. Aparentemente, el suelo está perfectamente bien para cualquier otra persona. Katerina jura que ha pasado por esos bosques millones de veces en su forma de gato, y no hay arenas movedizas".

Liam se lo pensó mejor. "Entonces, ¿la propia tierra es... sensible? ¿De algún modo conoce las intenciones de alguien -aventuró con cautela- y se convierte en arenas movedizas bajo los pies de los malos?".

"Aparentemente".

Pensar en vagar por un bosque con arenas movedizas ocultas y potencialmente sensibles, hizo que Liam tragase saliva. "No estoy seguro de poder entrar ahí, ahora que lo sé".

"Estoy contigo en eso".

Cuando llegaron al zoo, Liam dirigió a Troy a través del laberinto de aparcamientos y caminos de servicio hasta la parte de atrás, donde les esperaban varios empleados del zoo, reunidos alrededor de una jaula de tamaño mediano que descansaba sobre la acera.

"Les envié un mensaje de texto mientras estabas repostando en la gasolinera cuando salimos de la autopista", explicó Liam en un rápido aparte. "Para que nos estuvieran esperando".

Troy se detuvo junto al grupo y Liam salió de la furgoneta. El hombre de más edad se adelantó, con una mano extendida.

"¿Dr. McConnell? Soy el Dr. Marshfield. Tenemos que darte las gracias por ayudarnos a solucionar todo esto".

Liam estrechó la mano que le ofrecía y señaló con la cabeza a Ramón, que estaba de pie junto a la jaula con otro cuidador del zoo. Señaló a Troy, que se acercaba por la parte delantera de la furgoneta. "Éste es mi socio, el Dr. Troy Shelton".

El doctor Marshfield estrechó la mano de Troy, negando con la cabeza. "Esto no tiene precedentes. Nunca habíamos tenido el caso de un animal indocumentado en el zoo".

Liam infundió simpatía a su voz. "¿Quién podía prever que alguien llegaría tan lejos para deshacerse de una mascota salvaje? Pero al menos hicieron todo lo posible por hacer lo correcto con ella. No la abandonaron al borde de la carretera o en algún bosque".

"Cierto, cierto", asintió el Dr. Marshfield. Hizo un gesto a uno de los hombres que le acompañaban, que se adelantó con un portapapeles.

"El papeleo nos ha llegado por fax esta mañana. Todo está en orden, sólo necesitamos tu firma y podrás irte con ella".

Mientras firmaba los papeles, Ramón y el otro cuidador del zoo levantaron la jaula y la acercaron a la furgoneta, mientras Troy abría la puerta lateral para que pudieran deslizarla dentro. Ramón se quedó atrás mientras los otros hombres se marchaban, con la mirada fija en el pequeño leopardo que yacía en la jaula.

"¿Se pondrá bien?" preguntó a Liam, sonando dubitativo.

"Estará bien", tranquilizó Liam al joven, y Troy asintió con la cabeza. "La hemos colocado en un santuario de animales salvajes en Ohio. La cuidarán y la tratarán bien".

"Empezó a comer, después de tu visita de la otra noche", informó Ramón, que parecía un poco más contento. "Pudieron suspender los líquidos intravenosos". Sacudió la cabeza. "Menuda magia tienes con los animales, tío. Ojalá yo la tuviera".

"Tienes buenos instintos", dijo Liam, apoyando la mano en el hombro de Ramón. "Aprende a confiar en ellos. Tenías razón en que estaba deprimida. Le irá mejor en su nuevo entorno. Estoy seguro de ello".

"Bueno, eso está bien". Ramón retrocedió con un breve gesto de la mano, y se dio la vuelta mientras Liam ocupaba su asiento junto a Troy en la furgoneta.

Esperó hasta que la furgoneta salió del aparcamiento del zoo, Liam se desabrochó el cinturón de seguridad y se dirigió a la parte trasera de la furgoneta. Abrió la puerta de la jaula, sacó a la leopardo nublada, la colocó en el suelo de la furgoneta y se sentó a su lado. Le subió la cabeza al regazo y la acarició suavemente.

"Siento lo de la sedación", se disculpó. "Es el procedimiento habitual, pero pronto te sentirás más alerta".

Su elegante cabeza se movió un poco, y una lengua ancha le pasó ásperamente por el brazo. Él sonrió.

"Buena chica. En cuanto te sientas con fuerzas, puedes cambiarte. Tengo aquí una especie de ropa para ti... un caftán, creo que se llama. También hay un cepillo para el pelo. Cuando lleguemos a la posada, las chicas se encargarán de ponerte algo de tu talla, ¿vale?".

Volvió a mover la cabeza, en señal de asentimiento, y cerró los ojos. Por su respiración constante, supo que dormía, y se sintió extrañamente satisfecho de que confiara en él lo suficiente como para dejarse dormir; de lo contrario, habría luchado más contra la sedación, intentando mantenerse despierta.

Sin embargo, no fue hasta que salieron de la autopista en el valle del Hudson cuando volvió a abrir los ojos y levantó la cabeza para mirar a su alrededor. Se puso en pie de un salto, aunque se balanceaba con dificultad.

"No tardaremos mucho en llegar a la posada", le dijo Liam. "¿Te sientes capaz de cambiar?"

Ella asintió, alejándose de él hacia la parte trasera de la furgoneta. Él se puso en pie y avanzó, cogiendo la pequeña bolsa que le había proporcionado Katerina. La colocó junto a ella y se deslizó por el reposabrazos central para volver a ocupar su lugar en el asiento delantero, dándole intimidad.

El zumbido de la magia cambiaformas llenó la furgoneta y luego se desvaneció. Esperó unos minutos, oyendo el crujido de la tela procedente de la parte trasera. Cuando por fin lo consideró seguro, se giró en el asiento para mirar hacia la parte trasera de la furgoneta.

La joven sentada en el suelo con las piernas cruzadas era esbelta, incluso delicada, de rasgos suaves. Sus ojos azules y grises, del color de los mares tormentosos, y su pelo rubio pálido hacían resaltar su piel clara como la porcelana. Era demasiado delgada, y sus clavículas y muñecas mostraban ángulos agudos. Pasaba un cepillo por la masa de pelo de aspecto sedoso, que parecía largo por detrás, pero corto por delante, de modo que unos mechones enmarcaban el suave óvalo de su rostro.

"Hola, Naomi". Liam sonrió, mirándola. "Me alegro de conocerte por fin".

"Yo también", dijo Troy, lanzando una rápida sonrisa por encima del hombro antes de volver a centrar su atención en la carretera. "Soy Troy Shelton, uno de los socios de la clínica veterinaria donde trabaja Liam".

"Gracias. Le tembló la voz y se detuvo en el cepillado. Su mirada recorrió nerviosamente el perfil de Troy, y luego se posó en Liam. Intentó sonreír, pero le costó un gran esfuerzo.

"¿Adónde me llevas? Sé que dijiste que a una posada..." -su voz se entrecortó, y la expresión de ansiedad de su rostro se intensificó.

"En realidad, es una pensión", explicó Liam. Dejó que su entusiasmo por el edificio se reflejara en su voz. "Es una antigua casa victoriana reformada y convertida en pensión. Es muy bonita, con adornos de pan de jengibre, balcones y torrecillas".

Troy soltó una risita, que fue más bien un profundo estruendo en su pecho. "Katerina -es mi prometida- se quedó allí en una de las torretas durante un tiempo. Me dijo que se sentía como una princesa".

Liam asintió. "Y el hermano de Katerina, Kester, y su prometida, Tamera..."

"Que también es una de nuestras recepcionistas en la clínica", interrumpió Troy.

"Actualmente se alojan allí, junto con la hermana de Tamera. Ambos son metamorfos caracales, mientras que Kester y Katerina son mapaches de Maine".

Troy debió de ver las expresiones contradictorias en la cara de Noemí, porque soltó otra risita profunda.

"Sí, por aquí somos la central de los metamorfos. Tenemos un cambiaformas para un herrero local, por no hablar de que es el jefe de un equipo de construcción formado en su mayoría por gatos monteses".

"En realidad, es Otra Central". Liam sacudió la cabeza, perplejo. "En serio. Uno de los otros socios está prometido a un Djinn, y además el dueño de la pensión, Angus, y su mujer, Renee, son algún tipo de Otro y nadie tiene ni idea de qué clase... y no lo dicen".

La sonrisa de Naomi era vacilante, pero era una sonrisa al fin y al cabo, y Liam se sintió satisfecho de sí mismo.

"No sabía que los Djinn eran reales hasta que me lo dijiste el otro día. O que había otros tipos de... ¿Otros? ¿Así es como los llamas? Otros sobrenaturales..."

"Especies", añadió Liam.

"O seres", dijo Troy.

"Cierto, esos. Seres o especies sobrenaturales". Naomi parecía estar memorizándolo. "Cambiaformas y Djinn".

Troy hizo una mueca, no parecía muy contento. "Y los Hombres Lobo, no podemos olvidarnos de ellos. Aunque lo haría, felizmente. Estaba más que contento pensando que los hombres lobo no eran más que un mito, te lo aseguro".

La expresión de Naomi era una mezcla atónita de incredulidad, diversión y horror. "¿Hombres lobo? ¿De verdad?"

"Sí, eso me acaban de decir". dijo Troy con amargura mientras reducía la velocidad de la furgoneta para girar bruscamente a la derecha. Levantó un dedo del volante para señalar delante de ellos. "Esta carretera pasa justo por delante de mi casa, y donde se cruza con la siguiente carretera principal es donde está el B&B".

Naomi avanzó hasta arrodillarse justo detrás de los asientos delanteros, levantándose para mirar por el parabrisas.

"Allí", Troy señaló una extensa granja de dos plantas a la izquierda, con un granero al lado y grandes caballos negros pastando en un prado vallado de blanco. "Ésa es mi casa".

"¡Vaya!" Los ojos de Naomi se abrieron de par en par. "¡Caballos!"

"Sí", Troy sonó complacido. "Frisonos. Tengo tres yeguas y un semental. Están criados para la doma, aunque yo mismo no los entreno".

"Frisonos... es ese caballo que salía en la película Lady Halcón, ¿verdad? ¿El corcel del caballero?"

"Oye, conoces tus películas". Troy le dirigió una mirada de aprobación.

"Sí, me encantan las películas antiguas".

"Entonces te vas a llevar muy bien con el resto de las mujeres", se rió Troy. "Se reúnen cada una o dos semanas para una noche de cine de chicas, con todos los adornos".

Naomi pareció encogerse sobre sí misma, y Liam maldijo para sus adentros. Demasiado, demasiado pronto.

"Entonces... ¿qué voy a hacer ahora?" preguntó Naomi, sonando más tímida que hace unos minutos. "Es decir, estaré en la posada, ¿pero después qué?".

"Luego te centrarás en conseguir algo de ropa, restablecer tu situación legal obteniendo el carné de conducir y la tarjeta bancaria. Supongo que aún los tendrás en alguna parte".

Ella asintió insegura. "Sí. No sabía qué hacer con todo. Regalé todos mis muebles y pertenencias, excepto algunos libros favoritos de los que no podía desprenderme, aunque pensara que no volvería a verlos... pero no sabía qué hacer con mi coche. Así que lo empaqueté todo y lo metí en un almacén de larga estancia. Configuré el pago automático de mi banco. Supuse que se quedaría para siempre, hasta, no sé". Se encogió de hombros. "No pensé tanto".

"Iremos a buscarlos en algún momento de los próximos días", dijo Liam con decisión. "Y tú, jovencita, vas a centrarte en recuperar tu salud".

Ella agachó la cabeza, pareciendo la viva imagen de la culpabilidad, y a él le costó mucho no reírse. Troy se rió, y Liam le lanzó una mirada, luego volvió a centrar su atención en Naomi.

"Lo digo en serio. Eres piel y huesos, Naomi. Y llevas demasiado tiempo en tu forma gatuna. ¿Supongo que no te lo advirtieron tu madre o tu tía?".

Ella le dirigió una mirada de desconcierto y él suspiró un poco. "Claro, por supuesto que no. No te preocupes, lo repasaremos más tarde".

La carretera tomó una curva y las casas desaparecieron tras ellas al atravesar un tramo muy arbolado. Naomi se quedó boquiabierta cuando los árboles se acabaron de repente y apareció un césped amplio y liso, con la mansión victoriana encaramada en una ligera elevación, como una especie de castillo de fantasía. El verde menta pálido con brillantes adornos de pan de jengibre blanco la impresionó, al igual que las torrecillas que se perfilaban contra el cielo azul claro.

"¡Oh! ¡Es precioso!"

Troy parecía satisfecho mientras frenaba la furgoneta, haciendo el giro para entrar en la entrada. "A Katerina le encantaba. Estuvo encerrada aquí unas semanas, mientras Beatrice la acechaba". Sacudió la cabeza. "¡Aún me cuesta creer que aquella mierda fuera real, y que yo estuviera allí!".

Sin embargo, Noemí palideció y retrocedió físicamente. "¿Beatrice? ¿Mi tía Beatrice? ¿Estaba acosando a tu prometida? ¿A Katerina?"

Ah, diablos, pensó Liam. Se había cuidado mucho de que Naomi no supiera nada de su historia con Beatrice, adivinando, con razón, que eso la sacudiría.

"No puedo enfrentarme a ella... ¡a ninguna de ellas! No puedes llevarme allí". Naomi sonaba desesperada, con voz desesperada. "¡Todos me odiarán y tendrán razón!"

Liam se giró completamente en su asiento mientras Troy aparcaba la furgoneta delante de la entrada.

"Naomi", dijo, manteniendo la voz suave. "Nadie te odia. Todos lo comprendemos, pero tú no tienes la culpa de lo que hizo Beatrice... de lo que hizo ninguno de ellos. Sí, Beatrice es tu tía, pero tú fuiste tan víctima como aquellos a los que convirtió en su objetivo. Lo entendemos, ¿vale? Te lo prometo".

"Eh", añadió Troy. "Eché abajo la puerta de mi casa y también destrozó la de mi dormitorio,

intentando llegar a mí y a Katerina. Pero aquí estoy, ayudando a sacarte del zulo. No te culpamos por lo que hizo otra persona, Naomi, por muy parientes que seáis".

Liam asintió y le tendió la mano. Ella lo miró fijamente, como se miraría a una cobra.

"Vamos", me instó. "*Quieren* conocerte, Naomi".

Naomi tragó saliva con dificultad, y finalmente puso los dedos en la mano de él. La levantó por encima de la consola central y luego la bajó de la furgoneta. Ella temblaba tanto que él no estaba seguro de que sus piernas la sostuvieran, y mantuvo un brazo firme alrededor de su cintura.

"¿Estás bien?"

"No", susurró ella. "No entiendo por qué no me odian. Yo me odiaría, si fuera ellos".

"No, no lo harías". Estaba seguro de ello, e infundió a su voz toda su confianza. "Eres demasiado compasivo para culpar a alguien de algo que no ha sido culpa suya".

Bueno, cuando él lo decía así. Aun así, Naomi observó con creciente inquietud cómo se abría de par en par la puerta principal de la posada y una joven de pelo negro, corto y alborotado corría por el pasillo, casi saltando a los brazos de Troy. El veterano la atrapó, riendo.

"Hola, gatito bonito. ¿Me echas de menos?"

"Quizá", bromeó ella, dándole un beso en la mejilla. Antes de que pudiera reaccionar, se soltó de sus brazos y se volvió hacia Naomi.

Naomi se preparó, pero no estaba en absoluto preparada para la brillante sonrisa que le dirigió Katerina cuando se acercó con una mano tendida.

"Y tú debes de ser Naomi. Bienvenida a la locura".

Un poco a ciegas, Noemí extendió la mano, para que la cogieran con un cálido apretón.

"No es tan amistosa cuando es gata", le dijo una mujer bonita, menuda y de pelo ébano que había salido de la posada tras Katerina. Sus grandes ojos marrón chocolate brillaban divertidos y le tendió la mano a su vez. "Soy Jacinth -dijo-.

"Es una Djinn", los ojos de Katerina brillaron con picardía. "Pero su Elegido es humano".

"La tuya también", replicó Jacinth, sacándole la lengua a Katerina. Estaba claro que las dos mujeres eran íntimas amigas, y ninguna parecía reacia o poco amistosa. Naomi sintió que sus tensos músculos empezaban a relajarse un poco.

"Vamos dentro", instó Katerina, temblando un poco en el aire helado. "Hay fuego en el salón, y Renee, una de las propietarias, nos ha preparado un poco de su maravilloso cacao caliente".

"Y sidra de manzana caliente con especias", añadió Jacinth, asintiendo con la cabeza.

"Primero hay que registrarla", interrumpió la conversación Liam, poniendo los ojos en blanco.

A su lado, Troya se rió. "Y así empieza".

"Dios mío, me encantó esa escena de Las dos torres", Jacinth casi bailó de alegría, abrazándose a sí misma. "Lloré cuando mataron a aquel elfo".

"Haldir", identificó Katerina sin equivocarse. "Y has llorado a mares las tres veces que lo hemos visto".

Jacinth se encogió un poco de hombros y sus labios se endurecieron en una línea obstinada. "¡Bueno, fue triste!"

"¡Señoritas!" tronó la profunda voz de Troy. "¡Adentro!"

"Ah, claro". Katerina miró disculpándose a Troy, aunque soltó una risita. Cogió a Noemí del brazo y la empujó por la acera hasta la puerta principal. "Además, te he buscado algo de ropa, y también zapatos, para que tengas algo que ponerte hasta que recuperes la tuya. Está en una bolsa en el vestíbulo, esperándote".

Una vez dentro, una escalera con barandillas blancas conducía hacia arriba. A la izquierda estaba el mostrador de recepción y un largo y estrecho pasillo que conducía a la parte trasera de la posada, mientras que a la derecha, una amplia puerta se abría al salón. Como había prometido, crepitaba un alegre fuego en la chimenea que podía ver desde donde estaba. Las dos mujeres, Djinn y metamorfa, se desviaron hacia el salón, mientras Liam la empujaba suavemente hacia el escritorio con una mano en la parte baja de la espalda.

Un hombre negro algo mayor estaba sentado tras el escritorio. Era difícil juzgar su edad... podría tener entre cuarenta y setenta años, con ese raro tipo de rasgos atemporales. Sin embargo, sus ojos eran amables y sonreía. Cuando se levantó para saludarla, era más alto de lo que ella esperaba: medía más de dos metros.

"Bienvenida, señorita Kerrigan". Su voz era grave, aunque no tanto como la de Troy, con un extraño matiz en sus palabras. No era un acento que ella pudiera identificar, pero resultaba extrañamente relajante. "Soy Angus. Es un placer conocerte".

Angus puso un papel en el mostrador ante ella. "Sólo tienes que firmar aquí y te daremos una llave".

Se quedó mirando el papel, con la mente dándole vueltas. "No lo he pensado bien", susurró. "No tengo...".

"Está solucionado", la tranquilizó Angus.

Ella le miró fijamente, sintiéndose confusa. "¿Qué?"

"El Consejo corre con los gastos", explicó Liam.

"No", afirmó rotundamente. Sus ojos le retaron a discutir con ella. "Soy perfectamente capaz de pagar mis gastos. Es sólo que... mis cosas están en la ciudad". Un sentimiento de pánico la invadió. "Mi bolso, mi dinero. Tengo que volver a buscarlos. No pensé que..."

"Eh, eh". La mano de Liam era cálida cuando capturó sus dedos agitados. "Naomi. No pasa nada. El Consejo pensó que como querían que te quedaras aquí, en comunicación con todos nosotros, que..."

"Lo entiendo. Lo entiendo". Suspiró un poco, se sentía cansada. "Quieren vigilarme. No puedo culparles, ¿sabes? Pero eso no significa que vaya a dejar que otro pague por mí. Llevo ahorrando todo el dinero que puedo desde que cumplí dieciocho años y me independicé. No *necesito que me paguen. Sí necesito que me paguen a mí*. En cuanto tenga mi monedero. ¿De acuerdo?"

Liam dio un paso atrás, levantando ambas manos en un gesto de rendición.

"De acuerdo, pero te cubriremos hasta entonces".

Ella asintió, sintiéndose desgraciada, pero no tenía muchas opciones. Estaba a una hora en coche de la ciudad, sin dinero, sin coche, sin identificación. Sin nada, salvo la caridad de aquellos desconocidos. Pero, se recordó a sí misma, le estaban brindando amistad y apoyo, cuando tenían motivos de sobra para despreciarla. Aunque, curiosamente, era difícil pensar en ellos como extraños, después de la inesperada bienvenida.

Angus le sonrió mientras cogía el papel que ella había firmado. "Ahora, ¿tienes alguna preferencia de habitación? Hay habitaciones con balcones en el segundo piso, y tenemos libre una habitación con torreta en el tercer piso".

"Un balcón, por favor", dijo sin dudarle un instante. El aire fresco y fresco de aquí sería maravilloso, con el toque de humo de las chimeneas y el rico y penetrante olor del otoño en la tenue brisa. También había una especie de chasquido en el aire que, pensó, podría anunciar nieve.

"Muy bien, tu habitación está al final de la escalera, con vistas a la parte delantera de la

posada". Pasó una tarjeta llave por encima del mostrador. "Mi mujer, Renee, se encarga de la cocina. El desayuno es de seis y media a nueve todas las mañanas. Hay té y café, cacao instantáneo y, a veces, sidra caliente, en el comedor las veinticuatro horas del día."

"Y Renee también lo tiene repleto de productos de panadería", dijo Katerina, asomando la cabeza desde el salón. "Ven por aquí, Naomi, y te lo enseñaremos".

Naomi se sentía terriblemente torpe e incómoda, y añoraba la soledad de su habitación. Pero toda aquella gente estaba aquí para conocerla, y nadie parecía echarle en cara que su tía fuera una Pícara que había intentado matar a algunos de ellos. Eso significaba que, como mínimo, debía venir a pasar tiempo con ellos, ya que ésa parecía ser la expectativa. Miró el caftán holgado que llevaba.

"Aunque esto es encantador, es más adecuado para holgazanear. Debería subir primero a mi habitación y ponerme ropa más adecuada. Incluidos los zapatos -añadió, tratando de insertar una nota más ligera.

Katerina hizo una mueca, pero lo aceptó. "Entiendo tu punto de vista", concedió. "Intentaré guardarte un poco de cacao caliente, que Renee tiene recién hecho, no del instantáneo. Jacinth ha estado acaparando la jarra".

"¡Yo también lo he rellenado!" La voz alzada de Jacinto llegó desde el interior del salón.

"Eso es cacao mágico", dijo Katerina entrando en el salón, arrastrando la voz mientras desaparecía de la vista. "No es lo mismo que el cacao casero".

"¡Es así!"

Sin poder evitarlo, Naomi se unió a las risas de los hombres. "¿Siempre son así?"

"Sobre todo", dijo Troy. "Me estremezco al pensar cómo deben ser sus conversaciones telepáticas. Me han dicho que Katerina es mucho más insolente y tiene Actitud-con-una-A cuando está en su forma gatuna".

Alarmada, Naomi dirigió una rápida mirada a Angus, y se tranquilizó por su leve asentimiento.

"No te preocupes", retumbó con su voz profunda.

"Angus y Renee saben lo nuestro", intervino Liam. "De hecho, también son Otros, aunque no lo admitan".

La sonrisa de Angus era blanca y brillante contra su piel oscura. "¿Admitir qué?" Le guiñó un ojo a Naomi. "Sube ya, no vaya a ser que las señoras nos coman la casa esperando a que vuelvas".

Katerina también le sonrió, pareciendo ligeramente arrepentida. "Sé que nos hemos pasado un poco, te prometo que nos portaremos mejor cuando vuelvas a bajar".

Naomi le devolvió la sonrisa, aunque el cansancio la invadía como una pesada carga. Una pequeña bolsa de viaje la esperaba al pie de la escalera, y agarró el asa. "Bajaré enseguida", prometió.

Arriba, localizó su habitación con facilidad. Al abrir la puerta, se alegró al ver una preciosa cama de matrimonio de algún tipo de madera pulida, con una colcha que parecía hecha a mano. Frente a la cama había un armario tallado, obviamente antiguo. Contra la pared del fondo había una chimenea con un pequeño cesto de leña y un soporte de hierro a su lado. Una puerta acristalada daba al balcón, mientras que otra más pequeña conducía a un diminuto cuarto de baño que sólo contenía un lavabo y un retrete. Probablemente había cerca un baño compartido con bañera y ducha. Al menos, eso suponía ella.

A pesar de lo pequeño que era el cuarto de baño, había gruesas y mullidas toallas blancas colgadas en las barras junto al lavabo. Girando las manivelas anticuadas, puso el agua a una

temperatura agradable y se lavó la cara. Tras secársela, se miró en el espejo, observando su rostro con ojo crítico.

Estaba más pálida de lo que recordaba y dolorosamente delgada, casi demacrada. El pelo le colgaba lacio y sin vida de la cara, e hizo una mueca. También se sentía mugrienta, y le resultaba extraño estar vestida de piel en lugar de piel después de tanto tiempo. Dudó, sopesando las ventajas de una ducha frente a hacer esperar a sus... bueno, admitámoslo, pensó, a sus salvadores.

Por otra parte, podría enfrentarse mejor a ellos después de ducharse. Al menos estaría limpia. Abriendo la bolsa que le había proporcionado Katerina, encontró ropa interior, un par de pares de vaqueros y algunas camisetas de manga larga, de varias tallas, así como unos calcetines de abrigo y un par de pares de zapatillas, también de diferentes tallas. Cogió un paño y una toalla del cuarto de baño y se dirigió a buscar un cuarto de baño con bañera o ducha.

Resultó estar al final del pasillo. Al igual que el resto de las habitaciones, era una habitación pequeña y anticuada, pero bien equipada, con una bañera esmaltada con patas de garra y una barra alta encima para sujetar la cortina de la ducha. Se despojó rápidamente del caftán y, tras ajustar la temperatura del agua, se metió bajo la ducha con un suspiro de alivio absoluto.

A pesar de la presión que sentía para darse prisa, se tomó su tiempo para lavarse bien el pelo con champú. Puede que no fuera una reina de la belleza, pero al menos estaba limpia. Con eso bastaba.

Se secó rápidamente y se puso el caftán, cuyo material sedoso se pegaba un poco a su piel aún húmeda. Recorrió el pasillo hasta su habitación y se sentó en el borde de la cama, con las piernas temblándole un poco. Aún estaba débil, con el cuerpo al límite incluso tras la breve siesta que había dormido en la furgoneta con ayuda de las drogas. Los hombros se le hundieron un poco al mirar la ropa que había sobre la cama, lista para ponérsela. La almohada de la cabecera de la cama la atrajo seductoramente, y deseó más que nada recostar la cabeza. Tal vez podría cerrar los ojos sólo un minuto y luego reunir fuerzas para vestirse y volver abajo.

Sólo un momento.

CAPÍTULO 6



NAOMI SE AGITÓ y sus ojos se abrieron lentamente. Se incorporó con un grito ahogado, dándose cuenta de que estaba completamente a oscuras, tanto dentro como fuera de la habitación. Podría haber llorado de consternación. Todos la habían estado esperando, ¡y se había quedado dormida! Y, dada la oscuridad del exterior, ¡había dormido durante horas! Cogió la mesilla de noche y encendió la lamparita que había allí, y entonces se dio cuenta de que la habían tapado con un edredón suave y cálido. Sabía que había cerrado la puerta con llave... No se vive en lugares como Miami y Manhattan sin desarrollar el instinto de cerrar siempre las puertas con llave. Probablemente debería estar más preocupada por ello, pero al mismo tiempo le resultaba agradable que alguien se preocupara por ella y se asegurara de que estaba caliente.

El despertador de la cama indicaba que eran casi las ocho de la tarde, y se estremeció. Le rugía la barriga por falta de comida. Era demasiado tarde para ir a ninguna parte, aunque tuviera coche, que no tenía, o dinero, que tampoco tenía. Recordó que alguien... ¿Katerina, tal vez? ... mencionó que siempre había galletas en el comedor de abajo. Vería si podía coger algunas, para aguantar hasta mañana.

Deslizándose fuera de la cama, buscó la ropa que había tendido antes. En lugar de estar a los pies de la cama, donde la había dejado, estaba perfectamente tendida sobre una silla cercana. Bueno, pues vale. Se vistió rápidamente y bajó las escaleras.

Cruzó el vestíbulo hasta la puerta del salón, o sala de estar, como ella creía que se llamaba, y se detuvo bruscamente. Liam estaba sentado en una silla junto a la chimenea, donde crepitaba un alegre fuego. Había estado leyendo, pero dejó el libro con una sonrisa cuando la vio.

"Bueno, hola".

Se sonrojó profundamente, sintiendo que el color subía por sus mejillas. "Lo siento mucho", se disculpó. "Es que cerré los ojos un momento...".

"Y lo siguiente que supiste es que estaba completamente oscuro", terminó por ella. "No pasa nada. Cuando no volviste a bajar, nos preocupamos por ti, sobre todo porque sabíamos que llevabas tanto tiempo sin comer en tu forma gatuna. Así que Renee -la mujer de Angus- subió a ver cómo estabas. Bajó y nos dijo que dormías profundamente. También nos amenazó con la batalla, el asesinato y la muerte súbita si nos atrevíamos a despertarte". Hizo una pausa, sonriendo. "Y amenazó con llevarse las galletas caseras".

Naomi se echó a reír. "La más grave de las amenazas", convino. "Aun así, me siento mal. Todos esperándome y yo durmiéndome".

"No te preocupes. De hecho", se agachó y levantó un gran termo de boca ancha que había en

el suelo a su lado. "Katerina lo trajo hace una hora más o menos. Pensó que, como no estás acostumbrado a comer, necesitarías empezar ligero, así que preparó un poco de la sopa de pollo con fideos de su madre y... -levantó una bolsa de papel- cogió una baguette para acompañarla. Y hay mantequilla en el bufé -añadió, señalando hacia el comedor.

Se le hizo la boca agua. "Suena perfecto. Creía que iba a tener que sobrevivir a base de galletas toda la noche", confesó.

Liam parecía ofendido. "¡Nunca! Te estaba esperando despierta, dispuesta a llevarte al Denny's de toda la noche si hacía falta. Creo que ya has pasado bastante hambre, ¿no crees?".

Sintiéndose ridículamente culpable, Naomi dejó caer la mirada al suelo. "No es que quisiera matarme de hambre a propósito".

"Lo sé. A los metamorfos no les va bien cuando no han cambiado... en ninguna de sus formas. Pero ahora estarás bien".

Se levantó y le hizo señas para que lo siguiera mientras se dirigía a una de las mesas del comedor contiguo y le acercaba una silla. "Venga, vamos a darte de comer".

Se detuvo bruscamente a medio camino del suelo, cuando le llamó la atención un montón de lo que parecía ropa sucia en un rincón. Parpadeó para enfocar y se dio cuenta de que se trataba de un perro blanco, grande y desgredado, tumbado de lado. Entre el espeso pelaje había un pequeño gato atigrado. Ambos estaban profundamente dormidos, sin inmutarse ante los humanos de la habitación.

"Um". Miró más de cerca, reconociendo la raza del perro. "¿Es un gran pirineo?".

"Sí, ése es Tony".

Naomi se mordió los labios, intentando contener la risa que le brotaba, pero sin conseguirlo. "¿Pariente tuyo?

Liam se rió entre dientes. "No, él es de verdad. La gata es María".

Ahogar una risa repentina la hizo toser. "¿Tony y María, en el West Side Inn? ¿Me tomas el pelo?"

Sonrió, negando con la cabeza, pero señaló la mesa. "Siéntate". Cogió un cuenco, una cuchara, un cuchillo y unos trocitos de mantequilla, y los llevó a la mesa mientras ella se sentaba en una silla. "¿Qué quieres beber?

"No sé, ¿qué tienen?". preguntó, abriendo el termo y vertiendo un poco de sopa en el cuenco. Olía a gloria, y se inclinó para aspirar el vapor aromático.

"Café, y hay agua caliente para el té, y también paquetes de cacao caliente y sidra instantánea... aunque por las mañanas y por las noches el cacao y la sidra caliente están recién hechos. Durante el día también hay limonada casera".

"No creo que pueda tomar café", dijo Naomi, llevándose una mano al estómago. "Al menos, no en este momento. ¿Qué tal un poco de cacao instantáneo?".

Mientras Liam esperaba a que el hervidor eléctrico hirviera el agua, Naomi tomó la primera cucharada de sopa y sus ojos se abrieron de par en par. "¡Oh, vaya!"

Liam la miró. "Bien, ¿eh?"

"¡Seguro que Campbell nunca ha hecho nada tan bueno!". Naomi tomó otra cucharada. "Creo que se ha equivocado de negocio".

Liam se echó a reír y volvió hacia ella con su taza de cacao, colocándola sobre la mesa a su lado. Sacó la baguette de su envoltorio de papel y cortó unas cuantas rebanadas, colocándolas en un plato y empujándolo hacia ella.

"Tú también necesitas comida sólida".

"Lo sé", admitió, untó una rebanada con mantequilla y la mordió. "Aprobó con la boca llena

de pan.

Liam se echó a reír. "Vale, como esto es un bed and breakfast, hay comida por la mañana. El comedor abre oficialmente para desayunar a las seis o a las seis y media, lo he olvidado. Sólo sé que está abierto todas las mañanas cuando bajo a las siete. De todos modos, sirven el desayuno hasta las nueve. Es tipo bufé, con huevos, beicon y salchichas, patatas fritas, fruta, zumos. Y una selección de productos horneados... magdalenas y demás. Los fines de semana, Renee pone una barra de gofres y tortillas".

Le dirigió una mirada severa. "Te vas a acordar de poner el despertador y bajar aquí para desayunar bien, ¿verdad?"

Levantando la mano derecha, Noemí dijo solemnemente: "Lo juro". Luego, por si acaso, cruzó el corazón.

Liam se sentó en su silla. "De acuerdo. Las chicas me han dicho que te diga que vendrán hacia el mediodía. Creo que Tamera se ha tomado la tarde libre en la clínica para poder pasar algo de tiempo contigo y con Katerina". Se rió entre dientes. "Esas dos están muy unidas desde que estoy aquí. Ellas y Jacinth".

Naomi se detuvo, con la cuchara de sopa a medio camino de la boca. "¿Desde que estás aquí? ¿No eres originaria de aquí?"

"En absoluto. He estado sacándome la carrera, luego haciendo residencias y demás. Acabo de mudarme aquí para hacer prácticas en la clínica veterinaria en la que Douglas y Troy son socios. No llevo aquí más que una semana".

"Así que estas personas también son nuevas para ti", observó.

"Sí, así es. Aunque antes has tenido una pequeña muestra de esta multitud. Créeme cuando te digo que, al cabo de una semana, será como si los conocieras de toda la vida".

Se rió entre dientes, repasando mentalmente el breve encuentro. "Ya lo veo".

"Ah, se me olvidaba". Liam se puso en pie y atravesó la habitación hasta la chimenea, levantando la bolsa que había dejado allí. Regresó con una caja rectangular en la mano, y la colocó ante ella. "Teléfono móvil".

"¡Ah-ah!" Levantó la mano, deteniéndola cuando ella abría la boca para protestar. "Órdenes de Maroulla. Tienes que poder contactar con nosotros en cualquier momento".

Parpadeó. "¿Quién es esa Maroulla?", aventuró con cautela. "Creo que ya la habías mencionado antes, pero no lo recuerdo del todo".

"Ah, es verdad". Liam se acomodó de nuevo en su silla. Señaló la caja. "Ahí tienes programados los números de teléfono de todos. Yo, Katerina, Tamera y Jacinth, también la clínica veterinaria, el B&B y Maroulla Kazakis. Maroulla es la Alcaide del Noreste de Estados Unidos. Piensa en ello como si fuera la Representante de tu distrito en la Cámara de Representantes. Básicamente, vela por el bienestar de todos los cambiaformas que residen aquí, en el Noreste. A ella acudí cuando me enteré de que eras metamorfo, y fue ella quien consiguió que el zoo te liberara. También es la abuela de Katerina".

Noemí se mordió el labio, pensándose. Vale, ya veía por qué a la tal Maroulla le importaba que tuviera teléfono o no. Abrió la caja y miró el teléfono que había dentro, luego giró la tapa para volver a mirarlo. Su mirada sorprendida voló hacia Liam.

"¡Es un iPhone!"

Se rió, asintiendo. "Los cambiantes no solemos hacer las cosas a medias. Está todo pagado, y el primer mes de servicio básico... llamadas y mensajes de texto ilimitados en EE.UU. Cuando recuperes tu tarjeta bancaria, podrás acceder a tu cuenta y cambiar el plan a tu gusto". Señaló un trozo de papel que había en la caja, con la dirección de la compañía de telefonía móvil local y los

datos de su cuenta.

Inesperadamente, Naomi sintió que el calor le subía a las mejillas. "Es mucho más de lo que esperaba". Le costó sacar las palabras. Nunca nadie le había regalado nada, nunca había tenido nada por lo que no hubiera tenido que trabajar.

Liam alargó la mano para tocarle ligeramente el hombro. "Somos metamorfos. Eso significa que eres de la familia", explicó. "Cuidamos de los nuestros".

Las lágrimas le punzaron la parte posterior de los párpados y parpadeó rápidamente para contenerlas. Nunca había formado parte de nada. Siempre habían sido Beth y ella contra el resto del mundo, y ahora Beth también se había ido.

"Yo...", balbuceó, sin saber qué decir. Dejó la cuchara, una vez terminada la sopa, y miró a su alrededor en busca de un lugar donde dejar los cuencos. Liam levantó un dedo, desafiándola a moverse, y se puso en pie, recogiendo el cuenco y el plato y llevándolos a un carrito que había junto a la puerta de la cocina.

Le miró con el ceño fruncido cuando volvió hacia ella. "No soy una inválida", le dijo un poco enfadada.

Se colocó a su lado, mirando hacia abajo con una sonrisa. "Lo sé. Pero has pasado por momentos difíciles. No está de más dejar que alguien te ayude de vez en cuando".

Inmediatamente, Naomi sintió vergüenza de sí misma y sintió que se le coloreaban las mejillas. Se miró las manos, cuidadosamente dobladas sobre el regazo. "Lo siento.

"No, está bien. Ven junto a la chimenea, donde hace calor".

"¡Oh!" Recordó, sonriendo. "¡Hay una chimenea en mi dormitorio! ¿Te imaginas? Es de gas, con esos troncos de cerámica, pero aún así. ¡No me lo esperaba! Aunque hay una cesta con troncos de verdad, para darle más ambiente".

"Sí, el mío también lo tiene. Es un bonito detalle. Por cierto, estoy en la habitación cuatro del segundo piso, justo al final del pasillo, por si alguna vez necesitas algo. Tengo que decir que quedarme aquí es una experiencia que no me habría perdido por nada del mundo".

"Es acogedor", asintió Naomi, acomodándose en un cómodo sillón acolchado. Se acurrucó en él, metiendo los pies debajo. "Sentí cómo se me iba el estrés desde el momento en que puse un pie dentro". Estaba cómodamente llena, y el crepitar de la chimenea era alegre. "¿Crees que te quedarás aquí mucho tiempo? ¿Buscas tu propia casa?

"Sí", admitió, "pero puede que tarde un tiempo. Busco una casa que tenga mucho espacio". Miró hacia el vestíbulo vacío, pero bajó la voz de todos modos. "Quiero poder tener un despacho privado donde pueda atender a los metamorfos, quizá con un par de camas para atención de tipo urgente. También obtendré privilegios en los hospitales locales, por supuesto, pero hay ocasiones en que los cambiaformas no pueden ir a un hospital. Las heridas de bala, por ejemplo, si les han disparado en su forma animal pero pueden volver a cambiar a humana. O si un metamorfo está tan enfermo o herido que corre el riesgo de Cambiar inadvertidamente".

Arrugó la nariz. "Nunca había pensado en ese tipo de cosas", admitió. "¿No va a ser muy caro?".

"Tengo todo el apoyo del Consejo. Me prepararán el equipo y todo lo demás. Una de las razones por las que podemos hacer esto aquí es que hay una gran comunidad de cambiantes en el noreste. Además, hay algunas enfermeras jubiladas dispuestas a estar de guardia y técnicos de laboratorio que harán las pruebas que sean necesarias. Puede que incluso podamos conseguir una máquina de rayos X portátil, aunque aún están estudiando esa posibilidad. Pero primero - terminó, mientras su móvil emitía un pitido insistente-, tengo que encontrar el lugar adecuado."

"Es mi tono de llamada de guardia", se disculpó, sacando el teléfono. "Urgencia en la clínica

veterinaria. Voy a tener que ir".

Hizo una pausa, parecía preocupado. "Odio dejarte sola, en tu primera noche".

Le miró fijamente. "Soy una mujer adulta, Liam. No voy a salir corriendo hacia el tráfico".

Se rió, mientras se ponía en pie. "¡Bien! Si surge algo, avisa a Katerina. Ella y Troy viven a un kilómetro y medio por la carretera".

"Lo recuerdo, me lo señaló de camino hacia aquí. El lugar de los caballos". Naomi levantó la caja con su nuevo teléfono. "Tengo mucho que hacer, aprender a navegar con esto. Nunca había tenido un iPhone. Supongo que aprender a usarlo me mantendrá ocupada el resto de la tarde".

Liam rió entre dientes mientras salía de la habitación. Naomi se tapó la boca mientras bostezaba. Estaba llena, y caliente, y cómoda, arropada en esta silla. Era... agradable, decidió. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan en paz. O si alguna vez lo había estado. Apoyó el brazo en el respaldo del sillón y apoyó la cabeza en él, mirando las llamas. Quizá podría quedarse aquí, en este encantador hostel. Vale, eso no era muy práctico, porque ¿qué haría para cenar? Pero, sinceramente, la idea era muy atractiva. Este lugar era tan atractivo. Nunca había estado en un lugar así.

De mala gana, se sentó en el sillón y sacó el teléfono de la caja, no sin cierta inquietud. Nunca había tenido... nunca había necesitado... nada más que un teléfono básico para que su trabajo tuviera una forma de estar en contacto con ella. No había tenido a nadie a quien llamar o enviar mensajes de texto desde que se marchó de casa, dejando atrás todo lo que conocía.

Abrió el teléfono e introdujo la contraseña escrita en el papel de la caja. Abrió los contactos y parpadeó al ver la lista. Katerina y Troy. Jacinth y Douglas. Liam, por supuesto. Maroulla en Maine. Tamera y Kester... ¿Kester? ¿Qué clase de nombre era Kester? Nunca lo había oído. También estaba la Clínica Veterinaria Country. Y el bed and breakfast.

Nunca había tenido amigos, aparte de Beth, y ahora, de repente, aquí estaba toda esa gente, ofreciéndole amistad y apoyo. Y recordando la entusiasta bienvenida que le habían dado al llegar, era imposible poner en duda su sinceridad. Sólo esperaba... ¡Cómo esperaba! que su amistad y confianza no estuvieran fuera de lugar. Que no siguiera a su madre, a su tía y a sus hermanas en la locura.

Dejó que el teléfono volviera a caer en la caja y recostó la cabeza contra el cojín de la silla. Todo le parecía demasiado por el momento. El cansancio se apoderó de ella, lo cual parecía una tontería, ya que había dormido toda la tarde y no llevaba tanto tiempo despierta. Aun así, quizá fuera mejor que subiera a su habitación antes de quedarse dormida aquí mismo, delante de la chimenea. Vulnerable. Bueno, no era como si su madre o Beatrice fueran a irrumpir furiosas en la habitación, pero se sentiría más segura en su cuarto, con la puerta bien cerrada.

Levantándose de su cómodo sillón, se dirigió al piso de arriba, y se quedó dormida casi antes de que su cabeza tocara la almohada.

CAPÍTULO 7



NAOMI SE DESPERTÓ LENTAMENTE, consciente de los rayos del sol matutino que entraban en la habitación. Se estiró, bostezando, y volvió la cara hacia la luz. Aunque el aire era frío, apartó las mantas y abrió los brazos, inspirando profundamente. El aire de aquí era tan distinto del de Florida, o incluso del de Nueva York, a apenas una hora en coche. Era fresco y con aromas fascinantes.

Allí tumbada, hizo balance de su cuerpo. Se sentía bien. Más fuerte que ayer y llena de energía. En su interior, su gato se estiró, enviando imágenes de satisfacción y calidez. Y de hambre. Soltó una risita mientras su barriga gruñía de acuerdo con su gato.

Dándose la vuelta, miró el reloj de la mesilla. Eran las siete y media, así que el comedor estaría abierto. Se levantó de la cama y se dirigió a la bolsa de ropa que le había proporcionado Katerina. Tenía que ir a la ciudad a por sus propias cosas, pero mientras tanto eligió una bonita blusa de algodón de manga larga y los vaqueros que se había puesto la noche anterior. Cogió un paño, una toalla y la pequeña bolsa de artículos de aseo, y se dirigió al cuarto de baño.

Eran más de las ocho cuando bajó por la escalera hasta el vestíbulo y levantó la cabeza, olfateando agradecida los olores del bacon, el pan recién horneado y las magdalenas. Se le hizo la boca agua.

"Buenos días, Naomi". Angus estaba de pie detrás del mostrador, interrumpiendo su conversación con una anciana que estaba de pie junto al mostrador. Sus ojos oscuros la escrutaron, evaluándola. Sonrió. "Hoy tienes mucho mejor aspecto".

"Me encuentro mucho mejor", le aseguró ella.

Señaló a la dama que tenía delante. "Flora, ésta es nuestra nueva residente, Naomi. Naomi, Flora también se aloja con nosotros".

Naomi juzgó que Flora tenía quizá unos setenta años, quizá más. Probablemente tendría la estatura de Noemí si se mantuviera erguida, pero tenía los hombros encorvados y unos dedos nudosos agarraban el mango de un bastón. Por la espalda le caía una larga cabellera plateada. Flora tendió la mano libre a Noemí, mirándola con ojos azules, suaves y descoloridos.

Naomi le cogió la mano con cuidado, un extraño calor le infundió el pecho mientras se daban la mano. "Encantada de conocerla, señorita Flora". De algún modo, parecía una falta de respeto dirigirse a ella sólo por su nombre de pila.

"Gracias, niña". La voz de Flora era ligera, y Noemí tuvo la repentina sensación de que repicaba, con campanillas tan plateadas como su pelo. Fue capturada por aquella amable mirada azul, cayendo hacia delante, en un mar de estrellas que giraban a su alrededor, dándole la

bienvenida.

"Tienes hambre, seguro". dijo Angus, rompiendo el hechizo mientras le hacía señas para que se dirigiera hacia la puerta que daba al salón y al comedor que había más allá. "Entra, prepárate un buen desayuno para empezar el día".

Con un sobresalto, Naomi volvió en sí. Aquello era muy raro. Debía de necesitar comida de verdad para estar alucinando así de repente. O quizá se había quedado dormida por un momento.

"Sí, lo haré. Que tengas un buen día, Angus, señorita Flora".

Naomi se sacudió las extrañas visiones oníricas que le quedaban, y se apresuró a cruzar la puerta abierta de par en par desde el vestíbulo hasta el salón. Anoche se había sentado allí, hablando con Liam, pero estaba demasiado cansada, demasiado abrumada, para mirar realmente a su alrededor. Ahora se encontraba en una larga habitación que se extendía desde la parte delantera de la posada hacia la parte trasera. Justo al otro lado de la puerta, un grupo de sofás, sillones y cómodos sillones estaban colocados junto a las ventanas que daban al porche, mientras un fuego ardía alegremente frente a la puerta. El comedor se extendía a la izquierda, con mesas vestidas de blanco y sillas de madera colocadas alrededor. Contra la pared más cercana había una larga mesa de bufé, y enfrente otra con garrafas y jarras de bebidas, y bandejas cubiertas de cristal con productos de pastelería.

"¡Vaya!" Parpadeó al ver la pantalla. No había nadie en la sala, así que debía de haberse perdido el ajetreo del desayuno. Cuando se acercó a las mesas del bufé, cargadas a lo largo de la pared del fondo, una mujer negra de aspecto macizo, con el pelo ligeramente canoso en las sienes, salió de una puerta que daba a lo que debía de ser la cocina.

"Tú debes de ser Naomi", se acercó la mujer, sonriendo mientras dejaba a un lado un par de guantes de cocina. "Soy Renee, la mujer de Angus. Bienvenida a nuestro bed and breakfast". Sus ojos castaño oscuro escudraron a Naomi evaluándola. "Chica, pareces salida de un campo de refugiados en una zona de guerra".

Naomi se mordió el labio, sintiéndose culpable. "He estado...". Dios mío, ¿cómo explicárselo a los humanos!

Renee se rió y le acarició la mano. "No te preocupes, niña. Conocemos a los cambiaformas y Maroulla nos ha hablado un poco de ti. Aquí no pasarás hambre, eso seguro".

Observando los humeantes calentadores alineados en las mesas, Naomi asintió. "Ya lo veo".

"Adelante", le hizo un gesto Renee hacia la comida con una sonrisa. "Bon appetit".

Cogió un plato de la pila, abrió la tapa de la primera sartén y salió el maravilloso aroma del beicon. Volvió a rugirle la barriga y de repente sintió un hambre voraz. Cogió varias tiras y, volviendo a taparla, pasó a la siguiente, que contenía salchichas. Cuando llegó a la mesa, su plato estaba lleno de huevos revueltos ligeros y esponjosos con taquitos de jamón y queso, beicon, salchichas, una magdalena de arándanos y unas cuantas fresas maduras. No tenía ni idea de dónde habían encontrado fresas a mediados de noviembre, pero tampoco se quejaba.

Preparó una buena comida... su primera comida de verdad en casi un año, si no contamos la sopa y el pan de anoche. Se comió hasta el último bocado y, si Renee no hubiera estado en la habitación, también habría lamido el plato. Porque... bueno... ¡panceta! Pensó en comer más, pero no era tanto que siguiera hambrienta, de hecho estaba cómodamente llena, sino que era el sabor lo que permanecía en su boca y la tentaba a volver al bufé. Después de una dieta constante de carne cruda, que no le importaba en absoluto en su forma gatuna, pero aun así, durante meses y meses, era maravilloso volver a tener comida de personas.

"Estaba delicioso", le dijo a Renee con agradecimiento. "Muchísimas gracias. Estoy llenísima".

Renee sonrió ampliamente. "Bueno, eso es lo que me gusta oír".

Levantándose de la silla, Naomi recogió la mesa, llevando el plato y los cubiertos al carrito de los platos sucios. Cogió un vaso alto y lo llenó de limonada de la jarra. Renee señaló la bandeja de magdalenas que seguía en el bufé.

"No dudes en llevarte un par a tu habitación. He hecho de sobra".

"¡Genial! Gracias". Se apresuró a envolver dos magdalenas en una servilleta y añadió un par de trocitos de mantequilla envueltos en papel de aluminio.

"¿Tienes planes para esta mañana?" preguntó Renee mientras se preparaba para llevar el carrito a la cocina.

Naomi hizo una mueca. "Um. Maroulla me regaló un iPhone, así que pensé que sería mejor pasar la mañana averiguando cómo usarlo".

Renee se echó a reír, con un sonido alegre y sonoro. "Mejor tú que yo, chica. Yo soy de baja tecnología. Con llamadas y mensajes me basta".

"Un teléfono básico es todo lo que he tenido", admitió Naomi. "No sabré ni la mitad de lo que hay que hacer con éste".

"Oh, lo resolverás. Tengo fe en ti". Renee le guiñó un ojo y desapareció en la cocina, mientras Naomi subía a su habitación.

Durante un breve instante, pensó en sentarse en el balcón para disfrutar de la mañana. Sin embargo, la ráfaga de aire frío que le dio en la cara al abrir la puerta bastó para disuadirla de esa idea, y en su lugar se retiró al cómodo sillón junto a la chimenea. Abrió el teléfono y suspiró mirando la lista de contactos. No tenía a nadie propio que añadir a la lista... Nadie. Y todos los contactos de la lista eran desconocidos para ella, o casi. Desconocidos que, aunque tenían motivos para apartarse de ella y mirarla con recelo, si no con odio, la acogieron y la integraron en su comunidad. Emociones contradictorias la desgarraron, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Una familiar sensación de soledad la desgarraba y, sin embargo... y sin embargo, allí estaban Liam, y Katerina y Troy, y Jacinth, e incluso Angus y Renee. Todos ellos tan seguros, tan confiados, de que ella nunca convertiría a Rogue, nunca les haría daño.

Naomi respiró hondo. De acuerdo. Podía hacerlo. Si aquellos casi desconocidos tenían tanta fe en ella, iba a tomar el camino más fácil y a tener fe en sí misma también.

Volvió al teléfono. Como no tenía contactos que introducir, empezó a moverse por las distintas aplicaciones, borrando todos los estúpidos juegos que nunca utilizaría. Entró en la tienda de aplicaciones, localizó su banco y descargó su aplicación. No podía iniciar sesión hasta que recuperara el portátil y pudiera buscar su cuenta y contraseña, pero al menos era un comienzo. Después de navegar un poco, encontró una aplicación llamada Bosque, al parecer para personas que intentan concentrarse en una tarea. Tenía árboles y arbustos bonitos y parecía divertida, además era gratuita, así que la instaló. Buscó el bed and breakfast en Google, le dio 5 estrellas y escribió una reseña fabulosa.

¿Qué más? Buscó en su teléfono. Facebook, Twitter... todo eso tendría que esperar hasta que encontrara su nombre de usuario y contraseña. Música. Definitivamente, quería música. Fue a la tienda de aplicaciones en busca de algo gratuito. Lo primero que encontró fue Spotify. Serviría. Creó una cuenta y empezó a buscar algunas de sus canciones favoritas. Antes de darse cuenta, tenía media docena de listas de reproducción creadas y se lo estaba pasando en grande.

Estaba inmersa en la búsqueda de más música, mientras cantaba alegremente su nueva lista de reproducción de Golden Oldies, cuando un extraño repique interrumpió la canción que estaba sonando. Tardó un minuto en parpadear, perpleja, antes de darse cuenta de que tenía una llamada. ¡Era Katerina! Deslizó rápidamente el dedo por la pantalla.

"¿Diga?"

"Hola a ti también", llegó la alegre voz de Katerina. "Oye, estamos abajo, ¿puedes bajar?".

¿Abajo? Sobresaltada, miró la hora. ¡Era más de la una! Volvió a mirar para asegurarse. Sí. Había pasado cuatro horas al teléfono y ni siquiera se había dado cuenta de que pasaba el tiempo. Quizá debería haber utilizado la aplicación del Bosque para llevar mejor la cuenta. No es que tuviera que estar en ningún sitio. Ah, claro, Katerina.

"Sí, claro", dijo rápidamente. "Ahora bajo".

Al bajar las escaleras, la primera persona que vio fue a Liam, esperándola en la puerta del salón. Sintió una oleada de alivio al saber que él estaba allí, la única persona a la que tenía la sensación de conocer de verdad entre todos aquellos desconocidos.

La escrutó con mirada amistosa y asintió. "Tienes mucho mejor aspecto esta mañana".

Naomi se rió mientras bajaba los últimos escalones para colocarse a su lado. "Eso mismo dijo Angus cuando bajé esta mañana. Dormí toda la noche, luego me desperté y tomé un desayuno maravilloso". Le hizo un gesto con el teléfono. "He estado con el móvil desde entonces, descifrando y eligiendo música", admitió. "He perdido la noción del tiempo".

Se rió. "Eso ocurrirá siempre. Pasa".

Se hizo a un lado, dejándola entrar antes que él en el salón. Entró y se quedó helada cuando lo que parecían docenas de caras se volvieron hacia ella. Tragó saliva y contuvo el impulso de huir. Vale, en realidad sólo eran tres personas. Además de Troy, que había conducido la furgoneta que la trajo aquí, estaban Jacinth y Katerina, así que ayer los había conocido a todos, aunque fuera brevemente.

Se dio cuenta de que el color asomaba a sus mejillas.

"Siento mucho lo de ayer", se disculpó.

Katerina agitó una mano despreocupada. "No pasa nada, has pasado por muchas cosas. Dormir forma parte de la manera que tiene el cuerpo de curarse".

"También la comida". La voz de Jacinto tenía una nota de esperanza. "¿Tal vez podamos pedir pizza?"

Katerina puso los ojos en blanco.

"¿Qué? No podemos pedir pizza en Qaf", se defendió la bonita Djinn.

"¿Qué es Qaf?" preguntó Naomi a Liam en voz baja.

"La patria de los Djinn. Es un lugar místico al que sólo pueden llegar los Djinn. Ella te lo contará si se lo pides".

"O aunque no lo hagas". Katerina le guiñó un ojo. "Vale, si vamos a pedir pizza, escuchemos algunas preferencias".

"Dadle un minuto, señoras". Liam deslizó su mano bajo el codo de Naomi, guiándola hacia el bufé. "¿Qué quieres beber?"

"Chocolate caliente", dijo con anhelo. Su mirada evaluó las ofrendas horneadas y cogió un plato. "Vaya, ¿estas galletas también son caseras?"

"¡Lo son! A Renee le encanta hornear, y créeme, cuando pruebas cualquiera de sus productos horneados, ¡se nota!"

Miró las galletas con avidez. Le encantaban las de chocolate, pero iba a tomar chocolate caliente, así que cogió un par de Snickerdoodles. "Esto me servirá hasta que llegue la pizza".

"¿Qué tipo de pizza?" Katerina había sacado el teléfono y estaba tecleando cuando llegaron al salón. Liam se sentó a un lado del sofá y atrajo a Naomi a su lado.

"Oh... cualquier cosa con carne, nada de verduras". Naomi sonrió a Katerina. "Me car-nee-vore".

Katerina le devolvió la sonrisa y se inclinó para chocar los cinco con ella. "Los carnívoros mandan". Su mirada se deslizó hacia Liam, y soltó una risita. "Y los perros babean".

Jacinto emitió un gemido dramático. "¡No puedo creer que hayas dicho eso!"

Liam se echó a reír.

Naomi observaba sus interacciones con algo parecido a los celos. Nunca había podido tener amistades íntimas. Su única amiga... su mejor amiga... de la infancia había sido su hermana Beth, y ahora ya no estaba. Convertida en Rogue y encarcelada muy lejos, en alguna prisión de cambiaformas. Para disimular la nostalgia que sentía en el pecho, mordió un Snickerdoodle e inmediatamente se desvió del camino.

"¡Dios mío!"

Katerina le sonrió. "Lo sé, ¿verdad? Vale, vaya, ahora yo también quiero uno".

"Yo te lo traigo, gatita". Troy pasó junto a ellas y entró en el comedor. Naomi no se había dado cuenta de lo grande que era hasta ahora, de pie junto a la menuda Katerina. Medía más de dos metros, era un hombre gigantesco. Miró a Katerina por encima del hombro.

"¿Qué quieres?"

"Un par de Snickerdoodles, como Naomi, y sidra caliente".

"De acuerdo, nena". Volvió equilibrando dos vasos de sidra y un plato de galletas, que colocó sobre una mesa baja entre dos sillones. Entregó una de las tazas a Katerina, se sentó en uno de los sillones y bebió un trago de su propia sidra.

Katerina aceptó su sidra con una mano, agitando triunfante su teléfono con la otra. "Vale, ya está el pedido. Estará aquí en unos cuarenta y cinco minutos".

"No puedo quedarme mucho más después de comer la pizza", les dijo Jacinth. "Le prometí a Talya una tarde de chicas. Creo que iremos a la bolera, a menos que haya cambiado de opinión cuando llegue a casa".

"Talya es una adolescente que vive con Jacinth y Douglas", dijo Liam, al ver la mirada curiosa de Naomi. "Es una larga historia, aunque ya te enterarás".

"La habría traído a ella y a los niños... Ben y Molly tienen seis y cuatro años -explicó Jacinto-, pero no queríamos agobiarte cuando acababas de llegar. Los conocerás a todos más tarde".

"El sábado en nuestra casa", asintió Katerina. "Barbacoa de mando. Sin excusas. Liam puede traerte, así que estate allí".

"¿No hace un poco de frío para las barbacoas?" quiso saber Liam.

Troy asintió. "Así es. Razón de más para tenerlo ahora, antes de que el tiempo se vuelva aún más frío. Probablemente será la última de este año".

"Además, no tenemos un espacio interior donde quepamos todos cuando haga demasiado frío", dijo Katerina en tono de queja. Se dio un codazo contra su prometido, con los ojos dorados mientras lo miraba sonriente. "Troy quería renovar el granero y pensé que tal vez podríamos calentarlo y tener un lugar de reunión para el invierno". Hizo una pausa, haciendo un mohín. "Pero él insiste en que quiere el granero para los caballos".

"Los caballos también necesitan un lugar caliente para el invierno", le recordó.

Jacinth agitó una mano en el aire y sus ojos castaño chocolate bailaron de alegría. "Cubrimos la piscina de nuestro patio cuando empezó a hacer frío. Puedo poner una tienda Djinn encima. Dentro puede haber todo el espacio que queramos".

Naomi la miró con algo parecido al asombro. "¿En serio? ¿Como una... Tardis o algo así?"

"O algo así", convino Jacinto, riendo alegremente.

"¡Impresionante!", exclamó Katerina. "¡Hagámoslo!"

Naomi miró de uno a otro de ellos. "¿Cuántos sois?", preguntó, desconcertada.

"Bueno, veamos. Estamos Troy y yo -Katerina levantó una mano y empezó a contar los dedos-.

"Troy y yo", la corrigió Jacinto.

Katerina le sacó la lengua, mientras Troy ponía los ojos en blanco, exasperado.

"Dejadlo ya, vosotros dos".

Katerina se limitó a sonreír y siguió nombrando. "Jacinth y Douglas, con Benny y Molly, y ahora Talya. Está mi hermano Kester y su Elegida, Tamera. Y a veces Julian y Alessandra vienen de Staten Island".

"No olvides que Suzanne y Mac ya saben lo nuestro, podemos invitarles", le recordó Troy.

"¡Ah, sí! Y luego vosotros dos", les sonrió Katerina. "Así que eso hace..."

"Quince", añadió Jacinto. "Y a veces mi madre".

Naomi parpadeó. "¿Tu madre?" ¿Los genios tenían madre?

Jacinto se rió, el sonido como campanas repicando. Realmente, la Djinn era fascinante. A Naomi le costaba apartar los ojos de ella.

"Sí, mi madre. A veces hace de canguro para nosotros... aunque no tanto, ahora que Talya ha venido a vivir con nosotros".

Las pizzas llegaron justo en ese momento, y la conversación se estancó mientras se colocaban las cajas de pizza en el comedor y todos cargaban sus platos.

Naomi iba por la tercera rebanada cuando se atrevió a hacer la pregunta que le había estado rondando por la cabeza desde que conoció a aquella gente en el césped de la posada el día anterior.

"¿Por qué no me odias?" soltó, mirando de Jacinto a Katerina. "Beatrice es mi tía, e intentó matarte".

Katerina sacudió la cabeza, con el pelo alborotado revoloteando alrededor de su rostro picado. Jacinto, sin embargo, se inclinó hacia delante para coger la mano de Noemí con un cálido apretón.

"*Tú no intentaste matar a nadie. Fue ella*".

"Sí, pero..."

"Sí, pero, nada", dijo Jacinto con firmeza. "Lo que hizo no es culpa tuya. Liam nos dijo que no sabías que había venido aquí, a Nueva York".

"No, no tenía ni idea de que no siguiera en Miami. Me fui y vine a Manhattan para alejarme de ellos, sobre todo de Beatrice. Me odiaba incluso más que mi madre y mis hermanas".

"Además", añadió Katerina, dejando a un lado su trozo de pizza para entrar en la conversación. "Si no hubiera sido por Beatrice, nunca habría conocido a Troy. Al menos, le habría conocido, ya que está en prácticas con Douglas, pero quizá no nos habríamos conocido lo suficiente como para que se convirtiera en mi Elegido."

"Lo habríamos hecho", le aseguró Troy, su voz llevaba el peso de la convicción. Se inclinó para besarle ligeramente los labios. "Te eché un vistazo en aquella cena y caí como una tonelada de ladrillos".

Y eso era otra cosa. "¿Qué es un Elegido?"

Sus palabras provocaron un repentino silencio.

"¿Ni siquiera te enseñaron eso?" preguntó Liam con asombro. "Puedo entender, en cierto modo, que no quisieran que supieras nada del Consejo ni de nuestras leyes...", se interrumpió, sacudiendo la cabeza. "Es increíble".

"Tu Elegido es tu pareja", le dijo Katerina. "Esa persona con la que quieres pasar tu vida por encima de todas las demás". Sonrió, miró a su alrededor y tendió la mano a Troy. Él la cogió y la

levantó de la silla para que cayera en su regazo riendo.

"Tu Elegido puede ser cualquiera", le dijo Jacinto. "Humano, Djinn, metamorfo...".

"Cualquier metamorfo", dijo Katerina frunciendo el ceño de repente. Mirando a su alrededor, Naomi pudo ver destellos de ira y consternación en sus rostros.

"¿Hay una historia ahí?"

Liam gruñó en su garganta. "En efecto. Había un grupo de caracales machos que eran de líneas puras. Encarcelaban a las hembras y las obligaban a reproducirse".

Ante el grito ahogado de Noemí, Jacinto asintió con la cabeza, y sus ojos brillaron con rabia. "Es incluso peor que eso. Secuestraron a una de los nuestros... Tamera, recepcionista de la clínica y Elegida de Kester... y se la llevaron a Marruecos".

"Igual que pensarías de cualquier tipo de grupo separatista o nacionalista", dijo Katerina con disgusto. "Con un recinto amurallado y barrotes de hierro en las ventanas donde obligaban a vivir a las mujeres".

"Fui con Tamera, en mi forma de Djinn", dijo Jacinth a Naomi. "Pude encontrarla después de que se la llevaran, y me quedé con ella. A las mujeres no se les permitía ir a la escuela, y estaban acompañadas por los hombres cada vez que salían del recinto."

"Y tenían que dejar atrás a sus hijos cuando salían, por si se les ocurría escapar", asintió Katerina, retomando el relato. "Pero eso no es lo peor... la matanza selectiva...", se estremeció, y los brazos de Troya la rodearon con fuerza.

¿"Sacrificar"? Naomi frunció el ceño, sin comprender.

"Como había tan pocas mujeres, todos los años, en verano, los líderes del recinto decidían cuáles de los muchachos no se consideraban dignos... ¡dignos! ... de que se *les permitiera* reproducirse. Se los llevaban por la noche, los expulsaban al desierto y los dejaban allí para que murieran expuestos".

Naomi se quedó boquiabierta, sin habla. Katerina asintió, con los labios apretados y los ojos brillantes de ira.

"Conté todo lo que estaba ocurriendo a otro Djinn", dijo Jacinto, "y se formó un grupo de rescate de los que estábamos aquí, ya que Tamera era de los nuestros, así como del Consejo de Cambiantes del Norte de África, que ignoraba totalmente lo que estaba ocurriendo. Sacamos a todas las mujeres y niños. La mayoría vinieron aquí, algunos a Londres y uno a Egipto".

"¿Qué ha pasado con los hombres?"

"No estoy segura, al menos no de nada concreto, aparte de que los capturaron", admitió Katerina, mirando hacia Liam. "¿Lo sabes?"

Liam agitó la mano de un lado a otro. "Sí y no. Los entregaron al Consejo de Cambiantes del Norte de África... no tengo ni idea de lo que hicieron con ellos".

"¿Y qué era eso de los rumanos? ¿Se enteró alguien alguna vez?"

Naomi parpadeó. "¿Rumanos?"

Se encogió de hombros. "Hubo un pequeño pero enfurecido grupo de rumanos que se unió al esfuerzo de rescate. No tengo ni idea de la historia que hay detrás".

"Me pregunto si Tamera lo sabrá". reflexionó Jacinto. "Acordémonos de preguntárselo".

"Por cierto, ¿dónde está?" preguntó Liam. "Creía que iba a estar aquí para reunirse con Naomi".

"Kester recibió una llamada de un distribuidor y salieron corriendo a reunirse con el tipo". Katerina dirigió una sonrisa a Naomi. "Kester es mi hermano, y Tamera es su Elegida. Acaba de abrir una charcutería griega, no muy lejos del centro comercial, y parece que siempre tiene que reunirse con tal o cual persona."

De repente, la invadió un bostezo. Naomi se tapó la cara avergonzada mientras todos reían.

"No pasa nada", la tranquilizó Katerina. "Chicos, seguro que ya está harta de todos nosotros. ¿Qué os parece si nos vamos todos a casa y la dejamos que suba a echarse una siesta?"

"Me parece bien", dijo Jacinth, poniéndose en pie. "Douglas está cuidando a los niños mientras yo estoy aquí, pero quiero darle un poco de descanso antes de que Talya y yo salgamos por la tarde".

"Ah, es verdad... tenéis hijos". Naomi no sabía que un djinn y un humano pudieran tener hijos juntos. Su expresión debió de ser transparente, porque Jacinto se echó a reír.

"Douglas era padre soltero cuando nos conocimos. Acepté ser la niñera de los niños y... bueno, ¡aquí estamos! Esperamos tener más, pero queremos esperar y dejar que se asiente todo el revuelo que hay por aquí."

"Si es que alguna vez ocurre", dijo Katerina con franqueza. "Cada vez que nos damos la vuelta, ocurre algo más".

"Al menos no nos aburrimos", dijo Jacinto riendo.

Katerina soltó una risita y se levantó del regazo de Troy. "Vamos, nosotros también llegaremos a casa. Naomi, ha sido un placer conocerte. Échate una buena siesta, e instálate, y no te preocupes por las cosas de esta noche, ¿vale? Relájate y aprovecha la tranquilidad... no ocurre muy a menudo entre nosotros".

Le guiñó un ojo alegremente, y Naomi le devolvió la sonrisa.

"Lo haré Ha sido un placer conocerte Gracias por la pizza, y la ropa, y... y todo".

CAPÍTULO 8



NAOMI SE DESPERTÓ LENTAMENTE, saliendo del sueño como un oso de la hibernación. El colchón era cómodo, el edredón mullido y cálido, la almohada blanda. No se movió, salvo para subirse el edredón hasta las orejas, pero el sueño no volvió. Permaneció un rato a la deriva, hasta que por fin abrió los ojos y miró el reloj de la mesilla. Eran sólo las seis de la tarde, así que volvió a acurrucarse. Tenía la sensación de no haber hecho otra cosa que dormir desde que llegó, intercalando breves periodos de animación. Aun así, no tenía ningún plazo que cumplir ni ningún lugar en el que tuviera que estar. Más le valía disfrutar mientras pudiera.

Por fin se revolvió, estirándose y bostezando, y se sentó, con las mantas acumulándose en la cama a su alrededor. Hacía un ligero frío en la habitación y tembló un poco. Se levantó, se acercó a la chimenea y la encendió. Las llamas cobraron vida y ella las subió, disfrutando del resplandor. Subió la bolsa de ropa a la cama, la abrió y rebuscó en ella la sudadera que había visto antes.

Sintiéndose extrañamente a la deriva, atravesó la puerta que daba al pequeño balcón que había fuera de su habitación. Estaba en un lateral de la casa, con vistas a las colinas densamente arboladas y a las granjas lejanas. Aún no se había puesto el sol, pero la temperatura descendía rápidamente. Respiró el aire fresco del otoño, ligeramente perfumado por el humo de las chimeneas cercanas.

Era la primera oportunidad que tenía de estar realmente sola, de pensar, desde que había salido del zoo el día anterior. No sabía muy bien cómo se sentía. Estaba contenta de volver a ser humana, por supuesto, y agradecía las amistades que le habían ofrecido, pero la incertidumbre la corroía. ¿Cómo podían estar tan seguros de que no se convertiría en Rogue como su madre y sus hermanas? Desde luego, Beth nunca había querido ser una Pícara, y mira lo que pasó.

La invadió una sensación de aislamiento, la conciencia de su absoluta soledad en el mundo en el que vivía desde que se separó de Beth. No tenía más familia ni amigos. En Florida se había mantenido alejada de los humanos, pues no quería poner involuntariamente a nadie en el camino de su madre o de sus hermanas. Cuando llegó a Nueva York, el hábito de mantenerse distante se le había arraigado. Y la única vez que se había arriesgado, que había bajado la guardia... su mente rehuyó aquellos oscuros recuerdos. Pero eso sólo demostraba que sería mejor para todos que se mantuviera apartada.

Y, sin embargo, añoraba esas mismas amistades, formar parte de la comunidad cercana, amistosa y divertida que la había acogido con los brazos abiertos. A Beth también le habría encantado. Podía verlas a las dos encajando aquí, creándose vidas sin miedo, libres de la sombra

de su familia. Avanzó hasta el borde del balcón, cruzándose de brazos y apoyándose en la barandilla. Echaba de menos a su gemela, su ausencia era un dolor constante, como si le faltara una parte de ella.

Suspirando, se apartó de la barandilla y se sentó en una de las dos sillas de mimbre dispuestas a ambos lados de una mesita. Supuso que no tenía sentido darle más vueltas. No podía hacer nada para cambiar las cosas. En lugar de eso, tenía que centrarse en su propia vida, que estaba empezando de cero... otra vez.

Había cosas que necesitaba hacer urgentemente: Coger el coche, comprobar su cuenta bancaria, actualizar su currículum y empezar a buscar trabajo. Probablemente debería hacer una lista, supuso, pero el papel y el bolígrafo que le proporcionó el B&B estaban dentro, en la mesilla de noche, y se sentía demasiado lánguida para moverse ahora mismo. De todas formas, no había nada que pudiera hacer esta noche.

"Hola".

Levantó la vista y encontró a Liam de pie en el balcón contiguo al suyo. Se había puesto un jersey verde bosque que resultaba cálido, favorecía su piel morena y resaltaba el verde de sus ojos color avellana. Sonrió, contenta de ver una cara amiga.

"Eh, tú".

"Esperaba que ya estuvieras despierta. Pensé en llevarte a cenar, ya que es la noche de tu primer día completo fuera de la cárcel y todo eso".

¿"El clink"? Naomi no pudo evitar soltar una risita.

Sonrió. "¿Junta? ¿Un porro? ¿Nick?"

Puso los ojos en blanco. "Por Dios. Y sí, me encantaría cenar".

"Genial. Dime, ¿qué es lo que más has echado de menos? ¿Qué tipo de comida?"

Frunció los labios, pensativa, considerando su respuesta.

"Mexicana", decidió ella. "También italiana, pero acabamos de comer pizza".

Liam asintió. "Cierto. Es mexicano. Cógete una chaqueta... si tienes".

"Katerina incluyó una sudadera con capucha en la bolsa que me preparó, eso debería bastar por ahora. La mayor parte de mi vestuario es para Florida, de todos modos, así que tendré que hacer algunas compras incluso cuando haya sacado el resto de la ropa del coche".

"Ah, claro. Quería decirte que Maroulla vendrá a verte mañana. Pero podemos ver cómo conseguir tu coche en cualquier momento después de eso".

Empezó a retorcerse los dedos nerviosa. "Maroulla Kazakis... la Guardiana, ¿creo que me lo dijiste? ¿Por lo del Consejo?"

Liam se rió entre dientes. "Caray, parece que alguien esté a punto de arrastrarte de vuelta a la cárcel. Al zoo. Como quieras. También va a visitar a Katerina. Katerina es su nieta".

Ella le sonrió. "Sí, ahora empiezo a recordar todo esto. Su nieto también está aquí, ¿no? Ése sería el hermano de Katerina... um...", se quedó pensativa. "¿Kester?"

"¡Bien!" La saludó con un gesto de aprobación. "También, su Elegida, Tamera. Es una de las metamorfo magas caracas. Se alojan aquí, en el bed and breakfast, mientras buscan casa". Se apartó de la barandilla que separaba sus balcones e hizo un gesto hacia la habitación de ella. "Anda, coge tu jersey y unos zapatos, y reúnete conmigo en el pasillo".



MEDIA HORA MÁS TARDE, entre patatas fritas y salsa, un plato abundante de nachos y margaritas, en la esquina de un restaurante mexicano decorado con colores, Liam dio un golpecito en la

superficie de la mesa para llamar su atención.

"Vale, escuchad".

Naomi cogió otra tortilla cargada y se la metió en la boca. "Unnhuhn", asintió. Señaló sus enormes vasos de margarita, casi vacíos. "¿Quién conduce?"

"Ah, eso". Sonrió ampliamente. "Ésa es una cosa que *me* sorprende que no te enseñara tu madre. Antes de irnos, iré al baño de hombres y haré un Cambio parcial. Sólo lo suficiente para que mi Pyr se presente y metabolice el alcohol. Entonces, cuando vuelva a Cambiarme, estaré completamente sobrio. Libre y limpio. Incluso podría hacer una prueba de alcoholemia y mostraría un 0% de consumo de alcohol".

Se tragó el bocado de nacho antes de atragantarse con él y lo miró fijamente. "¿Hablas en serio?"

"Mmhmm".

"Te refieres a todas esas resacas en la universidad..."

"Sí. Se podría haber evitado totalmente".

Cayó de espaldas contra la pared acolchada de la cabina.

"Bueno, maldita sea".

Guiñó un ojo y se bebió el resto de su margarita.

Naomi frunció el ceño fingidamente al otro lado de la mesa. "¿Qué más no sé?"

"Ah, eso". Liam se enderezó y se puso más serio al inclinarse hacia delante. "Quiero explicarte más cosas sobre el Consejo. En realidad, los Consejos... todos".

"¿Incluso el Gran Consejo, o Supremo, o como quiera que lo llaméis?". Parecía dudosa.

Se rió entre dientes. "Gran Consejo. Y sí, eso también. La cosa es así. Los Consejos son nuestros amigos. Son un órgano de gobierno. Crean y, sí, hacen cumplir nuestras leyes, pero no es lo mismo que en el mundo humano, la policía, el FBI y demás. Piensa en ellos como... um..." hizo una pausa, tratando de encontrar la palabra adecuada. "Benignos. Se preocupan por nosotros, nos ayudan, nos apoyan para que vivamos en paz ocultos en un mundo que sería inimaginablemente hostil si se conociera nuestra existencia."

"De acuerdo", dijo Naomi lentamente, asintiendo con la cabeza mientras consideraba lo que decía. "Ya lo veo".

"Todo lo que hacen, todas las leyes que dictan, cualquier intervención, tienen un único propósito. Una Directiva Primaria, la llaman. Y es proteger a los cambiaformas... y a todos los Otros... manteniendo nuestra existencia en secreto".

"Así que estás diciendo que no son alguien a quien temer".

"No, a menos que seas un asesino psicótico". Le guiñó un ojo, y ella tuvo que reírse.

"Para que entiendas que Maroulla baja porque quiere conocerte. No para taladrarte, ni interrogarte, ni juzgarte".

Ella asintió, dando un sorbo pensativo a su margarita. "Como amigo, dices".

"Como mínimo, para prestarte apoyo", aceptó. "Como Guardiana del Consejo del Noreste de EE.UU., es *tu* Guardiana. Puedes acudir a ella con cualquier problema, cualquier pregunta, relacionada o no con los cambiaformas. Ella está ahí para ti".

No pudo evitar soltar una carcajada. "Algo así como una madre de guarida".

Sus cejas se alzaron sorprendidas al considerar la comparación. "En realidad, sí, no está tan lejos. Cuando Fran, una de mis hermanas, quería trabajar en genética..."

"¿Genética?" soltó Naomi. "¿De verdad?"

"Mmhmm. En fin, ya era licenciada en Biología. Cuando decidió que quería dedicarse a la genética, Maroulla acudió al Gran Consejo, que es internacional, con representantes de todos los

Consejos de metamorfos del mundo..."

"¿Como un cambiaformas de las Naciones Unidas?" intervino Naomi, riéndose.

Liam se ríe entre dientes. "Sí, exactamente. Ayudaron a Fran a entrar en el programa de máster de genética de Harvard. Ahora Fran trabaja en nuestro laboratorio de Suiza, estudiando la genética de los metamorfos".

Naomi parpadeó. "¡Vaya!"

"No todas somos superdotadas. Mi segunda hermana mayor es feliz siendo ama de casa y criando a cinco hijos. No es que eso no sea un tipo de superación en sí mismo", añadió. "Cinco hijos son un puñado. Yo era el quinto hijo de mi familia, debería saberlo".

"Nunca pude ni soñar con tener hijos", dijo Naomi con nostalgia. "Viniendo de mi familia... ese tipo de normalidad estaba fuera de lugar. Ya sabes: Marido, hijos, una valla. Ese tipo de cosas. Lo máximo que me atrevía a esperar era *no* convertirme en canalla".

"Comprensible", la tranquilizó. "Pero ahora puedes empezar a pensar en el futuro, a explorar tus opciones".

"No sé cómo podéis estar todos tan seguros de que no convertiré a Rogue", objetó ella. "Si yo no lo sé, ¿cómo vais a saberlo vosotros?"

"Katerina y Jacinth estuvieron cara a cara con Beatrice". Apoyó los codos en la mesa, apretando los dedos bajo la barbilla. "Katerina dijo que podía sentir a la Pícara en ella, incluso cuando ambas estaban en forma humana. Jacinth conoció a Beatrice mucho antes de que nadie supiera que Beatrice era una Pícara; de hecho, me han dicho que en aquel momento Jacinth ni siquiera sabía que existía tal cosa. No es que lo anunciemos -dijo, haciendo una mueca-. "Dijo que Beatrice le parecía extraña... que percibía una especie de oscuridad. En aquel momento, Jacinth lo atribuyó a los celos, pues Douglas había tenido una cita con Beatrice. Pero dice que, en retrospectiva, lo que sentía era la oscuridad de espíritu que caracteriza a los Pícaros".

Naomi sintió que se le iba el color de la cara. "¿Una *cita*? ¿Con Beatrice? ¿Cómo se ha escapado? Tiene suerte de estar vivo".

Liam se rió entre dientes. "Al parecer, la cita no fue muy bien, y ella no consiguió clavarle las garras... en sentido figurado. Jacinth echó mal de ojo a su velada".

"¡No!" Naomi le miró fijamente y luego se echó a reír. "¡Ohmigosh, qué maravilla! Cuéntamelo!"

"Lo haría si pudiera", le aseguró. "No conozco los detalles. Deberíamos preguntárselo alguna vez".

"Deberíamos". Naomi vació su margarita y dejó el vaso con un chasquido, sonriéndole. "Quiero otro".

"Oh, Señor, he creado un monstruo", gimió Liam, pero le hizo señas al camarero. "Dos margaritas más, por favor".

Naomi se inclinó hacia delante, con los brazos cruzados sobre la mesa. "Vale, tengo una pregunta".

"Dispara".

"Cuando era adolescente, era adicta a las novelas románticas que tenían cambiaformas. Se llaman romances paranormales". Soltó una risita cuando Liam hizo una mueca. "El caso es que en muchas de esas historias, el héroe y la heroína estaban predestinados a enamorarse. Compañeros predestinados. ¿Tenemos algo parecido?"

Se rió entre dientes, negando con la cabeza. "No. Lo siento, nada de eso. Nos conocemos y nos enamoramos, como los humanos. Sin embargo, el lado positivo es que -continuó, con expresión seria-. "Tenemos pocas separaciones entre las parejas de Elegidos. Ya sea por un

mayor factor de comunicación, o porque simplemente nos enamoramos mejor de la persona adecuada, lo que sea. De hecho, hay grupos de psicólogos cambiaformas que lo estudian".

Naomi parpadeó. "¿En serio? ¿Quieres decir, oficialmente, como los genetistas que estudian los genes de los metamorfos?"

"Sí. Nos dedicamos a averiguar todo lo que hay que saber sobre los cambiaformas. Además, tenemos metamorfos en casi todas las ramas de la sociedad que puedas imaginar. Abogados, policías, médicos..."

"Veterinarios", añadió Naomi, sonriéndole.

Liam le devolvió la sonrisa. "Oh, no sólo soy veterinario. También soy médico".

"Eres un... espera, ¿qué?"

Se rió de su expresión de asombro. "Sí, puedo tratar a los metamorfos en cualquiera de sus formas. De hecho, hasta ahora soy el único que es a la vez médico y veterinario, pero el Consejo está trabajando en un programa para animar a otros a hacer lo mismo."

"Me he quedado sin palabras", admitió.

"Ya te lo he dicho, se trata de ayudar a los cambiaformas, y eso incluye la educación. Incluso tenemos un comité, a nivel internacional, que está elaborando protocolos para el caso de que los cambiaformas sean delatados a los humanos. Aunque -añadió, haciendo una mueca-, con cámaras y teléfonos móviles por todas partes, por no hablar del satélite, en realidad es más una cuestión de cuándo, que de si".

Naomi frunció el ceño, dándole vueltas. "¿Protocolos?"

"Sí. Relaciones públicas, declaraciones a la prensa. Controlar el diálogo en la medida de lo posible, respuestas adaptables a la cobertura mediática. Identificar a los cambiantes que correrían un riesgo más inmediato y cómo protegerlos. Control de daños en general. Equipos de búsqueda y rescate para recuperar a los cambiaformas cautivos de científicos, militares, locos, lo que sea".

Tragó saliva, con dificultad. "Eso suena a pesadilla".

Liam puso mala cara. "Sí, va a ser así. Por eso queremos estar preparados. Tienen listas de personas dispuestas a hacer público nuestro caso, pero las eligen cuidadosamente. A mí me disuadieron de presentarme voluntaria. Maroulla me dijo que no me arriesgara a que me inhabilitaran como médico, lo que sería casi una certeza al principio. Sin embargo, Katerina se ha ofrecido voluntaria para estar en primera línea, y Troya la apoya en eso".

"Vaya, ni siquiera lo había pensado. Quiero decir, no con tanto detalle. Me dan ganas de darle vueltas a la cabeza".

"Es una madriguera de conejos, sin duda", advirtió. "Una vez que empiezas a ir allí, puedes volverte loco".

"Sí, lo entiendo".

Frunció el ceño de repente. "Si Katerina se presenta, ¿no pondría eso necesariamente a toda su familia en el punto de mira? Los medios de comunicación no tardarán ni medio minuto en descubrir a Kester, y luego a sus padres y familiares directos".

"Me han dicho que la familia Kazakis celebró una reunión para hablar de ello. Katerina podría contarte más. Pero ten en cuenta el tamaño de la comunidad aquí, en el valle del Hudson. Así que tres de los nuestros se hacen públicos. Katerina era una famosa diseñadora de moda, y ahora se está haciendo un nombre como artista. Su prometido es un respetado veterinario, humano, con artículos publicados regularmente en publicaciones veterinarias. Tamera también quiere hacerse pública, y trabaja en la misma clínica veterinaria, donde todos los socios conocen a los metamorfos. Kester es propietario de una charcutería griega local. Pero además de esos tres que se hacen públicos, también tenemos al menos dos docenas más de cambiaformas en las

inmediaciones, por no hablar de Jacinth, y Angus y Renee, que son Dios sabe qué, pero son claramente poderosos. Estamos en mejor posición que la mayoría para rodear los vagones, por así decirlo".

Naomi cogió una tortilla cubierta de queso y pimientos y se la metió en la boca. "Uy, se han enfriado. Al menos nos lo hemos acabado casi todo".

"Cierto".

Le lanzó una mirada por debajo de las pestañas y luego dejó de mirar la mesa. "¿Es cobarde por mi parte no querer presentarme? Creo que ya he tenido suficiente estrés y traumas en mi vida hasta ahora".

"No, lo entiendo. Además, eres bibliotecaria, en tu trabajo tratas mucho con niños. Te despedirían en una hora".

Suspiró. "Sí, también está eso".

"Recuerda que es una madriguera de conejos", advirtió. "No vayas por ahí".

"Correcto. La madriguera del conejo". Ella asintió y le sonrió. "No es que no tenga muchas otras cosas en las que pensar. ¿A qué hora llega Maroulla?".

"Viene de Maine en tren, así que llegará tarde esta noche. Se queda a dormir con Katerina y Troy, y estará aquí en la posada a primera hora de la mañana".

"Vale. Me aseguraré de poner el despertador, para estar levantada y preparada".

"Dijiste que leías esos romances cuando eras adolescente. ¿Ya no?"

Naomi se encogió de hombros, incómoda, y dirigió la mirada a la copa de margarita medio vacía que tenía delante. "Se me hizo difícil leer todos esos finales felices, una vez que comprendí de verdad que nunca tendría la oportunidad de tener uno para mí".

CAPÍTULO 9



NAOMI SE SENTÓ en el borde de la cama y se quedó mirando, insatisfecha, la ropa que había elegido. No es que tuviera muchas opciones, pero le habría gustado encontrarse con Maroulla con algo más bonito que unos vaqueros. Sin embargo, sólo podía elegir entre vaqueros o pantalones cortos, y hacía treinta y cinco grados, según la aplicación meteorológica de su teléfono, así que... no. No elegiría unos pantalones cortos, aunque no fuera a reunirse con el Alcaide del Consejo del Noreste. Tal vez debería haberle pedido a Liam que la llevara de compras anoche, después de cenar, en lugar de dar una vuelta en coche por la zona y luego acostarse temprano. Otra vez.

Sin embargo, Katerina le había proporcionado una blusa realmente bonita y sedosa en un suave tono verde que complementaba su coloración clara.

Miró el reloj mientras se ataba los cordones de las zapatillas. Eran las ocho. Liam ya se habría marchado a la clínica veterinaria. No tenía ni idea de cuándo llegaría Maroulla, pero sería mejor que llevara algo de comida. Después de no haber comido en tanto tiempo, y después de haber comido tanto de los nachos, no había podido comer mucho de su cena de la noche anterior. Pero ahora tenía hambre. Aunque, sonrió para sus adentros, el truco de Liam sobre un cambio parcial ¡seguro que funcionó! Después de todas las margaritas que se tomó anoche, debería estar muerta de asco. Pero se sentía estupendamente. Aparte de tener hambre, claro.

Al bajar las escaleras, unas voces infantiles la guiaron hasta el comedor, donde tres mujeres estaban sentadas en un grupo de mesas apiñadas, vigilando a un grupo de lo que parecía una docena de niños de edades comprendidas entre los bebés y los preadolescentes. Miraron a su alrededor cuando ella entró, y una de las mujeres, más o menos de su edad, se levantó de la silla, sonriendo. Era guapa, con una nube de pelo rojo oscuro sobre una piel clara y ojos de un profundo tono azul.

"¡Buenos días! Tú debes de ser Naomi".

Naomi cogió la mano que le tendía y asintió. "Sí, así es".

"¡Genial!" La joven le sonrió. "Soy Tamera. Y ellas son Adina y Sasha, y sus hijos, pero no entraré en todos los nombres para que no te sientas abrumada".

Un poco perdida, y sintiéndose ya un poco abrumada, Noemí sonrió a las tres mujeres. Tamera, recordó, era la Elegida del hermano de Katerina. Recordó que había otros metamorfos alojados en la posada, pero en aquel momento estaba sobrecargada de información y todo lo que había aprendido ayer empezaba a encajar.

Su confusión debía de ser transparente, porque Tamera se rió suavemente y le dio unas

palmaditas en el brazo. "No pasa nada, yo también he pasado por eso. Ve a por algo de comer y beber, y ven con nosotros".

"De acuerdo".

Al ir al bufé, a Naomi se le hizo la boca agua al instante. Hoy había una cazuela de patatas fritas de aspecto delicioso, además de huevos, beicon y salchichas, así como tortitas. Cogió un plato y lo apiló con huevos, bacon y parte de la cazuela, se sirvió una taza de café y volvió a la mesa, ocupando la silla libre junto a Tamera.

Los niños se habían callado desde que ella entró en la habitación, y su silencio le pareció desconcertante. Ninguno de ellos la miraba a los ojos, pero observó que algunos de los mayores lanzaban miradas discretas en su dirección. Espera. ¿No le habían hablado anoche de un grupo de cambiaformas caracal, mujeres y niños, rescatados de una especie de complejo? Dirigió una mirada interrogativa a las otras mujeres. La que Tamera había presentado como Sasha era la mayor de ellas, una mujer de unos cuarenta años, y ahora sonreía débilmente a Naomi.

"Debes perdonar a los niños", dijo con voz suave, ligeramente acentuada. "No están acostumbrados a conocer gente nueva. Ha sido un poco duro para ellos".

"No puedo ni imaginármelo", admitió Naomi.

"Estarán bien", dijo la otra mujer, Adina, mientras se inclinaba para sujetar a un niño pequeño que se deslizaba de la silla. "Los jóvenes se adaptan más fácilmente. Sahar", se dirigió a la niña mayor, que parecía tener unos doce años. "Lleva a los niños arriba y prepáralos para salir".

Al instante, los niños se olvidaron de ser tímidos.

"¿Vamos al parque infantil, mamá?". Esto lo dijo el niño que acababa de bajar.

"Sí, pues date prisa".

Vítores y chillidos de emoción puntuaron el aire, junto con el golpeteo de los pies en el suelo cuando los niños abandonaron la mesa y se dirigieron a las escaleras. Adina y Sasha se levantaron de sus asientos.

"Volveremos a verte pronto, Naomi", dijo Sasha. Intercambió besos al aire con Tamera, y salió de la habitación con Adina, que saludó alegremente con la mano a modo de despedida.

Naomi se quedó bastante atónita por el repentino silencio, y Tamera se echó a reír.

"Te acostumbrarás", dijo. "Ahora mismo, están dando a los niños la oportunidad de aclimatarse. Se está organizando la escolarización, pero al principio tienen que tener profesores particulares, para prepararlos para la escuela pública."

"Debió de ser horrible. No puedo ni imaginármelo".

"Lo era". Tamera la miró con simpatía. "Me han dicho que tú tampoco lo has tenido fácil. Parece que todos los que estamos en este bed and breakfast estamos empezando de nuevo de alguna manera".

"He conocido a tanta gente, sólo en un par de días. Nunca voy a recordarlos a todos".

"El viernes habrá un examen", bromeó Tamera, y luego se rió cuando Naomi palideció. "No, en serio, no pasa nada. Nadie espera que te acuerdes de todo el mundo, ¿vale? Es sólo que aquí es como una gran familia, así que no hay nada que hacer. Recuerdo que la primera vez que vine me sentí abrumada, y eso fue antes de que me secuestraran a Marruecos y volviera con muchos más metamorfos".

Señaló el plato de Naomi. "Come", la regañó. "Sigues pareciendo recién llegada de un campo de prisioneros de guerra o algo así. Necesitas algo de carne en los huesos, chica".

"Lo sé. Naomi hizo una mueca, pero cogió obedientemente un poco de la cazuela de patatas fritas con el tenedor y le dio un mordisco, tarareando de placer. "¡Qué bueno está!"

"Renee es una cocinera maravillosa, y una panadera aún mejor", coincidió Tamera. "¡Aquí no vas a pasar hambre, eso seguro!".

Sonriendo, Naomi cogió una tira de beicon, perfectamente frita, y la mordió con gusto. "Oh, he echado de menos el bacon".

Tamera se acercó y le arrebató un trozo de beicon del plato, y Naomi le dio un manotazo. "¡Eh! ¡Coge el tuyo!".

"Tocino", gimió Tamera, con los ojos cerrados en éxtasis mientras masticaba. Al terminar el bacon, le guiñó un ojo a Naomi. "Tengo que comerme el tuyo, porque si cojo todo lo que quiero del bufé, Renee podría subirme el precio de la habitación".

"Eso sería un asco", convino Naomi, comiéndose otra tira. "Pero podría merecer la pena, porque... ya sabes... bacon".

"Cierto. Así que hoy has quedado con Maroulla".

Naomi se llevó una mano al estómago, donde las mariposas empezaron a dar volteretas. "Sí, estoy un poco nerviosa".

"No te preocupes. Es simpática y lo sabe casi todo sobre los cambiaformas. Además, se asegurará de que te pongas al día, en cuanto a educación, en todo lo relacionado con los Otros".

"Tengo mucho que aprender. No sabía nada del Consejo, ni de las leyes, ni de los Elegidos... ni de nada", admitió Naomi.

"Yo estoy en el mismo barco", se compadeció Tamera. "Hasta hace unas semanas ni siquiera sabía que existían los cambiaformas. Y mucho menos que yo era una".

"¡Espera! ¿Qué?" Naomi la miró atónita. "¿Cómo es posible que no lo supieras?"

"Mi madre era cambiaformas y murió cuando yo era pequeña. Crecí en una casa de acogida. Desde que era adolescente, no dejaba de tener esas... sensaciones, supongo que podrías llamarlo así. O imágenes vívidas de cosas como mis garras en un árbol. Estirándome con el sol caliente sobre mi pelaje".

"¡Debiste pensar que te estabas volviendo loco!"

Tamera hizo una mueca. "Lo hice. Literalmente. A principios de año, decidí buscar ayuda profesional y acabé en una retención involuntaria de setenta y dos horas, y luego una estancia forzosa de una semana en una institución de Alabama. Cuando salí, me alejé de allí. Fue casualidad... o coincidencia... que acabara aquí, solicitando un puesto de recepcionista en la clínica veterinaria, y... bueno, ¡aquí estamos!".

Reflexionando sobre ello, Naomi tuvo que darle la razón. "Igual que fue casualidad... o, de nuevo, coincidencia... que el zoo llamara a Liam para que revisara a mi leopardo, en vez de a su veterinario habitual. Te hace preguntarte si realmente no existe la casualidad, ¿verdad?"

"¿Verdad?" Tamera dudó un momento y luego continuó. "Sé que has pasado por muchas cosas y que debes de estar insegura y quizá un poco asustada todavía, pero quizá quieras pensar en lo que acabas de decir. Tal vez..." y dio un golpecito en la mesa para dar énfasis, "tal vez estabas destinada a estar aquí".

"Quizá estaba destinada a estar aquí", repitió Naomi en voz baja. "Ni siquiera puedo... eso es... ¡Vaya!".

Tamera asintió y se puso en pie. "Piénsatelo", aconsejó, saliendo por la puerta con un gesto sonriente.

Con una mirada culpable a su alrededor para asegurarse de que estaba sola, Naomi se escabulló de nuevo hacia el bufé y cogió unas cuantas tiras más de beicon.

Unos minutos más tarde, una vez terminado su desayuno, Naomi se estaba acomodando en el salón con una segunda taza de café cuando Liam entró por la puerta. La sensación de alivio que

sintió al verle fue enorme, y soltó un profundo suspiro.

"¡Liam! No sabía que estarías aquí!"

"No pensarías que te iba a dejar sola sin ningún apoyo moral, ¿verdad?". Se dejó caer en la silla junto a ella. "Me he tomado un par de horas libres en el trabajo para poder estar aquí para ti".

"Te lo agradezco mucho", le dijo. "No puedo evitar sentirme nerviosa, pero ¡oh! conocí a Tamera, y a Sasha, y a Adina, cuando bajé a desayunar. Además de una docena de niños". Sonrió. "En realidad, creo que sólo eran cinco o seis niños, sólo que me parecieron muchos más cuando entré".

"Eso nos deja a dos de las mujeres que aún no conoces. La hermana de Tamera, Layla, que tiene un hijo, y Takesha, que también tiene un hijo. Sasha tiene dos hijos mayores, Samir, que tiene dieciséis años, y Zuni, que creo que ronda los veinte".

Ella le parpadeó. "¿Y viven todos aquí, en el bed and breakfast?"

Liam asintió, estirando las piernas mientras se relajaba en el mullido sillón. "Sí, por ahora, pero no mucho más. Tamera y Kester están buscando una casa de alquiler, y Layla y su hijo, de pocos años, se mudarán con ellos. El resto tardará un poco más. Ninguna de las mujeres tiene experiencia de la vida fuera del recinto donde las retuvieron. Su conocimiento del mundo es pésimo, ni siquiera tienen idea de cómo administrar el dinero, de cómo funcionan las tarjetas bancarias. Ni cómo conducir, ni siquiera cómo coger un autobús. Nada. Ni siquiera saben tomar decisiones por sí mismos".

Naomi se estremeció. "No puedo ni imaginármelo".

"Y hay más, algunos en Maine. Unos pocos optaron por irse a vivir a Gran Bretaña, y uno se fue a Egipto. La comunidad cambiaformas ha dado un gran paso adelante para ayudar. Asegurándose de que reciben educación, enseñándoles sobre... ¡diablos, todo! Al mismo tiempo, no queremos que se sientan abrumados, así que todo el mundo está haciendo malabarismos con los horarios como locos, intentando ayudarles a ponerse al día, pero permitiéndoles ir a su propio ritmo."

Frunciendo el ceño, Naomi le dio vueltas a la idea. "¿No sería más fácil tenerlos todos en el mismo sitio?"

"Claro", respondió con facilidad. "Pero recuerda que nunca han tenido opciones en toda su vida. Así que ése fue un primer paso bastante importante, exponer las ofertas de refugio que llegaban, y dejar que cada mujer eligiera adónde quería ir, con quién quería quedarse. Por ejemplo, Layla vino aquí, porque Tamera es su hermana. Dos de las mujeres que eligieron ir a Gran Bretaña eran hermanas".

Sonrió de repente. "Jacinth y Douglas acabaron acogiendo a una niña de catorce años. No le quedaba familia y, por lo que he oído, se aferró a Jacinth y no la soltó, declarando que se iba a casa con ella".

Naomi se esforzó por recordar lo que sabía de la gente de aquí. "Jacinth está con Douglas, ¿verdad? ¿Es uno de los socios de la clínica veterinaria y tiene dos hijos pequeños?"

"Eso es", aprobó Liam. "Talya... así se llama... ve a Jacinto como su salvador de última hora, y con razón. Cuando las chicas cumplían catorce años, se las emparejaba con uno de los hombres para la reproducción. Y Talya cumplió catorce la semana pasada".

Naomi jadeó, sintiendo que se le iba el color de la cara. "¡Qué horror!"

Asintió con la cabeza. "Enfermizo. En un sentido muy real, Jacinth era su salvadora, así que no es de extrañar que se aferrara a ella. Douglas me mantiene informado cuando nos encontramos en la clínica, dice que va muy bien. Talya está muy unida a los niños, y parece que

Molly, la niña de cuatro años, la adora".

Los teléfonos de ambos empezaron a zumbir, y al unísono miraron el texto entrante.

Liam se puso en pie. "Maroulla está de camino".

"¿Esa es Katerina?" preguntó Naomi.

"Sí".

"Ella también me envía mensajes. Vale". Respiró hondo y se puso en pie. "Hagámoslo".

CAPÍTULO IO



NAOMI TRAGÓ SALIVA cuando el coche se detuvo frente a la posada. Se dio cuenta de que se estaba retorciendo las manos y se obligó a detener el movimiento. Sin embargo, no pudo evitar estrecharlas con fuerza ante ella.

El conductor, un joven más o menos de su edad, se bajó y corrió hacia el lado del pasajero, abriendo la puerta. Naomi se quedó boquiabierta y no pudo evitar quedarse mirando. La mujer que salió del coche no se parecía en nada a lo que ella había imaginado. Había pensado que Maroulla sería... bueno, no lo sabía, pero no esperaba que fuera una anciana diminuta de piel curtida, ojos negros chasqueantes tras un par de grandes gafas de montura oscura y un mechón de pelo blanco plateado ondulante que resaltaba sobre su piel aceitunada y sus feroces cejas negras.

A Naomi le cogieron la mano con frialdad y la anciana le sonrió. "Tú debes de ser Naomi. Yo soy Maroulla, la Guardiana del Noreste".

"S-sí, lo soy", balbuceó, tratando de recomponerse. "Lo siento mucho, sólo sé un poco, sólo lo que Liam me ha contado, de... de los Guardianes y del Consejo".

"No te preocupes, lo comprendo". Maroulla le dio una palmadita en la mano. "Ésa es una de las primeras cosas que queremos abordar, pero entremos y tomemos asiento, ¿te parece?".

Naomi se vio conducida inexorablemente escaleras arriba hasta el interior de la posada. Miró a Liam por encima del hombro, y él se limitó a sonreír y encogerse de hombros. Estaba sola.

Maroulla eligió un cómodo sillón situado junto a la ventana delantera, separado por una mesita con una lámpara. Tomó asiento en uno de ellos, haciendo señas a Noemí para que se sentara en el pequeño sofá que había frente a ella.

"Ahora bien", dijo una vez que Naomi se hubo instalado. "¿Liam te ha explicado que nos gustaría que te quedaras en la zona por ahora?".

"Sí, y no tengo ningún problema con ello. Para ser sincera, elegí Nueva York porque me parecía que estaba lo bastante lejos de Florida, no porque tuviera ningún apego a vivir allí. Estaba un poco más abarrotada y era más ruidosa de lo que me parecía", admitió. "Pero estaba lejos de mi familia. Desde luego, no sabía que mi tía Beatrice había llegado hasta aquí, estaba en Florida cuando me fui. Y si lo hubiera sabido -continuó, incapaz de reprimir un escalofrío-, habría recogido y huido de la ciudad, y me habría ido al Oeste o algo así."

Maroulla apretó los labios. "Sí, sobre eso. Desde que Liam me contó tu situación, se me ha ocurrido que tal vez Beatrice vino a Nueva York buscándote. ¿Es algo que ella, u otro miembro de tu familia, habría hecho?".

"Sí", admitió Naomi con amargura. "Es exactamente algo que ellos habrían hecho. Odiaban que Beth y yo no siguiéramos su estilo de vida de... de...". Levantó las manos. "¡Ni siquiera sé cómo llamarlo! Perseguir a los hombres con el objetivo de quedarse embarazada y luego matarlos. ¿Qué coño *pasa*?

Se llevó las manos a la boca, se estremeció y miró disculpándose a Maroulla. "Lo siento. El lenguaje".

"No te preocupes. Probablemente yo también maldeciría si estuviera en tu situación".

"El caso es que querían que todos estuviéramos en ello. Nunca dejaron de presionarnos... mi hermana Beth más que yo. Las dos agachábamos la cabeza e intentábamos evitarlos, pero Beth era más suave, odiaba los conflictos. Ella simplemente...". Naomi hizo un movimiento de deslizamiento con la mano para demostrarlo, "se escabullía de cualquier discusión o enfrentamiento. Las dos teníamos miedo de nuestra madre y de nuestra tía".

Se estremeció un poco. "Beth y yo siempre estuvimos muy unidas. Compartimos dormitorio en casa toda la vida. Éramos nosotras dos contra el resto de la familia, ¿sabes? Solíamos hablar de ello, a altas horas de la noche, en susurros". La tristeza descendió sobre ella como una nube. "Aún no puedo creer que Beth, de entre todas las personas, hubiera... hecho eso. Convertirse en Rogue. Si no hubiera estado allí cuando volvió a casa, cubierta de sangre, *no* lo habría creído. Estaba arrepentida y lloraba, pero entonces supe que tenía que irme. Que si me quedaba, correría el peligro de convertirme en *eso* también".

"Ya veo".

Se hizo el silencio, pues Maroulla parecía sumida en sus pensamientos. Al cabo de unos minutos, Noemí se agitó.

"¿Puedo traerte algo del comedor? ¿Café, tal vez, o té?"

"Un café estaría bien, gracias", respondió Maroulla. "Con nata y azúcar, por favor".

Naomi trajo tazas de café para los dos, colocando las tazas, junto con los paquetes de azúcar y crema y los agitadores, sobre la mesa, entre los dos.

"Gracias, Naomi".

Maroulla preparó el café a su gusto y lo sorbió con cuidado.

"Ahora", dijo bruscamente. "Supongo que, como todos los jóvenes, también tienes un portátil".

"Sí, señora". Desconcertada, Naomi se preguntó adónde iba esto. "Pero está en Nueva York, en mi coche con todas mis otras cosas. Tengo pensado ir a buscarlas en cuanto pueda".

Maroulla asintió. "Muy bien. Necesitarás tu ordenador portátil. Estoy organizando un tutor para ti, para que te enseñe aquellas cosas sobre los cambiaformas, y sobre los Otros en general, que deberían haberte enseñado tus padres. Como no sabemos exactamente qué es lo que te han enseñado, lo mejor es que empecemos por lo básico y sigamos a partir de ahí".

"No quiero ser una carga...". empezó Naomi, pero la mujer mayor la interrumpió.

"No lo estarás. No sé si Liam o los demás te han contado lo que pasó hace poco con los caracales en Marruecos".

"Un poco, sí. Suena horrible".

"Fue horrible". La voz de Maroulla era severa, con un tono de ira en sus palabras. Se suavizó un poco y sonrió débilmente a Noemí. "Hemos tenido que conseguir profesores para todas las mujeres de Marruecos, así como para los niños mayores y un par de hombres jóvenes que no participaron voluntariamente en lo que ocurrió allí. Nuestra comunidad de cambiaformas se ha ofrecido magníficamente a ayudar, y no será tanto cuestión de encontrarte un tutor como de elegir uno entre los muchos voluntarios que se han ofrecido. Las sesiones de tutoría se celebrarán

en Zoom, se grabarán y se te enviarán, para que puedas consultarlas si lo necesitas".

Naomi parpadeó. No sabía qué decir. Era mucho más de lo que había esperado.

"Gracias", balbuceó.

"Somos una comunidad", dijo Liam, entrando en la sala justo en ese momento. "Nos unimos y nos apoyamos mutuamente. Si hay una necesidad, alguien la cubre".

Maroulla asintió con la cabeza. "Bien dicho, Liam. Naomi, ¿has podido pensar en tus planes?".

"Bueno, primero tengo que coger mi coche, el carné de identidad y la tarjeta bancaria, y el resto de mis cosas. Están todas metidas en mi coche, así que no hay problema. Pensé en coger el tren hasta la ciudad, y luego un Uber desde allí hasta el almacén. Había memorizado el código de entrada y la combinación de la cerradura de mi unidad. Más allá de eso, la verdad es que no lo sé. Necesito conseguir un trabajo, por supuesto. Cuando lo consiga, tendré que buscar un apartamento, comprar muebles, ese tipo de cosas".

"Eso me recuerda algo", dijo Maroulla, rebuscando en el gran bolso que había traído. Sacó una tarjeta de débito prepagada y se la entregó a Naomi, junto con unos cuantos billetes de veinte dólares. "Tengo entendido por Liam que tienes dinero propio, pero hasta que no recuperes tu coche y tu bolso, no tendrás acceso a él, y necesitarás dinero para llegar a la ciudad".

Naomi sintió cómo se le sonrojaban las mejillas al aceptar la tarjeta. "Gracias", balbuceó. "Te lo pagaré".

Maroulla le dio las gracias con un gesto. "Verás que los metamorfos cuidamos de los nuestros. Podrás... ¿cómo se dice? devolverlo... más adelante, cuando encuentres a un metamorfo necesitado. O a cualquiera".

"Lo haré", prometió Naomi, guardándose la tarjeta y el dinero en el bolsillo.

"Menos mal que tienes coche, lo necesitarás aquí", observó Maroulla. "Pero ¿por qué tener uno cuando vivías en Long Island? La mayoría de la gente se desplaza en metro, autobús o taxi".

"Ah, sí", le aseguró Naomi. "Compré el coche cuando estaba en Miami y me lo llevé. Me costó una fortuna guardarlo, pero...", se mordió el labio inferior con recordada ansiedad. "No quería venderlo y quedarme atrapada si venían a por mí y necesitaba una forma de salir rápido de la ciudad".

"Bueno, ya no tendrás que preocuparte por eso", le dijo Maroulla. "Así que coge tu coche en cuanto puedas".

"Puedo llevarte a la ciudad", se ofreció Liam. "Mañana tengo que trabajar, pero podría llevarte al día siguiente".

Ella rechazó la oferta. "Puedo hacerlo mañana". Ella puso los ojos en blanco cuando él abrió la boca para protestar. "Soy una mujer adulta, Liam. Llevo un tiempo sola. Creo que puedo arreglármelas con un viaje en tren y luego un Uber hasta mi almacén".

Se rió entre dientes. "Vale, de acuerdo. Aun así, puedo dejarte en la estación de tren de camino al trabajo por la mañana. Pero tu coche lleva allí mucho tiempo, es muy posible que la batería se haya agotado".

Naomi se encogió de hombros. "Ya lo había pensado. Tengo mi teléfono". Lo levantó como prueba. "Soy socia de Triple A, la tarjeta está en mi bolso, así que puedo llamar para saltar si lo necesito".

"Parece que lo tienes cubierto", aprobó. "¿Tienes GPS en el coche para volver aquí?".

"No, pero puedo coger un folleto de la posada en la recepción antes de irme, así podré encontrar el camino de vuelta sin problemas. Pero sin duda necesito el portátil para solicitar trabajo. Técnicamente sólo necesito el teléfono, pero es mucho más cómodo con el portátil".

"¿Eres bibliotecario, me ha dicho Liam?". preguntó Maroulla.

"Sí. En cuanto vuelva de recoger mis cosas, actualizaré mi currículum y empezaré a enviarlo a las bibliotecas de las ciudades cercanas. Aunque no quisieras que me quedara cerca de aquí, no me gustaría volver a Manhattan. Demasiado grande, demasiada gente. Demasiado... todo".

Liam estuvo de acuerdo. "Lo entiendo. Éste es el lugar perfecto. Está a un trayecto razonablemente corto de la ciudad, o a un viaje en tren aún más corto, así que tenemos acceso a todas las comodidades y a ninguno de los inconvenientes". Dio un paso atrás. "Os dejo, señoras, con vuestra discusión".

"Puedes quedarte". le dijo Maroulla, mirando el reloj. "Dentro de poco voy a comer con mi nieta y mi nieto, junto con sus chosens. Me quedaré un par de días en casa de Katerina y Troy, así que estaré en contacto. Procura conseguir tu coche y tu portátil lo antes posible, Naomi, para que podamos organizar tus sesiones de tutoría. Es de vital importancia que sepas más sobre los cambiaformas y el Consejo".

Se levantó de la silla y recogió su bolso.

Naomi también se levantó. "Es un placer haberte conocido. Y muchísimas gracias. Todo el mundo ha sido maravilloso, me parece más de lo que merezco. Ahora me siento tan estúpida por haberme rendido así, entrando en el zoo".

"Menos mal que lo hiciste, querida", le dijo Maroulla. "Si no, no te habríamos encontrado".

"Bien está lo que bien acaba", convino Liam.

Maroulla se marchó, declinando la oferta de Liam de acompañarla hasta el coche que la esperaba. Se acomodó en el sillón que Maroulla había dejado libre.

"¿Te sientes mejor con todo?", preguntó.

Naomi respiró hondo y se dejó llevar. "Sí, estaba tan preocupada por conocerla, ¡pero fue tan amable! Voy a tener un tutor para que me enseñe todo lo que debería haber aprendido sobre los metamorfos".

Liam asintió. "Sí, lo sabía. Nuestro Distrito, aquí en el noreste, tiene un par de grupos de Facebook, uno para comunicaciones oficiales y otro para debates generales. Te daremos de alta en ambos". Hizo una pausa, haciendo una mueca. "El de debate se creó como consecuencia directa de la situación con Beatrice. No sé qué parte de la historia conoces".

Agachando la cabeza, Naomi evitó su mirada, incapaz de desterrar el sentimiento de culpa, a pesar de que no había estado implicada, ni siquiera sabía nada al respecto. "Sólo que estaba aquí, acechando a Katerina, y que perdió la cabeza e irrumpió en casa de Troy para intentar matarlos a los dos. No he querido preguntarle a Katerina, me parecía un poco insensible".

"Vale, te contaré toda la historia. Espera un momento". Cruzó la habitación hasta donde estaba la mesa de los refrescos. "¿Quieres más café?"

"No, estoy bien".

Volvió, llevando cuidadosamente una taza llena, y vino a sentarse junto a ella en el sofá.

"Empieza en verano. Aún no conoces a Alessandra y Julian, viven en Staten Island. Son amigos de casi todo el mundo aquí, y son una especie de extensión de nuestra Otra comunidad. En fin, estaban dando un paseo en coche por el campo, no muy lejos de aquí, cuando se encontraron con un gato en apuros. La hermana de Katerina, uum, se llama Melanthe, creo. Había sido atraída al bosque por un metamorfo, que se transformó en un leopardo negro y la atacó. Encontró un lugar para esconderse donde el leopardo no pudiera alcanzarla, pero estaba muy embarazada y se vio obligada a dar a luz en su forma Cambiada".

Naomi jadeó horrorizada, y él asintió.

"Tuvo dos bebés... gatitos. Pero el leopardo, se descubrió mucho después que era Beatrice, la

tenía atrapada allí, en una especie de madriguera bajo un tronco caído. Por fin consiguió salir, y encontró a Julian y a Alessandra haciendo un picnic cerca de allí. Los condujo hasta donde estaban sus gatitos, escondidos en una especie de madriguera bajo un tronco caído, donde el leopardo no podía llegar."

Hizo una pausa, con una expresión de irónica diversión. "Aquí es donde las cosas se complican un poco. Por aquel entonces, Julian era un mago que había sido maldecido para conceder deseos como Djinn, y Alessandra había encontrado su botella. De todos modos, Melanthe había reconocido inmediatamente a Julian como Otro, por supuesto. Así que cambió a humano y les contó lo que había pasado, y les condujo al bosque donde había escondido a sus gatitos. En ese momento, Beatrice... la leopardo... llegó al lugar y se enfrentó a ellos. Estaba furiosa, y Julian no tenía poder mágico para protegerlos, ya que su magia estaba limitada por la maldición. Así que llamó a su mentora Djinn, que era Jacinth. Ella llegó, echó un vistazo al leopardo y llamó a un príncipe de los Djinn, un tipo llamado Kieran".

Volvió a hacer una pausa, y Naomi le miró con los ojos muy abiertos.

"Te lo estás inventando", acusó ella.

"¡No! ¡Juro que no! Así que el príncipe Djinn, Kieran, ahuyenta al leopardo. Se descubre que uno de los gatitos está tan arañado por el leopardo al intentar alcanzarlo en la madriguera, que se encuentra en una situación desesperada. Así que Alessandra utilizó uno de sus deseos para Julian para curar al gatito".

"¡Ohmigosh!" Naomi se le quedó mirando encantada. "¿En serio? ¿Y es verdad eso de que sólo hay tres deseos?".

"Sí, y sí".

"Y utilizó uno de ellos para curar a un bebé cambiaformas". Se le empañaron los ojos. "Ohmigosh, es increíble que haya hecho eso. Estoy deseando conocerla".

"Los conocerás tarde o temprano; de vez en cuando vienen de visita desde la ciudad. Alessandra es herborista y trabaja en un hospicio. También liberó a Julian de su maldición, pero ésa es una historia bastante especial; dejaré que te la cuenten ellas. Julian tiene una tienda de antigüedades en Manhattan, sé que las mujeres de aquí hacen algún que otro viaje a la ciudad para visitar a Alessandra y hacer un crucero por Whimsies, su tienda".

"Tengo tantas ganas de ir", le dijo Naomi, abrazándose a sí misma de emoción. "¡Qué divertido! Pero bueno, sigue con la historia, que me has enganchado".

"Bien, avancemos un mes. Al parecer, Beatrice había puesto sus ojos en Douglas. Douglas, sin embargo, ya tenía a Jacinth viviendo con él como niñera de sus hijos. Ahí también hay gato encerrado, pero para seguir adelante con esta historia, dejaré que Jacinth te cuente los detalles. Al parecer, en ese momento Beatrice trasladó su atención a Troy, otro socio de la clínica. En ese momento, ten en cuenta que nadie sabía que la Pícara que aterrorizaba al vecindario era Beatrice. Y Beatrice... -hizo una pausa para que surtiera efecto, y luego continuó- "...trabajaba en la clínica como técnico veterinario".

"¡Dios mío!" chilló Naomi, y luego se tapó la boca con la mano, lanzando una mirada de disculpa alrededor del salón, aunque estaba vacío salvo por ellas dos. "Lo siento", se disculpó. "Pero... ¡Dios mío!".

"Cierto. Beatrice actuaba de acuerdo con nuestros conocimientos, obviamente incompletos, sobre los Pícaros, limpiando la zona de cualquier hembra cambiaformas soltera. Por cierto, Melanthe estaba casada, pero su marido estaba de gira en la Marina, así que vivía sola".

Naomi asintió y comprendió. Así era la Pícara, reclamar un territorio para sí y matar a las hembras que pudieran hacerle la competencia.

"A continuación se dirigió a Katerina, y consiguió provocar de algún modo a un perro grande para que atacara a Katerina, en su forma gatuna, en un parque. Fue rescatada por unos humanos que estaban en el parque, y Troy se la llevó a su casa para cuidarla".

Levantando la mano para que se detuviera, Naomi preguntó: "¿Sabía lo de los cambiaformas?"

"No, pero los gatos son su especialidad en la clínica. Jacinth estaba cuidando a los niños y no podía dejarlos, así que llamó a la clínica y Troy fue a buscar a Cat. Se hace llamar Cat en su forma gatuna -añadió, y Naomi se echó a reír.

"Vale, ¿y ahora qué?"

"Una vez que pudo volver a cambiarse, Katerina tuvo miedo de ir a su casa, donde vivía sola, así que encontró este bed and breakfast, que además está convenientemente cerca de la granja de Troy, y se instaló aquí. Pero como Cat, se quedó con Troy, porque le caía bien, y bueno, ya sabes cómo acabó".

Ella se rió. "¡Que sí! Me han invitado a la boda".

"Bien. Bueno, pues Beatrice siguió acosándola. Descubrió de algún modo que Cat vivía en casa de Troy, y hubo un par de incidentes. Pero por aquel entonces, por casualidad, Katerina y Jacinth se cruzaron con Beatrice en público, ¡en una feria! Y se dieron cuenta de que era la Pícara. Hasta entonces, nunca habían sido capaces de identificar quién era la Pícara, y no preguntes -dijo mientras ella abría la boca- cómo supo Jacinto que era ella. No lo sé, tendrías que preguntárselo a ella. Cuando Douglas se enteró, se volvió loco..."

"¡Lenguaje!"

Liam le sonrió. "Pues sí. Según cuentan, irrumpió en la clínica veterinaria y echó a Beatrice de allí en ese mismo momento. Luego perdió los *papeles* y fue a por Katerina y Troy, que estaban en casa, y destrozó parte de su casa para llegar hasta ellos. Jacinth y Kieran..."

"El príncipe Djinn", asintió Noemí.

"Cierto. Llegaron justo a tiempo y capturaron a Beatrice. Luego la llevaron ante el Consejo y, bueno, eso fue todo".

Naomi se recostó en su silla. "¡Vaya! ¡Vaya historia! Creo que estoy mareada".

"Lo sé, ¿verdad? Todo esto me lo dio Maroulla antes de que me enviaran aquí a hacer las prácticas en la clínica. Pensó que era mejor que estuviera al corriente de la situación actual y pasada".

"Sí, ya lo veo. Probablemente necesitaré tarjetas de puntuación para llevar la cuenta de todos".

"Es más fácil llevar la cuenta si piensas que la mayoría vienen en parejas: Katerina y Troy, Kester y Tamera, Douglas y Jacinth, Julian y Alessandra".

"Ah". Se lo pensó un momento y luego asintió. "Sí, vale, eso ayuda. Y Katerina y Kester son hermanos".

"Bien. Volvamos a Beatrice. De algún modo, el Consejo consiguió rastrearla... no me preguntes cómo, no tengo ni idea... hasta Florida. Allí encontraron a tu madre y a tus hermanas, y las reunieron". Vaciló antes de continuar. "Las enviaron a todas a un santuario de vida salvaje dirigido por cambiaformas en Ohio, donde enviaron a Beatrice. Mantuvieron a tu familia junta, allí en el Santuario. Pensaron que sería más humano, aunque ya no pueden Cambiar a humano".

Naomi frunció un poco el ceño. "Solían meterse mucho con Beth. Bueno, a las dos. Se confabulaban contra nosotras. Aunque -suspiró, odiando la sensación de impotencia y desesperanza que la invadía cuando pensaba en Beth-, quizá ahora la consideren una de ellos, así que estará bien."

Los ojos de Liam brillaron de rabia. "¿Así que también hubo maltrato físico?"

"Algo". Naomi apartó la cabeza, ruborizada.

"Hola". Se acercó y le cogió la mano con un apretón reconfortante. "Te has escapado".

Ella giró la mano hacia la suya y sus dedos se entrelazaron. "Lo hice".

"Hablando de escapar", desvió la conversación hacia un tema menos peligroso. "Creo que mañana iré a Nueva York a buscar mi coche. He estado comprobando los horarios de los trenes, sólo se tarda una hora en llegar, y el primer tren suele salir sobre las nueve o así. No tengo nada más que hacer en la ciudad una vez que lo tenga, así que probablemente volvería hacia el mediodía, dependiendo de lo que tarde en llegar de la estación de tren al almacén. No tiene sentido aplazar el viaje, y realmente necesito mi coche y mi portátil. Mi ropa".

"Me parece un plan estupendo", aprobó Liam con una sonrisa.

"Sí, y luego tengo que empezar a buscar trabajo".

Se estiró, disfrutando de la sensación de estar libre de miedo, libre para ser quien era y no tener que preocuparse ya de en quién podría convertirse.

CAPÍTULO II



AL BAJAR DEL TREN, la energía de la Gran Manzana retumbó en Naomi cuando sus pies tocaron el andén de la estación, llenando todo su ser de energía y excitada expectación. Había olvidado esto de Manhattan, el pulso eléctrico de la ciudad con sus millones de habitantes. Reconocía que le encantaba... sólo que no quería vivir en ella. Pero siempre estaría deseando venir a visitarla, para sentir la emoción y el espíritu casi eufórico. Llevando el bolso (uno de los objetos que le había proporcionado Katerina, junto con la ropa) pegado al cuerpo, a buen recaudo bajo el brazo, se apresuró a salir a la calle. Se dio cuenta de que no hacía falta llamar a un Uber, ya que los taxis se alineaban frente a la estación de tren. Se metió en uno y le dio al conductor la dirección de su almacén.

Naomi vio cómo el hombre mayor, de piel oscura y pelo canoso, introducía la dirección en su GPS y se incorporaban al tráfico.

"Apuesto a que te encanta el GPS", dijo completamente admirada. "No puedo ni imaginarme ser taxista en una ciudad como ésta antes del GPS".

"Mapas", dijo sucintamente. "Nadie piensa en ello hoy en día, todos estarían perdidos sin GPS. Pero en aquella época los mapas eran todo lo que teníamos, y nadie pestañeaba".

Naomi soltó una risita. "Seguro que hoy en día te mirarían muy raro si sacaras un callejero". Su carcajada llenó la cabina. "Que lo harían".

Miró por la ventanilla mientras conducían.

"¿Vives aquí?" le preguntó el conductor, cuya placa le identificaba como Max.

"Lo hice, durante un año. Pero me mudé a lo largo del Hudson, a una comunidad rural. Allí se está muy bien, pero muy cerca de la ciudad".

"Bien pensado", aprobó. "Mi mujer y yo pensamos mudarnos a un lugar más tranquilo cuando me jubile dentro de unos años. Hemos estado ahorrando".

Era un conductor simpático y hablador, y amenizó el resto del trayecto con descripciones de su mujer, sus tres hijos y sus siete nietos. Con alegre detalle, describió sus planes para Acción de Gracias, que se acercaba dentro de unas semanas, junto con la vehemente esperanza de que su nuera no se pusiera de parto durante la cena de Acción de Gracias... al parecer, una posibilidad real. Naomi escuchó, ocultando su diversión.

Se separaron en los mejores términos, Max le dio su tarjeta de visita y la presionó para que se uniera a su familia en Acción de Gracias.

"Y uno más", le aseguró.

Prometió pensárselo, y se despidió alegremente mientras el taxi desaparecía calle abajo y

doblabla una esquina. Se dirigió a la puerta de seguridad e introdujo el código para entrar en el complejo de almacenes. La ansiedad aumentó cuando se acercó a la unidad que había alquilado. Su coche llevaba aquí un año, y había oído que a las baterías de los coches no les gustaba estar mucho tiempo sin usar. Llevaba el teléfono encima y podía llamar para que se lo llevaran si era necesario, pero esperaba no tener que hacerlo. Abrió el candado de combinación y levantó la pesada puerta. Allí estaba su coche, un bonito Ford Focus azul de cuatro puertas, un poco polvoriento pero con el mismo aspecto que la última vez que lo había visto. Sacó la llave que había guardado en una caja magnética bajo el hueco del volante, abrió el coche y, con cierto temor, se sentó en el asiento del conductor. Contuvo la respiración al girar la llave en el contacto, y luego la exhaló aliviada cuando el motor giró suavemente.

Salió del almacén y aparcó en el pasillo, saliendo para bajar la puerta. Volvió al coche, metió la mano bajo el asiento del copiloto y sacó el bolso que había guardado allí. Allí estaba todo... la cartera, el carné de identidad, las tarjetas bancarias, dinero en efectivo, un pequeño frasco de su perfume favorito y crema hidratante para los labios. Cerró los ojos, respiró hondo y lo soltó lentamente. Todo iba a salir bien. Por primera vez, se permitió sentir el atisbo de esperanza que había estado creciendo en ella. No era una Rogue... y nunca iba a serlo. Estaba empezando una nueva vida maravillosa, en una comunidad de otros cambiaformas. Una vida real, no una siempre ensombrecida y acosada por el miedo.

Bajó todas las ventanillas, dejando salir el aire mohoso. Comprobó concienzudamente los intermitentes, e incluso las luces de freno, inclinándose hacia fuera del coche, con el pie en el pedal del freno, para asegurarse de que funcionaban. Satisfecha, condujo lentamente por el complejo hasta la oficina, donde cerró el contrato de alquiler. Sólo tardó unos minutos, y pronto salió de la ciudad. Una hora más tarde, se detuvo en la salida de la posada. Bajó las ventanillas y respiró el aire fresco del otoño. La invadió la felicidad y una sensación de satisfacción que nunca había logrado en Florida ni en Manhattan, mientras conducía por las carreteras rurales salpicadas de sol y ramas colgantes. Las hojas se estaban volviendo ahora con fuerza, al parecer retrasadas por el verano indio. En Miami nunca habían tenido nada parecido, y se dio cuenta de que le encantaba el campo. También le gustaba a su gato, que lo único que quería era retozar entre las hojas y saltar a los árboles.

Pronto, se prometió a sí misma. Lo primero era lo primero: tenía que repasar la ropa de su maleta y lavarla. La lavandería de la posada estaba en el sótano, pero afortunadamente el ascensor que Angus y Renee habían añadido a la posada bajaba hasta el sótano. Aunque el ejercicio estaba bien, eso no significaba que le entusiasmara la idea de subir y bajar cargas de ropa por dos tramos de escaleras.

¡Ah! ¡Y también tenía sus joyas! Eso la animó aún más. No es que tuviera muchas, pero cada pieza era especial para ella. Las guardaba en un pequeño estuche dentro de su gran maleta. Quizá se compraría algo brillante y bonito, tal vez un collar o unos pendientes, cuando volviera a trabajar, para celebrar el comienzo de la nueva vida que estaba creando aquí.

No tardó mucho en llegar triunfante a la posada, siguiendo las instrucciones del folleto de la posada. Condujo hasta el aparcamiento, en la parte trasera de la posada, y dio la vuelta para abrir el maletero, haciendo una mueca ante el polvo que se había acumulado en el coche.

"¡Ya lo tengo!"

Naomi se volvió para ver a un joven que salía a la carrera por la puerta trasera de la posada. Levantó la mayor de sus maletas del maletero con aparente facilidad y le sonrió.

"¡Hola! Soy Martin. Angus me ha dicho que te busque y te lleve el equipaje a tu habitación".

"Oh". Parpadeó, un poco sobresaltada, y luego sonrió, tendiéndole la mano. "Hola, Martin."

Soy Naomi".

Se estrecharon, y él descargó el resto de su equipaje mientras ella cogía la bolsa del portátil del asiento trasero.

"Perdona por todo el polvo", se disculpó. "El coche lleva casi un año guardado".

"No te preocupes", le aseguró Martin. "Hay un túnel de lavado con todos los servicios junto al centro comercial, y también te lo limpian por dentro. Tienen una sala de espera con bebidas y palomitas y todo, y luego vendrán a llamarte cuando tu coche esté acabado".

"Eso suena bien", aceptó. "Mucho mejor que hacerlo yo mismo".

Levantó el asa de la maleta grande y apoyó encima la maleta más pequeña. "Deja que suba tu equipaje".

Ella le sonrió. "Te lo agradezco".

Se detuvo en el comedor antes de subir a su habitación, se sirvió una limonada y cogió un puñado de galletas. Martin la recibió al pie de la escalera con una sonrisa alegre.

"Tienes todas tus cosas levantadas.."

"¡Oh!" Sintiendo que se le encendían las mejillas de vergüenza, hizo malabarismos con las galletas y la limonada para meter la mano en el bolso y sacar algo de dinero para apretárselo a Martin en la mano. "Muchas gracias.

Él también se sonrojó, y a ella le hizo gracia ver cómo se le enrojecían las puntas de las orejas. "Gracias, señora.

"Sólo Naomi está bien".

"Gracias, Naomi".

Reprimiendo una carcajada, le saludó con la mano y se dirigió a su habitación para empezar a deshacer las maletas y a ordenar la ropa.



DOS HORAS MÁS TARDE, estaba sentada en la cama, rodeada de montones de ropa limpia y seca por doblar. En medio de la tarea de enrollar un par de calcetines peludos, vaciló y sus manos cayeron sobre su regazo.

Los tres últimos días habían sido un torbellino de actividad, desde el momento en que había cambiado en la parte trasera de la furgoneta que la alejaba del zoo. Era difícil creer que sólo hubieran pasado tres días, pero al mismo tiempo parecía que hubiera sido ayer. Por un momento, se apoderó de ella una sensación extraña, como si aquello no fuera real. Como si en cualquier momento fuera a despertarse y encontrarse de nuevo en el zoo, tumbada sin fuerzas en el frío suelo de cemento de la parte trasera del recinto de los leopardos. ¿Podría ser realmente que no fuera una Pícara, que nunca llegaría a ser... eso? Aquello la dejaba perpleja. Había crecido sabiendo que nunca podría tener una vida "normal"... sin marido, sin hijos. Sin familia. Ni siquiera podía permitir que un hombre se le acercara, porque su gato, furioso, sería lo último que él vería.

Se atrapó el labio inferior entre los dientes, royéndolo con ansiedad. Estaban tan seguros... Liam, y Maroulla, y todos los demás. Sabían mucho más que ella sobre los cambiaformas, había tantas cosas que su familia le había ocultado. Y confiaban en ella, la acogían. No lo harían a menos que estuvieran muy seguros de ella. Y sin embargo....

Suspiró, restregándose la cara con las manos. Quería creer. Dios, tenía tantas ganas de creer. Pero Beth... Nunca había pensado que Beth se convertiría en Rogue. Había sido tan feliz con su novio, tan enamorada.

Instintivamente, los pensamientos de Naomi se volvieron hacia Liam. Se sentía atraída por él. Más que atraída... había algo en él que la atraía inexorablemente. Tuvo que luchar contra el deseo de meterse en sus brazos y no salir nunca. Se sentía segura con él. Protegida. Pensó... quizá... que ella también le gustaba. Por supuesto, él era responsable de ella, pero tenía la sensación de que era algo más que eso. Como si hubiera algún tipo de conexión entre ellos.

Una imagen de él surgió ante ella en su mente. Era más alto que ella, de complexión delgada y enjuta, con la piel rojiza que a veces caracteriza a los descendientes de irlandeses. Tenía el pelo castaño, que no habría tenido nada de especial de no ser por los matices rojizos que le daban una riqueza inesperada. Lo llevaba bien recortado, pero un poco más largo por encima, y a menudo le caía sobre los ojos. Eran sus ojos los que la hacían derretirse. Eran verde-avellana y brillaban con inteligencia. Compasión. Bondad. Y se le habían formado líneas de expresión a los lados, que la hacían suspirar.

Dentro, su gato se revolvió y ronroneó.

¡Vaya! ¡Era la primera vez *que* ocurría! No recordaba que su gato hubiera ronroneado antes. Era... agradable, decidió, sonriendo mientras una oleada de felicidad se apoderaba de ella.

Apareció otra imagen de Liam, esta vez con su gato revolcándose a sus pies y acariciándole los tobillos. Frunció el ceño.

¿Eres tú quien lo hace aparecer en mi cabeza?

Su gato ronroneó, y ella no pudo evitar derretirse un poco.

¿Te gusta?

Más caricias.

A mí también me gusta, le dijo a su gato. *Pero no puede gustarnos demasiado. Lo sabes, ¿verdad?*

Las orejas redondeadas bajaron, girando hacia atrás, y su gato aulló una protesta y se escabulló, desapareciendo de su mente. Naomi suspiró. Qué horror. Ahora su gata no le hablaba. No es que la culpaba. Liam habría sido todo lo que ella quería en un hombre, si hubiera podido tener a alguien para ella sola. Guapo e inteligente, con un gran corazón dispuesto a ayudar a los demás.

¿Pero cómo podía estar segura de que era seguro para él? ¿Cómo podía confiar en sí misma, en que no tenía el instinto asesino que tenían su madre, su tía y sus hermanas? Los argumentos daban vueltas en su cabeza, una y otra vez, como un hámster en una rueda. Los mismos argumentos, las mismas preocupaciones. Todo se reducía a quién creer. ¿A su madre, a Beatrice, a sus hermanas? O a Maroulla, a Liam, a Katerina, a toda la comunidad de cambiantes de aquí. Debería haber sido pan comido. Por supuesto, confiaba en la comunidad de cambiaformas de aquí, sin duda más de lo que nunca había confiado en su propia familia.

Pero luego estaba Beth.

Naomi gimió y se frotó las sienes, donde se le estaba formando un dolor de cabeza. Tenía que dejar de pensar en esto, o se volvería loca. El tiempo lo diría. Y si se equivocaban... esperaba que la detuvieran antes de que hiciera daño a alguien. La pondrían en un lugar seguro, en aquel Santuario. Al menos, volvería a estar con Beth. En cualquier caso, no sería como en el zoo. Se estremeció. Los últimos meses de su autoencierro se extendían tras ella como una sombra oscura. Cerró los ojos durante un largo instante. No la habían educado para conocer religiones, pero... *Por favor, por favor*, suplicó a cualquiera que pudiera estar ahí arriba y pudiera estar escuchando. *Por favor, que eso quede en el pasado, que no se convierta en mi futuro. Que no me convierta en canalla.*

CAPÍTULO 12



NAOMI TIRÓ DEL cinturón que llevaba en los vaqueros, apretándolo un poco. Había adelgazado mucho durante su estancia en el zoo, y los vaqueros le quedaban un poco holgados. Se puso una camiseta con el eslogan "Soy bibliotecaria, ¿cuál es tu superpoder?" y una camisa de franela que dejó desabrochada y remangada. Aún era un poco pronto, aún no era mediodía, y hacía fresco. Si hacía más calor, podría quitarse la camisa de franela; si no, aún estaba bien.

Se volvió para mirarse en el espejo cheval que había en una esquina de la habitación. Decidió que no tenía tan mal aspecto como cuando llegó. Por supuesto, sólo habían pasado cinco días, pero los huecos de sus mejillas se estaban rellenando y el aspecto amoratado de sus ojos había desaparecido. Sin embargo, seguía estando hecha un desastre.

Suspirando, se sentó en la cama, se puso un par de calcetines gruesos y se calzó unas zapatillas, atándose bien los cordones. Se cepilló el pelo largo y se lo ató en una coleta suelta con un cordón de más. Tenía que comprarse unas gomas de pelo adecuadas.

Inclinándose, levantó el bolso del suelo y miró en su interior. Bálsamo labial, un peine, la llave de la habitación, el teléfono y... por si acaso... el Kindle. Cerró la solapa del bolso, se pasó la correa por el hombro y se levantó de la cama. Ya está. Estaba lista para una barbacoa.

Salió de su habitación y bajó las escaleras, para encontrarse en medio del caos. Una verdadera pandilla de niños de todas las edades se arremolinaba, saltando de emoción. Las mujeres de Marruecos intentaban mantener a los niños bajo control, ayudadas por dos jóvenes y una adolescente. Liam también estaba allí, y la saludó con la mano, ya que intentar hablar por encima de los gritos de los niños sería imposible.

"Estamos todos aquí", Liam alzó la voz por encima del barullo. "¡Acabemos con ellos y movámoslos!"

Naomi soltó una risita al ver las expresiones inexpresivas de algunos de los rostros.

"Es algo cultural. Tendremos una noche de cine de vaqueros", prometió Tamera a Adina. "De momento, tenemos que ir a un picnic".

Naomi se quedó en el último peldaño de la escalera, apartada mientras los niños se precipitaban por el pasillo, empujándose y empujando a los demás, seguidos por sus madres y hermanos mayores. Bajó, y siguió su estela junto con Liam y Tamera.

"Esto será divertido", dijo entusiasmada. "Te juro que estoy tan emocionada como los niños. Nunca he ido a una barbacoa".

Tamera, que iba delante de ella, se detuvo en seco y se volvió para mirarla boquiabierta.

"¿Nunca?"

Naomi la empujó, girando a Tamera en la dirección correcta. "No, nunca. Pero hoy lo haré, si sigues andando".

"Sigue andando", canturreó Tamera, haciendo que Naomi soltara una risita. Hacía poco que habían presentado a los niños la película *An American Tale*.

Al salir a la luz del sol, Naomi parpadeó ante la claridad y se tapó los ojos. "¿De quién es el coche que vamos a coger?"

"Por lo menos dos", dijo Liam. "Tengo que poder irme en un momento, si hay una emergencia. Como soy el último contratado, tengo el honor de estar de guardia el fin de semana".

"Ahí está mi coche", dijo Tamera, acercándose a un Volkswagen descapotable rojo cereza.

Los ojos de Naomi se abrieron de par en par y se apartó del lado de Liam. "Voy contigo", anunció. Haciendo caso omiso del picaporte, se deslizó por encima de la puerta para aterrizar *¡con un golpe seco!* en el asiento del copiloto.

Liam se rió, con las llaves del coche tintineando en su mano mientras cruzaba el pequeño aparcamiento hacia su Jeep Compass gris marengo, mucho más tranquilo.

"Nos vemos allí", llamó Naomi, girándose en su asiento para saludar alegremente con la mano mientras Tamera salía del aparcamiento y se dirigía a la salida.

Sonrió a Tamera, que le devolvió la sonrisa. Levantó la cabeza y dejó que el aire fresco del otoño le pasara por la cara, disfrutando de él.

El trayecto era demasiado corto, y se enfadó un minuto mientras subían por el largo camino de entrada hasta el lado de la casa de Troy, aparcando delante del granero.

"Eso no eran ni tres kilómetros. Prácticamente podríamos haber venido andando", señaló.

"Sí, pero créeme, después de atiborrarte de comida, y probablemente de un par de cervezas, te alegrarás de que tengamos ruedas", predijo Tamera.

"Dices la verdad", admitió Naomi. Levantó la cabeza, olfateando, mientras el aroma de la carne asada llegaba a su nariz. "Oh, sí", dijo, frotándose las manos. "Esto me va a gustar".

"Totalmente", asintió Tamera.

"¿Dónde está Kester?" preguntó Naomi. "Pensaba que vendríais juntos".

"Está en su charcutería para firmar una entrega, se reunirá con nosotros aquí". Sonrió. "Y mañana tenemos una cita para ir a ver una casa. Hemos visto unas cuantas, pero creo que es ésta, ¡de verdad! Estamos muy emocionados".

"Es estupendo", se entusiasmó Naomi, feliz por ellos. "Deberíais hacer una fiesta de mudanza e invitar a todo el mundo".

Tamera asintió con entusiasmo. "¡Oh, lo haremos! Pizza y cerveza gratis para todos".

Se reían cuando Liam se detuvo a su lado, y los tres caminaron juntos hacia los adultos reunidos en el enorme patio que había detrás de la casa de Troy. Los gritos y las risas atrajeron la atención de Naomi hacia la izquierda, a través de un amplio prado hasta una suave pendiente donde había un tobogán. Parecía haber muchos más niños de los que ella había pensado, pero quizá fuera porque todos corrían de un lado para otro. Para aumentar el alboroto, un adorable collie se unía al juego, con ladridos agudos que interrumpían los gritos de alegría de los niños que se deslizaban por el tobogán acuático hasta aterrizar en una zona cubierta de hierba.

"¿No hace un poco de frío para eso?", se preguntó en voz alta.

Liam se rió. "A esa edad, les da igual. Además, así se les pasará parte de la excitación y se calmarán cuando llegue la hora de comer".

"Ya lo veo", admitió, mirando con nostalgia el tobogán. "Yo tampoco me he subido nunca a uno de esos. Parece tan divertido".

Tamera le dio un codazo con el hombro. "¿Quieres unirme a ellos?"

Con pesar, Naomi negó con la cabeza. "No he traído bañador".

Si era sincera, no creía que lo hubiera traído aunque lo hubiera sabido. Su bañador hacía juego con el de Beth, y no podía contar las veces que se habían escapado, las dos solas, y habían ido a la playa. Tumbadas en toallas iguales en la arena, o jugando en las olas, durante un rato podían olvidarse de sus miedos, de su familia, y simplemente disfrutar de la vida. No estaba segura de poder soportar ponerse aquel bañador. Era tarde para comprar bañadores; pero en primavera buscaría otro.

Un toque en su hombro la sacudió de sus pensamientos, y miró a su alrededor para ver a Liam a su lado.

"¿Estás bien?"

Ella asintió, sonriendo, y juntos cruzaron el patio hasta donde un revoltijo de mesas y docenas de sillas se encontraron con su amplia mirada. Una mesa de picnic de madera gemía bajo el peso de comida suficiente, a su juicio, para alimentar al ejército de Napoleón durante el invierno ruso. En una enorme parrilla de ladrillo situada a un lado del patio, Troy y otro hombre al que no conocía estaban preparando hamburguesas y untando salsa en las costillas.

"¡Naomi!"

Se volvió para ver a Jacinth saliendo por la puerta trasera de la casa, con una bandeja cargada en ambas manos. Se la pasó a Katerina y se acercó para abrazar a Naomi.

"Ven a conocer a mi Elegida, Douglas", le dijo, tirando de ella hacia la parrilla.

El hombre que ayudaba a Troya se volvió cuando se acercaron, una cálida sonrisa curvó sus labios mientras cambiaba el cepillo de mango largo a su otra mano, tirando de Jacinth contra él.

"Hola".

"Eh, tú". Jacinth se puso de puntillas para besarle, y luego volvió a ponerse sobre los talones. "Douglas, ésta es Naomi".

Su brazo se separó de la cintura de Jacinth y alargó la mano para estrechársela.

"Encantado de conocerte y bienvenido a la locura", dijo riendo.

Era un poco alto, con el pelo castaño y bronceado, como si hubiera trabajado mucho al aire libre. Sus ojos eran de un frío color aguamarina. Su mirada era firme y su expresión amistosa, pero cautelosa. Ella no podía culparle y, de hecho, se sentía mucho más cómoda con ese atisbo de cautela que con la aceptación abierta que había recibido de los demás. En su opinión, su cautela era merecida y lo respetaba por ello.

Una adolescente corrió hacia ellos, descalza y empapada hasta los huesos, con su largo pelo negro mojado. Risueña, tiró de Jacinth y la abrazó de cuerpo entero. A Naomi le interesó observar que, en lugar de retirarse, Jacinth abrazó a la chica con fuerza, riendo alegremente. Un momento después se apartó y Naomi se quedó boquiabierta. ¡Ambas estaban perfectamente secas! La ropa, la piel, incluso el pelo de la chica, que caía en una caída recta de seda negra por su espalda.

"Talya, ésta es Naomi, de la que te hemos hablado. Naomi, nuestra hija adoptiva, Talya".

Ésta sería, pues, una del grupo de mujeres y niños rescatados de Marruecos. Naomi sonrió cálidamente a la muchacha.

"Encantado de conocerte".

La mirada del adolescente era francamente evaluadora y rebosaba curiosidad. "Nunca había visto un leopardo nublado. ¿En qué se diferencia de un leopardo normal?"

"Bueno, para empezar, no somos tan grandes", le dijo Naomi. "No somos mucho más grandes que el gato Maine Coon de Cat, pero somos mucho más musculosos. Sin embargo, compartimos la mayoría de los rasgos de los leopardos más grandes. Somos nocturnos y estamos

hechos para trepar. También, como nuestros primos leopardos más grandes, tendemos a ser solitarios".

La cara de Talya se iluminó. "Los caracales también son escaladores. Me encanta escalar, aunque nunca antes había tenido la oportunidad".

"Crecí en Miami, allí tampoco teníamos oportunidad de escalar", le dijo Naomi. "Aún no he tenido la oportunidad de cambiarme e ir a explorar los bosques de aquí, pero apuesto a que será increíble para mi gato". Burbujeó la diversión. "Y con todos los montones de hojas, ¡será muy divertido!

La adolescente asintió enérgicamente, y luego miró a Jacinto, un poco indecisa. "Me encantaría cambiar y salir a correr y escalar de vez en cuando. Nunca nos lo permitieron, allí en el recinto. Desde que llegamos aquí, mi gata insiste más en querer salir. Quiere correr y jugar, y saltar y trepar".

"Cariño, nunca lo has dicho". Jacinto suspiró, acariciando la mejilla de la niña. "Claro que lo sabe. Debería haberlo pensado yo misma. ¿Qué te parece si hablo con algunos de los otros cambiaformas y organizamos... una especie de cita para jugar? Seguro que algunos de los otros tienen la misma necesidad".

Talya saltó de emoción. "¡Sí!"

Jacinto se rió de su impaciencia, pero se serenó y apoyó ligeramente la mano en la mejilla de la muchacha. "Pero tienes que aprender a avisarnos cuando haya algo que quieras o necesites. ¿De acuerdo?"

Talya se mordió el labio y asintió. "Lo sé. Lo intento, lo juro. Es sólo que..."

Su voz se entrecortó, pero Jacinto tiró de ella para abrazarla.

"Es que no estás acostumbrada a poder pedir nada. Ya lo sé. Llegará con el tiempo, te lo prometo, y nunca jamás te castigaremos por pedir algo, aunque sea algo que no puedas tener".

Talya asintió con la cabeza y salió corriendo para reunirse con los niños que jugaban en el prado. Jacinth la siguió con expresión preocupada. A su lado, Douglas la atrajo hacia sí, con los labios en la frente.

"Paciencia, amor. No ha pasado tanto tiempo desde que los rescataron. Ya ha recorrido un largo camino".

Jacinth suspiró. "Lo sé, aquí", dijo, apretando los dedos contra su sien. "Pero aquí", y movió la mano para posarla sobre su corazón, "*ahora* la quiero mejor".

Naomi miró a su alrededor cuando oyó a Tamera gritar: "¡Kester!".

El Elegido de Tamera subió por el camino de entrada, con dos desconocidos a su paso. "¡Eh, todos! Mirad a quién he encontrado!"

Hizo una pausa para deslizar una bandeja cubierta sobre la mesa de picnic, y luego estrechó a Tamera entre sus brazos para darle un prolongado beso.

"¡Jacinth!"

La mujer alta y rubia que había estado detrás de él se acercó corriendo, vestida con lo que Naomi apodaba en privado Bohemian Chic, con una falda larga y vaporosa de escoba rematada con una túnica suelta sujeta a la cintura con un cinturón ancho de cuero. Ignorando el hecho de que Jacinth estaba abrazada a Douglas, la mujer tiró de ella en un enorme abrazo.

"Douglas, vuelve a tu barbacoa", ordenó. "¡Tienes a Jacinth todo el rato, y hace siglos que no la veo!".

"La viste la semana pasada", protestó Douglas suavemente, pero se volvió hacia la parrilla, guiñándole un ojo a Naomi mientras lo hacía.

El acompañante de la mujer, un hombre de pelo oscuro y piel morena, se acercó

lánguidamente, esperando mientras las mujeres se abrazaban.

"¡Oh! ¡Julián!" Jacinth se apartó de la mujer y se lanzó hacia el hombre. Él la cogió en brazos, riendo un poco.

"Hola".

Le sonrió y se volvió hacia Naomi. "Naomi, éstos son Alessandra y Julian, de Staten Island. Ésta es Naomi", les dijo a sus amigos.

Todos se estrecharon la mano, mientras Naomi buscaba frenéticamente en su memoria quiénes eran. ¡Ah, sí! "Tú eres el mago", le dijo a Julian, sintiéndose un poco asombrada. No sabía nada de magos, nunca había oído hablar de ellos, pero había leído Harry Potter y visto las películas (bueno, ¿quién no?), y la idea de poder hacer magia... aunque no fuera al estilo de Harry Potter... la dejaba un poco alucinada.

"No sé mucho sobre magos", confesó, "sólo que dijeron que eras uno, y maldito, y que Alessandra te liberó. Y que salvaste a la hermana de Katerina y a sus bebés".

Jacinto los interrumpió, cogiendo a Julián y a Alessandra por el hombro y haciéndolos girar hacia el otro extremo del patio, donde había una mesa redonda con tapa de cristal y un grupo de sillas a juego.

"Naomi ha conocido a todos los demás aquí. Vosotros tres id a sentaros allí y conoceros, y podréis contarle vuestra historia", dijo, entregándoles a cada uno una botella de cerveza helada. Naomi miró la cerveza que tenía en la mano y luego volvió a mirar a Jacinth.

"¿Cómo sabías que ésta es la marca que me gusta?"

Jacinto le guiñó un ojo alegremente. "Aquí Djinn, ¿recuerdas?"

Se quedó mirando a Jacinto y luego a la botella. "¡Vaya!"

Riéndose, Alessandra tiró de ella. "Venga, vamos a instalarnos, antes de que venga más gente y alguien se lleve las sillas".

Naomi parpadeó, mirando a la multitud. "¿Más?"

Cruzaron el patio hasta la mesa que había indicado Jacinto y Alessandra asintió. "Hay un equipo de construcción local formado por metamorfos... gatos monteses, sobre todo, si no recuerdo mal... y a veces también vienen a estas fiestas. Hmmm... Quizá hoy no, puede que no quisieran agobiarte".

Julian resopló. "Como si esta multitud no fuera lo bastante abrumadora por sí sola".

Alessandra se rió y se inclinó hacia él, pasándole el brazo por la cintura. "Cierto".

Al llegar a la mesa, Naomi sacó una silla y se sentó. Dio un trago a la botella de cerveza y se inclinó hacia delante con impaciencia mientras la pareja se acomodaba frente a ella. "Lo único que sé de los magos es que hacen magia", le dijo a Julian. "¿Es magia como en Harry Potter?".

Soltó una profunda carcajada. "No exactamente. Los magos son magos ceremoniales... los alquimistas de la época medieval".

Las cejas de Naomi se fruncieron, hurgando en la memoria de sus clases de historia, hace tanto tiempo. "Eran ellos los que intentaban convertir el hierro en oro, ¿verdad?".

Asintió con la cabeza. "Metales básicos en metales nobles, sí. Pero era mucho más que eso. Buscaban, y muchos aún buscan, el Elixir-al-iksir en árabe-de la Vida. Que también se conoce como", e hizo una larga pausa significativa, "la Piedra Filosofal".

Naomi le miró fijamente, sintiendo que se le caía la mandíbula.

"Pero no es una piedra en absoluto", añadió Alessandra. "Es un elixir, una poción".

"Vale, ¿así que eras un mago y te maldijo... otro mago?".

Julian hizo una mueca. "Ojalá. No, esto fue algo que hice yo mismo".

Ella se abalanzó sobre él. "¿Te has maldecido?"

"No era precisamente una maldición", añadió Alessandra.

Julian asintió a su mujer. "En efecto. Fue... consecuencia de intentar usar la magia con demasiada amplitud, mi hechizo no estaba redactado de forma óptima, lo abarcaba todo demasiado".

"Intentabas hacer lo correcto", se defendió Alessandra.

"El caso es que", dijo Julián, mirando a Noemí al otro lado de la mesa. "Era el siglo XIV, y la peste había llegado a mi ciudad, Génova. Era la primera vez que teníamos noticia de algo así. Estábamos mal preparados...".

"Si alguien pudiera estar preparado para algo así", añadió Alessandra.

"Sí. Tienes que comprenderlo, Naomi, la gente moría de forma horrible, ¡y tanta! En el campo cundía el pánico, y por todas partes se veía el terror en los rostros de la gente. Nadie sabía cuál era la causa, ni cómo se propagaba tan rápidamente. No había curas, y las cosas que se decía que eran curas eran a menudo tan malas como la enfermedad, y siempre ineficaces."

"Yo era un joven mago de poco más de veinte años, aprendiz en formación, y mi Maestro, el alquimista bajo cuya tutela estudiaba, había abandonado la ciudad en busca de conocimiento, como hacían tantos alquimistas en aquella época. Entonces llegó la plaga. Me quedé sola, rebosante de conocimientos mágicos, con un futuro prometedor como poderosa maga ante mí. Y la curación era mi vocación especial. Quería ayudar. Eso era lo peor. Estaba segura de que podría lanzar el hechizo adecuado que me permitiera salvar vidas. Marcar la diferencia. No era arrogancia", declamó. "Estaba desesperado por hacer algo. La gente moría a centenares. Los cadáveres, los olores, los gritos de las familias. No podía no hacer nada".

Naomi asintió, comprendiendo claramente. "Así que lanzaste un hechizo".

Él también asintió. "Convoqué un hechizo para poder ayudar a la gente. Y la magia que invoqué me ligó a un recipiente de Djinn, obligado a conceder deseos a todos aquellos que tuvieran posesión de mi recipiente".

"Un antiguo frasco de perfume", dijo Alessandra. "Es precioso, de cristal soplado a mano, todo de color morado con adornos de pan de oro. Lo encontré envuelto en los pliegues de una vieja colcha en mi desván".

"Espera, ¿qué?" Naomi frunció el ceño, intentando descifrar aquello. "¿Del siglo XIV?"

Julian negó con la cabeza. "No, pero la botella viajaba, mágicamente, para que la encontrara el siguiente propietario. Nunca sabía cuándo, ni adónde, sería la siguiente en ser llamada, hasta que la persona destinada a tenerla la encontraba y activaba el hechizo."

Naomi sintió que la recorría un escalofrío. "¿Qué horrible para ti!"

"Sí, más bien", admitió. "Los djinn habían sido alertados mediante el uso de su magia cuando se lanzó el hechizo, y pusieron a alguien para que me ayudara en el camino. Un mentor, por así decirlo. Así conocí a Jacinto. Los djinn también pusieron a algunos de los suyos a estudiar el hechizo, para ver si había una salida. Y -respiró hondo, tendió la mano a Alessandra y sus dedos se entrelazaron-. "Sólo había una forma de romper el hechizo. El propietario de la botella debía utilizar los tres deseos para ayudar a los demás. Ni un solo deseo utilizado en beneficio propio. Sólo entonces me liberaría del hechizo".

Noemí abrió la boca para decir algo, pero no le salió ninguna palabra. Alessandra soltó una risita de simpatía.

"Lo sé, ¿verdad?"

Naomi encontró la voz. "¿Durante seiscientos años?", preguntó, alzando la voz.

"Seiscientos setenta y uno", dijo Alessandra, "si quieres ser exacta".

"Y en todo ese tiempo, nadie...", se le cortó la voz y arrugó la nariz, pensativa. "Vale, la

verdad es que lo entiendo. No creo que no pudiera pedir al menos un deseo para mí. De hecho - se sentó más derecha en la silla-, sé que tendría que usar uno, el único que realmente contara, el de no convertirme nunca jamás en Rogue".

Frente a ella, Alessandra se inclinó hacia delante, con un largo mechón de pelo rubio pálido cayéndole sobre el hombro. "En realidad, eso plantea una pregunta interesante. ¿Se consideraría egoísta? ¿En beneficio propio? ¿O podría considerarse un deseo desinteresado, de no querer llevar la muerte a los demás?".

"Tienes razón, amor mío", dijo Julian, llevándose la mano a la boca y dándole un beso en el dorso. "No tengo ni idea".

"El otro problema con la magia, sin embargo, era que Julian no era capaz de decirme cómo liberarlo. Sólo pudo decirme que *podía* hacerse".

"Oh, eso apesta totalmente".

"Para colmo, lo único que fue capaz de decirme fue que, una vez que hubiera pedido mi tercer deseo, él y su biberón serían llevados por la magia, y nunca volvería a verle".

Naomi no pudo contener un grito de horror. "¡Oh, no! ¡Qué horror!"

"Ya había utilizado dos de mis deseos, e incluso me planteé no utilizar nunca mi tercer deseo", confesó Alessandra. "Para entonces, estábamos muy enamorados, y la idea de perderle, de no volver a verle, era demasiado horrible para soportarla".

"¿Y qué pasó?", preguntó Naomi, a punto de morirse de curiosidad a estas alturas. "Obviamente, utilizaste el tercer deseo".

Alessandra hizo una mueca. "Me asaltaron. Más o menos. Mi coche se averió en una zona mala de la ciudad...".

interrumpió Julián, dirigiendo una mirada mordaz a Alessandra. "Su viejo y destartado Volkswagen Escarabajo, que le dije una y otra vez que había que revisar por completo o sustituir".

"¡Eh, es un clásico!" se defendió. "En fin, acabé en medio de una persecución policial y el tipo me tomó como rehén. Conseguí zafarme de su agarre y el policía que me perseguía consiguió abatir al tipo, pero el propio policía recibió un disparo. Estaba allí en la calle, moribundo, porque había intentado salvarme... así que llamé a Julian y deseé que salvara al agente de policía".

Noemí dio una palmada, emocionada. "¡Y fue liberado!"

"No exactamente". Sus manos, aún entrelazadas, se estrecharon, mientras Julian retomaba el relato. "La magia me arrastró, hacia una especie de... quiero llamarlo vórtice, pero sinceramente no tengo ni idea. Oí que Jacinto me llamaba, diciéndome que tenía que elegir. Elegir un momento y un lugar".

"Y me eligió a mí -intervino Alessandra, casi radiante de felicidad mientras miraba a Julian-. "Aunque, en realidad, estuvo fuera dos días. Pensé que se había ido para siempre. Y de repente, estaba allí, en mi salón".

Julian se rió entre dientes. "Y vivimos felices para siempre".

Naomi soltó un gran suspiro, incapaz de contener la sonrisa, por muy ñoña que pensara que debía parecer. "Es tan dulce que casi me muero", les dijo.

Justo cuando estaba a punto de lanzar más preguntas, Katerina se acercó a ellos, remolcando a Liam a su paso.

"¡Alessandra! Julian!" Les sonrió. "Quiero que conozcáis a Liam, es nuestro nuevo veterinario interno y...", hizo una pausa para conseguir un efecto dramático. "También es médico".

"Eh, ¿en serio?" Julian giró sobre su silla para estudiar atentamente a Liam. "Es una buena

idea, tener a alguien que pueda tratar a los metamorfos en cualquiera de sus formas".

"Seguro que nos habrías venido bien hace unos meses", dijo Alessandra, haciendo una mueca.

"Sí, para mi hermana", asintió Katerina. "Ésa es una de las razones por las que nuestro Alto Consejo va a establecer un programa para que los metamorfos estén certificados para ambas cosas". Sonrió, golpeando amistosamente el hombro de Liam. "Liam es nuestro ensayo".

Julian asintió con la cabeza, y Alessandra miró a Liam con curiosidad.

"Fuiste tú quien encontró a Naomi, si no recuerdo mal".

"Ese soy yo". Liam soltó una breve carcajada y se dejó caer en la silla junto a Naomi. "Me llamaron del zoo para examinar a uno de sus leopardos. No tenía la menor idea de que resultaría ser una metamorfa".

Inesperadamente, Noemí se encontró bajo la atenta mirada de Katerina, y los ojos dorados de la otra mujer se entrecerraron en señal de evaluación.

"¿Sabes?", musitó Katerina con voz pensativa, "no te pareces en nada a Beatrice".

"No, no me parezco. Beth, mi hermana más cercana, ella y yo nos parecemos", añadió Naomi. "Sin embargo, nuestra madre se parece exactamente a Beatrice, y también nuestras otras hermanas. Beth y yo siempre pensamos que nos parecíamos a nuestro padre".

"Hmmm".

Naomi la miró con el ceño fruncido. "¿Qué?"

"Nada. Tal vez".

Antes de que Naomi pudiera seguir con aquel comentario críptico, el bramido de Troy desde la parrilla hizo que todos se giraran.

"¡La comida está lista!"

Katerina se apresuró a volver al lado de su Elegido. "Acomodemos primero a los niños", dijo con decisión.

"De acuerdo", aceptó Jacinth. Hizo un gesto a Adina, que ya estaba arreando a los niños mojados y parlanchines hacia un par de mesas y bancos de picnic de tamaño infantil colocados cerca de la valla del prado. Troy le entregó una bandeja repleta de perritos calientes y Jacinth se dirigió hacia allí, cogiendo un par de bolsas de bollos de la mesa al pasar.

De la nada, lo que parecía un viento cálido y suave corrió por el patio, arremolinando las hojas en el suelo como tornados de colores en miniatura. Cuando se calmó, no pudo evitar mirar, porque los niños, aunque seguían en bañador, estaban completamente secos.

Mientras ella estaba embobada, Adina y un par de adolescentes acomodaron a los niños y empezaron a llenar platos de una gran fuente que Naomi juró que no había estado allí hacía un minuto.

A su lado, Alessandra asintió. "Macarrones con queso. Jacinth había estado enseñando a Talya a prepararlo en la cocina hace un rato".

Naomi se quedó mirando, embelesada. "¿Así que... simplemente... lo puso en la mesa desde la cocina? ¿Como Samantha, pero sin el meneo de nariz?"

Sonó la alegre carcajada de Alessandra. "Exacto. Y mira... aquí vienen los condimentos".

Un momento después, aparecieron sobre la mesa las conocidas botellas rojas y amarillas, junto con otro cuenco.

"Nuggets de pollo", explicó Alessandra. "Estaban en el horno calentándose mientras Jacinth y Talya hacían los macarrones con queso".

"Eso es una locura". Naomi sacudió la cabeza. No podía dejar de creer lo que había visto con sus propios ojos, pero... "¡Y secar así a los niños! ¿Cómo te acostumbras? Hay tanto que

asimilar".

"Al menos sabías lo de los metamorfos", señaló Alessandra. "Yo no sabía *nada de* esto hasta el día en que encontré el recipiente Djinn de Julian. Estaba intentando sacar el tapón y, de repente, allí estaba él, de pie, en medio de la habitación".

"No puedo ni empezar a imaginarme cómo debió de ser aquello", confesó Naomi.

Liam golpeó la mesa con los nudillos. "¡Comida!"

"¡Bien!" Naomi se levantó de un salto. "¡Comida!"

CAPÍTULO 13



NAOMI APARTÓ LA silla de la mesa, gimiendo. "Dios mío. Puede que nunca pueda volver a moverme. Alguien debería haberme avisado".

Katerina, sentada en una mesa cercana, se acercó con una sonrisa. "Al menos no estarás tan escuálido mucho tiempo".

Naomi entrecerró los ojos. Gracias a haber crecido con una hermana gemela, sabía perfectamente cuándo alguien se burlaba de ella en broma. Le sacó la lengua a Katerina. "Intenta estar atrapada en tu forma de gato, pensando que tendrás que quedarte así para siempre para no convertirte en un monstruo".

Al instante, Katerina pareció avergonzada. "Ha debido de ser horrible. Ni siquiera puedo comprenderlo". Su voz era compungida.

Naomi estaba a punto de replicar cuando, de la nada... literalmente, de la nada... apareció en medio de la mesa una pequeña gatita de largo y esponjoso pelaje blanco y ojos azules del color del cielo. Con un gruñido en miniatura, la gatita enterró los dientes en uno de los huesos de costilla sobrantes del plato de Naomi. La gatita forcejeó con el hueso, demasiado grande para que pudiera levantarlo con sus pequeños dientes blancos, hasta el borde de la mesa. Sin dejar de gruñir, saltó de la mesa y arrastró el hueso por debajo de un arbusto cercano a la casa, desapareciendo de la vista.

Naomi sabía que seguía con la boca abierta, pero no se atrevía a darle importancia mientras miraba en la dirección en que se había ido el gatito.

"¿Era eso una cosa?"

Alessandra se reía francamente, pero a su lado, Liam también miraba fijamente las sombras que había bajo el arbusto.

"¿Acaba de ocurrir?"

Se interrumpió cuando Jacinth se acercó corriendo, con cara de acosada.

"¡Lacey!", llamó, asomándose entre el follaje. Metió la mano por debajo y sacó al gatito blanco, que se aferraba obstinadamente a la costilla robada. Jacinth apartó el hueso, regañando suavemente.

"¿La has traído?" preguntó Julián.

"No, la dejé en casa con Brandy. Nuestra gatita *normal*". Jacinth miró con el ceño fruncido a la bolita de pelusa que tenía en los brazos y luego los miró a ellos, haciendo una mueca. "Creo que se teletransporta. O como se diga".

"Creemos que es una Familiar, que espera encontrar a su humano", explicó Julian. "Es

claramente mágica. Tú no puedes verlo, pero yo, como mago, veo que desprende magia a raudales. Será muy poderosa cuando haya formado su vínculo familiar".

"Familiar", repitió Naomi, embelesada. Se rió con absoluto deleite. "Gatitos mágicos. ¡Es increíble! ¡No tenía ni idea! ¿Y con quién se relaciona? ¿Hay brujas? Quiero decir, Familiar... bruja... así que hay brujas, ¿no?".

le contestó Julian, con la mano envolviendo la botella de cerveza que había sobre la mesa, junto a su plato. "Sí, hay brujas. También magos, y magas como yo. También gitanos, o romaníes, como prefieren llamarse".

"Lo prefiero", añadió Alessandra, asintiendo.

"Cierto. No vayas a llamar gitano a un romaní en su cara. En cuanto a esta pequeña -Julián inclinó la cabeza hacia el gatito que Jacinto tenía en brazos-, buscará a una bruja o a un mago. Los magos pueden trabajar a veces con animales, pero no generalmente con Familiares... a pesar de la proliferación de éstos en los juegos en línea -dijo con un bufido de burla. "No sé lo suficiente sobre los romaníes como para saber si tienen Familiares, pero supongo que es posible. Sin embargo, dado que parece querer estar aquí, en el valle del Hudson, donde tenemos una clara escasez de romaníes, parece poco probable que sea eso lo que Lacey está buscando".

"¿A quién?", corearon juntas Katerina y Jacinto. Se miraron y se rieron.

"¡Jinx!" gritó Katerina, medio segundo antes que Jacinto.

Noemí pilló a Julián y a Alessandra poniendo los ojos en blanco, y se echó a reír. "¿Hacen esto a menudo?"

"Se han autoproclamado policías locales de la gramática", refunfuñó Julian. "Además, los dos se equivocan. Es quién", les dijo Julian con el ceño fruncido. "Rehaced la frase... ¿Para quién está aquí Lacey?"

Jacynth miró a Katerina, que miró a Jacynth.

"Maldita sea", dijo Katerina, con tono afligido. "Tiene razón".

"Gatito mágico", insinuó Liam señalando, redirigiendo la conversación.

"Ah, sí", Naomi volvió a centrar su atención en la gatita, que parecía haberse quedado dormida en el brazo de Jacynth. De algún modo, había conseguido meter la cabeza debajo de ella, de modo que estaba acurrucada en una bolita, con el aspecto de un esponjoso malvavisco. "Las mentes inquietas quieren saber más. *Mucho* más".

"Lo que me preocupa -intervino Jacynth, con el ceño fruncido por la preocupación- es la forma en que apareció aquí, en la barbacoa. ¿Y si hace eso cuando están los no mágicos?"

"No lo hará", respondió Julián, con confianza en su voz. "Después de que apareciera por primera vez en la puerta de mi tienda el mes pasado, he investigado un poco y he hablado con algunos colegas magos. Los familiares son criaturas astutas. Verdaderamente mágicas. Por lo que he aprendido, ellos...", hizo una pausa y se frotó el costado de la nariz, pensativo. "No hay una forma realmente buena de explicarlo, salvo que, al parecer, *saben* cosas".

"¿Como si supiera que tenía que presentarse en tu tienda?" preguntó Liam, con el ceño fruncido por la concentración.

"Sí, exactamente. Y parece que tienen una forma de dar a conocer sus necesidades. Al parecer, ella quería estar aquí, en el valle del Hudson, en la clínica veterinaria. Dentro de la comunidad de aquí. Y..." Julian hizo un gesto expresivo con el brazo. "Aquí está".

Liam se rió. "Entendido".

"Me siento mejor sabiendo que tú tampoco conocías a los gatitos mágicos", le dijo Naomi a Liam, inclinándose para robarle un trozo de patata del plato mientras Jacynth se dirigía hacia una mesa un poco alejada, donde Kester y Tamera estaban sentados con una de las señoras

marroquíes.

"¡Eh! ¡Coge el tuyo!" Él le dio un manotazo, pero ella lo mantuvo fuera de su alcance, riendo mientras lo mordía.

"Ya no quedan", añadió Alessandra. "Troya se quedó con los últimos, creo".

"Bueno, demonios". Liam empujó un poco el plato para que quedara entre los dos. "Vale, lo compartiré".

"Están buenísimas", dijo entusiasmada Naomi. "¿Quién los ha traído?"

Alessandra se giró en su silla, escrutando a los adultos sentados alrededor en diversas mesas y bancos de picnic.

"Fue Kester. Recuerdo que, como subí por el camino detrás de él cuando llegamos y pude olerlos, fue todo lo que pude hacer para no robarle toda la bandeja de las manos."

Todas se rieron. Entonces, acercándose, Alessandra tocó el hombro de Noemí, inclinando la cabeza hacia un lado. Siguiendo su mirada, Noemí sintió que una sonrisa se dibujaba en su rostro. El collie que había visto antes estaba tumbado, profundamente dormido, junto al banco donde se sentaba Troya. Acurrucados contra ella había varios bultos leonados, con largos mechones de pelo que iban de un lado a otro.

"¡Ohmigosh, qué adorables! Esos son los hijos del caracal, ¿verdad? No había visto mechones de orejas tan largos en toda mi vida. Ni siquiera sabía si era posible, aunque se me hubiera ocurrido preguntármelo, cosa que no hice".

Cerró la boca con un chasquido, al darse cuenta de que todos los comensales se habían vuelto para mirarla. Sintió que el rubor se apoderaba de sus mejillas. "Estoy divagando, ¿verdad?"

Los labios de Julián temblaron un instante, y Alessandra le lanzó una mirada abrasadora.

"Estás bien. Me alegra ver que empiezas a relajarte con nosotros".

Oh. Se le calentó aún más la cara y se quedó sin palabras.

Liam extendió la mano, cubriéndola con la suya. Ella era intensamente consciente de su tacto, y necesitó todo lo que tenía para no volver la mano hacia la suya, para estrechar sus dedos y aferrarse con fuerza.

"Todo va a salir bien, ¿sabes?".

"No entiendo cómo podéis aceptarme así", estalló sin querer. "Sabéis quién soy... cuál es mi familia".

"Quién... y qué... es tu familia, *no es* quién, ni qué, eres tú", dijo Alessandra con firmeza.

"Hay algo más en lo que tienes que pensar, Naomi", le dijo Julian, sosteniéndole la mirada con la suya. "Puede que todos os acabemos de conocer en esta última semana, pero Beatrice fue empleada de la clínica de aquí durante meses. Alessandra y yo nunca la conocimos, pero créeme si te digo que desde que descubrimos que era la Pícara que aterrorizaba a las mujeres de aquí, ha sido tema de muchas conversaciones. Y lo importante aquí, que quiero que tengas en cuenta, es que no le gustaba a *ninguna de las* personas que la conocían. Todas y cada una de ellas pensaban que había algo raro en ella, o tal vez se trataba simplemente de que no se sentían cómodas a su alrededor, aunque nadie tenía ni idea de que fuera una metamorfa, y mucho menos una Pícara".

Alessandra asintió, retomando el relato. "Por otra parte, esas mismas personas no sólo te han conocido, sino que les gustas. Y eso, a pesar de lo que cualquiera consideraría una precaución natural al conocerla".

El roce de una silla en el patio de cemento hizo que Noemí se girara, para ver a Jacinto tomando asiento a su otro lado. Ella también puso una mano sobre la de Naomi.

"Beatrice tenía una oscuridad que me resultó evidente de inmediato. La primera vez que la vi...".

"Le conté lo de la cita con Douglas", añadió Liam.

Jacynth hizo un gesto despectivo con la mano. "Sí, pero en aquel momento no había conocido a Beatrice. Pero vino a casa, sin avisar, al día siguiente. No puedo sentir a un metamorfo, aunque nuestros Ancianos tienen esa capacidad. No soy lo bastante mayor para haber desarrollado esa habilidad. Así que, aunque no tenía ni idea de que fuera una metamorfa, me daba la sensación de que era nerviosa. No sé muy bien cómo explicarlo, salvo que me ponía los pelos de punta, al menos esa era la sensación que tenía. Es más, habíamos comprado un gatito para los niños, y cuando Beatrice entró en la habitación, Brandy estaba tan asustado que se le erizó todo el pelo, e incluso arañó a la pobre Molly intentando zafarse."

"La cuestión es", dijo Liam, apretando los dedos de ella, dándole un ligero apretón en la mano hasta que ella le miró fijamente, "que esto ocurrió mucho antes de que nadie supiera que Beatrice era una metamorfa".

Jacynth ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, pensativo. "Ahora que lo dices, creo recordar que Katerina dijo que Troya fue arañado gravemente por un gato anciano y gentil que era paciente habitual suyo, cuando Beatrice estaba fuera de la sala de reconocimiento".

"Así es", exclamó Liam. "Maroulla me lo contó. Dijo que Beatrice trabajaba estrictamente en el ala destinada a los perros, que los gatos no toleraban su presencia. Por supuesto, nadie lo ató cabos en aquel momento, esto sólo fue en retrospectiva, con todo el mundo aportando lo que sabía para intentar elaborar toda la historia de lo ocurrido."

"Sí, y lo que es más -dijo Jacynth-, tras la marcha de Beatriz de la clínica veterinaria, naturalmente el personal empezó a expresar sus propios pensamientos sobre ella. Parece que ni siquiera a los empleados humanos normales de la clínica veterinaria les caía bien. Era buena en su trabajo, según Douglas y Troy, pero ponía nerviosa a la gente. La rehuían, la evitaban siempre que podían y, cuando no, se relacionaban con ella lo menos posible. Una de las recepcionistas dijo sin rodeos que Beatrice les parecía simplemente espeluznante".

Julian se inclinó hacia delante para captar la mirada de Naomi. "Todos comprendemos que te cueste creer en ti misma, lo cual es comprensible, dado todo por lo que has pasado. Lo que te pedimos es que tengas fe en *nosotros*. Tú no eres como Beatrice, ni nosotros somos presas desprevenidas. Somos un grupo muy unido con un montón de experiencia, colectivamente, a nuestras espaldas. Y creemos en ti. No hay oscuridad en ti, ni un borde de peligro que punce nuestros instintos de supervivencia. Tu bondad innata brilla en ti como un faro para mí, tan claramente como veo la magia que desprende la joven Lacey".

"No sé qué decir", balbuceó Naomi, desconcertada.

"Di que nos escucharás", instó Alessandra, "y date una oportunidad de ser feliz. Tu percepción de ti misma está sesgada por la percepción que tienes de tu familia. Pero nosotros *te* vemos, Naomi. La tú que, ahora mismo, no eres capaz de ver. Así que confía en nosotros, deja de dudar de ti misma tan ferozmente, y avanza y agarra la vida por el cuello ,y sé quien quieres ser. Porque la única que te retiene ahora mismo, eres tú misma".

Tragó saliva, con fuerza. "Vaya, eso ha sido... vaya. Um". Lentamente, sintió que una sonrisa se dibujaba en su rostro, y que todo su ser se volvía más ligero. "Agarrar la vida por el cuello y ser quien quiero ser. Eso me gusta. Quiero decir, me gusta mucho".

"Attagirl", le dijo Liam, y Julian le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

"Me encantaría que vinieras a cenar a nuestra casa una noche", dijo Jacynth. "Siempre es un poco caótica, con los niños, un gato y un cachorro, pero no es una casa de locos como ésta. O podemos hacer que Douglas se lleve a los niños a algún sitio y tener una noche de chicas, ¿qué te parece?".

Naomi sonrió, y casi rebotó en su silla. "¡Me parece estupendo!"

Jacynth se quedó pensativa durante un minuto. "De hecho, ¿por qué no venís Liam y tú a nuestra casa esta tarde, después de que se disperse la multitud? Podríais quedaros a tomar un tentempié tardío... nadie va a querer cenar después de esto, pero prepararemos sopa de tomate y queso a la plancha en algún momento. Lo haremos ligero, ya que imaginamos que todos nos atiborraremos aquí. Los niños probablemente se dormirán pronto después de tanta emoción, y podremos relajarnos, encender un fuego en la chimenea y hablar y conocernos unos a otros."

Naomi sintió que le subía un rubor de placer a la cara y agachó la cabeza. Las emociones se le atascaron en la garganta por un momento. Nunca... en toda su vida... la habían invitado a casa de alguien. Bueno, a esta barbacoa, pero no era lo mismo.

"Gracias", consiguió decir, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban. "Me encantaría".

A su lado, Liam se acercó para ponerle la mano en la rodilla, al parecer percibiendo su repentino descenso al caos emocional. Ella le sonrió, agradecida por su apoyo.

"Sería estupendo", le dijo a Jacinto.

"Puedes seguirnos, una vez que las cosas se calmen aquí", dijo Douglas.

Al otro lado del patio, alguien llamó a la pareja y se marcharon, dejando a Liam y Naomi solos en la mesa.

"¿Quieres otra cerveza?", preguntó.

Naomi consideró la botella que tenía delante, con un cuarto de pulgada en el fondo. "No, probablemente no. Creo que voy a cambiar a un poco de esa limonada de fresa que tienen para los niños. Tiene muy buena pinta, de hecho, le he estado echando el ojo desde que llegamos".

"Te traeré un poco -dijo, poniéndose en pie y acercándose a la mesa de picnic, donde aún había un montón de platos en diferentes estados de deterioro. Volvió un momento después con dos vasos rebosantes del líquido rosado y cubitos de hielo.

"Disfrútalo mientras puedas, el tiempo de limonada ya ha pasado".

"Sí, lo entiendo", contestó Naomi, dando un sorbo a la agria pero dulce limonada. "Esto está bueno. Voy a suponer que alguien la ha hecho ella misma".

"¿Con esta gente? Yo diría que es una apuesta bastante segura".

Se acercó a ella y le rozó ligeramente la mejilla con los dedos, mientras atrapaba un mechón de pelo suelto y se lo colocaba detrás de la oreja.

"Hay algo más en lo que quiero que pienses, Naomi". Su mano se detuvo, el contacto con su pelo era una caricia. "Me siento muy atraído por ti, y creo que tú también te sientes atraída por mí. Y me gustaría ver adónde puede llegar esto".

Sintió literalmente que la sangre se le escurría de la cara y que el pulso le retumbaba en los oídos.

"No... no podemos, Liam", balbuceó, y el pánico empezó a invadirle el pecho. "No podemos correr ese riesgo. Jamás".

Sonrió un poco. "Nunca es mucho tiempo. No quería decir que tuviéramos que lanzarnos a una relación. Aunque me gusta pensar que tenemos una amistad sólida".

"¡Tenemos! Y... y tienes razón", consiguió decir, con el calor de un rubor asomando a sus mejillas. "Me gustas... mucho. Demasiado para querer arriesgar tu vida".

"Nunca me harías daño, Naomi", afirmó Liam positivamente. "Nunca harías daño a nadie, y mucho menos a alguien que te importa".

"Yo también lo habría pensado alguna vez". Su mirada se posó en el vaso de limonada que tenía en la mano y lo inclinó, observando cómo se movían los cubitos de hielo al girar el líquido.

"Eso fue... antes. Beth y yo estábamos tan seguros. Y ella fue y se enamoró. No era fingido, Liam", dijo, con urgencia en la voz. "No fingía, no era... lo que sea que hace nuestra otra familia. Le *quería*, quería un futuro con él. Pero ahora, él está muerto, y ella está en ese lugar del Santuario con el resto de ellos".

"Eso no os va a pasar a vosotros. No nos va a pasar a *nosotros*. Te lo juro". Sonrió. "Además, te supero en peso unas diez veces. Si tu gato intenta derribarme, me cambiaré y me echaré sobre ti".

Casi escupió el trago de limonada que acababa de tomar. Tuvo que reírse de las imágenes que evocaban sus palabras. "¡Dios mío, Liam, no puedo creer que hayas dicho eso!".

Sólo guiñó un ojo. "Quédate conmigo, chico".

CAPÍTULO 14



LA CASA DE los McCandliss era un bonito rancho de ladrillo con adornos blancos y contraventanas azul claro. Estaba bien apartada de la carretera, en una parcela grande, con un amplio césped y enmarcada por frondosos árboles de colores otoñales. Sin duda, el barrio estaba destinado a los caballos, pues Naomi observó que varias casas tenían corrales o pequeños pastos detrás.

"Vaya, esto es muy bonito", comentó ella cuando Liam entró en la entrada y aparcó, poniendo el freno.

A su lado, Jacinth y Talya estaban desabrochando las correas del asiento del coche, y Benny y Molly salieron en tropel, mientras Douglas iba a abrir la puerta principal.

"Bienvenidos a nuestra casa", dijo Jacinth con una amplia sonrisa, guiándoles hacia el interior. Un pequeño vestíbulo con un armario para abrigos daba paso a la cocina, a la derecha, y a un amplio salón, a la izquierda. Jacinth los condujo al salón y señaló los amplios y cómodos sofás situados alrededor de una chimenea de ladrillo. "Poneos cómodos, mientras traigo café y té para todos".

Naomi se sentó a un lado de un largo sofá y descubrió que era tan cómodo como parecía. Se recostó en los cojines y levantó las piernas. A su lado, Liam se hundió en el sofá. Su brazo se extendía por el respaldo del sofá. Aunque no la tocaba, ella era muy consciente de él. Sintió que se le calentaban las mejillas y tuvo que resistir el impulso de inclinarse hacia él, de sentir cómo la rodeaba con el brazo y de apoyar la cabeza en su hombro, tan tentadoramente cerca.

Miró a su alrededor, agradecida, cuando Douglas entró en la habitación, haciendo pasar a los niños.

"Estoy acomodando a los niños en la sala de estar con unos dibujos animados", explicó. "Están agotados después de tanta diversión, probablemente se apagarán como una luz en media hora".

Jacinth entró trayendo una bandeja con dos jarras y un revoltijo de tazas, cucharas, azúcar y crema. "Café, té", señaló. "Sírvanse".

Preparar un poco de café permitió que el pulso de Naomi se calmara y sus mejillas se enfriaran. Todos habían bebido cuando Douglas regresó, dejándose caer junto a Jacinth en un sillón colocado en ángulo con el sofá donde estaban sentados Naomi y Liam.

"Otra barbacoa con éxito", anunció, dándose palmaditas en el estómago.

Liam gimió. "¿Son todos así? Puede que no sobreviva a toda esa comida de forma regular".

Jacinto se rió. "Aprendes a ir a tu ritmo, después de las dos primeras veces".

"Necesitaba haberme tomado mi tiempo esta vez", dijo Naomi, haciéndose eco del gemido de Liam. "Puede que no quiera volver a comer".

Douglas levantó los pies para colocarlos sobre la mesita. "Adelante", les animó. "Las normas de la casa lo permiten".

"Pero sólo porque él tenía la casa primero", dijo Jacinth, frunciendo el ceño a Douglas. "Llegamos a un acuerdo. Él baja los asientos del váter, pero puede poner los pies encima de la mesita".

Liam sonrió. "Me parece justo".

"¿Y cómo os conocisteis?" preguntó Naomi, inclinándose hacia delante con impaciencia. "Me moría de curiosidad, pero hasta ahora no había tenido ocasión de preguntártelo.

Talya, que salía de la cocina con una lata de agua con gas en una mano y el teléfono en la otra, se detuvo y su mirada se clavó en Jacinto.

"¿Puedo oírlo yo también?", preguntó ansiosa. "Conozco lo básico, pero nunca he oído toda la historia".

"Claro". Jacinth se acercó a Douglas, sonriéndole mientras él la rodeaba con el brazo, atrayéndola hacia sí, y le daba unas palmaditas en el cojín del sofá. "Ven a sentarte con nosotros".

La adolescente se acomodó junto al Djinn, levantando los pies, con cara de impaciencia. Jacinto se rió y se acercó para despeinarla.

"Estaba en la ciudad", empezó Douglas, y luego hizo una pausa para dar un sorbo a su bebida. "Caminaba de vuelta a mi coche para dirigirme a casa, sí, bueno. Vale", corrigió. "Deambulaba por la manzana, matando el tiempo para no tener que volver a mi casa vacía. Otra vez".

"Su ex mujer, Lilian, había secuestrado a los niños dos años antes", explicó Jacinth. "Llevaba buscándolos desde entonces".

Douglas asintió. "Y sin llegar a ninguna parte. Tenía a un investigador privado buscando, me había puesto en contacto con grupos de niños desaparecidos, todo lo que se me ocurría. Por alguna razón, aquella noche, la perspectiva de volver a casa, de enfrentarme de nuevo a la tranquilidad, me pareció abrumadora. Así que estaba paseando por las calles antes de dirigirme a casa, cuando llegué a una tienda de antigüedades, Whimsies. No tengo ni idea de qué me hizo entrar, fue como si me viera obligada a hacerlo".

"Ésa era la magia", explicó Jacinto, y la pareja intercambió sonrisas. Ella volvió a prestarles atención. "Me desperté aquella mañana, sabiendo que quienquiera que fuera el próximo *Sahib*... el propietario de la tetera que es mi vasija de Djinn... la encontraría aquel día. ¡Estaba tan emocionada! Me pasé todo el día sentada, observando la tienda desde el interior de mi tetera".

Naomi parpadeó. "¿Observando desde dentro?"

Jacinth se rió y asintió con los ojos brillantes de picardía. "Sí, su superficie interior se convierte en una pantalla de televisión o de ordenador. Muestra lo que ocurre fuera de su entorno inmediato".

Liam frunció el ceño. "¿Así que pasas el rato en una tetera hasta que la encuentran?"

"Mmhmm", asintió ella. "Las naves de los djinn son tan grandes o pequeñas como queramos que sean, por dentro. Independientemente del tamaño y la forma que parezcan desde fuera".

"Como una Tardis", añadió Douglas, y todos se echaron a reír. Excepto Talya, que miró de una cara a otra.

"¿Qué es una Tardis?"

"¡Vaya!" Jacinth ladeó la cabeza para sonreír a Douglas. "Pronto tendremos que celebrar una

noche del Dr. Who".

Dejó caer un beso sobre su nariz. "Lo haremos". A Talya le dijo. "Te lo explicaremos más tarde, pero por ahora, acepta que el interior puede ser cualquier cosa, desde una sola habitación hasta un castillo entero".

"Vale, entendido", dijo Talya. "Más magia Djinn. Así que, ¡adelante!"

"Entré en la tienda y lo primero que vi fue esta vieja tetera. Al menos -modificó-. Es decir, vi que había un mostrador delante y un dependiente detrás, y pasillos repletos de muebles y chucherías, pero en realidad no vi nada más que aquella tetera. No es que tuviera algún tipo de foco especial ni nada parecido. Pero me sentí atraído por ella, aunque todo el tiempo me preguntaba qué demonios estaba haciendo, ¿sabes?"

Naomi se inclinó hacia delante, embelesada. "¿Qué tipo de tetera? Has dicho antigua. ¿Cómo lo sabías?"

Jacinto sonrió y señaló hacia la chimenea. "Mira allí".

Efectivamente, había una tetera de plata en el centro de la repisa. Brillaba, la luz del fuego bailaba sobre su superficie plateada. Naomi se levantó de la silla y miró a Jacinto.

"¿Puedo?"

Un momento después, la tetera desapareció. Mientras ella parpadeaba ante el manto vacío, Liam le tocó el brazo, dirigiendo su mirada hacia la mesa de centro. La tetera estaba allí. Naomi se hundió sin huesos en la silla, mirándola fijamente. La tetera era alta y esbelta, con el asa y el pitorro curvados con gracia. Los lados y la tapa estaban delicadamente grabados con algún tipo de diseño floral oriental.

Douglas también lo miraba, con una leve sonrisa curvándole los labios. "Me costó cincuenta dólares. Simplemente lo pagué, sin pensar hasta después de estar en el coche conduciendo a casa con él, que cincuenta dólares era un precio ridículamente bajo para lo que claramente es una valiosa antigüedad."

"Por lo demás, es un precio ridículamente bajo si fuera nuevo", convino Liam.

Naomi miró a Jacinto vacilante. "¿Puedo tocarlo?"

Jacinto agitó una mano delgada. "¡Claro, adelante!"

Arrastrando el dedo por la superficie satinada, trazando los diseños grabados, Naomi intentó percibir algo en ella, la magia que claramente había en ella. Pero lo único que sintió fue la fría plata. No es que reconociera la magia si la sentía, pero... había pensado que tal vez sentiría algo. Se sentó en la silla, un poco decepcionada.

"¿Cómo es por dentro?" preguntó Talya, mirando a su madre adoptiva con gran interés.

Los ojos de Jacinto centellearon en respuesta mientras los miraba a todos. "¿Quieres ver?"

Liam se incorporó, parecía alerta. "¡Claro que sí!"

Naomi alargó la mano para agarrar la suya, con la mirada excitada puesta en la bonita Djinn. "¡Por favor!"

Jacinto llevó las manos ante sí en una sola palmada, y el salón que las rodeaba desapareció. El sofá, el loveseat y los sillones seguían allí, así como la mesa de centro con sus jarras y tazas, pero estaban rodeados de paredes curvas de plata resplandeciente.

"Vaya", respiró Talya. La adolescente se giró en su silla para tocar la pared que tenía detrás. "¡Estamos dentro!"

Naomi ladeó la cabeza, mirando a Jacinto a través de la mesita. "Cuando conjuras té y bebidas y cosas, no aplaudes ni haces nada".

"Es una magia tan mínima para un Djinn que no es casi nada", explicó Jacinto. "Hacer magia con bebidas y alimentos es una de las primeras cosas que los niños Djinn aprenden a dominar."

Llevarme sola a mi recipiente tampoco requiere ningún esfuerzo. Pero para llevarnos al grupo, junto con los muebles y nuestras bebidas, eso requiere que reúna la magia Djinn hacia mí, me concentre en mi intención y luego la libere en un estallido. La palmada es la acción activadora, por así decirlo, que libera la magia".

"¿Como Samantha moviendo la nariz?" preguntó Liam.

Jacinto se rió, asintiendo. "Sí, exactamente".

"¿Dijiste que podías vigilar el exterior?" preguntó Naomi, echando un vistazo a las paredes, que se elevaban a su alrededor en una grácil curva. No había ningún grabado en estas paredes interiores, sólo la brillante plata.

"Sí, mira".

La plata pareció brillar y desvanecerse, y apareció el salón, con la chimenea crepitando alegremente al otro lado de la habitación. Aún se percibía un tenue resplandor, pero no lo suficiente como para ocultar la visión de lo que les rodeaba.

"Esto mola mucho", se entusiasmó Talya, presionando con las manos las paredes, para ver si las atravesaban. "Sigue siendo sólido".

"En realidad no es transparente, lo que vemos es...". Jacinto hizo una pausa, frunciendo un poco el ceño. "¿Más parecido a una pantalla de televisión? Puedo ver donde quiera en tiempo real. Toma, te lo enseñaré".

Un momento después, el Gran Cañón se extendía ante ellos, con el sol poniente proyectando colores y sombras sobre la formación rocosa. Se oyó un jadeo colectivo. Un instante después, la escena se desvaneció, para ser sustituida por una vista del interior del establo de Troy, con los caballos estabulados para pasar la noche. La yegua más cercana a ellos lamía perezosamente su heno, mientras que, fuera de su vista, otro caballo resoplaba ruidosamente, moviéndose en su establo.

Talya tiró de la manga de Jacinto. "¿Podemos ver el recinto?" Sus ojos estaban oscuros por la emoción, y Naomi podía ver las líneas de tensión alrededor de la boca de la chica.

Jacinto sonrió a la muchacha, acariciándole el pelo alborotado con una mano. "Por supuesto. Creo que te gustará lo que ves".

La escena se tornó desértica, con estribaciones que se elevaban más allá. El cielo estaba oscuro, pero la débil luz de la luna mostraba que el suelo ante ellos no contenía más que escombros. Había algunos muros parciales en pie, pero en su mayor parte los edificios estaban derruidos, y el desierto ya invadía la zona, arrastrándose contra los muros caídos. Estaba claramente deshabitado, e inhabitable.

Los ojos de la adolescente se abrieron de par en par. "¡Ha desaparecido!"

Jacinto asintió solemnemente. "Así es. Kieran también colocó una protección sobre la tierra. Aunque haya alguno de los hombres que escaparon a la captura... aunque no creemos que los haya... nunca podrán reconstruirse aquí".

"Kieran", repitió Naomi, frunciendo las cejas mientras buscaba en su memoria. "He oído ese nombre".

"Es un príncipe de los Djinn", explicó Jacinto. "Un Djinn anciano, muy, muy viejo".

"Y muy poderoso", interrumpió Douglas.

Jacinto asintió. "Sí, así es. También es miembro del Alto Consejo Djinn".

"Claro, porque todas las especies paranormales...". empezó Naomi, y luego continuó cuando Liam le asintió con la cabeza, "tiene, como, ¿un órgano de gobierno?".

Douglas se sacudió un poco. "¿Los hombres lobo tienen un Consejo?".

Jacinto lanzó un suspiro dramático. "Douglas, te juro que estás obsesionado con los hombres

lobo. Tú y Troy, los dos".

Junto a Jacinth, Talya se apretó las rodillas contra el pecho y se rodeó las piernas con los brazos. Tembló y miró nerviosa a su alrededor. "¿Hombres lobo como en las películas? He visto algunas de esas películas".

Dirigiendo una mirada fulminante a Douglas, Jacinth acusó. "¡Ahora mira lo que has hecho!"

Rodeó a Talya con el brazo, tranquilizando a la chica. "No hay muchos, y no andan por ahí haciendo cosas malas. Los metamorfos trabajan para ayudarles a llevar una vida normal, asegurándose de que estén en un lugar seguro durante la luna llena para que no puedan hacer daño a nadie, ni siquiera a sí mismos."

"Creo que nos hemos desviado del tema original", incitó Liam.

"¡Así es!" Jacinth se rió, con los ojos brillantes. "Douglas, continúa".

"Ni siquiera recuerdo el tema original", confesó Douglas. "Sólo se me ocurren los hombres lobo".

Talya tomó la palabra. "Cómo os conocisteis Jacinth y tú".

"Ah, claro, sí". Se aclaró la garganta, su mirada se encontró con la de Jacinth, y su brazo la rodeó, acercándola. La pareja se sonrió. "Llegué a casa, puse un filete en la parrilla y vine al sofá a esperar. Estaba sujetando la tetera, examinándola, y de repente... allí estaba ella".

"Se le estaba quemando la cena", dijo Jacinto. "Le avisé. Y luego se quemó la mano sacándola del horno".

Douglas asintió. "Que luego curó, además de arreglarme el filete para que quedara perfecto".

A Jacinto le brillaron los ojos. "Luego intentó echarme de casa".

Talya soltó una risita. "¿De verdad?"

Jacinth sonrió asintiendo. "Lo hizo, de verdad. Luego intentó devolver mi tetera a la tienda de antigüedades".

"Conduje hasta Manhattan", coincidió Douglas. "Fue entonces cuando conocí a Julian y a Alessandra. Julian es el dueño de la tienda. Así que se lo devolví y le dije que no me importaba que me devolviera el dinero. Pero luego, cuando me metía en el coche para volver a casa, volvía a estar en el asiento delantero. Dos veces".

Naomi sonrió a Jacinto. "Persistente. Me gusta".

La sonrisa de vuelta de Jacinto era la personificación de la picardía. "Al final le dejé llegar hasta casa y le estaba esperando en el salón".

"Aquí mismo, en este sofá", coincidió Douglas. "Estaba muy frustrado. No paraba de ofrecerme deseos. Yo no quería ningún maldito deseo, sólo quería recuperar a mis hijos".

"Al final conseguí que lo *dijera*", dijo Jacinth, poniendo los ojos en blanco, exasperada. "Una vez que lo hizo, pude poner las cosas en marcha".

"Lo que quiere decir es que, quince minutos después, sonó el teléfono y era mi investigador privado, el tipo al que había tenido buscando a mis hijos durante dos años. La policía de California le había llamado diciendo que los habían encontrado".

Naomi parpadeó. "¡Vaya! ¿Tan rápido?"

"Fue fácil porque Douglas ya tenía las cosas preparadas. El investigador, las fotos de los niños por todo el país", explicó Jacinth. "Como ya había hecho eso, fue una simple magia que cualquiera que conociera a los niños viera su foto... ya fuera un anuncio en la televisión, o un cartón de leche, o un folleto en alguna parte... los reconociera y llamara a las autoridades".

Douglas asintió. "Y la policía de California actuó con rapidez. La mujer que avisó estaba cuidándolos en ese momento. La policía llegó antes que Lilian, mi ex mujer. Y a la mañana siguiente, Jacinth y yo estábamos en un avión rumbo a California".

Talya se retorció de alegría. "¿No te hizo... ya sabes... 'puf' ahí?".

"No es que hubiera pensado en ello en aquel momento, pero aun así habríamos volado. Necesitaba asegurarme de que todo estaba en regla", explicó Douglas. "Para tener un rastro oficial de mi vuelo a través del país. Fuimos a buscar a Benny y Molly y, bueno, aquí estamos".

"Vaya, es increíble". Naomi sonrió, encantada con la historia.

"Realmente lo es", dijo entusiasmada Talya. Saltó del sofá. "Vale, ahora tengo que ponerme con los deberes".

Jacinto arqueó una delicada ceja. "¿Deberes? Un sábado por la noche".

Talya se mordió el labio, pero le bailaron los ojos. "Voy a Zoom con algunos de mis amigos".

Riendo, Jacinth juntó las manos en otra palmada. Las paredes plateadas de su tetera desaparecieron, y volvieron a estar en el salón. Jacinto agitó una mano hacia el pasillo y, con una sonrisa, Talya se marchó, presumiblemente hacia su dormitorio para hablar con sus amigas.

"Suenan tan americana como la tarta de manzana", observó Liam. "Nunca dirías que nació y creció en Marruecos".

Douglas pareció gruñir en voz baja, y Jacinth se inclinó hacia él, besándole la mejilla.

"La tenemos sana y salva", dijo en voz baja, antes de volver a centrar su atención en Liam. "Televisión. Mucha, mucha televisión, allí en el recinto. A las mujeres y los niños rara vez se les permitía salir del recinto, y tenían poco que hacer. Además, allí se hablaba inglés, no árabe, como cabría pensar".

"De hecho, ninguno de ellos era árabe", asintió Douglas. "Stephen, el líder, era de hecho estadounidense, así como la mayoría de los que estaban más arriba en la organización. Había algunos de África... Kenia, Sudáfrica, Namibia... Y algunos de Egipto e India".

Jacinto le dio un codazo. "Egipto está en África", le recordó.

"Sí, pero en general se considera Oriente Medio".

Liam mostró una sonrisa a Naomi cuando la pareja se lanzó a un debate sobre si Egipto formaba parte de Oriente Medio o de África. Ella soltó una risita, pero no pudo evitar suspirar un poco, viendo cómo Douglas y Jacinth interactuaban. Interactuaban a la perfección, como si se conocieran de toda la vida. Había pequeñas sonrisas y caricias, rápidos intercambios de miradas en una comunicación silenciosa. Naomi los envidiaba con impotencia. Llevaba toda la vida deseando esto. Alguien a quien cuidar, que se preocupara por ella. Un "felices para siempre". Su gato estuvo de acuerdo, ronroneando, y proyectó la imagen de estar tumbado sobre las rodillas de Liam recibiendo masajes en la barriga. Maldito gato.

Jacinth puso fin a su debate... que se había convertido más bien en una discusión... y volvió su atención hacia Naomi.

"¡Naomi! Hablemos de ti. Ahora que estás fuera del zoo y te hemos convencido de que no te convertirás en una asesina psicópata sin alma, ¿cuáles son tus planes?"

Naomi la miró fijamente, con la mente completamente en blanco. "Uhhh..."

La expresión del Djinn cambió rápidamente de la picardía a la contrición. "¿Demasiado pronto para bromear sobre ello?"

Liam se acercó para coger la mano de Naomi con un apretón reconfortante. "Tal vez una vez que ella crea de verdad que no ocurrirá".

"Me parece justo. Retrocedamos. ¡Entonces! ¡Naomi! ¿Cuáles son tus planes ahora, de cara al futuro?"

Ah, vale. Naomi ordenó sus pensamientos.

"Primero tengo que conseguir un trabajo, obviamente. He enviado solicitudes a todas las

bibliotecas de la zona y, cuando consiga un trabajo, empezaré a buscar un piso". Se pasó los dedos por el pelo, nerviosa. "En realidad, ahora podría permitirme un apartamento, pero me imagino que sin trabajo nadie me aceptaría como inquilina, al menos, no ningún sitio con buena reputación. En realidad tengo mucho dinero ahorrado". Se encogió un poco de hombros, bajando la mirada. "Siempre pensé que... ya sabes... así que, de todos modos, no tenía sentido comprar nada que tuviera que dejar atrás. No me molesté en conseguir tarjetas de crédito, y ni siquiera tuve que hacer frente a préstamos estudiantiles, así que ahorré casi todo lo que gané desde que salí de la universidad, excepto lo que necesitaba para vivir."

Douglas enarcó las cejas. "¿Ningún préstamo estudiantil?"

Naomi sonrió débilmente. "Biblioteconomía. Me dieron una beca completa para mi licenciatura. Todo estaba cubierto, incluidos los libros de texto".

"Estoy impresionado", dijo Douglas.

"Yo también", admitió Liam. "¿Cómo decidiste meterte en eso?"

Sintiéndose un poco incómoda, Naomi volvió a encogerse de hombros. "Los libros siempre fueron mi refugio, toda mi vida. Cuando entré en secundaria, en mi clase de inglés pasé una semana entera hablando de bibliotecas y referencias... alfabetización y clasificación, el sistema decimal Dewey, cosas de la vieja escuela. También sobre el OPAC (catálogo de acceso público en línea), el catálogo informatizado que sustituyó al antiguo sistema de fichas. Me pareció fascinante. Ya había estado utilizando las bibliotecas, investigando cosas que me interesaban. Sólo por diversión, ¿sabes? Así que cuando entré en la universidad, fue una dirección natural para mí. Además, el campo está muy abierto. Siempre hacen falta bibliotecarios, archiveros e investigadores. Además, se paga muy bien, incluso con sólo una licenciatura".

"¿Has pensado en hacer el máster?", preguntó Liam. preguntó Liam, que parecía interesado.

"Por supuesto. Pero necesitaba salir de Florida, alejarme de mi familia. Primero me mudé a Sarasota, pero...", se estremeció al recordar, rodeándose con los brazos. "No me sentía segura. Me preocupaba que vinieran a por mí, enfadados porque me había escapado de su control, ¿sabes? Siempre miraba por encima del hombro. Está a unas horas en coche de Palm Beach, donde siempre habíamos vivido, pero aun así... así que presenté algunas solicitudes en distintas partes del país, todas bien lejos de Florida. Acepté la primera oferta de trabajo que me hicieron, que era en la biblioteca pública de Manhattan. Y, bueno, aquí estamos".

"Y aquí estamos", se hizo eco Jacinto con una sonrisa radiante. "Entonces, ¿quieres trabajar en una biblioteca? ¿Hay otro tipo de trabajos a los que puedas optar con un título de Biblioteconomía, además de bibliotecario?"

"Sí, bastantes, incluida la docencia. Pero para mí las bibliotecas son lo más importante. Haré otra cosa durante un tiempo si es necesario, pero donde me siento más a gusto es en una biblioteca. Se podría decir que es mi zona de confort. Y el bibliobús...", se interrumpió, sonriendo, mientras la invadían los recuerdos. "Era maravilloso. La gente esperaba en cada parada, ansiosa por entrar y hojear lo que teníamos disponible, encontrar algo nuevo, un nuevo autor o un nuevo título". Se rió entre dientes. "Los adultos estaban tan emocionados como los niños, sólo que lo disimulaban mejor".

"Parece que te gustan mucho los niños", dijo Jacinth, con voz suave.

Naomi asintió, parpadeando un poco para aclarar su visión, que se había vuelto extrañamente borrosa. "Sí, me encantan los niños. Es una de las cosas más gratificantes de trabajar en la biblioteca. Y, bueno, como nunca pensé que podría tener uno propio...".

Su voz se apagó y dejó la frase sin terminar. Se hizo un silencio incómodo en la habitación.

Jacinth se sentó en el brazo del sofá junto a ella y le cogió la mano para consolarla. "Pero

ahora las cosas son diferentes. Puedes mirar hacia el futuro, y tal vez ver allí cosas que antes no creías posibles. Por supuesto, tienes que centrarte en el futuro inmediato, encontrar un trabajo, un piso, etc., pero estate abierta a explorar tus posibilidades a largo plazo."

Naomi tragó saliva, las palabras de Jacinth la golpearon con fuerza. Hijos y un marido. Una familia. Podrían ser realmente suyos. Al menos, ya no eran la imposibilidad que habían parecido antes.

Ella asintió. "Lo comprendo. Y lo haré, te lo prometo".

CAPÍTULO 15



UNA SEMANA DESPUÉS de haber recuperado su coche, Naomi entró bailando en el comedor, donde Liam estaba ayudando a Adina a preparar los desayunos de sus hijos.

"¡Lo he conseguido!" Exclamó, rebotando de alegría. "¡Lo he conseguido! He conseguido un trabajo!"

Liam hizo una pausa en el proceso de poner huevos revueltos en un plato y la miró por encima del hombro. "¿En serio?"

"¡Sí!" Dio un puñetazo al aire. "Me acaban de llamar de la biblioteca. Empezaré como bibliotecaria, pero también están muy interesados en poner en marcha un bibliobús en la zona, quizá el año que viene, a tiempo para el verano. He hablado con la bibliotecaria jefe. Quiere que redacte una propuesta, que presentará al Consejo".

"Es maravilloso", exclamó Adina. "Debes de estar muy orgullosa".

"Lo es, y lo soy", aceptó Naomi, apenas capaz de contener su emoción. "Empiezo el lunes después de Acción de Gracias. Resulta que hace tiempo que tienen esta vacante, pero dice que les ha costado encontrar bibliotecarios cualificados. La mayoría quiere estar en la ciudad, supongo".

La nuca se le erizó de repente y, en lo más profundo de su ser, su gato levantó la cabeza, gruñendo. Naomi se volvió rápidamente hacia la parte delantera de la posada. No había nadie en el salón ni en lo que podía ver del vestíbulo, y el jardín delantero a través de los ventanales estaba vacío, pero su gato estaba claramente alarmado y en alerta máxima.

"¿Qué pasa?" Liam colocó el plato delante de la niña y se acercó al lado de Naomi.

Naomi frunció el ceño, perpleja. "No sé. No veo nada, pero mi gato tiene miedo... y también está enfadado, creo. Como si alguien peligroso nos estuviera observando. Pero no veo a nadie".

Liam se acercó a la puerta del vestíbulo y miró dentro. "Aquí no hay nadie".

"Así que tiene que ser alguien de fuera", dijo, rodeándose la cintura con los brazos, temblando.

"Déjame ir a ver". Liam se dirigió hacia la puerta principal de la posada, pero ella corrió a su lado, agarrándolo del brazo.

"¡No! No salgas. Por favor", me pidió. "Tengo mucho miedo. No quiero que salgas ahí fuera".

Angus levantó la vista de su escritorio y alzó las canosas cejas.

"¿Qué está pasando?"

explicó Liam, y Angus se puso en pie, moviéndose alrededor del mostrador con una rapidez

que desmentía su edad.

"Vosotros dos esperad dentro", les dijo. Se dirigió a la puerta principal, la abrió de un tirón y salió al porche. Una ráfaga de aire frío entró en el interior, junto con un par de hojas perdidas.

Con el corazón en la garganta, Naomi se aferró a Liam. Su brazo la rodeaba y él la estrechaba contra sí, con el cuerpo tenso mientras esperaban a Angus. Poco a poco, la sensación de amenaza fue desapareciendo, y la abandonó por completo cuando Angus regresó. Su ceño fruncido creaba líneas en su frente y su mirada era penetrante cuando los miraba.

"Tienes buenos instintos", le dijo a Noemí. "Efectivamente, aquí había algo Otro. Ni un cambiaformas, ni un Djinn".

"¿No es humano?" preguntó Liam bruscamente.

Angus negó con la cabeza. "No. Y ya ha desaparecido. Sin embargo, no tengas más temores. Renee y yo reforzaremos las protecciones en torno a la casa y la propiedad".

Adina se acercó a ellos, retorciendo los dedos con angustia. "¿No creerás que son más de esos hombres caracal?".

Angus se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. "No. No era un cambiaformas". Su voz sonaba segura, sin dejar lugar a dudas. "Y todos ellos fueron capturados, Adina, excepto el que conocías como Mahmoud, y está muerto. No hay peligro para ti, te doy mi palabra. Cualquier peligro, si lo hay, se dirige a Noemí, pues es la única de vosotros que lo percibió. Tú y tus hijos estáis a salvo aquí".

Naomi se sentía culpable por haber molestado a Adina. Debería haber sido más discreta, haberse asegurado de que sólo Liam la oyera.

"Me siento muy mal", le dijo a Liam más tarde, mientras estaban en la escalinata trasera de la posada. Él se dirigía a la clínica para trabajar y ella lo siguió fuera para hablar en privado. "No pretendía disgustar a Adina".

"Es un poco peor para ella", dijo Liam, suspirando. "Su hijo fue uno de los que se llevaron al desierto para morir, pero el hijo mayor de Sasha, Zuni, lo había rescatado, junto con un par más, y los tenía escondidos con un amigo en Marrakech. Adina lo creyó muerto durante meses, hasta que, después de que todos fueran rescatados y el complejo destruido, Zuni habló a los rescatadores de los chicos. Ahora apenas pierde de vista a Ahmed. Es comprensible".

"¡Dios mío, qué horror!". Naomi se le quedó mirando, atónita.

"Estará bien", la tranquilizó Liam. "Verás que Angus fue capaz de calmar sus miedos. Tiene un don".

"Sí, así es". Sonrió. "Sigo intentando pensar qué tipo de magia podrían tener él y Renee, pero lo cierto es que no tengo ni idea".

Liam se rió. "No eres la única que se lo pregunta, créeme". Miró su reloj y luego tiró de ella, acariciándole el pelo. La soltó y retrocedió antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar. "Tengo que irme. Quédate cerca de la posada y cuídate, ¿vale? Que tengas un buen día, Naomi".

Parpadeó un poco y vio cómo él desaparecía por el pasillo y salía por la puerta trasera.

"Tú también, Liam", susurró, saboreando el recuerdo, aunque breve, de sus brazos, fuertes y cálidos, rodeándola. Haciéndola sentir segura. Haciendo que deseara quedarse allí, entre sus brazos.

Y él también lo deseaba. Estaba claro en la forma en que la había abrazado, tan cerca, tan fuerte, sólo durante ese instante antes de dejarla marchar. Como si fuera especial, sólo por ese minuto.

Naomi consideró las diversas conversaciones que había mantenido los últimos días. Aunque no estaba dispuesta a arriesgar la vida de Liam, al mismo tiempo, reconocía que un simple

abrazo no iba a convertirla en una maníaca delirante y homicida, así que iba a disfrutar de cada uno de los abrazos que Liam quisiera darle.

Satisfecha consigo misma por su decisión, se dirigió al comedor para desayunar. Una vez terminada la comida y colocados los platos en el carrito junto a la puerta de la cocina, volvió a subir para revisar su vestuario. La ropa de trabajo del año anterior la había elegido pensando en el bibliobús. Decidió que era un poco informal para trabajar en la propia biblioteca. Necesitaba ropa más adecuada. Quizá un par de faldas y pantalones, varias blusas y tal vez una rebeca o dos. También tenía que tener en cuenta que se acercaba el invierno. La mayoría de su ropa informal era de Florida, apropiada para el calor y la humedad del verano.

Se vistió con vaqueros, una camiseta con el mensaje "Los bibliotecarios lo hacen según el libro" en la parte delantera y una sudadera con capucha para abrigarse. Se puso calcetines y metió los pies en zapatillas, y ya estaba lista para ir de compras.

Dudando, se mordió indecisa el labio inferior. Liam le había dicho que se quedara cerca de la posada. Sinceramente, teniendo en cuenta lo que había ocurrido antes, no se equivocaba y, sin embargo, ella necesitaba ropa adecuada para el trabajo. No podía poner toda su vida en suspenso, esperando a tener a alguien que la escoltara, sólo porque hubiera algo malo ahí fuera. Tacha eso. *No iba a dejar toda su vida en suspenso.* Parecía que había estado en suspenso toda su vida. Ésta era su nueva vida, ¡maldita sea! Y nadie iba a asustarla para que se escondiera.

Cogió el bolso y las llaves del coche, se aseguró de que tenía el móvil en el bolsillo y salió de su habitación, cerrando la puerta tras de sí con un ruido sordo y satisfactorio.

En dirección al centro comercial, aminoró la marcha al ver un lavadero de coches con todos los servicios delante. Tomó una decisión rápida, encendió el intermitente y se detuvo en la entrada. El coche aún estaba polvoriento y mohoso por dentro, debido a los meses que había pasado guardado. Salió del coche cuando se acercó un empleado, y le entregó las llaves después de arreglarlo para que lo limpiaran a fondo, por dentro y por fuera.

Tenían una sala de espera interior con cómodas sillas, máquinas expendedoras, así como café gratis y... tuvo que reírse... una máquina de palomitas. ¡Tal como Martin había prometido! Se sirvió una taza de café y se sentó a esperar. Menos mal que había teléfonos móviles e Internet, pensó riendo para sus adentros. Una nunca tenía que aburrirse si se encontraba con una espera inesperada. Hojeó las redes sociales y los artículos de noticias, poniéndose al día de los acontecimientos mundiales que habían sucedido desde que se había escabullido en el zoo en su forma de leopardo nublado casi un año antes.

Fue cuando salió a reclamar su coche cuando volvió a sentir esa misma insidiosa punzada en la espalda, advirtiéndole de que alguien la observaba. *Peligro*, insistía su gato. *Un depredador al acecho.*

Con el corazón palpitándole incómodamente, aceptó las llaves de manos de la joven que había venido a buscarla a la sala de espera. Cerró las puertas en cuanto estuvo a salvo en el coche. Necesitó todo el control que poseía para no salir disparada de la calzada e incorporarse al tráfico. Se alejó del centro comercial y volvió a la autopista. Aunque vigiló atentamente por el retrovisor, no vio a nadie siguiéndola.

Comprobó el indicador de combustible y se aseguró de que tenía gasolina de sobra antes de tomar una salida unos kilómetros más abajo. No iba a ser como una de esas chicas demasiado estúpidas para vivir de las películas de terror que se quedan tiradas sin gasolina en carreteras desiertas. No es que pensara ir por carreteras desiertas. Pero se tomó su tiempo conduciendo por los suburbios más antiguos, girando en cruces aleatorios hasta estar absolutamente segura de que nadie la seguía.

Consultó su GPS y trazó una ruta secundaria de vuelta al centro comercial, en lugar de arriesgarse a conducir por ese tramo de carretera entre la autopista y el centro comercial. Vale, probablemente estaba paranoica. Pero había *algo* ahí fuera... su gato estaba de acuerdo, y Angus también lo había estado en la posada. Estaba asustada, pero también empezaba a estar enfadada, y ese sentimiento no hizo más que crecer en su pecho a medida que se dirigía al centro comercial.

Aunque permaneció alerta mientras compraba, la sensación de ser observada no regresó. Pasó un par de horas recorriendo los pasillos de unos grandes almacenes, además de detenerse en una tienda especializada en el cuidado de la piel y el baño... no tenía sentido no mimarse por la noche, pensó divertida.

Cargada de bolsas, se dirigió al patio de comidas. Con alivio, dejó las bolsas en una silla y se dirigió a un puesto de comida, asegurándose de vigilar sus compras. Volvió con un perrito caliente cargado de todo, un pretzel salado caliente con mostaza y un granizado de cereza. Mordió el perrito caliente, poniendo los ojos en blanco ante la mezcla de sabores que estalló en su lengua.

"¿Te importaría compartir tu mesa?"

Sobresaltada por la voz masculina tan cerca de ella, Naomi miró a su alrededor, con el corazón saltándole a la garganta. Se relajó un poco al ver a un hombre de pelo arenoso de más o menos su edad, vestido informalmente con pantalones chinos y un jersey. Miró rápidamente a su alrededor y vio que, efectivamente, todas las mesas de la zona de comidas parecían estar ocupadas. Le dedicó una rápida sonrisa.

"Sí, claro". Deslizó el bolso, que estaba sobre la mesa junto a su comida, suavemente hacia su regazo, como si le hiciera sitio para que él pusiera su comida. No creía que él, ni nadie, pudiera arrebatárle el bolso en un patio de comidas abarrotado, pero nunca estaba de más ser más precavida.

"No creo haber visto a nadie disfrutar tanto de un perrito caliente", dijo sonriendo mientras se sentaba y sacaba de una bolsa una hamburguesa con patatas fritas.

A pesar de su cautela, Naomi se rió. "Hacía tiempo que no comía un buen perrito caliente".

"¿Oh? ¿Eres de fuera?"

La cautela la inundaba, pero él parecía amistoso. En absoluto amenazador. Se fijó en su gato, que dormitaba con total despreocupación. Vale, suficiente.

"Acabo de mudarme a la zona", admitió. Hizo una mueca expresiva y señaló la pila de bolsas de la compra que había en la silla junto a ella. "Soy de Florida, así que necesitaba completar mi vestuario".

"Me imagino que habrá que acostumbrarse a este tiempo", convino. Extendió una mano por encima de la mesa. "Nathan."

Se limpió rápidamente la mano derecha en una servilleta, asegurándose de que estaba limpia, y le cogió la mano, estrechándola con firmeza. "Naomi".

"Encantado de conocerte". Desenvolvió su hamburguesa y le dio un mordisco. En silencio, le acercó la bolsa de patatas fritas, ofreciéndose en silencio a compartirla.

"No, gracias, estoy bien".

"¿Qué te trae desde Florida?" preguntó Nathan, cuando terminaron de comer.

"Cosas de familia", dijo, arrugando la nariz. "Me quedo con unos amigos hasta que encuentre mi propia casa".

No era del todo mentira. Al fin y al cabo, ella también tenía amigos que se alojaban en la posada, ¿no? Totalmente cierto, aunque un poco engañoso. Desde luego, no iba a convertirse en

una presa fácil, ya que era nueva en la zona y nadie la conocía. No es que el alegre joven le diera esa impresión, pero nunca estaba de más ser precavida.

"¿Y tú?", preguntó.

"Soy nativo de estos lares. Enseño música en una escuela privada. Violín y violonchelo, así como teoría musical".

Naomi se quedó mirándole, impresionada. "¡Vaya! ¡Me parece maravilloso! ¿Enseñas a algún grupo de edad en particular?"

"No", dijo fácilmente, terminando su bebida. "Si saben mantener firme un arco, les enseñaré. O incluso si no pueden".

Él empezó a recoger la basura de su comida, y ella hizo lo mismo, metiendo los distintos envoltorios y su vaso vacío en la bolsa de papel en la que habían venido.

"Yo también cogeré la tuya", se ofreció, "ya que tienes mucho que hacer malabares ahí ya".

"Oh, gracias". Le entregó la bolsa de papel.

Nathan vaciló, observando cómo ella recogía todas las bolsas de la compra. "Oye, no me gusta ser atrevido, pero, en aras de la amistad, ¿podría darte mi número? Así podrás llamarme o mandarme un mensaje, si no te importa que tenga tu número".

Sobresaltada, parpadeó, y él movió los hombros encogiéndose de hombros, sonriendo y pareciendo un poco avergonzado. "¡No te estoy tirando los tejos, te lo juro! Tengo hermanas. Sé cómo es, o al menos, lo he oído. Hombre raro, gran centro comercial...".

Sacó la cartera y le entregó una tarjeta de visita. Al estudiarla, vio que era de un Conservatorio de Música de unos pueblos más allá, con la dirección, el número de teléfono y la página web, y "Nathan Burke, Instructor" impreso en letras más pequeñas en la esquina inferior izquierda.

Naomi se rió, su actitud la tranquilizó a pesar de su instinto de retroceder. "Claro", dijo, haciendo malabarismos con las bolsas para coger el teléfono. Él le dio el número y ella lo introdujo.

"Llamaré", dijo ella, y sonrió. "Te lo prometo".

Le hizo un medio saludo. "Estupendo. Lo estoy deseando".

Satisfecha por haber hecho una posible nueva amiga, Naomi se dirigió a las puertas del centro comercial más cercanas al lugar donde había aparcado. Estaba a medio camino de su coche, cuando aquella sensación punzante la golpeó de nuevo.

"¡Maldita sea!" Vale, ahora sí que estaba cabreada. Miró alrededor del aparcamiento, pero no vio más que compradores yendo y viniendo. Nadie parecía sospechoso, no había señales de que la estuvieran vigilando. Ardiendo de rabia, sacó el llavero y dispuso las llaves de modo que cada una saliera de entre sus dedos apuntando hacia fuera. Cualquiera que se acercara a ella iba a estar en un mundo de dolor, porque iba a ir a por la garganta con ellas si tenía que hacerlo.

"Vamos, gilipollas", gruñó en voz baja.

Furiosa, abrió el maletero, metió las bolsas y lo cerró de golpe. Se aseguró de que no había nadie dentro del coche antes de entrar y, una vez dentro, cerró los seguros y arrancó el motor. Dio marcha atrás y condujo un trecho hasta una zona despejada del aparcamiento, una zona en la que no pudiera quedar bloqueada por el coche de otra persona, por ejemplo, y consultó su teléfono. Había un Home Depot no muy lejos. Eso funcionaría.

Con una misión, condujo los pocos kilómetros que la separaban de la gran tienda y entró en ella. Media hora más tarde, regresaba a su coche cargada hasta los dientes, armada con una maza, una pistola eléctrica y un llavero con una alarma lo bastante potente como para despertar a los muertos. Estaba *harta* de ser una víctima, harta de que la gente jugara con ella, jugando con su

mente, llevándola al límite. Después de toda una vida de ser maltratada emocionalmente por su tía y su madre, por fin empezaba a poder ilusionarse con algún tipo de vida, y ahora esto. Su gato añadió su fuerza a su furia, haciéndose eco del rechazo total a más amenazas, de su desprecio por la pura cobardía de quienquiera que fuera o de lo que fuera, que ni siquiera tenía la decencia de enfrentarse a ella directamente.

"Si quieres meterte conmigo, cabrón -se enfureció mientras salía del aparcamiento, con las ruedas chirriando-, dale caña. Te *reto*, joder".

Llegó casi a la autopista antes de recordar que existía el límite de velocidad. Miró culpable por el retrovisor, aliviada de no ver luces intermitentes detrás de ella. Condujo el resto del camino hasta el bed and breakfast de forma más circunspecta. Sin embargo, seguía conmocionada y agradeció haber cerrado la puerta de su habitación. Dejó caer el bolso y las bolsas de la compra al otro lado de la puerta y cruzó la habitación para desplomarse en la cama.

Debió de quedarse dormida, porque lo siguiente que supo fue que llamaron a su puerta y se despertó grogui. Se deslizó fuera de la cama y fue hacia la puerta.

"¿Quién está ahí?" llamó, demasiado desconcertada por los acontecimientos del día para estar dispuesta a abrir la puerta sin saber quién había al otro lado. Ni siquiera aquí, en esta posada, donde estaba a salvo, protegida por la magia desconocida pero aparentemente poderosa de la posada.

"Soy Liam".

"¡Oh!" Se apresuró a desbloquear la puerta, abriéndola de par en par con una sonrisa. "¡Hola!"

Le miró el pelo y la ropa revueltos y se rió. "¿Durmiendo la siesta?"

"Sí". Abrió más la puerta, dando un paso atrás. "¿Entras?"

Liam enarcó las cejas al ver el revoltijo de bolsas que había en el suelo. "Has ido de compras con ganas".

Se rió entre dientes y fue a sentarse en una de las sillas de la pequeña mesa que había junto a las puertas del balcón, haciendo un gesto a Liam para que se sentara en la otra.

"Me imaginé que necesitaría algo de ropa para mi nuevo trabajo, además de ropa más abrigada en general... jerséis, calcetines gruesos, ese tipo de cosas. Más adelante empezaré a mirar de comprar cosas para la nieve... abrigo, botas, cadenas para el coche".

"Bien pensado", aprobó Liam.

"Así que...", empezó, y luego se detuvo, sin saber cómo empezar. La rabia que había sentido antes se había desvanecido, dejándola con la frialdad del miedo. "Liam, ¿recuerdas esta mañana, cuando pensé que había algo fuera, observando?"

Asintió, incorporándose alerta. "Sí. Angus también lo sintió, cuando salió. Al menos, dijo que alguien había estado allí".

"Hoy lo he vuelto a sentir. Dos veces". Se estremeció y se abrazó la cintura. "Me detuve de camino al centro comercial para que me lavaran el coche. Ya me iba cuando lo sentí".

Sus ojos se entrecerraron, oscureciéndose de preocupación. "¿Viste a alguien? ¿Se te ha acercado alguien?"

"No", negó con la cabeza. "Nada. Así que conduje alrededor de media hora, me aseguré de que nadie me seguía. Luego fui al centro comercial e hice un montón de compras. No percibí ningún indicio de peligro, hasta que salí del centro comercial y estaba casi llegando a mi coche".

Volvió a estremecerse y se acercó a la cama para arrastrar el edredón y envolverse en sus gruesos pliegues. "Liam, tengo mucho miedo. Tampoco me lo estoy imaginando. Mi gata también lo sintió. Sintió que era un depredador y que había peligro".

"No creo que te lo estés imaginando". Liam acercó su silla a la de ella y le pasó el brazo por los hombros, estrechándola en un fuerte abrazo. "Recuerda que Angus confirmó lo que habías sentido esta mañana".

Se acurrucó en él. "Esto es una mierda".

Se rió entre dientes. "Cualquier cosa que te haga desear que te abrace, no puede apestar del todo".

Ella tuvo que reírse, levantando la cabeza del hombro de él. Sintiéndose atrevida, confesó: "Me gusta que me abracés".

Liam se inclinó para acariciarle el pelo. "Eso está bien, porque a mí también me gusta. Pero voy a tener que dejar de abrazarte si vamos a salir a cenar".

Naomi levantó una ceja. "¿Vamos a salir a cenar?"

Se levantó y le tendió una mano, tirando de ella para que se pusiera en pie. "Así es", confirmó. "Tenemos que celebrar tu nuevo trabajo, ¿recuerdas?"

"¡Oh!" Había olvidado su excitación, entre tanto miedo y rabia. "¡Así es! Sí, ¡tenemos que celebrarlo! ¿Me das unos minutos para cambiarme?"

"Sí, yo también tengo que cambiarme. ¿Nos vemos en el pasillo en diez minutos?"

"Ya lo tienes", le aseguró ella.

CAPÍTULO 16



HOJEANDO LOS VESTIDOS que tenía colgados en el armario, Naomi suspiró. Habría estado bien arreglarse para salir a cenar, pero los únicos vestidos que tenía eran de Florida, definitivamente inadecuados para una fría noche de noviembre en Nueva York, o para trabajar en el bibliobús de Manhattan. Eran bastante bonitos, pero parecían, bueno, de negocios. Lo que se suponía, claro. Definitivamente, iba a tener que comprar ropa que no fuera de trabajo.

Sin embargo, no estaba totalmente desprovista de ropa de abrigo. Con una sonrisa de satisfacción, eligió unos pantalones de lana marrón chocolate y un jersey suave y grueso de cuello de vaca en un tono verde suave. Se pasó un cepillo por el pelo, dejándolo caer en suaves ondas por la espalda. Completó el atuendo con un par de zapatos de tacón negros, y ya estaba lista para salir.

Al bajar las escaleras, varias voces la alertaron de que acababan de llegar al bed and breakfast. Liam se reunió con ella al pie de las escaleras y señaló a los dos hombres que estaban en el mostrador de registro.

"Naomi, te presento a Joe Malloy, uno de los miembros de nuestra... comunidad local". Miró hacia el salón, pero la puerta ocultaba la vista de cualquiera que pudiera estar al alcance del oído.

"Sois buenos", les aseguró Angus desde donde estaba sentado detrás del mostrador. "No hay nadie cerca que oiga a quien no debe".

Liam sonrió. "Es bueno saberlo. Y éste es su hermano, Jake, que acaba de llegar de California".

"¡Oh!" Su sonrisa abarcó a ambos hombres. "Encantada de conocerte. Jake, ¿has volado para estar con tu familia en Acción de Gracias?".

Jake negó con la cabeza, con un brillo de humor en los ojos. Ambos hombres eran muy parecidos: corpulentos, de tez morena, pelo desgredado de color rojizo mezclado con el castaño y ojos color avellana, más verdes que marrones.

"Me enteré de lo que pasaba aquí y de la reunión de sobrenaturales en la zona", les dijo Jake. "De ninguna manera quería perderme formar parte de esto. Así que alquilé un camión, empaqueté todo y conduje a través del país".

Ella le miró asombrada. "¿Así sin más? ¿Dejas tu trabajo y todo eso?"

Jake le dedicó una sonrisa encantadora y autocrítica. "Entré en Internet y solicité un nuevo puesto antes de venir. En cuanto me confirmaron que tenía el puesto, presenté mi renuncia y aquí estamos".

La impresora zumbó detrás del escritorio, y Angus puso una hoja de papel sobre el

mostrador. "Si consigo tu firma, estás listo para irte, Jake. Aquí tienes la llave de tu habitación".

Jake firmó y cogió la llave, pasándose una mano por el pelo. Parecía cansado, observó Naomi, y así se lo dijo.

"Sí", admitió. "Llevo en la carretera desde las seis de la mañana. Tengo que encontrar algo de comida y luego me voy a dormir".

"Estamos a punto de salir a cenar, ¿por qué no vienes con nosotros?", preguntó impulsivamente. Tardíamente, miró a Liam, que secundó la oferta.

"Hay un asador del que me habló Douglas, cerca del centro comercial", dijo. "Me dijo que tenían unos reservados que nos darían intimidad para hablar, si conseguíamos uno".

"Filete", repitió Jake con añoranza, arrastrando una mano por su desaliñada mandíbula. Se miró a sí mismo. "Aunque no voy vestido para ir a un asador".

"Otro tipo de asador. Aparentemente es más de temática occidental, con cacahuetes".

"Oh, sí", se entusiasmó Joe. "He estado allí antes. Tienen unos cubos de cacahuetes tostados con cáscara en las mesas. Los pelas y tiras las cáscaras al suelo. Los chicos del autobús pasan con escobas de vez en cuando y las limpian. También hay un gran barril de cacahuetes en el vestíbulo para que puedas servirte mientras esperas mesa."

Naomi no pudo evitar soltar una risita. "¡Qué divertido!"

Jake los miró a los dos. "¿Seguro que no te importa que te acompañemos a tu cita?"

Sintió que se le calentaban las mejillas y lanzó una mirada a Liam, que se limitó a guiñarle un ojo.

"No es tanto una cita", les dijo a los hermanos, sofocando esa pequeña parte de ella que más bien lamentaba que no lo fuera.

Liam rió entre dientes, acudiendo en su ayuda. "Es una celebración", dijo, secundándola. "Naomi acaba de conseguir un trabajo. Podemos celebrar al mismo tiempo que Jake vuelve a casa".

"Felicidades por el nuevo trabajo", le dijo Jake, dedicándole una amplia sonrisa y un pulgar hacia arriba.

"¿Qué tal si vamos todos en mi camioneta?", sugirió Joe. "Tengo una cabina doble, así que cabremos todos".

"Claro que sí, puedo tomarme un par de cervezas si conduces tú", aprobó su hermano. "Después de estos tres últimos días, lo necesito".

Naomi arrugó la nariz, pensativa. "De todas formas, no podrás dormir", le dijo. "Por mi experiencia conduciendo desde Florida, notarás el ruido de la carretera en cuanto intentes cerrar los ojos".

"Cerveza será", dijo Jake con decisión. "El ruido de la carretera es una cosa, y llevo en la carretera desde las seis de la mañana, necesitaré toda la ayuda posible".

Joe señaló con un dedo a Naomi, con expresión severa. "Tienes escopeta, como la chica de las celebraciones".

Ella le devolvió la sonrisa. "¡No tengo ningún problema con eso!"

"Estoy aparcado enfrente", les dijo, y todos se dirigieron fuera, amontonándose en el camión.

El trayecto no duró mucho, y pronto estaban entrando en el asador. Naomi se echó a reír encantada cuando sus zapatos crujieron sobre las cáscaras de los cacahuetes en cuanto entraron. Junto al puesto de la anfitriona había un enorme barril lleno de cacahuetes tostados con cáscara. Había una zona de espera a un lado, donde la gente podía sentarse y, al parecer, masticar puñados de cacahuetes, dadas todas las cáscaras esparcidas por el suelo.

"Te lo dije", dijo Joe con suficiencia.

Era lo bastante tarde como para que la gente de la cena hubiera disminuido, y pudieron conseguir un reservado en una zona tranquila, sin nadie lo bastante cerca como para oírles. Naomi se metió en el reservado y Liam la siguió. Joe y Jake se deslizaron desde el otro lado, y Naomi quedó atrapada entre Liam y Joe. Sin embargo, Liam le rodeó la cintura con el brazo, acercándola un poco más a él, y la calidez de su mirada hizo que su corazón se acelerara. Pero ella apartó la mirada y ocultó su respuesta tirando del pesado menú con sus páginas plastificadas y abriéndolo para echar un vistazo a las ofertas.

"Naomi, ¿tú también eres nueva en el valle del Hudson?". preguntó Jake mientras se acomodaban, zambulléndose en un cubo plateado de cacahuets en el centro de la mesa. "¿O sólo cambias de trabajo?"

Casi se atraganta con el cacahuete que estaba masticando. Se tomó su tiempo, lo masticó bien y tragó antes de contestar. "Sí, nueva", admitió. "Me mudé aquí desde Manhattan".

Lanzó una mirada angustiada a Liam. Al menos, los metamorfos ya sabían todo sobre ella cuando llegó. No tenía que quedarse allí sentada mientras le explicaban su situación, su relación con la Pícara que había aterrorizado el Valle.... o incluso ver el horror y el rechazo en sus rostros.

"Yo también soy nuevo aquí", dijo Liam con suavidad, dedicándole una sonrisa tranquilizadora. "Terminé la residencia veterinaria y vine a trabajar a la clínica con Douglas y Troy".

Hubo una pausa cuando se acercó el camarero, trayendo una cesta de panecillos calientes y humeantes y un plato de mantequilla. Esperando a que el camarero se marchara, Liam se inclinó hacia delante, dirigiéndose a Jake.

"Tengo curiosidad. ¿Por qué te alojas en la posada y no en la casa de la manada? Tu hermano es el jefe de la manada, y sé cómo son los lobos".

"Sí, tengo una habitación allí, pero la necesitan algunos caracales", dijo Jake. "Además, es sólo por unos días. He comprado una casa, está en depósito y se cerrará este fin de semana".

Joe asintió. "Mañana trasladaremos a las familias de caracales a la casa de la manada. El alojamiento y el desayuno nunca se pensaron a largo plazo, y estar en un hogar, aunque sea una gran casa de la manada, será un buen paso adelante. Podrán quedarse el tiempo que necesiten, hasta que con el tiempo hagan la transición a sus propios lugares".

"La casa de la manada es enorme", afirmó Jake. "Hay más dormitorios y cuartos de baño de los que puedas contar, dos cocinas, un comedor con una mesa lo bastante grande como para sentar a toda la manada".

"Hablando de casas, quería llamarte", le dijo Joe a Liam. "Hago trabajos esporádicos con el equipo de construcción de Paul. Paul es un gato montés, la cuadrilla está formada principalmente por metamorfos de su clólder", explicó, cogiendo otro cacahuete y abriendo la cáscara. "El fin de semana pasado estábamos haciendo reformas en una casa y me di cuenta de que la propiedad de al lado estaba en venta. Tiene una casa de piedra de buen tamaño en una parcela de un acre, junto con una casa para carruajes en la parte de atrás. Pensé que podría ser una buena clínica".

Liam se enderezó en su silla y sus ojos brillaron de interés. "¿En buena forma?", preguntó.

"Por lo que he visto, sí. Es más antiguo, claro, pero está hecho de piedra local. Esos sitios duran. La casa es de buen tamaño. Dos pisos, yo diría que probablemente tres, quizá cuatro habitaciones. Y, por supuesto, también hay habitaciones encima de la cochera".

"Definitivamente estoy interesado", le dijo Liam. Intercambiaron los números de teléfono y, un minuto después, el teléfono de Liam emitió un pitido con la oferta inmobiliaria de la propiedad. "Gracias.

"No hay problema. Maroulla nos ha puesto a vigilar lugares probables, y tiene a toda la

tripulación en alerta. En cuanto encuentres un lugar, estaremos listos para entrar y hacer las reformas que necesites para ponerte en marcha."

Jake levantó una mano. "Espera, espera. ¿Eres el médico-veterinario del que me han hablado?"

"Ese soy yo", respondió Liam. "Tampoco soy el único. Sólo soy el primero en pasar por el programa. Un par más están terminando sus residencias finales, uno en Denver y otro en Houston. El Consejo está convencido de que se acerca el momento de hacernos públicos, y están reclutando activamente para el programa doc/vet".

"Yo lo creo", dijo Jake, con el rostro serio. "No es sólo que haya cámaras web en todas las calles, y gente haciéndose selfies por todas partes, sino que ahora hay TikTok, Facebook e Instagram, y de repente todo el mundo y su hermano están grabando vídeos en todas partes. No hay forma de que los cambiaformas podamos estar mucho más tiempo sin que *alguien* sea sorprendido cambiando en vídeo".

"De acuerdo", asintió Liam. "Aunque creo que estamos todo lo preparados que podemos estar. Hay planes de contingencia y gente preparada para entrar en acción en cuanto aparezca alguna imagen o vídeo".

A su lado, Naomi se estremeció. "Suena aterrador. Que todo el mundo nos conozca, que todo el mundo se pregunte si cada extraño que conoce es un cambiaformas..."

"No sólo extraños", añadió Jake. "Se preguntarán por amigos, vecinos, incluso familiares".

"Por no hablar de los animales domésticos y salvajes", añadió Joe.

Liam cogió la mano de Naomi con un apretón cálido y reconfortante. "Hace décadas que la gente se anticipa a esto. Tenemos metamorfos que están en la Cámara de Representantes y en el Senado aquí en Estados Unidos, en el Parlamento y en la UE en el extranjero. Hay humanos normales que saben de nosotros en el gobierno, en las fuerzas del orden, incluso en el Pentágono y la NSA".

"En mi opinión, tenemos que salir nosotros", dijo Joe, pelando y comiendo otro cacahuete. Barrió la pila de cáscaras de su lado de la mesa al suelo. "Así, al menos, no nos cogerán por sorpresa. Y, lo que es igual de importante, estaremos en mejores condiciones de controlar el diálogo".

Liam asintió con la cabeza. "Según lo que me ha dicho Maroulla, el Gran Consejo... Ése es nuestro Consejo internacional, si recuerdas", dijo en un aparte a Naomi, y luego continuó suavemente: "...y, de hecho, el Alto Consejo de los Otros, están discutiendo esa misma opción".

Frunciendo el ceño, Naomi le dio vueltas a la idea. Todo esto era nuevo para ella, aunque los otros metamorfos estaban claramente acostumbrados a hablar de estas cosas.

"¿Por qué el Alto Consejo?", preguntó. "Quiero decir... ¿no saldrán ellos también, verdad? ¿Los Djinn y los míticos, y... y demás?"

"No, pero habrá una reacción violenta", explicó Joe, partiendo un panecillo caliente y untándolo con mantequilla. "Habrá un escrutinio de la más inocente de las interacciones, pues la gente buscará cualquier cosa o persona que parezca mínimamente diferente".

De nuevo, Naomi se estremeció. "Me hace pensar en los Juicios de las Brujas de Salem".

"No estás del todo equivocada. Recuerda, Naomi, que ningún humano puede saber que eres metamorfa", le recordó Jake, clavándole una mirada seria. "Ni siquiera otros metamorfos, si están en forma humana. Sólo en nuestra forma Cambiada podemos identificar a un metamorfo en su forma humana".

Ella se animó. "¡Oh, es verdad! Lo había olvidado".

Se hizo un breve silencio cuando se acercó el camarero y les puso la cena delante.

"Me encanta un buen chuletón bien adobado", suspiró Naomi con agradecimiento mientras saboreaba el primer bocado. Frunció el ceño al ver el filete ensangrentado en el plato de Joe. "El tuyo sigue prácticamente mugiendo".

Liam soltó una risita. "Porque, lobo".

Sin disculparse, Joe cortó un generoso bocado y se lo metió en la boca.

Jake parecía ofendido. "Oye, algunos podemos ser civilizados". Señaló su propio filete, un chuletón grueso que estaba un poco rosado por dentro.

"Sí, sí", respondió Liam con buen humor. "Carnívoros".

Naomi sonrió y cogió la sal, espolvoreándola ligeramente sobre su patata asada, partida y humeante, y regada con una deliciosa mantequilla.

"Cachorro", acusó a Liam.

"Coño".

Todos rieron, y Naomi se relajó, disfrutando de la compañía de aquellos metamorfos, deleitándose en su nueva vida. Rodeada de nuevos amigos, siendo aceptada, formando parte de una comunidad. De algún modo, había encontrado un pedacito de cielo que no esperaba. Sentía que su corazón se expandía, rebosante de calidez y asombro.

A su lado, Liam echó un vistazo y su mano se acercó para cubrir la de ella.

"¿Estás bien?"

Sonrió con facilidad. "Estoy bien".

Terminada la comida, se votó por unanimidad tomar café y postre. Mientras un ayudante de camarero retiraba los restos de comida de la mesa, Naomi se recostó en los cojines del reservado. A su lado, el brazo de Liam se había deslizado alrededor de sus hombros y, aunque era capaz de no ceder al deseo de inclinarse hacia él, disfrutaba del peso de su brazo, de la calidez de su cuerpo cerca del suyo. Él jugó distraídamente con su pelo mientras hablaban, peinando con los dedos las largas hebras, enrollándolas alrededor de sus dedos, y luego alisándolas. Era algo tan insignificante que hacía fluctuar el color de sus mejillas y la hacía sentir ese anhelo por él. Parecía tan natural estar así con él, como si de algún modo encajaran.

Eran más de las nueve cuando llegaron a la posada. Joe los dejó a los tres y, una vez dentro, Jake subió. Naomi y Liam se dirigieron al salón.

"Necesito galletas para la hora de acostarme", anunció, echando un vistazo a la selección de Renee en el bufé. "Hay un nuevo libro de uno de mis autores favoritos, así que voy a quedarme despierta y leer toda la noche. He tenido el Kindle en el cargador mientras estábamos fuera, así que ya está listo, pero necesitaré algo para picar".

"Menos mal que éstas están fuera toda la noche", dijo Liam, cogiendo un par de galletas de chocolate con pepitas y envolviéndolas en una servilleta.

Sonrió, dejando de lado la servilleta por un plato de papel, que cargó. "En cuanto empiece a trabajar, no podré estar toda la noche con libros nuevos, así que voy a disfrutarlo mientras pueda".

Fue a coger un vaso térmico del tamaño de una taza, lo llenó de agua caliente del hervidor eléctrico y luego le echó un paquete de cacao caliente instantáneo. Miró a Liam por encima del hombro.

"Así que el jueves es Acción de Gracias".

"Sí, así es. Recuerdo que habías mencionado que pensabas ir a Brooklyn, a casa del taxista".

"Mmhmm. Le envié un mensaje de agradecimiento cuando volví de recoger el coche, y desde entonces nos hemos estado enviando mensajes, él y su mujer, que es muy simpática. Parece que realmente quieren que vaya, así que, bueno, ¡dije que sí!".

Sonrió. "Eso es estupendo, Naomi. Me alegro por ti".

"Sí. La cosa es que, bueno", tropezó un poco con las palabras. "Me dijeron que podía traer a un acompañante... ¿si te interesaba? Sé que dijiste que no ibas a ir a casa por Acción de Gracias. No sé si tienes otros planes, pero pensé que..."

Cruzó la habitación y la hizo callar con el simple expediente de ponerle un dedo en los labios. "No, no iré a casa por Acción de Gracias. Mamá y papá están en Europa y no volverán hasta después de Navidad. No, no tengo otros planes. Y sí, me encantaría ir contigo a Acción de Gracias con tu amigo y su familia".

Ella le sonrió. "¡Muy bien! Max dijo que comerían sobre las tres, así que supongo que deberíamos llegar sobre la una o así. No mucho más tarde. He pensado en llevarme una tarta. No quiero ir con las manos vacías".

"Ya están obligados a tener pasteles", le dijo Liam. "Pero nunca se tienen suficientes panecillos para la cena, sobre todo con una reunión familiar del tamaño de la que estás hablando. Y hay una marca irlandesa de mantequilla, es de mayor calidad de lo que se suele encontrar, podemos llevar un poco, quedaría muy bien en los panecillos con la cena de Acción de Gracias."

"Necesitarán más tartas", insistió obstinadamente Naomi, abandonando su inspección de un plato de brownies bajo una cúpula de cristal, y volviéndose para mirarle con el ceño fruncido. "¿Y si sólo traen tartas una o dos personas? Max tiene una familia enorme, por lo que me estaba contando. Puede que no haya para todos".

"Tendrán tarta, al menos de calabaza y manzana. Es tradición".

Seguían discutiendo a *media voz* cuando Renee entró en el comedor desde la cocina. Levantó las cejas mientras los miraba. "¿De qué va esto?"

"Nos han invitado a una cena de Acción de Gracias", explicó Naomi. "Liam quiere llevar panecillos y algún tipo de mantequilla irlandesa, pero creo que deberíamos llevar una tarta".

"Kerrygold", asintió Liam con aprobación. "Fabricada en Irlanda, con leche de vacas alimentadas con pasto y un mayor contenido de grasa butírica. La mejor mantequilla del mundo".

Renee parecía claramente interesada. "¿No me digas? Tendré que recoger un poco. Mientras tanto, tengo una solución para tu dilema. ¿Por qué no te llevas los dos?"

Naomi se golpeó la frente con la palma abierta. "¿Por qué no se me ocurrió a mí? ¡Es perfecto! Al fin y al cabo, vamos dos y ya sé que habrá mucha gente".

"Renee, mi amor", flirteó descaradamente Liam, fingiendo batir las pestañas. "Si recojo medio kilo de mantequilla uno o dos días antes, ¿puedo guardarla toda la noche en tu frigorífico?"

Naomi puso los ojos en blanco ante Liam, y volvió su atención hacia Renee. "Tendremos que buscar una panadería y hacer nuestro pedido mañana. Renee, tú sabes lo que hay en esta zona mucho mejor que cualquiera de nosotros, ¿hay algún sitio que nos puedas recomendar?"

Renee reflexionó sobre la pregunta. "Está la Panadería de Anna, cerca del centro comercial. Pero, ya sabes, estoy preparando una cena completa de Acción de Gracias para nuestros invitados, no hay razón para no llevar una de mis tartas y algunos panecillos".

Naomi intercambió una mirada esperanzada con Liam. "Sería maravilloso", soltó. "Nos encanta tu repostería. Pero no queremos molestar".

"No es ninguna imposición. Ya me encargaré yo de hornear, no me cuesta nada hacer una tarta y dos docenas de panecillos más. Puedes pagarme lo que cobraría Anna's, y no tienes que preocuparte de buscar aparcamiento y hacer cola para recogerlo el jueves por la mañana".

"A mí me parece un buen plan", aprobó Liam, y él y Naomi se sonrieron mutuamente. "Muchas gracias, Renee".

"Sí, gracias", repitió Naomi, casi saltando de puntillas de felicidad.

"¿Qué tipo de tarta quieres?"

Naomi se acomodó sobre los talones. "Liam hizo la observación de que era casi seguro que tuvieran calabaza y manzana".

"Tradición", asintió Liam.

"Entonces tengo justo lo que necesitas". Renee sonrió benignamente a ambos. "Soy famosa por mi tarta de chocolate y nueces".

Naomi chilló y se lanzó hacia delante para abrazar a Renee con entusiasmo. "¡Perfecta! Muchas gracias".

Renee miró el montón de galletas y brownies que había en el plato de papel que Naomi estaba equilibrando. "¿Has planeado una noche larga?"

Naomi sonrió, rebotando sobre las puntas de los pies. "Nueva novela, autor favorito".

Renee se echó a reír. "'Nuf said. Dejaré que te pongas a ello. Que lo disfrutes".

"Lo haré. Buenas noches, Renee".

"Buenas noches a los dos".

Renee se dirigió al vestíbulo, hacia el pasillo que conducía a la suite privada de Angus y ella.

Liam levantó la correa del bolso de Naomi, que amenazaba con deslizarse por su brazo, y se la recolocó en el hombro. Le arrebató el plato de dulces de la mano.

"Deja que te lleve esto, o acabarás derramando el cacao".

"Buena idea, gracias". Ella le sonrió, y juntos subieron las escaleras. Se detuvo ante la puerta de su habitación y le cogió el plato después de abrirla. "Ha sido una velada encantadora, muchas gracias, Liam".

Se inclinó para rozarle suavemente la mejilla con los labios. "Ha sido un placer. Disfruta de tu libro, Naomi".

Se dio la vuelta, sin esperar respuesta, y bajó por el pasillo hacia su habitación. Se alegró de que él no hubiera visto el rubor que apareció en sus mejillas con aquel ligero beso. Suspirando suavemente, cerró la puerta de su habitación y echó el cerrojo. Ojalá...

CAPÍTULO 17



NAOMI SOLTÓ UNA risita mientras daban vueltas a la manzana buscando aparcamiento. "Podríamos volver a ese supermercado que hay un kilómetro y medio más atrás y aparcar allí, y luego ir en Uber".

"Puede que tengamos que hacerlo", refunfuñó Liam con buen humor.

"Oh, ahí está", señaló, rebotando en su asiento de emoción. "¡Cógelo, rápido!"

Liam retrocedió con facilidad hasta la plaza libre y salieron, recogiendo la tarta, los panecillos y una bolsa que contenía medio kilo de mantequilla Kerrygold, una lata de nata montada y un galón de helado de vainilla, para caminar una manzana y media hasta la casa de Max.

Fueron recibidos con entusiasmo por Max, que los relevó de sus ofrendas y los condujo a la cocina.

"¡Lenore! Nuestros invitados están aquí -le dijo, deslizándolo el brazo alrededor de la cintura de su mujer. Ella se volvió del fogón, donde había estado removiendo algo, y se limpió las manos en el delantal. Era una versión más femenina de su marido, casi de la misma estatura y color, con el pelo negro salpicado de plata recogido en intrincadas trenzas. La luz amistosa de sus ojos y su brillante sonrisa de saludo eran tan alegres como las de su marido.

"¡Bienvenida! Tú debes de ser Naomi. Max me ha hablado mucho de ti. ¿Y éste es tu joven?"

"Sí", Naomi se sonrojó un poco y deslizó su mano en la de Liam. "Este es Liam".

Lenore extendió expresivamente las manos empolvadas de blanco. "Me ofrecería a darte la mano, pero ahora mismo estoy un poco harinosa".

"Ven a la sala de estar", instó Max, "y te presentaré al resto de la familia".

"Tuvimos que utilizar el salón para cenar", explicó Lenore. "Cuando ponemos todas las hojas en la mesa para hacer sitio para todos, no cabe en el comedor. Así que utilizamos la sala de estar para pasar el rato hasta la cena".

"Parece que funciona perfectamente". Naomi se volvió y siguió a Max hasta el salón, dominado por una larga mesa de madera oscura, lo bastante larga para sentar probablemente a veinte personas, con las sillas de madera a juego complementadas con sillas plegables y tres sillas altas, con dos de las sillas de madera con asientos elevadores. La mesa ya estaba puesta, con platos, cubiertos y fuentes, y un precioso centro de mesa floral con velas.

"¡Oh, esto es precioso!" exclamó Naomi, deteniéndose para admirar el efecto.

El pecho de Max se ensanchó con evidente orgullo. "No tenemos ocasión de reunirnos todos a menudo, así que nos lo jugamos todo en las vacaciones familiares".

Naomi parecía melancólica. "Nunca había tenido una cena de Acción de Gracias".

Max se volvió para mirarla atónito. "¿Nunca?"

No pudo evitar que el rubor se apoderara de sus mejillas. "No. Mi familia era... bueno, estaba desordenada. Nunca hicimos algo así".

Max la miró durante otro largo instante y luego sonrió ampliamente, haciéndoles un gesto para que lo siguieran. "Entonces has elegido el lugar adecuado para tu primera cena de Acción de Gracias, jovencita".

Los condujo a una gran sala abarrotada de adultos sentados en sofás y sillas alrededor de un enorme televisor de pantalla plana. Frente a los sofás, lo que parecía toda una bandada de niños sentados en el suelo, con los ojos pegados a la pantalla, donde se proyectaba una repetición del Desfile de Acción de Gracias de Macy's.

Max agitó la mano. "¡Todos! Estos son Naomi y Liam".

Los presentes corearon varias versiones de "¡Hola!" y "Bienvenido".

"¿Ponche de huevo con Kahlúa, o una mimosa?". preguntó un hombre negro, alto y delgado, de pie junto a una mesa auxiliar llena de decantadores, jarras y vasos.

"Um... ¿ponche de huevo?"

"Mimosa para mí", decidió Liam.

"Éste es mi hijo Charlie, encargado de las bebidas de allí, y su mujer, Angela", señaló Max mientras hacía las presentaciones. "Mi hija mayor, Crystal, y su marido Dell, y nuestra hija menor, Maxine, y su marido Steve".

Mientras los demás se levantaban y se acercaban a estrechar la mano, Angela saludaba desde el fondo de un sillón. "Sólo podré salir de ésta por un acto de Dios, y tal vez con la ayuda de una grúa", se rió, señalándose el vientre hinchado. "Sólo Dios sabe cómo llegaré a la mesa".

"Siempre que nos avisen cuando esté lista la cena", aceptó su marido.

"¿Para cuándo?" preguntó Liam, con su formación profesional a flor de piel.

"No hasta dentro de tres semanas", dijo Angela, acariciándose el abdomen con una sonrisa. "Pero estoy embarazada de gemelos, así que mi médico dice que es probable que nazcan antes".

"Pero no durante la cena, por favor", suplicó Lenore, entrando desde la cocina para sentarse junto a su marido, que había tomado asiento en uno de los sofás. Todos se rieron. Naomi, sin embargo, se iluminó de interés.

"¿Gemelos? ¿De verdad?" preguntó, abriéndose paso por la habitación hasta el lado de Ángela. "Soy gemela".

"¿En serio?" Los ojos de Angela brillaron y agarró la mano de Naomi, tirando de ella para que se sentara en el brazo de su silla. "Cuéntamelo todo. ¿Te gusta ser gemela? ¿Cómo es?"

"Es lo mejor", le aseguró Naomi. Aceptó distraídamente el vaso de ponche de huevo que Charlie le puso en la mano. "De pequeños éramos inseparables".

"¿Sois idénticos o fraternos?"

"Idénticos. No hay ni una peca colocada de forma diferente". Naomi sonrió con picardía. "Lo hemos comprobado".

Todos se rieron.

"Vamos a tener niñas", le dijo Angela, y Naomi suspiró, haciendo un gesto dramático.

"¡Gemelos, y niñas! Estáis doblemente bendecidos!"

"¿Tus padres te vestían igual?". quiso saber Cristal.

"No, pero lo hacíamos nosotras mismas, cuando teníamos edad para elegir nuestra propia ropa", admitió Naomi. "Pero muchas veces cambiábamos el color... era el mismo conjunto pero de colores diferentes. Mi color favorito es el turquesa, mientras que el de Beth es el verde, una

especie de verde mar profundo".

"¿Así que no te gustaban todas las mismas cosas?"

Naomi se rió alegremente. "Dios mío, no. Beth es una de esas empollonas de la ciencia, y a mí me encantan los libros. De hecho", sonrió, recordando. "En el instituto, una vez nos intercambiamos y ella fue a mi examen de álgebra y yo hice el suyo de historia americana".

"Genial, lo que nos espera", dijo Charlie, inclinándose para dar un beso en el pelo de su mujer. "Tendremos que vigilarlos como un halcón".

"Buena suerte con eso", se rió Naomi. "Incluso podríamos engañar a nuestra madre".

Charlie levantó las cejas. "¿Tu padre no?"

Él... no estaba en la foto", dijo Naomi, sintiéndose incómoda por admitirlo. "Nunca supimos quién era".

"Lo siento", dijo Charlie con torpeza.

"No, no pasa nada", se apresuró a tranquilizarle. "No se echa de menos lo que nunca se ha tenido. Y Beth y yo nos teníamos el uno al otro, eso era suficiente".

Sonó un temporizador en la cocina y Lenore se levantó del sofá. "Es hora de llevar toda esta comida a la mesa".

Todos menos Ángela se levantaron de sus asientos, pero Max hizo un gesto con la mano a Naomi y Liam.

"Vosotros no", les dijo frunciendo el ceño. "Sois invitados".

"Puedes hacerme compañía", se ofreció Ángela.

"Sí, avísanos si se pone de parto", se burló Maxine, la hija menor de Max.

Naomi les sonrió. "Liam es médico, así que estará en buenas manos si lo hace".

"¿En serio?" Lenore se detuvo en la puerta del salón y se volvió para mirarle con interés. "Vaya, qué práctico".

"Lo es". Liam sonrió a Ángela. "Sin embargo, si pudieras esperar hasta después de cenar, sería mejor".

A Ángela le brillaron los ojos. "Lo intentaré".

La mirada de Naomi se posó en los niños. Habían estado sorprendentemente callados, cosa que ella mencionó. Ángela se rió.

"Es increíble lo que un desfile puede hacer para que los niños no te pisen los talones", dijo, y señaló a un chiquillo de rizados negros apretados. "Ese es nuestro, Ethan. Cumplió tres años el mes pasado. Limitamos su tiempo de televisión de forma bastante estricta, tiene más bien vía libre en casa de los abuelos. Así que, por supuesto, le encanta venir de visita".

"Es la hora", anunció Charlie, entrando en la habitación. "Ángela, cariño, vamos a levantarte".

Fue a ayudarla a levantarse de la silla, y Liam se quedó cerca para ayudarla si era necesario.

Naomi iba detrás mientras atravesaban la sala de estar. Se detuvo bruscamente al llegar a la puerta del salón, con los ojos muy abiertos mientras miraba la mesa.

"¡Dios mío!" exclamó, observando la mesa, cargada hasta los topes de comida. Había un pavo y un jamón, dos cuencos de gran tamaño llenos de puré de patatas y otro con aderezo. Una cazuela de judías verdes al vapor en una cazuela Pyrex. Además de la cesta de panecillos que había traído Liam, había pan de masa fermentada y dos mantequeras. A un lado de la mesa había una salsera, y en el extremo opuesto, otro cuenco con salsa. Platos de mermelada de arándanos, aceitunas, un cuenco de algún tipo de ensalada de tomate y otro cuenco grande de una ensalada mixta flanqueaban un pequeño ejército de aliños para ensalada.

"¿De verdad hay gente que se come todo esto?" preguntó incrédula. Las risas llenaron la sala.

"Ten por seguro que habrá sobras", le dijo Lenore. "Pero no mucho. Ven, siéntate a mi lado".
Dejó que Liam la condujera, sin protestar, hasta la silla que había junto a su anfitriona.
"Pero... pero... ¿haces esto todos los años?".
Max se rió entre dientes. "También Pascua y Navidad".
"No me lo puedo ni imaginar", dijo sinceramente. "Esto es sencillamente increíble".
Recordó la tarta que había traído y el galón de helado de vainilla. "¿Cómo puede alguien tener sitio para el postre?".
"Oh, esperamos una hora más o menos después de levantarnos de cenar", le dijeron.
"Volvemos al salón familiar y vemos el partido, después tomamos café y postre".
"Callaos todos", dijo Max. "Charlie, ¿quieres dar la bendición?".
Todos inclinaron la cabeza mientras Charlie pronunciaba una breve pero sentida bendición.
Luego se llenaron los platos y empezó la cena. Al principio, la conversación se vio limitada por las peticiones de pasar esto o aquello y por los padres que llenaban los platos de sus hijos. Las cosas se volvieron más tranquilas una vez que todos estuvieron servidos.



NAOMI SE RECASTÓ en el asiento y apoyó los pies en el salpicadero mientras el jeep de Liam se alejaba de la acera. "Ha sido increíble", soltó una risita. "No tenía ni idea. Quiero repetirlo".
Liam soltó una risita. "Creo que no deberías haberte tomado esa última copa de champán".
Ella se limitó a sonreír. "No, fue el último ponche de huevo. ¿Quién lo iba a decir?".
Le lanzó una mirada de reojo mientras se detenía en la calle. "No te he visto tomar otro ponche de huevo".
"Te fuiste a ver a Brandon colgado boca abajo en el gimnasio de la selva y no lo viste. Y se les acabó el Kahlúa, así que cambiaron al ron".
"Ah".
Estiró los brazos y se desplomó contra el asiento. "¿Puedo cambiarme? Mi gato quiere ronronear".
Sorprendido, Liam le lanzó una mirada salvaje, y ella soltó una risita, quitándose los zapatos para mover los dedos de los pies. "Era broma. Te he hecho mirar".
"Dios mío". Volvió a centrar su atención en la carretera.
Naomi se palmeó la barriga. "Ohmigosh, estoy tan llena. No me puedo creer la cantidad de comida que había".
Liam se rió entre dientes. "Así es como era mi casa cuando era pequeño", admitió. "Venían la abuela y el abuelo, mi tía Betsy con su prole y nosotros cinco. En realidad, aún lo es, porque mis hermanas y mis primas están empezando a tener hijos, así que es aún más salvaje".
"Definitivamente suena tan salvaje como lo ha sido esto". Naomi bostezó enormemente.
"Dios, creo que tengo sueño".
"El l-triptófano y los carbohidratos", asintió Liam. "Con eso bastará. Más todo el azúcar del postre".
"¡Pero mereció totalmente la pena!", declaró, relamiéndose los labios. "El pastel de bayas que trajo Maxine era de otro mundo".
Bostezó de nuevo, y Liam sonrió. "Siéntete libre de echarte una siesta de camino a casa, si quieres".
"No, eso no es justo, tú también estás lleno de pavo, carbohidratos y azúcar. Me quedaré despierta para hacerte compañía". Le sonrió de repente. "Hemos aguantado toda la noche sin que

Angela se pusiera de parto".

"Por lo que estoy apropiadamente agradecido", respondió Liam.

"¿Qué, no querías dar a luz a gemelos en el dormitorio de arriba?"

"Hablando de eso No me había dado cuenta de que Beth y tú erais gemelas. Recuerdo que habías dicho que os parecíais, no que erais gemelas".

Naomi subió los pies bajo el asiento. "Ah, claro. La cosa es que nunca tuvimos que decírselo a nadie, siempre estábamos juntos y era bastante obvio". Sonrió. "Sobre todo cuando llevábamos trajes y peinados a juego".

"Angela estaba encantada de hablar contigo sobre gemelos".

"Sí, lo era. Es muy afortunada. Si alguna vez pudiera tener hijos, esperaría tener gemelos".

Liam asintió, mientras el tráfico captaba toda su atención al incorporarse a la autopista. Naomi observaba el paisaje urbano, aparentemente perdida en sus pensamientos.

"Aún puedo sentirla", dijo de repente, rompiendo el silencio. "A mi hermana Beth. No es como la telepatía que todos tenemos en nuestras formas cambiadas, sino más bien una sensación de ella, ¿sabes? Cómo se siente, si está enferma y tiritando de frío, o si le duele algo. Ese tipo de cosas".

Liam le lanzó una mirada pensativa antes de volver a centrar su atención en la carretera. "¿Esto es cosa de gemelos, entonces, y no de metamorfos?"

"Sí, exactamente. Siempre hemos tenido eso, al menos, desde que tengo uso de razón".

"¿Y no está limitado por la distancia?"

"No. Al menos, yo aún podía sentirla cuando me mudé a Nueva York, y ella estaba de vuelta en Florida".

"¿Pero ninguna de tus otras hermanas? ¿Ni tu madre?"

"¡Dios, no!" Se estremeció. "¡Creo que me volvería loca de verdad, si lo hiciera!"

"¡No, no, no queremos eso!". Le lanzó otra mirada. "¿Qué siente ahora?"

Naomi suspiró, encogiéndose de hombros con impotencia. "Triste. Solitaria. Deprimida. Dolida".

"Maldita sea". Liam hizo una mueca de dolor. Dudó un minuto y luego preguntó: "¿Quieres que vea si Maroulla puede conseguirte permiso para visitarla en el Santuario?"

"¡No!" El corazón le dio un salto en la garganta, y se encogió ante la sola idea. Respiró hondo y se serenó, esforzándose por mantener la calma. "No es que no me gustara verla, la echo mucho de menos. Aunque sé que tiene que permanecer en su forma Cambiada y todo eso. Pero las tienen a todas juntas... Mamá y Beatrice, y Beth y mis otras dos hermanas. No puedo".

Se rodeó con los brazos, temblando.

"Me aterrorizan", confesó. "No Beth, sino el resto, sobre todo mamá y Beatrice. Sé que están en un recinto, con vallas y guardias. No pueden llegar hasta mí, lo sé... pero sólo pensar en encontrarme cara a cara con ellas me aterroriza más que la idea de enfrentarme a Jason o a ese tal Michael de esas películas de terror".

Liam se acercó para cogerle la mano con la que tenía libre, entrelazando sus dedos. "Oye, no pasa nada, sólo era una sugerencia".

Ella esbozó una leve sonrisa. "Lo sé, y gracias por la oferta. De verdad. No pretendía ser tan dramática".

Frunció el ceño. "Eso no es ser una reina del drama. Es bastante obvio que crecer con ellos fue bastante traumático. Eso no es culpa tuya".

Jugueteando con la correa del bolso, le lanzó una rápida mirada. "Debería haberme marchado en cuanto terminé la universidad. O al menos haberme mudado de casa, haberme buscado un

lugar propio. Pero no quería dejar a Beth. Siempre habíamos estado juntos. Siempre. Hablábamos de ello, pero nunca parecía el momento adecuado. Y creo que quizá los dos teníamos un poco de miedo de lo que pasaría si intentábamos irnos. No fue hasta que Beth... bueno... ya sabes... que me di cuenta de que tenía que salir de allí, por mi propio bien".

Se frotó la frente, deseando que las cosas hubieran sido distintas. "Quizá si hubiera presionado más para marcharme, ella no... no habría ocurrido".

"No. Naomi, no". Liam le apretó la mano con fuerza. "No puedes pensar así. Puedes perderte en los 'y si...' de ese modo, porque la retrospectiva siempre es veinte-veinte. Conseguiste salir, hazte con todo el mérito, y ahora sigues adelante. No dejes que el pasado te retenga".

"Qué listo eres". Naomi le sonrió. "Lo sé, te lo prometo. Sólo recuérdamelo cuando se me olvide, ¿vale?".

"Es un trato", prometió.

CAPÍTULO 18



LIAM AHOGÓ UN BOSTEZO, flexionando los dedos sobre el volante mientras se alejaba de la clínica. Había sido un día largo, alargado por un caso de urgencia justo antes del cierre de la jornada. Eran casi las ocho de la noche. La mayoría de los restaurantes estarían cerrando, pero él estaba demasiado cansado para comer en un restaurante. Además, aún estaba lleno de la cena de Acción de Gracias de ayer. Tendría que pasarse por un sitio de comida rápida y comprar algo ligero. También pensó que tendría que intensificar la búsqueda de una casa para comprar. El bed and breakfast era maravilloso, pero tener que pensar constantemente qué hacer para cenar le estaba cansando, y mucho.

Acababa de entrar en la carretera principal cuando sonó el timbre de su teléfono, que le hizo saber que su interlocutor era Maroulla.

"Buenas noches, Maroulla", saludó, utilizando el Bluetooth del coche para contestar.

"Buenas noches, Liam". Sin perder tiempo en cumplidos, fue directamente al meollo de la cuestión. "Tenemos una situación con uno de los Pícaros del Santuario y necesitamos tu ayuda. Dime, ¿tienes libre este fin de semana?"

¿Un problema con un Rogue? Diablos, eso no podía ser bueno. Accionó el intermitente y se detuvo a un lado de la carretera, aparcando el jeep. "Mañana por la mañana tengo que trabajar, pero podría cambiar con alguien si fuera necesario. ¿Qué pasa?"

Su profundo suspiro recorrió la conexión telefónica. "Tenemos otro animal metamorfo en apuros. De hecho, otro leopardo nublado".

Sólo tardó un minuto en comprender el gran significado de su voz. "¿La hermana de Naomi, Beth?"

"Sí. Por los informes que he recibido del Santuario, se parece mucho a lo que le pasaba a Naomi en el zoo. No ha estado comiendo, hasta el punto de que parece estar consumiéndose. No cambia, permanece siempre en su forma de leopardo. De hecho, ninguna de ellas se transforma en humana, aunque Beatrice es la única que tiene el collar que lo impide. Pero en el caso de Beth, los cuidadores creen que puede permanecer en su forma de leopardo como protección. En su forma humana, no tendría ninguna oportunidad contra los demás. La madre es un visón y, según los cuidadores, también es una mala pieza. Las hermanas son puma y coyote, y Beatriz, por supuesto, es una leopardo negro. "

Frunció el ceño, dándole vueltas en la cabeza. "¿Qué quieres decir con que no tienes ninguna posibilidad?"

"Aunque Beth es una Pícara empedernida como el resto de la familia, su comportamiento no

es como el de su madre, su tía y sus hermanas. De hecho, parecen alternar entre rehuirla y atacarla. Las hemos mantenido a todas juntas en un intento de ser humanos; al fin y al cabo, son familia. Sin embargo, en este momento, los cuidadores piden que la pongamos en un recinto separado por su propia seguridad."

"¿Alguien ha hablado con ella?"

De nuevo, Maroulla suspiró. "Lo han intentado muchas veces. Algunos de los guardianes han intentado comunicarse con Beth en su forma cambiada, pero ella se niega a responder. De hecho, no responde a casi nada. Me preguntaba si estarías dispuesto a visitarla y ver qué opinas. En este momento, eres el que tiene más experiencia directa con los Pícaros".

"Pero Naomi resultó no ser una Pícara", señaló. "Su depresión se debía enteramente al miedo a convertirse en una".

"Aun así", dijo Maroulla. "Has pasado bastante tiempo con Noemí, y ella te ha hablado de su familia. Eres nuestra mejor baza para averiguar qué le pasa a la hermana".

Liam se pasó los dedos por el pelo. "Muy bien. ¿Adónde voy?"

"Está en Ohio, a unas seis horas en coche para ti. Te enviaré la dirección y podrás localizarlo con GPS. Querrás pasar la noche allí, así que te conseguiremos una habitación de hotel el sábado por la noche". Pareció dudar, y luego preguntó tímidamente: "¿Crees que Naomi iría contigo? Beth podría responder ante ella, cuando no lo hace ante los demás".

Liam dio un respingo, su reacción instintiva fue de rechazo a la idea. Su pyr se erizó, y un gruñido grave hizo saber su disgusto ante la idea de que algo molestara a Naomi.

"No estoy seguro de que sea una buena idea, Maroulla. Sigue llorando a su hermana, echándola de menos. No sé si sabes que son gemelas".

"No, no lo sabía". La voz de Maroulla era pensativa. "¿Tienen la conexión 'gemela' de la que se oye hablar?"

"Por supuesto que sí", confirmó Liam. "Dice que puede sentir cómo se siente su hermana, cómo está, desde cualquier distancia, aunque estén fuera del alcance telepático. Anoche me dijo que Beth estaba triste y deprimida".

"Entiendo que una visita le resulte difícil, dadas las circunstancias".

"De acuerdo". Liam tamborileó con los dedos sobre el volante. "De hecho, anoche, sin saber que todo esto estaba ocurriendo, le pregunté si quería que te pidiera si podía visitar a Beth, y me rechazó de plano. Más que nada porque su hermana está en el mismo recinto con las demás. Hubo malos tratos, Maroulla, con esas niñas que crecieron en ese hogar. Tanto físicos como emocionales".

"¿De verdad ha dicho eso?"

"No con tantas palabras, pero estaba claro que eso era lo que pasaba". Suspiró, frotándose la frente. "Aun así, sé que al menos querría saber qué le pasaba a Beth. Hablaré con ella de la situación, a ver si cambia de opinión, pero no la presionaré para que vaya. No si va a ser demasiado para ella".

"Lo comprendo. Haz lo que creas mejor, Liam".

Desconectaron y Liam hizo el resto del trayecto hasta el bed and breakfast perdido en sus pensamientos. Sólo cuando llegó recordó que había planeado pasar por un sitio de comida rápida y comprar algo de comer. Sin embargo, la perspectiva de tener que contarle a Naomi lo de su hermana gemela hacía que la idea de comer fuera poco atractiva en aquel momento.

Al detenerse en el salón, Liam se sirvió una taza de sidra de manzana caliente de una jarra grande, y cargó un plato con las galletas snickerdoodle y de chocolate favoritas de Naomi. Subió las escaleras, haciendo equilibrios con la sidra, el plato de galletas y la bolsa del portátil, y llamó

a la puerta.

La abrió, parpadeando con aparente sorpresa al verle.

"¡Liam! ¡Eh! ¿Tuviste que trabajar hasta tarde?"

Estaba absolutamente adorable, con unos pantalones de pijama de franela morada salpicados de esponjosas ovejas blancas, y una camiseta blanca suelta con un lazo morado. En los pies llevaba unas zapatillas de oveja a juego. Abrió más la puerta y cogió el plato de galletas, con los ojos brillantes.

"¡Oh! ¿Para mí?"

"Sí, y la sidra también", dijo tendiéndosela.

Ella la cogió y cruzó la habitación para dejarla sobre su escritorio, invitándole a seguirla con una inclinación de la barbilla. Él cerró la puerta tras de sí y se sentó en uno de los sillones, observándola dar un mordisco a una galleta. Unas migas cayeron en su escote, y la diversión hizo que sus labios se curvaran, a pesar de la solemne noticia que portaba.

"Acabo de recibir una llamada de Maroulla", empezó.

Se sentó con las piernas cruzadas en el extremo de la cama, frente a él, con una galleta en una mano y la jarra de sidra en la otra.

"¿Ah, sí? ¿Sobre qué?"

¿Debía soltarlo de golpe o ir avanzando poco a poco? Eso iba a disgustarla.

"Mañana tengo que ir a Ohio. Al Santuario de los Cambiantes".

Tardó un minuto en darse cuenta de lo que quería decir.

"Oh".

Dejó el plato de galletas y aferró la taza con ambas manos. Sus ojos parecían atormentados cuando se encontró con su mirada.

"¿Quién es?"

"Es tu hermana... Beth", aclaró. "No se encuentra bien. Ha dejado de comer, ha dejado de responder. Como tú, la primera vez que vine a verte al zoo. Está en el mismo recinto que el resto de tu familia; Maroulla dijo que intentaban ser humanos y mantener a la familia unida. Pero parece que los demás son hostiles a Beth".

"No me imagino por qué", dijo Naomi, con amargura. "Al fin y al cabo, consiguieron lo que querían".

"¿Podrías contarme algo más sobre lo que pasó? Sé lo básico, que, como tú, no había querido ser Rogue, pero luego había matado a su novio. Pero, ¿podrías contarme algo más? Cuanto más sepa, más posibilidades tendré de ayudarla".

Naomi asintió, dando un sorbo a su sidra antes de dejar la taza a un lado, entrelazando los dedos con fuerza ante ella.

"Empezó tras la muerte de nuestros abuelos. Habíamos vivido todos juntos en su casa, una gran casa de dos plantas. La abuela y el abuelo se dedicaban mucho el uno al otro. Murió de un coágulo de sangre... Fue muy repentino, por la noche, y nadie lo supo hasta que todos nos despertamos, y él ya no estaba. La abuela estaba destrozada, y se desvaneció. Un año después, ella también se había ido. Simplemente no se despertó una mañana".

Liam asintió. "Eso puede ocurrir, con los cambiantes que se aparean felizmente durante un largo período de tiempo. A menudo, cuando uno muere, el otro le sigue poco después".

"¿De verdad?" Ella le miró sorprendida. "No lo sabía".

"Sí. También ocurrió con mis abuelos. ¿Qué pasó entonces?"

Naomi bajó la cabeza y le pareció que se había puesto un poco pálida. "Beatrice se mudó con nosotros después del funeral. Fue entonces cuando nos contó... ella y Madre, juntas, nos

contaron... lo que eran. Lo que hicieron".

"¿Qué, te sentaron en una reunión familiar y te dijeron: 'Eh, todos, somos Pícaros, salimos a matar'?"

A pesar de la duda evidente en su voz, Noemí asintió.

"Sí, eso es exactamente lo que hicieron. Y dejaron claro que esperaban que nosotros hiciéramos lo mismo. Por supuesto, no utilizaron la palabra Pícaro, de eso nos enteramos más tarde, con el tiempo. Pero no paraban de hablar de la caza, de la matanza. Del acecho. Sobre atraer a los hombres para tener su "juego"."

Se quedó atónito. "¿Cuántos años tenías?"

"Teníamos once años, Beth y yo. Nuestra siguiente hermana mayor tenía entonces diecisiete años, y la mayor, veinte". Hizo una pausa, temblando. "No dudaron en meterse de lleno en el asunto. Pero Beth y yo estábamos horrorizadas. Éramos demasiado jóvenes, demasiado inexpertas, para ocultar nuestra reacción. Nuestras hermanas no nos prestaron demasiada atención, estaban demasiado ocupadas saliendo a buscar hombres a los que acosar. Pero mamá y Beatrice... hicieron de nuestra vida un infierno a partir de entonces".

El rostro de Naomi se desencajó, con un aspecto inconmensurablemente triste. "Beth y yo estábamos unidas antes de que murieran nuestros abuelos, pero después de eso, nos aferramos la una a la otra. Éramos las dos juntas contra el resto. Ninguna de las dos quiso nunca hacer daño a nadie, y mucho menos atraer, acechar, cazar, matar. Compartíamos dormitorio, y solíamos quedarnos despiertos por la noche y hablar de ello en susurros para que nadie pudiera oírnos. Era nuestra pesadilla personal, ¿sabes? Y duró años, hasta que fuimos a la universidad".

Miró la jarra que tenía en las manos; la sidra se estaba enfriando rápidamente, pero bebió un sorbo de todos modos y dejó la jarra sobre la mesa auxiliar.

"¿Pero entonces?" preguntó Liam con suavidad, cerrando la mano sobre el hombro de ella, frotando en ligeros círculos, prestándole su apoyo.

"Beth conoció a alguien... un hombre", aclaró Naomi. "En la universidad. No recuerdo su nombre, pero a Beth le gustaba mucho.... Quiero decir que le gustaba de *verdad*... y empezaron a salir. Lo mantuvimos en secreto. No queríamos que nuestra madre lo supiera, ni nuestras otras hermanas. Y Dios no lo quiera, ¡ni Beatrice! Siempre fue la peor de todas. Mamá y mis hermanas eran malas, pero Beatrice...", se estremeció ante los recuerdos que le venían a la mente. "Dios, era aterradora.

Liam sintió que el vello se le erizaba suavemente en la nuca. Esto no podía ser bueno. "¿Y después?"

Naomi tragó saliva y sus dedos buscaron los de él, aferrándose con fuerza. "Una noche no volvió a casa, hasta el amanecer. Llegó cubierta de sangre. Sollozando, con tanta pena, tanta agonía. Se habían acostado... habían hecho el amor, me dijo. Dijo que había sido maravilloso. Se durmieron juntos y, cuando ella se despertó, él yacía a su lado, muerto. Hecho pedazos. Beth estaba destrozada. Le quería, habían hablado de casarse, dijo".

Liam frunció el ceño. "¿Quieres decir que no recuerda haberle atacado?"

"No. Sólo quedarme dormido a su lado y despertarme cubierto de su sangre. Pero no había nadie más que pudiera haberlo hecho. Vivía solo y no había nadie más. Así que tuvo que ser Beth".

"Esto no tiene sentido", dijo. "Sé que hemos tenido que desechar casi todo lo que creíamos saber sobre los pícaros, pero lo único que ha permanecido invariable ha sido que disfrutaban matando. Acechan a su víctima, se deleitan en la tortura, en el asesinato. *Anticipan* el asesinato".

"Claro, lo de psicópata", asintió Naomi. "Eso siempre estuvo claro en los demás, sobre todo

en Beatrice... ¡pero no en Beth! Ella no era ninguna de esas cosas sobre las que lees cuando buscas psicópatas o sociópatas. Nada que ver con el resto. Era dulce y cariñosa. Tampoco era falsa... no era como si me estuviera manipulando para que viera lo que ella quería que viera. Era mi gemela. Podíamos sentir cosas la una de la otra, nunca podría habérmelo ocultado, si fuera mala como ellas. Y sin embargo...

Liam asintió con la cabeza, comprendiendo. "Y aun así, mató al hombre que amaba".

Naomi dejó caer la mirada al suelo mientras las lágrimas se desbordaban, cayendo por sus mejillas. "Por eso al final tomé la decisión de entrar en el zoo. Por eso me cuesta tanto creer que no me convertiré en Rogue. Si pudo pasarle a Beth, podría pasarme a mí".

"Ah, Naomi". Liam la estrechó en un fuerte abrazo. "No vas a hacerlo. Tienes que creerlo. Diablos, hasta Angus jura que no eres capaz de eso, y sabes lo poderosa que es su magia, aunque no sepamos exactamente *qué* es".

"Era *buena*, Liam", insistió ella. "Apuesto a que incluso Angus habría dicho que Beth nunca se volvería Rogue, si la hubiera conocido".

"¿Quieres venir conmigo al Santuario y hablar con ella?", preguntó con dulzura, cogiendo un pañuelo de papel de la caja que había sobre la mesa y secándole las mejillas.

Naomi retrocedió ante la idea, apartándose de él. "¡No!", negó con vehemencia, moviendo la cabeza de un lado a otro. "Aunque pudiera enfrentarme a mi miedo de ver a mamá y a Beatrice, no podría soportar ver a Beth así... enjaulada y encadenada a su forma cambiada".

"Vale, vale", me tranquilizó. "Sólo era una sugerencia. Pero ya sabes que Beth no tiene collar. Ninguna de ellas lo está, excepto Beatrice, que está totalmente perdida con su leopardo. Beth está en su forma felina por elección propia. Ésa es una de las razones por las que quieren que suba allí, para ver si puedo hacer que cambie y averiguar por ella lo que ocurre realmente".

Hizo una pausa, pensando durante un minuto. A su lado, Naomi cogió otro pañuelo y se sonó la nariz. Se volvió hacia ella.

"Aun así, ¿qué tal si vienes conmigo como una especie de escapada de fin de semana? Mientras estoy en el Santuario, puedes buscar algunas librerías de libros usados para echar un vistazo. Luego buscaremos algún sitio agradable para ir a cenar y pasar una velada".

Además, pensó en privado, estaría cerca, por si se arrepentía de su decisión de no ver a Beth después del tiempo de reflexión. Naomi se incorporó bruscamente, desviada ante la sugerencia de las librerías, y olvidó sus lágrimas.

"¡Oh! ¡Y tienes todo ese espacio en la parte trasera del jeep! Si cojo algunas cajas de archivo aplastadas, podría abastecerme y empaquetar los libros en ellas para llevarlos a casa".

La imaginación de Liam se aturdió ante la idea de cargar con cantidades desconocidas de cajas de archivo, llenas de libros pesados, hasta el segundo piso de la posada. Pero las lágrimas de Naomi habían sido sustituidas por sonrisas ansiosas, así que decidió dejarlo correr y esperar lo mejor. Siempre quedaba el ascensor.

"El plan que se me ha ocurrido es salir más o menos al amanecer y llegar allí a primera hora de la tarde. Maroulla está organizando una habitación de hotel para pasar la noche, y volveremos el domingo por la tarde. Eso me deja tiempo suficiente para seguir con Beth el domingo por la mañana si lo necesito. Y tendremos mucho tiempo juntos el sábado por la noche para cenar, ir al cine, lo que quieras".

Ella le sonrió. "Me encantaría".

CAPÍTULO 19



LIAM DIO UN respingo cuando vio por primera vez al pequeño leopardo tendido en la tierra detrás de un grupo de rocas. Parecía estar en peor estado que Naomi. Su pelaje tenía un aspecto apagado y sarnoso, y sus costillas se veían bajo el pelaje ralo. También mostraba signos de haber estado en combate, con heridas sangrantes y viejas cicatrices. Liam frunció el ceño al ver al guardia, un metamorfo alto y fornido llamado Héctor. Los guardias del Santuario compartían las desagradables tareas de guardián de la prisión y cuidador del zoo. Liam no los envidiaba en absoluto.

"¿A qué vienen tantas heridas?"

"Los otros la atacan", informó Héctor. "No sé mucho sobre los Pícaros, nunca vi ninguno antes de que trajeran a éstos, pero me parece que los demás se confabulan contra ella, descargan sus agresiones contra ella. No sólo los gatos, sino también el visón, aunque me han dicho que es su madre. Sé que el Consejo pensaba que estaba haciendo lo correcto, manteniéndolos juntos como una familia, pero a Beth no le ha ido bien. Los demás parecen odiarla. No se pelean entre ellas, sólo van a por ella. Tampoco la he visto nunca defenderse. La mayoría de las veces se esconde aquí, en las rocas, pero en realidad no hay ningún lugar donde pueda escapar".

Liam tomó su decisión en el acto. "Saquémosla de aquí", ordenó. "Busca un recinto vacío en el que podamos meterla, ella sola, lo más lejos posible de éste. También queremos sacarla del alcance telepático de su familia".

"Sí, señor".

Héctor se apresuró a hacer los preparativos, y Liam le llamó. "¿Podrías traer una camilla para transportarla?".

Un gesto de la mano de Héctor indicó que lo había oído. Liam miró hacia atrás, hacia la forma pequeña y flácida de Beth, y esperó que esto no se volviera contra él. No le correspondía a él cambiar las disposiciones del Santuario. Sin embargo, Maroulla había confiado en él lo suficiente como para pedirle que viniera, pensando en el bienestar de Beth, así que estaba seguro de que le apoyaría en su decisión.

Un ruido sordo anunció el regreso de Héctor con la camilla, y juntos levantaron con cuidado a la pequeña leopardo. Su nuevo hogar parecía estar lo más lejos posible de su familia: un recinto de tamaño medio en un extremo del extenso Santuario, que ocupaba casi veinte acres. Este corral presentaba un terreno rocoso, una pequeña cascada que vertía en un arroyo antes de desembocar en un estanque. Una especie de árboles frondosos proporcionaban sombra, así como un lugar donde trepar a los gatos arborícolas, como los leopardos nublados.

Una vez que Beth hubo sido levantada de la camilla y colocada junto al arroyo, Héctor volvió a sus tareas habituales, mientras Liam dirigía su atención al leopardo nublado. Durante todo este tiempo, ella no se había movido, ni había dado señal alguna de que comprendiera lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera el movimiento de un bigote o de una oreja. Liam se preguntó si no lo habrían dejado demasiado tarde. En cualquier caso, estaba demasiado débil como para ser un peligro para él, incluso en su forma humana, y mucho menos en su forma cambiada.

Pensando en ello, Liam se desnudó, dejando la ropa sobre una roca, e invocó el Cambio, sintiendo el familiar zumbido de la magia metamorfa a su alrededor. Necesitaba que Beth se comunicara con él, si podía convencerla de que lo hiciera. Aterrizó sobre cuatro patas, sacudiéndose el pesado pelaje, cuyo peso era bienvenido en el frío de principios de invierno. Su Pyr no percibía ningún peligro en Beth, nada de la oscuridad que había sentido incluso en su forma humana cuando llegó por primera vez, observando a la madre y las hermanas de Beth, o a Beatrice, cuya mirada plana y negra le puso los pelos de punta.

Se tumbó junto al leopardo de Beth, con su pesado pelaje blanco sin llegar a tocarla, jadeando ligeramente.

El Alcaide local me ha pedido que venga a hablar contigo. Para ver cómo estás y si podemos hacer algo para ayudarte.

Sin respuesta. No había esperado que fuera fácil. Pensó en la mejor manera de llegar hasta ella. Repasando la conversación que había mantenido con Naomi, pensó que ése era el mejor camino. Al estar tan cerca, podría responder a las noticias de su hermana.

Naomi me ha hablado de ti, aventuró. Me ha dicho que crecisteis muy unidos.

Su oreja se agitó. Entonces estaba escuchando. Continuó. *Vive en Nueva York, a unas horas en coche de aquí. Hay una gran comunidad de cambiaformas en el valle del Hudson, al norte de Manhattan.*

Hubo una débil agitación en su mente. *"¿Se encuentra bien?"* La voz mental era temblorosa y tan baja que apenas la registró, pero la oyó.

"Sí, muy bien. La zona es semirrural y está presionando a la biblioteca del condado para que ponga en marcha un bibliobús". Dejó que la diversión se apoderara de su voz y añadió deliberadamente: *"Naomi es mi Elegida, aunque aún no he tenido esa conversación con ella. Aún está aprendiendo a confiar en sí misma."*

La curiosidad brilló en su mente. *¿Elegida?*

Entre los de nuestra especie, los cambiaformas, así es como llamamos a esa persona a la que amamos, nuestra pareja, con la que deseamos pasar juntos el resto de nuestras vidas.

La leopardo se movió un poco, abriendo por fin los ojos para mirarle.

¿Entonces no se convirtió en Pícaro?

No.

Volvió a cerrar los ojos y sus flancos se hundieron en un pesado suspiro. *Me alegro.*

¿Qué pasó en ese otro recinto? ¿Con tu madre, tu tía y tus hermanas?

Hubo una larga pausa, hasta que él pensó que tal vez ella se había retirado una vez más, pero finalmente contestó.

Me odian porque no soy como ellos. Porque no me deleito en ser una asesina. Sé que lo soy, asesiné al hombre que amaba. Había tal desesperación en su voz, que él sabía que habría estado llorando si hubiera estado en su forma humana. Se burlan de mí constantemente, de que le maté. Le despedacé mientras dormía.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Liam ante las horripilantes imágenes que evocaban sus palabras.

Naomi me ha dicho que no recuerdas haberlo matado.

El pequeño leopardo emitió un sonido suave y angustiado. *No. Y, sin embargo, lo hice.*

Liam descubrió que empezaba a tener sospechas al respecto, pero no era el momento de ahondar en ello.

¿Así que te atacan? presionó. *¿A tu familia?*

Están enfadados porque están encarcelados. Que no pueden Cambiar. Que no pueden matar. Necesitan un objetivo para su rabia, y ya me odian. Soy un buen objetivo.

Liam bajó la cabeza y le pasó la lengua por el cuello para tranquilizarla. Sin duda alguna, su Pyr se sentía protector. *Nada más. Te he alejado de su entorno. Te hemos puesto fuera de su alcance telepático y de su vista.*

Gracias.

Beth volvió a sumirse en el silencio, mientras Liam consideraba lo que había aprendido hasta entonces.

¿Cómo que no pueden Cambiar? Sólo Beatrice tiene el collar protegido, que impide el Cambio.

Tuvo la impresión mental de encogerse de hombros. *Sólo sé que no pueden.*

¿Pero puedes, si quieres?

Silencio. Ella podría Cambiar, pensó para sí, teniendo cuidado de ocultarle sus pensamientos privados. Podría, pero no lo haría. ¿Protección contra su familia? ¿O por algún tipo de culpa fuera de lugar y la necesidad de castigarse a sí misma? ¿Castigar a su gato? El tiempo lo dirá, pero al menos había hablado con él. Era un comienzo.

Finalmente, se incorporó y se inclinó para acariciarle la cara. *Debo irme por ahora, pero volveré mañana para ver cómo estás. Lejos de tu familia, ¿crees que podrías empezar a comer algo?*

Las orejas redondas giraron en su dirección, pero ella no levantó la cabeza de donde la tenía apoyada en las anchas patas. *Lo intentaré.*

Cuando se volvió hacia el montón de ropa que había dejado al cambiar, ella le envió un último pensamiento.

Dile a Noemí que me alegro de que esté bien y que la echo de menos. Pienso siempre en ella. Se lo diré, prometió.

Una vez de vuelta en su jeep, permaneció sentado largo rato, reflexionando sobre la situación. Finalmente marcó a Maroulla, transmitiéndole la situación, su decisión de alejarla de la proximidad de su familia y terminando con su conversación con Beth.

"Hmmm", fue todo lo que dijo. "¿Qué piensas?"

"Tengo una idea", aventuró con cautela. "El problema es que no hay forma de demostrarlo".

Maroulla estaba a su lado. "Crees que Beth no mató a su amante".

"Eso es exactamente lo que pienso. Pero incluso si le mató, tiene que haber algo más de lo que es evidente. Te digo, Maroulla, que es imposible que esa mujer sea una asesina directa. A diferencia de las otras mujeres que detuvimos, no es una psicópata. Mi Pyr está de acuerdo. Es protector con ella".

"Es un giro interesante de los acontecimientos, ¿verdad?". La voz de Maroulla permaneció tranquila, pensativa. "Entre el Consejo, el debate naturaleza contra crianza no cesa. No es un juego de palabras".

"Basándome en lo que he oído decir a Naomi, y en lo poco que he sabido de Beth, voy a decantarme por el lado de la crianza", respondió Liam. "Valerie, la madre, hizo todo lo posible para que sus hijas fueran todas unas pícaras, con la ayuda activa de Beatrice. Pero Naomi decidió

no seguir ese camino y, por lo que sé, Beth también hizo todo lo posible por resistirse. Mientras que las otras hermanas se lo creyeron a pies juntillas".

"Tiene sentido", admitió Maroulla. "Si pudiéramos demostrar definitivamente que Naomi no corre peligro de convertirse en Pícara. Y si supiéramos, tal vez, si hay algo más en la situación de Beth de lo que sabemos".

Liam hizo una mueca. "El problema está en la prueba", dijo abatido. "No hay absolutamente ninguna forma de saberlo. No de forma concluyente. El hombre está muerto y, según Naomi, Beth no recuerda nada más allá de haberse quedado dormida a su lado aquella noche".

"Puede que haya una manera", le dijo Maroulla. "Déjame pensarlo. ¿Volverás a ver a Beth mañana antes de irte a Nueva York?".

"Sí. Quiero al menos echarle un vistazo y ver si está comiendo. Además -abordó el tema con cautela-, me gustaría animarla a que cambie. Tenemos que poder hablar con ella, Maroulla. Si es una Pícara, pero de algún modo la locura no se ha apoderado de ella, sería un valioso recurso de información. Y si no es una Rogue, también necesitamos poder confirmarlo, si podemos. Y sacarla de allí y llevarla a un entorno que la apoye. Preferiblemente con su hermana gemela".

"Estoy de acuerdo. Les haré saber en el Santuario que tienes autoridad para tomar cualquier decisión sobre ella, salvo liberarla", advirtió. "Incluso si resulta que no es Rogue, habría que presentar la situación al Consejo antes de emprender cualquier acción, como sacarla del Santuario".

"Entendido".

"Muy bien. Estaré en contacto. Adiós, Liam".

"Adiós".

Colgó y llamó a Héctor.

"Tío, te acabas de ir", respondió el portero con buen humor.

Liam se rió. "Tenía que hablar con Maroulla. Ella me enviará la autoridad para realizar cualquier cambio relacionado con el leopardo nublado. Nos gustaría convencerla de que cambie, para que podamos comunicarnos con ella más eficazmente. Me gustaría trasladar algunos muebles a su nuevo recinto. Prepara una zona con una cama, una mesa y sillas, algo para la ropa. Prepara unos monos, o batas o algo, de su talla, y cuando venga mañana le traeré ropa".

"Sí, podemos bajar algunos muebles de uno de los apartamentos vacíos del lado humano del Santuario".

"Estupendo. Si puedes hacerlo cuanto antes, estaría bien. Consíguele ahora algo de carne para su gato y, si se cambia, dale una comida ligera, ¿vale? Y yo estaré allí por la mañana".

"Entendido".

Liam vaciló. "Otra cosa. La situación actual es un poco delicada. Por ahora, me gustaría que no permitieras que nadie se acerque a ella, excepto tú mismo y cualquier otro guardia o personal que esté acostumbrado a ver con regularidad. Y, por el amor de Dios, no permitas que ninguno de esos otros Pícaros escape de su encierro".

"Mierda, sí". La voz de Héctor estaba llena de preocupación. "Están montando un berrinche desde que la sacamos de allí. Están rugiendo y lanzándose contra la valla y la puerta. Ese visón intentó atacar al cuidador que estaba metiendo comida por la ranura".

"Que se enfurezcan todo lo que quieran". La voz de Liam era dura. Recordando los relatos de Naomi sobre el trato que les habían dado a ella y a su hermana, y con el recuerdo de las heridas y cicatrices de Beth fresco en su mente, no sentía ninguna simpatía por las mujeres encarceladas. "Están enfadadas porque han perdido a su azotador. Lo superarán, o no".

"Quizá tengamos que trasladar al visón a un entorno más controlado", le dijo Héctor. "Es un

peligro para los cuidadores en el recinto más grande. Podemos darles dardos fácilmente cuando tenemos que entrar a limpiar el recinto, pero ella nos elude. Esa mierdecilla es taimada y viciosa. Si me preguntas, la razón por la que no cambia a humano es porque ya no puede. Está completamente perdida para su animal, como esa Beatrice".

"Hmm". Liam se lo pensó. "¿Y las hermanas? ¿El puma y el coyote?"

Héctor se encogió de hombros. "No son tan malas como las otras dos. Pero Valerie es aún peor que Beatrice. Tampoco es el entorno adecuado para un visón, pero querían mantener unida a la familia".

"Esa no sería mi decisión. Tienes que hablar con un administrador", le aconsejó Liam. "Yo sólo estoy autorizado a tomar decisiones por Beth. Pero deberías llamar su atención, seguro".

"Creo que lo haré", dijo Héctor, asintiendo con decisión. "Deja que vaya a arreglar los muebles y nos vemos mañana".

CAPÍTULO 20



AL INTRODUCIR SU tarjeta llave en la cerradura, Liam abrió la puerta de su habitación de hotel. Se quedó parpadeando en el umbral, contemplando la escena que tenía delante. Naomi estaba sentada en el suelo, en medio de la habitación, rodeada de pilas de libros de todo tipo. Le sonrió.

"Hubo una liquidación de excedentes en el distrito escolar".

Al entrar, moviéndose con cuidado para no tropezar con los libros, Liam se sentó a la mesa junto a la ventana, escudriñando fascinado las pilas de libros.

"De alguna manera, creo que no comprendí todo el alcance de tu amor por los libros".

Naomi le sonrió, parecía satisfecha de sí misma. "La gente siempre subestima a los amantes de los libros". Se puso sobria, y parte del brillo de sus ojos se desvaneció. "¿Cómo está Beth?"

Suspiró, pasándose las manos por el pelo. "Está bastante maltrecha. Al parecer, los demás están descargando sus frustraciones con ella. Hice que la alejaran de ellos, con la aprobación de Maroulla".

Naomi se levantó del suelo y vino a sentarse a su lado. "¿Te ha hablado?"

"Sí. Aún no recuerda lo que pasó aquella noche, con su prometido. No es como los demás Pícaros. Pude sentir su dolor por la muerte de él". Dudó. Tenía tantas ganas de decirle que no creía que Beth fuera una Pícara, pero tampoco quería darle esperanzas. "Dice que te diga que se alegra de que te vaya bien y que te echa de menos".

Le temblaron los labios. "Yo también la echo mucho de menos. Lo hacíamos todo juntos. Siento casi como si faltara una parte de mí, al no tenerla a mi lado".

"¿Estás seguro de que no quieres venir a verla? Sé que no quieres ver a tu madre ni a los demás, pero ahora está lejos de ellos y también fuera de su alcance telepático. Esperamos que cambie y hable con nosotros".

Noemí vaciló, debatiéndose entre la duda y el anhelo de volver a ver a su hermana.

De hecho -continuó-, tengo que ir de compras después de cenar y comprarle algo de ropa. Me vendría muy bien tu ayuda. Ya sabes lo que le gusta, sus tallas y todo eso".

Toda su expresión cambió, la chispa animada volvió a su rostro y rebotó un poco. "¡Claro que sí! Sé exactamente lo que le gusta, y siempre hemos compartido la misma talla". Su mirada se dirigió a sus nuevas adquisiciones en el suelo. "Y puedo llevarle algunos libros para que los lea".

Se rió de repente y se puso en pie, pasando por encima de montones de libros para reunirse con él en la mesa. "Vale, me has convencido. Tengo muchas ganas de verla, si no es una psicópata como mamá y Beatrice".

"Y como tus otras hermanas", dijo de mala gana. "He leído la transcripción de su audiencia ante el Consejo. Estaban desvariando y se cambiaron allí mismo, en la sala del Consejo, intentando atacar a cualquiera que estuviera a su alcance. Al final tuvieron que ser tranquilizadas y enjauladas".

Naomi palideció, parecía enferma. "¿Beth también?"

Sacudió la cabeza. "No. Guardó silencio todo el tiempo, incluso cuando tu madre contó al Consejo que había matado a su prometido. Nunca intentó defenderse, sino que aceptó su sentencia y se dejó llevar pacíficamente".

"Es difícil defenderse de algo que sabes que has hecho", suspiró Naomi. Miró a Liam. "Pero sigo queriéndola. ¿Está mal?"

Su mano se cerró sobre la de ella, sobre la mesa. "En absoluto. Es tu hermana y siempre la querrás, pase lo que pase".

"Bueno, no quiero a mi madre ni a mis otras hermanas", dijo con franqueza. "Siempre les he tenido miedo y las odio. Quiero decir... odio de verdad. No siento ninguna compasión por ellas, ni siquiera una gota".

"Teniendo en cuenta que son auténticos psicópatas, eso no es malo. Nunca sintieron nada por ti, así que, por supuesto, tú nunca sentiste nada por ellos".

Parpadeó, asimilándolo. "Nunca lo había pensado así", admitió. "Pero tienes razón. Siento por ellos lo mismo que por Ted Bundy o Jeffrey Dahmler".

Liam le sonrió. "Ya está".



CUANDO HÉCTOR DESBLOQUEÓ la verja que daba acceso al recinto que encerraba a Beth, Noemí no pudo evitar la ansiedad que surgió, retorciéndose en su estómago. En lugar de conducirlos al aire libre, Héctor se volvió hacia un lado. En el rincón más alejado, había montada una tienda de acampada de tamaño considerable. Liam levantó las cejas.

"¿Una tienda de campaña?"

Héctor se encogió de hombros. "No había forma real de seccionar una zona a cubierto. Esto parecía lo mejor. Llamé a casa y mi hijo lo trajo". Su boca esbozó una sonrisa irónica. "Tiene diecisiete años y acaba de comprar su primer coche. Le encantó la oportunidad".

Liam se rió, pero Naomi se lanzó hacia la tienda. Entró, parpadeando un poco para adaptarse al interior sombrío. No tenía ni idea de lo que iba a encontrar, pero cuando vio al leopardo delgado y apático tumbado en el suelo de lona de la tienda, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en sus anchas patas, Naomi corrió hacia delante.

"¡Beth!"

La gata levantó la cabeza justo cuando Naomi la alcanzó. Naomi rodeó a la gatita con los brazos y sollozó sobre el pelaje enmarañado. "¡Beth!"

Un resplandor llenó el aire, y la forma de leopardo se desvaneció, para ser sustituida por una mujer de aspecto demacrado, con la piel de alabastro y el cabello rubio de Naomi. Las dos mujeres se abrazaron, mientras Liam colocaba la bolsa de ropa junto a Naomi. Las hermanas se separaron y Naomi hurgó en la bolsa, sacando ropa. Le tendió a su hermana un par de pantalones estrechos y una túnica de abrigo, así como un conjunto de ropa interior y unas zapatillas calientes.

"Toma... vamos a ponerte esto".

Miró alrededor del recinto, y Liam señaló hacia un lado, donde se había bloqueado una zona

con unos separadores de pantalla de tipo médico en una zona protegida, fuera de los elementos. Condujo a su hermana hasta allí, y miró rápidamente a su alrededor. A un lado había una cama doble con un colchón de aspecto confortable. Había una cómoda pequeña, una mesilla de noche y una mesa con una lámpara y un sillón al lado.

"Todavía tenemos que encontrar una ducha", dijo Liam, que se había quedado fuera para darles intimidad. "Es un trabajo en curso".

"De acuerdo, gracias, Liam. Yo me encargo desde aquí".

Empujó a su hermana sobre el colchón y le entregó la ropa que había elegido. "Toma, pónela tú, mientras yo recojo el resto de las cosas en la cómoda. También te he traído calcetines y zapatos".

"Gracias", dijo Beth, sonando miserable mientras se esforzaba por meter los pies en los pantalones. Parecía carecer de coordinación, ya fuera por la falta de comida o por haber pasado tanto tiempo en su forma gatuna. Naomi se acercó para ayudarla.

"También te compré un cepillo y un peine, y champú y pasta de dientes, ese tipo de cosas".

Beth metió los brazos en la túnica y tiró de ella hacia abajo, alrededor de las caderas. "¡Qué calor!"

"Me imaginé que necesitarías cosas de abrigo, con el frío que está haciendo". Se sentó en el colchón junto a su hermana y la abrazó.

"Te he echado tanto de menos". Sintió las lágrimas de Beth cayendo sobre su hombro. "Odio esto por ti. Ojalá estuvieras fuera de aquí".

"No". Beth retrocedió, secándose la cara húmeda. "Pertenezco a este lugar, y al menos sé que no puedo hacer daño a nadie como se lo hice a Neil".

"No querías hacerle daño", declaró Naomi. "Ya lo sé".

Las lágrimas comenzaron de nuevo. "Pero fui yo. Está muerto, y yo soy quien lo mató. Tengo que vivir siempre con eso".

"Ya lo sé. Es sólo que... ¡Dios! Te conozco, Beth. Te *conozco* -recalcó con fuerza-. "No puedo verte capaz de eso. Sencillamente, no puedo".

Los hombros de su hermana se hundieron. "Yo tampoco creí que pudiera. Sin embargo, aquí estamos".

Un ligero golpecito en el marco de la mampara atrajo su atención. "¿Puedo pasar, señoras?" preguntó Liam.

"Claro". Las dos mujeres hablaron a la vez, mezclando sus voces, y se miraron riendo. Naomi levantó la mano para chocar los cinco. "¡Todavía lo tenemos!", declaró mientras sus palmas chocaban.

Agitó la bolsa de papel blanco que sostenía, y Naomi se levantó de un salto, arrebatándosela.

"Mira lo que te he traído... ¡tu favorito!". Su mano se zambulló en la bolsa y emergió con una gran garra de oso.

Beth se agarró a él. "¡Garra de oso!" Mordió el pastel con gusto.

Observando a las hermanas comportarse como... bueno... hermanas, reunidas después de mucho tiempo, Liam fue consciente de una creciente convicción de que Beth no era en absoluto una psicópata, y de ninguna manera una Rogue. Aquí estaba pasando algo más, y tenían que averiguar qué era.

Se excusó... no es que le estuvieran prestando atención, pues Naomi había abierto su bolsa y las hermanas estaban revisando los libros que había traído. Fuera de su audiencia, pasó su teléfono y llamó a Maroulla.

"¿Sí?" contestó ella secamente.

"Soy Liam. He traído a Naomi a visitar a Beth. Beth le echó un vistazo y cambió. Los dos están sentados en la cama, comiendo pasteles y teniendo un reencuentro".

"¿Y?" preguntó Maroulla, mientras Liam respiraba profundamente.

"Voy a pedirte a ti y al Consejo que hagáis un acto de fe. Quiero permiso para trasladar a Beth de la parte animal del Santuario a la parte residencial. No sugiero que se le dé la opción de salir de sus habitaciones como a las presas normales. Debe permanecer recluida, pero como humana y no como animal. Al menos hasta que podamos evaluarla más a fondo".

Se hizo el silencio al otro lado. Liam esperó pacientemente, dando a Maroulla tiempo para reflexionar.

Finalmente preguntó: "¿Estás seguro de esto?".

Liam no dudó. "No puedo expresar con suficiente firmeza mi convicción de que aquí hay algo que desconocemos. Me gustaría llegar al fondo de esto. No se presenta como una psicópata, ciertamente. Y aunque no recuerda el ataque a su prometido, sin duda muestra arrepentimiento y tristeza. Culpabilidad. Autoinculpación".

"¿Y no te está manipulando?"

"No puede ser. Sus emociones son de lo más reales, y mi animal está de acuerdo. Es protector con ella. Quiere apoyarse en ella, y gemir, y lamerle la cara, y darle consuelo".

El tono de Maroulla era pensativo. "Bueno, eso es revelador, ¿no?".

"Lo es".

"Muy bien. Dame un poco de tiempo. Me pondré en contacto con el Consejo y veré si puedo exponer tu caso. Espero poder darte una respuesta esta mañana".

"Eso será estupendo", dijo, con cierto alivio. "Podremos instalarla en su nuevo alojamiento antes de que tengamos que irnos a casa. Probablemente Naomi querrá salir a hacer más compras para ella, anoche sólo compramos lo básico". Dudó. "¿Puedes conseguir permiso para que tenga un teléfono móvil, aunque no aprueben su traslado a los apartamentos residenciales? Sé que Naomi estará ansiosa por estar en contacto con ella".

"Yo mismo puedo autorizarlo. Parece que estaban increíblemente unidos".

Hizo una mueca. "Tendrían que ser... dos mujeres jóvenes con una sólida brújula moral, criadas en una familia de asesinos psicópatas. Imagino que habrían tenido que aferrarse la una a la otra".

Volvió al dormitorio improvisado de Beth y encontró a las mujeres enfrascadas en una discusión sobre el Consejo de Cambiantes.

"Yo también sigo aprendiendo sobre ello", le explicaba Naomi al doblar la esquina. "Piensa que es como el Senado, en el que cada distrito tiene senadores, pero en vez de eso se llaman guardianes y vigilantes".

"Y luego está el Consejo de Djinn, y el Consejo de Brujas, y...". añadió Liam, acercándose para tomar asiento en el sillón que había junto a la mesa.

"¡Vale!" exclamó Naomi. "Y para los metamorfos, también está el Gran Consejo, que es el internacional".

"Buena chica, estás aprendiendo", aprobó Liam.

Ella le sonrió. "¡Yo lo soy! Y luego está el Alto Consejo de los Otros, con representantes de todos los diferentes Consejos sobrenaturales".

"Me duele la cabeza", se quejó Beth. "Siempre he odiado estudiar gobierno en la escuela. Por no hablar de ciencias políticas. Uf". Se zambulló en la bolsa de la panadería y sacó un bollito de cereza. Le dio un buen mordisco y murmuró: "Qué rico".

"Eso es porque eres un empollón científico", se burló Naomi.

Beth sonrió a su hermana. "Culpable de los cargos".

"Mientras tanto", interrumpió Liam este intercambio, "tengo algo para ti, Beth".

Abrió su mochila. Mientras Naomi había estado eligiendo ropa para su hermana la noche anterior, él había hecho algunas compras anticipándose. Sacó una cajita y la arrojó sobre la cama. Beth la cogió, la miró y se quedó boquiabierta, dirigiendo su mirada hacia Liam.

"¿Un teléfono móvil? ¿Puedo tener un móvil?"

Asintió con la cabeza. "Acabo de recibir el visto bueno de Maroulla. Ya está todo preparado, y tengo programado el número de Noemí, así como el mío, para que podáis manteneros en contacto".

A Beth se le llenaron los ojos de lágrimas al mirar a su hermana. "Te he echado tanto de menos", susurró. "Poder hablar contigo, oír tu voz... significa tanto. Puedo superarlo, si aún te tengo a ti".

A Naomi también se le empañaron los ojos. Se acercó a Beth y la abrazó con fuerza. "Todavía nos tenemos la una a la otra. Haré montones de fotos para enviártelas. Y podemos hacer Zoom, o Facetime, o Discord, o lo que sea, y hablar cara a cara siempre que queramos".

"No te olvides de los libros electrónicos", sugirió Liam. "Como te gusta leer, hay aplicaciones en el teléfono para leer ebooks".

Naomi rebotó en el colchón, emocionada. "Podemos compartir listas de lectura", le dijo a Beth. "Será como un club de lectura, podremos elegir libros que nos interesen a las dos y luego hablar de ellos en Zoom".

Las hermanas seguían discutiendo profundamente sobre posibles libros para leer juntas, cuando sonó el teléfono de Liam. Escuchó un momento, sonrió y cerró el teléfono.

"¡Señoras!" Se puso en pie y agitó una mano para llamar su atención.

"Era Maroulla", les dijo. Ni siquiera intentó contener una amplia sonrisa. "El Consejo ha accedido a que Beth se traslade a la sección residencial, en lugar de permanecer aquí en un recinto para animales. Seguirás encerrada -advirtió, mientras Beth abría los ojos de par en par. "Pero vivirás en un apartamento, como una humana".

Beth le miró fijamente, aparentemente sin habla, mientras Naomi chillaba y abrazaba a su hermana. Liam tuvo que sonreír ante su emoción.

"Maroulla ya ha llamado a la Administración. Ahora están preparando habitaciones para ti. No es como una prisión humana. Tendrás una pequeña suite, más bien como un estudio, con dormitorio, salón y cuarto de baño. Héctor vendrá a avisarnos cuando esté lista. Sin embargo, a diferencia de los demás, tendréis que limitaros a vuestras habitaciones".

Naomi frunció el ceño y pareció un poco preocupada. "¿Y si su gato quiere salir? Sabes que es tan peligroso no dejar salir a nuestro animal como permanecer en nuestras formas animales".

"Sólo tienes que decírselo", tranquilizó Liam a Beth. "Hay un patio abierto, como un gran parque, para los residentes", evitó cuidadosamente utilizar la palabra prisioneros, aunque eso era lo que eran. "Los guardias te escoltarán hasta allí, y podrás Cambiarte y pasar todo el tiempo que quieras como tu gato, luego te llevarán de vuelta a tu apartamento cuando estés lista para Cambiarte de nuevo".

A Beth se le llenaron los ojos de lágrimas.

"No sé qué decir", balbuceó.

Naomi la abrazó más fuerte, meciendo a su hermana de un lado a otro. "No tienes que decir nada. Haz lo que yo hice... come, duerme y mejórate".

"¿Qué has hecho?" repitió Beth, con cara de perplejidad.

En unas breves frases, Naomi explicó su propia situación. Beth la abrazó con fuerza. "Lo

siento, hermanita", susurró. "Siento que hayas pasado por eso".

"No pasa nada", la tranquilizó Naomi. "Ahora estoy muy bien, y rodeada de toda la comunidad cambiaformas de allí. Son maravillosos, me abrazan, me ayudan y son mis amigos, a pesar de... bueno... Beatrice".

Beth se estremeció. "¡Dios mío, es tan horrible! Y mamá también". Levantó la cabeza del hombro de Naomi para mirar a Liam. "Gracias por sacarme de allí. Estar en un apartamento será maravilloso, pero alejarme de ellos, aunque tuviera que quedarme aquí en este corral, me parecería bien, con tal de estar lejos de ellos".

Sonrió trémulamente, levantando su nuevo teléfono. "Y al menos, ahora no estaré sola. En realidad, no".

"Te llamaré a todas horas", prometió Naomi con fervor. "Puede que no podamos vernos mucho, pero nunca estarás sola, te lo juro".

Beth volvió a abrazarla. "Tendré un lugar donde vivir como humana, un lugar donde pasar el tiempo como mi leopardo, y te tendré a ti. Y al mismo tiempo, estaré donde no pueda hacer daño a nadie. No puedo pedir más que eso".

CAPÍTULO 21



LOS NERVIOS POR enfrentarse a su primer día de trabajo habían levantado a Naomi antes del amanecer del lunes. Esperaba tener problemas para dormir, después de la visita al Santuario, de volver a ver a Beth y de tener que separarse de ella para regresar a Nueva York. En cambio, había dormido sorprendentemente bien y se había despertado alerta y preparada.

Bajó las escaleras en bata acolchada y zapatillas, se preparó un café caliente del comedor y se dirigió a su habitación. Hacía frío cuando salió al balcón, pero inhaló profundamente, amando el aroma limpio y fresco del final del otoño, la quietud de los bosques circundantes con sus sombras acechantes en la oscuridad previa al amanecer. Apoyada en la barandilla, dio un sorbo a su café, sintiendo el zumbido gradual de su cerebro al despertar.

Por el rabillo del ojo, un movimiento captó su atención. Una pequeña forma, no mucho más que una sombra borrosa, se deslizó por el césped para desaparecer entre un rosal. Cuando parpadeó, tratando de aclarar su visión, la forma salió disparada, en dirección al linde del bosque, corriendo a una velocidad tan vertiginosa que sólo tuvo la vaga impresión de que había estado sobre dos piernas. Pero podía haberse equivocado en la oscuridad. Con un suspiro, se preguntó si podría tratarse de un mapache. Sin embargo, era mucho más pequeño que un mapache y no había salido de los cubos de basura, situados en el extremo del pequeño aparcamiento de la posada, lejos del propio edificio.

Caramba. Se estremeció cuando se le ocurrió otra posibilidad. ¿Ratas? Se estremeció. Seguro que no. En cualquier caso, más le valía avisar a Renee. Inclinandose de lado, miró por la ventana de su habitación y comprobó el reloj digital de la mesilla. Aunque aún no eran las seis, probablemente Renee ya estaría preparando el desayuno.

Aún en bata y zapatillas, volvió a bajar. El comedor estaba vacío... no era de extrañar, ya que el desayuno no estaba disponible hasta las siete. Cruzó la habitación y asomó la cabeza por la puerta de la cocina. "¿Renee?"

"Buenos días, Naomi", dijo Renee al salir de una profunda despensa. "Es tu primer día de trabajo, ¿verdad?"

"Sí, pero había algo más que quería contarte". Se encogió por dentro. Menuda conversación más incómoda. "Vi algo correr desde la parte trasera de la posada, hacia el bosque. Era demasiado grande para ser una ardilla, pero no lo bastante para ser un mapache. Y era muy rápido. Pensé que debía avisarte, por si era algo peor, como, no sé, ratas o algo así".

"¡Ah!" Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Renee. Le hizo una seña con una mano. "Ven por aquí, Naomi".

Entró en el vestíbulo, pasó el mostrador de facturación y bajó por el pasillo que llevaba al aparcamiento trasero. La abrió y le hizo señas a Naomi para que entrara. Naomi miró a su alrededor con curiosidad. La habitación era claramente el estudio privado de Angus y Renee, con un cómodo sofá y sillones reclinables ante una chimenea... de verdad, observó, con una cesta de leños a un lado y un estante con planchas de cocina. Unas amplias ventanas con cortinas daban al césped y al bosque. Una estrecha escalera a lo largo de la pared del fondo conducía probablemente a su dormitorio.

Renee cruzó hacia la chimenea, señalando el hogar. En una esquina del hogar, junto a los troncos, había un pequeño cuenco y un platillo. Naomi le echó un vistazo y luego miró a Renee con los ojos muy abiertos.

"¿Brownies?"

"Brownie, en singular", confirmó Renee. "Nunca he oído que en una casa haya más de uno".

Naomi frunció el ceño, intentando recordar lo que había leído sobre los brownies, que de todas formas no era mucho. Y, de todos modos, sólo eran cuentos de hadas, no tenía ni idea de que fueran reales. "Trabajan en la casa, limpiando y demás, a cambio de leche y... ¿pasteles?"

Renee la miró con aprobación. "Muy bien. Sí, también ayudarán en el campo y en el establo, si así lo desean. Pero no aceptan ningún otro tipo de regalos, sobre todo ropa".

"Sí, pero yo creía que eran cosa de los celtas". aventuró Naomi, perpleja. "Al menos, tengo una especie de vago recuerdo de que eran cosa de, por ejemplo, Escocia, creo. ¿Qué hace un brownie en América?"

Renee soltó una profunda carcajada. "Bueno, no es que pudiera pedírselo". Hizo una pausa, con una mirada pensativa. "Supongo que podría intentarlo, si por casualidad lo viera. Normalmente desaparecen cuando oyen acercarse a la gente, pero le he visto de vez en cuando. Simplemente supusimos que había llegado de Europa con los propietarios originales de la posada".

"¿También hacen travesuras, si no recuerdo mal?" aventuró Noemí, todavía desenterrando recuerdos de los libros de la infancia.

"Sí, travesuras juguetonas, nada malicioso a menos que se sientan irrespetados", dijo Renee. "Tienen mucho orgullo".

Naomi se quedó atónita. "¡Nunca hablaría de ellos irrespetuosamente! ¿Quién lo haría?"

Renee se encogió de hombros y se volvió hacia la puerta. "Hay todo tipo de personas, Naomi. Pero te garantizo que si alguien habla mal de un brownie y sufre sus represalias, esa persona no volverá a cometer ese error".

Riéndose entre dientes, Naomi siguió a Renee al pasillo. "Supongo que no". Se volvió hacia la escalera. "Será mejor que vaya a ducharme y empiece a prepararme".

Renee hizo una pausa, mirando por encima del hombro. "Ah, sí. ¿Estás emocionada por tu primer día de trabajo?"

Naomi asintió. "Sí. Estoy un poco nerviosa, pero emocionada al mismo tiempo. Empezar este trabajo, es como si realmente fuera el paso a mi nueva vida, ¿sabes? No sé cómo describirlo".

Renee se acercó a ella y le apoyó una mano en el hombro. "Lo comprendo. Has tenido la sensación de estar simplemente marcando el paso, y el nuevo trabajo es el primer paso para volver a una vida normal y cotidiana."

"¡Sí! Eso es, exactamente. Además, me encantan las bibliotecas", me confió. "El ambiente silencioso, el olor a libros y encuadernaciones, el arrastrar de los pies, el roce de las sillas".

"Nunca me lo había planteado así", admitió Renee. "Siempre supuse que el atractivo eran los propios libros".

"Oh, lo es", le aseguró Naomi. "Pero eso es sólo una parte. Es la sensación que transmite, la experiencia global que comienza cuando entras por la puerta. No hay nada como una biblioteca... bueno, ¡a menos que sea una vieja librería de libros usados!".

Renee se unió a su risa y, con otra palmada en el hombro de Naomi, se dio la vuelta y desapareció en el comedor.

Una hora más tarde, Naomi se miró en el espejo. Recién duchada, vestida con un elegante traje gris claro con raya diplomática y un chaleco de seda color crema bajo la chaqueta a medida, los pies calzados con unos cómodos mocasines y unos bonitos aros dorados en las orejas, estaba lista. Llevaba el pelo recogido en una sencilla trenza francesa.

"Bien", le dijo a su reflejo. "Allá vamos. Es el primer día del resto de tu vida".



SINTIÉNDOSE BASTANTE TRIUNFANTE, Naomi aparcó el coche detrás del bed and breakfast nueve horas más tarde. Estaba un poco cansada, pero eso no empañaba su brillo de felicidad por el éxito de su primer día de trabajo. Es más, ¡tenía pensado celebrarlo! Liam tenía el turno de noche en la clínica, así que estaba sola. Por supuesto, podía llamar a una de sus nuevas amigas, Jacinth, Katerina o Tamera, pero todas tenían pareja y, excepto Beth, llevaba tanto tiempo sola que le apetecía pasar un rato a solas.

Así que estaba organizando su propia Noche de Chicas. Para ello, había pasado por una gran tienda de manualidades de camino a casa para comprar una bonita cesta de mimbre.

No había nadie en recepción cuando entró por el vestíbulo cargada con el bolso, la bolsa del portátil, la cesta y una bolsa llena de libros que había sacado de la biblioteca. Porque, ya sabes, todos los libros que había cogido el sábado no eran suficientes. Soltó una risita, recordando la cara que puso Liam cuando entró en la habitación del hotel y vio todas aquellas pilas de libros. Dudando al pie de la escalera, redirigió sus pasos hacia el salón. De la pequeña mesa bufé donde había bebidas y tentempiés a todas horas, eligió una selección de las increíbles galletas de Renee, así como una pera y un racimo de uvas para picar mientras leía. Los metió en la cesta y subió.

Lo primero que hizo al entrar en la habitación fue acercarse a la chimenea y encender las llamas para empezar a calentar la estancia. Como pensaba darse un largo baño de burbujas caliente, no quería enfriarse cuando volviera a la habitación. Sabía, porque lo había comprobado, que aunque algunas de las habitaciones de huéspedes tenían cuarto de baño completo, las que no lo tenían disponían de medio baño como ella, con un simple inodoro y lavabo. Así que, a estas horas de la noche, no molestaría a nadie acaparando el baño compartido del pasillo, con su bañera de patas de garra. Fue a su armario, sacó un bonito conjunto de salón de satén con respaldo de franela y lo colocó sobre la cama. Se había gastado un dineral y se los había comprado al llegar a Nueva York, pues su vida en Florida no la había preparado para el frío otoño-invierno de aquí.

Colocó sus artículos de baño en la cesta de mimbre. Ya tenía una buena colección: baño de burbujas, sales y bombas de baño, jabones perfumados e incluso un estropajo. La cesta le facilitaría llevarlos y traerlos del baño, por no mencionar lo atractiva que resultaba. Se sentó, inspeccionándola con satisfacción. Rebuscando en el bolso, sacó el teléfono y se aseguró de que su lista de reproducción de música suave y relajante estuviera cargada y lista. Puso el teléfono en la cesta, cogió su bata de franela gruesa y sus zapatillas, así como una toalla de felpa del cuarto de baño, y se dirigió al pasillo.

Transcurrió casi una hora hasta que regresó a su habitación por el pasillo. Además de estar

tan flácida como unos espaguetis demasiado cocidos, también estaba mustia, con la piel arrugada de tanto tiempo sumergida. Pero le invadía una maravillosa sensación de bienestar, por no mencionar que olía de maravilla y todo aroma a su baño de burbujas de flores de cerezo. Ahora que lo pensaba, iría al centro comercial este fin de semana y compraría un montón más de artículos de baño, y prepararía un paquete para enviar a Beth; su gemela también se merecía largos y relajantes baños de burbujas.

Entró en su habitación y se deslizó sobre la cama, fundiéndose con el colchón, donde permaneció tumbada unos minutos, simplemente disfrutando del momento. Para la siguiente parte de su plan, iba a pedir que le trajeran la cena a un restaurante italiano de la zona y a pasar el rato con sus libros, leyendo y relajándose toda la noche. Un buen plan.

Acababa de enviar su pedido y estaba a punto de dejar el teléfono, cuando éste le chirrió. Dudó... después de todo, era su momento a solas. Pero al mirar la pantalla, vio que era Liam quien la llamaba, y se apresuró a deslizar el dedo para coger la llamada.

"¡Eh!" Dijo, metiendo los pies debajo de ella mientras se sentaba en la cama. "¿Qué pasa?"

"¿No dijiste que tenías el jueves libre esta semana?"

"Bueno, medio día", enmendó. "Porque trabajo el sábado".

"Bien, pues he concertado una cita para ver esa casa de la que nos habló Joe, el jueves por la tarde. ¿Quieres venir?"

"¡Me encantaría!", dijo entusiasmada. "Esto es tan emocionante. Y nunca había visto una casa de carruajes. Aunque lo busqué en Google después de nuestra cena con Joe y Jake, y creo que una casa de carruajes sería perfecta para una clínica. Bueno -permitió, riendo-, después quizá de mucho trabajo por parte de los constructores".

"Claro", se rió Liam. "Yo trabajo el jueves en la clínica, pero he organizado un largo almuerzo. ¿Qué te parece si quedamos allí cuando salgas de la biblioteca? Podemos reunirnos con el agente inmobiliario y ver la propiedad, y luego salir a comer".

"Es un plan", le aseguró Naomi. "¡Estoy impaciente!"

"Por cierto". Su voz contenía algo más que una pizca de diversión. "Mira en tu balcón".

Curiosa, se deslizó fuera del colchón, sintiéndose todavía algo deshuesada, y se dirigió a la puerta del balcón, abriéndola de un tirón y asomándose al exterior, sintiendo el frío del aire vespertino en la nariz. Le entraron ganas de reír de puro placer. No habían tenido un tiempo así en Florida y le encantaba. No estaba tan segura de que le gustara la nieve, pero eso aún estaba por llegar.

"¿Naomi? ¿Estás ahí?"

Ah, claro, se suponía que estaba buscando algo. Su mirada se posó en la mesita que había junto al planeador de su balcón, donde había una caja mediana con cinta adhesiva amazónica por todas partes. La levantó y algo sonó, aunque no de una forma delicada, como si estuviera rota. Llevó la caja al interior y la colocó sobre el escritorio, cortando la cinta con unas tijeras. Abrió la caja y miró dentro. Tras sacar un trozo de espuma de poliestireno, chilló de alegría.

"¡Un hervidor eléctrico!"

Lo sacó, junto con las instrucciones, admirándolo.

La profunda risita de Liam sonó a través del teléfono. "Es un regalo de felicitación por tu primer día de trabajo. Lo han entregado hoy mientras estábamos en el trabajo, le he pedido a Angus que te lo pusiera en el balcón cuando llegara".

"¡Me encanta! Puedo conseguir algunos téis, cacao instantáneo y sidra instantánea para tener aquí en mi habitación".

"Puedes", aceptó él, riéndose claramente de su excitación. "De eso se trata".

"Ahora tengo que ir al supermercado a hacer la compra", dijo, fingiendo que se quejaba, pero por dentro estaba radiante de felicidad, no sólo por tener la tetera, sino porque Liam se había desvivido por hacerle un regalo muy considerado. ¡Era tan increíble! Sabía que cada día se enamoraba un poco más de él, y ni todas las advertencias que se hacía a sí misma parecían cambiar nada. Controlaba sus sentimientos, y entonces él hacía algo así y ella volvía a enamorarse de él.

"Creo que puedes con ello", dijo, aún riendo. "Diablos, tengo que irme. Viene un paciente".

"Muy bien. Gracias, Liam. Me encanta".

"Buenas noches, y te veré mañana en el desayuno".

"¡Allí estaré! Buenas noches, Liam".

CAPÍTULO 22



JUSTO ANTES DEL mediodía del jueves, siguiendo las indicaciones de Liam, Naomi entró en el largo y curvilíneo camino de entrada a la clínica veterinaria. Casi todas las personas que había conocido estaban relacionadas de alguna manera con la clínica; además de que Liam hacía prácticas allí, Douglas y Troy eran socios propietarios. Douglas estaba casado con Jacinth, y Troy estaba prometido con Katerina. Kester era el hermano mayor de Katerina. Jacinth había sido mentora del mago Julian, que estaba casado con Alessandra, mientras que Maroulla Kazakis, la guardiana del Consejo de Cambiantes del Noreste, era la abuela de Katerina y Kester. Era como una intrincada tela de araña, en la que cada hebra conducía a la clínica veterinaria.

Así que se quedó mirando con curiosidad cuando apareció la clínica. Estaba apartada de la carretera, con colinas boscosas y un granero rojo con tejado a cuatro aguas y ribetes blancos como telón de fondo. Al menos, ella no sabía nada de graneros ni de sus tejados, pero "con tejado a cuatro aguas" fue lo que le vino a la mente cuando lo miró. La clínica en sí era de un bonito ladrillo rojo, larga y baja, con atractivas contraventanas verdes. No tenía nada de especial, nada que indicara que de algún modo era el centro de la comunidad de Los Otros en el valle del Hudson.

El camino de entrada se dividía a izquierda y derecha al dar la vuelta a la clínica, con una señal que anunciaba "Perros" a la izquierda y "Gatos" a la derecha. Vale, eso era bastante bonito. Hmm, ¿por dónde, por dónde? Ella era felina, pero estaba aquí para ver a Liam, definitivamente un perro. Sonriendo un poco para sí misma, giró a la izquierda y aparcó. La puerta que daba a la clínica desde el aparcamiento, como era de esperar, decía "Perros", y volvió a reírse entre dientes al entrar.

Sin embargo, lo primero que vio cuando la puerta se cerró tras ella fue una gata calicó grande y de pelo largo, sentada regamente en el mostrador de la recepción, con su larga cola enroscada cuidadosamente sobre las patas delanteras. Tenía las orejas erguidas y unos ojos dorados que la miraban sin pestañear.

Espera, ella conocía esos ojos. Entrecerró los suyos.

¿"Gato"? exclamó en silencio.

Un lento parpadeo le respondió, y Naomi se mordió una sonrisa. Juraría que Cat le estaba sonriendo. Una mujer mayor sentada tras el mostrador levantó la vista, sonriendo amistosamente.

"Sí, ¿puedo ayudarte?"

El color subió a las mejillas de Naomi. "¡Oh! Sí, hola. He quedado con Liam... er, el Dr. McConnell... aquí".

La mujer sonrió aún más. "Tú debes de ser Naomi. Bienvenida, soy Barbara. Encantada de conocerte".

Sintiéndose un poco aliviada, Naomi le devolvió la sonrisa. "Hola, yo también me alegro de conocerte".

Bárbara señaló las sillas acolchadas de la sala de espera. "Poneos cómodos. El doctor McConnell está ahora mismo con un paciente, no debería tardar. ¿Te traigo algo? ¿Un café? ¿Té?"

"No, gracias, estoy bien. He venido preparada". Naomi se acomodó en una silla cerca de la puerta y sacó su Kindle, levantándolo para que Barbara lo viera, y compartieron una carcajada. Al mejor estilo felino, Cat procedió a ignorarlas a las dos y empezó a acicalarse una pata empenachada.

Naomi esperó a que Gato la honrara con la mirada y dijo "¿Perros?" en silencio. Las grandes orejas empenachadas giraron hacia atrás, y Gato le siseó. Sonriendo, Naomi abrió su Kindle y se puso a hojear su biblioteca antes de decidirse por uno de los libros, un romance de vampiros, que Beth y ella habían decidido leer juntas.

La puerta que se abrió tras ella hizo que tanto ella como Cat dirigieran su atención hacia el recién llegado. Naomi parpadeó sorprendida al ver a Nathan, el hombre que había conocido en el patio de comidas del centro comercial hacía un par de semanas. Se levantó una fea sospecha, pero se desvaneció con la misma rapidez al ver la expresión de pánico en el rostro del hombre al asomarse por la puerta.

"No sé por qué puerta entrar", dijo, con la voz tensa. "Tengo un... eh... tengo un conejo".

La diversión la invadió, pero se mordió la sonrisa.

"Pasa, entonces", invitó Naomi. "Seguro que está bien".

El alivio se apoderó de su rostro y entró en la sala de espera, sujetando con cuidado un transportín de plástico duro, más grande, para un perro de tamaño mediano. Se dirigió hacia el mostrador de recepción y se detuvo, haciendo la clásica doble mirada.

"Espera... te conozco. Naomi, ¿verdad?"

Ella le sonrió. "Sí, del centro comercial".

Detrás de ella, Bárbara preguntó: "¿Puedo ayudarle?".

"Ah". Se volvió hacia el mostrador. "Sí. He llamado. Soy Nathan Burke. Es... una emergencia".

Bárbara hizo una rápida comprobación en el ordenador y asintió. "Ahora te llevaré a una habitación. Verás al doctor Shelton".

Tragó saliva, parecía extrañamente nervioso, y asintió distraído mientras seguía a la mujer por el pasillo. Tuvo que reírse. Bueno, eso era raro. Pero estaba claro que no la seguía, así que volvió a su libro. Un momento después, la sobresaltó una voz masculina que bramaba: "¡Gato!".

Se oyó un ruido sordo cuando Cat saltó al suelo y trotó por el pasillo. Cerca del final del pasillo, Troy salió de una sala de reconocimiento y le hizo señas a Naomi. "Será mejor que vengas tú también. ¿Y Bárbara? Llama a Liam y dile que venga".

Curiosa, Naomi guardó el Kindle en el bolso y se dirigió al pasillo. Entró en la sala de reconocimiento justo detrás de Cat, y se sobresaltó cuando Troy dirigió una mirada furiosa a Cat.

"Te voy a estrangular".

Unos grandes ojos dorados parpadearon hacia ella, y la cola plumosa se agitó. Naomi dirigió la mirada hacia el transportín que descansaba sobre la mesa metálica. Nathan estaba aflojando los tornillos que sujetaban la parte superior, mientras Troy se inclinaba para mirar dentro del transportín. Naomi intercambió una mirada de desconcierto con Cat y se encogió de hombros.

Cuando terminó con los tornillos, Nathan dio un paso atrás. Su mirada se posó en Cat, y luego miró a Naomi, claramente desconcertada por su presencia. Troy se enderezó, con la boca apretada.

"¿Preparado para esto?"

Levantó la parte superior del transportín y Naomi no pudo evitar soltar un grito ahogado. Agazapado en el fondo del transportín, con los ojos muy abiertos por el miedo, temblando de terror, había un conejito. Un conejito diminuto, con una pequeña cornamenta en la cabeza.

"¿Cómo lo has hecho?" preguntó Naomi a Nathan, agachándose para mirar más de cerca.

"No lo hice", fue su escueta respuesta.

El conejito giró la cabeza al oír la voz de Nathan y saltó de la caja hasta el borde de la mesa, apoyando la cara en la cintura de Nathan. Naomi no pudo evitar sonreír ante la sensación de calidez que le produjo ver a Nathan acunar a la criaturita con las dos manos, a pesar de la expresión de conmoción de su rostro.

"Confía en ti".

La mirada severa de Troy estaba clavada en Cat. "¿Y bien?"

El aire brilló con la magia de un Cambio inminente, y Noemí chilló alarmada.

"¡Espera!" Se lanzó hacia los armarios que cubrían una de las paredes de la sala de reconocimiento, rebuscando hasta encontrar una sábana. Salió y la sostuvo entre Nathan y Cat. "Vale, ahora".

Un momento después, Cat desapareció y Katerina salió, rellenando la hoja, que apretó contra sí con una sonrisa de agradecimiento a Naomi.

"¿Un jackalope?" preguntó Troya a su prometida. "¿De verdad, Katerina?"

Katerina se encogió de hombros y se acercó a la camilla para observar a la criatura. "Yo tampoco sabía que eran reales. Me pregunto si YiaYia lo sabrá".

Junto a Naomi, el rostro de Nathan se puso blanco como una sábana.

"E-Ella...", tartamudeó. "Ese c-gato..."

Naomi se acercó para coger el omnipresente taburete con ruedas, deslizándolo detrás de Nathan justo cuando sus rodillas cedieron. Le rodeó el brazo con una mano y le sostuvo mientras se hundía en él.

Liam entró en la habitación en ese momento, y pareció evaluar la situación de un vistazo.

"Ah, caramba". Cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia la camilla. "Lo primero es lo primero. ¿Qué le ha pasado al jackalope?"

"Yo... um..." Nathan sacudió la cabeza y respiró hondo. "Sí. Jackalope. Estaba en mi patio trasero, junto a la puerta. Oí unos golpecitos y fui a mirar, y allí estaba, golpeando el cristal con la cornamenta, supongo. Parece como si lo hubiera agarrado un perro".

"Sí", retumbó Troy, examinando las heridas con ojos evaluadores. Levantó la mirada hacia Nathan. "¿Me permites?"

"Sí, claro". Nathan acarició por última vez el pelaje de la criaturita y apartó de la mesa el taburete en el que estaba sentado.

Troy cogió a la cría de jackalope, acunándola con ambas manos. "Liam, ¿sabes algo de estos tipos?"

"No, pero puedo consultar la base de datos cuando vuelva a mi portátil".

"¿Base de datos?" Nathan parecía no poder aguantar mucho más. "¿Tienes una base de datos de... esto?". Su mano se dirigió hacia el jackalope.

Naomi le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo. "No pasa nada. Respira".

"Definitivamente fue un perro", sentenció Troy, tras inspeccionar las heridas más de cerca.

"Coyote, quizá, pero si hubiera sido un coyote, probablemente no habría escapado". Dejó al conejito... jackalope... sobre la mesa de exploración, y éste saltó hacia Nathan, a quien al parecer reconoció como su salvador. A Naomi le pareció bastante tierno ver cómo las manos del músico aliviaban el suave pelaje de la conejita.

"Necesitaré algunos puntos, pero...".

"¿Ella?" interrumpió Katerina.

Troya la abrasó con una mirada. "Sí. Por lo visto es un jillalope, no un jackalope".

Naomi no pudo contenerse más y estalló en carcajadas. "Qué preciosidad. Nathan, deberías llamarla Jill".

"Esto es lo que hay", les dijo Troy. "Puedo curar las heridas y suturarla, pero tenemos que mantenerla en cuarentena por si tiene rabia".

Naomi hizo un gesto de dolor. "Uf, rabia".

Liam, sin embargo, asintió con la cabeza. "Habrà que mantenerla enjaulada, o acorralada al menos, durante un par de semanas".

"No podemos tenerla aquí", objetó Troy. "Hay demasiados humanos normales alrededor, no hay forma de que pueda quedarse aquí a salvo".

Todas las miradas se dirigieron a Nathan. El joven enderezó la columna y sus manos rodearon protectoramente a la pequeña criatura. "Quiero quedármela. Al menos, hasta que se cure. Quiero decir, ella vino a mí. Puedo instalarla en un corral en mi casa y alimentarla y cuidarla, y vigilarla por si presenta signos de infección".

"Buen hombre", aprobó Troy. "Sr. Burke, deje que le lleve a mi despacho y le explique un poco... las cosas... mientras arreglo su nueva mascota".

Katerina se detuvo junto a la puerta cuando Naomi y Liam salieron de la habitación, y miró a su Elegido.

"No sabía que fueran reales", dijo con voz suave. "Sinceramente, pensaba que sólo eran una leyenda urbana".

Troy agitó una mano indulgente. "Pero tengo que decírselo a Douglas", le advirtió.

Se rió entre dientes. "Va a perder los papeles".

"Lo sé. Ésa es mi recompensa por descubrirlo así. Ahora, vete".

Con una sonrisa juguetona, Katerina le lanzó un beso al fornido veterinario y cerró la puerta, dejándole a solas con su paciente de fábula.

"Utilizaremos el despacho de Douglas", dijo, deslizando la mano por el brazo de Nathan y llevándolo hasta el final del pasillo. "Liam, ¿por qué no os ocupáis Naomi y tú de que se acomode, mientras yo voy a ponerme ropa normal? Guardo algunos repuestos en el despacho de Troy".

Nathan se encontró apretado en una silla, mientras Naomi llamaba a Katerina: "¡Tráele café!".

Entonces Naomi se acomodó en la silla junto a él, sonriendo. "Así que supongo que tienes preguntas".

Liam se rió, apoyando una cadera en el pesado escritorio de madera que dominaba la habitación. "Apuesto a que sí. Por cierto, soy Liam McConnell". Le tendió la mano y Nathan se la estrechó.

"¿Eres uno de los veterinarios?"

"Interno", asintió Liam.

Nathan se aclaró la garganta, sin saber por dónde empezar. "Así que... Chacalopos".

"Sí, no tenía ni idea", comentó Naomi. "Yo también pensaba que eran una leyenda urbana."

¿Liam?"

"Sabía que existían, pero permanecen bien ocultos". Liam estaba desplazándose por el ordenador de Troy y levantó la vista. "Sí. Aquí se dice que se sabe que siguen existiendo, porque se han encontrado madrigueras, pero hace décadas que no hay ningún avistamiento verificado".

"Supongo que ya tenemos nuestro avistamiento verificado", ¿eh? dijo Naomi con una sonrisa.

Nathan envidiaba su capacidad para tomárselo a la ligera. A menos que... oh. que sí.

"¿Eres uno de...?", preguntó, señalando la puerta por la que había desaparecido Katerina.

"Cambiaformas. Y sí, los dos", confirmó Naomi, señalando con la cabeza a Liam. "No el doctor Shelton, aunque está prometido a Katerina, así que sabe de metamorfos".

A Nathan le temblaban las manos y se las metió en los bolsillos. "Ni siquiera sé qué decir".

Se abrió la puerta y entró Katerina, vestida de forma informal con vaqueros y un jersey de punto por cable de color avena. "La verdad es que te lo estás tomando bastante bien".

La miró fijamente, intentando asimilar la nueva realidad de que aquella mujer guapa y morena había sido una gata esponjosa hacía sólo unos minutos. "¿Lo soy? No me siento como si lo fuera".

Sonrió. "Troy guarda una botella de buen bourbon para momentos como éste. ¿Puedo ofrecerte un poco?"

"No, no", negó. No es que el ardor del whisky no le hiciera daño, pero no quería liarse. "¿Todavía tengo que conducir hasta casa con mi nuevo... eh... jillalope?"

Naomi soltó una risita, apoyándose en Liam, cuyo brazo rodeó su cintura. Sintiéndose ligeramente decepcionado, Nathan se dio cuenta de que eran pareja.

Liam apretó un beso en el pelo de Naomi, y se volvió hacia la puerta. "Ahora que ya estáis instalados, voy a dejaros a solas, y volveré para ayudar al doctor Shelton si lo necesita".

Cuando se marchó, entró Bárbara, de la recepción, llevando una bandeja con una cafetera y varias tazas, junto con sobres de azúcar y una botella de crema. Katerina se apresuró a cogérselo.

"Hola, Barbara. Gracias".

"De nada". La mujer mayor sentía una clara curiosidad, pero mantuvo su aire profesional, cerrando la puerta tras de sí mientras, presumiblemente, volvía a sus quehaceres.

Katerina sirvió una taza y se detuvo, mirando inquisitivamente a Nathan. "¿Nata o azúcar?"

"Negro, por favor".

Todo era muy educado y casualmente amistoso, lo que no hacía sino aumentar el carácter surrealista de todo aquello.

"Tú eras el gato", le dijo a Katerina, oyendo una leve nota de acusación deslizarse en su voz.

Sorbió su propio café, sus ojos dorados... como los ojos de su gato... le brillaban por encima del borde de la taza. "Un Maine Coon", confirmó.

"Soy un leopardo nublado", dijo Naomi.

Nathan tragó saliva. "¿Y Liam?"

"Es un Gran Pirineo".

Rebuscando en su memoria, Nathan tenía un vago recuerdo de aquella raza. "¿Los grandes y desgreñados perros blancos de las regiones alpinas?"

"Eso es", aprobó ella, sonriéndole.

Nathan deseaba que su cerebro funcionara. Todo parecía borroso, como intentar pensar a través de una nube turbia.

"Debería tener como un millón de preguntas", admitió. "Pero no se me ocurre nada".

"Tómate el café", aconsejó Katerina amablemente. "Has tenido un pequeño shock. Dentro de

un rato se te pasará".

Parecía un buen consejo, y se hizo el silencio en la pequeña sala mientras todos bebían su café. Finalmente, Nathan dejó su taza sobre la mesa.

"Vale, entonces, cambiaformas. Supongo que no son como los hombres lobo de las películas de terror".

"En absoluto", se apresuró a tranquilizarle Naomi. "Ser metamorfo es genético... hay que tener al menos un padre metamorfo para que se transmitan los genes. Cambiamos a voluntad. Piensa en nosotros como personas normales, con algo extra".

"Me gusta pasar el rato en los alféizares de las ventanas cuando el sol está en su punto", le guiñó Katerina alegremente un ojo.

"Evidentemente, es un secreto muy bien guardado", observó Nathan. "¿Cómo es que me has contado el gran secreto? Bueno, obviamente, el jackalope... ¡Espera!". Se interrumpió, sintiendo que se le iba la sangre de la cara. De nuevo. "No es una...."

"No, no", le dijo Katerina. "No es una metamorfa. Y en cuanto a por qué acudió a ti...".

"En realidad, yo también me lo preguntaba", aventuró Naomi. "Y también me sorprendió que te cambiaras delante de él, Katerina".

"Fue por culpa del jackalope". Katerina debió de ver la perplejidad en el rostro de Nathan, porque le sonrió y se acercó para acariciarle el brazo. "Acudió a ti, Nathan, cuando se lesionó".

Nathan se lo pensó mejor. "Quizá era la persona más cercana", sugirió, pero Katerina negó con la cabeza.

"Ninguna criatura mágica acudiría a cualquiera, por muy herida que estuviera. Y menos una salvaje. De todas las personas en cuya casa podría haberse presentado, eligió a la única que no hizo fotos al instante para colgarlas en las redes sociales, ni llamó a la cadena local de noticias, ni siquiera fue a por una pistola para dispararle y tenerla colgada en la pared como trofeo. En lugar de eso, la escondió en un transportín y la llevó a un veterinario".

"Y no cualquier veterinario -continuó ella, levantando un dedo cuando él abrió la boca para hablar. La cerró. "De todas las clínicas veterinarias del condado, la trajiste a la única donde no sólo hay metamorfos, sino humanos conscientes de lo mágico. No hay coincidencia tan fuerte, amigo mío. Y ella confía en ti, Nathan. Cuando Troy le quitó la tapa al transportín, saltó directamente hacia ti, e instintivamente la protegiste, poniendo las manos a su alrededor antes de entregársela a Troy para que la examinara".

Los ojos de Naomi se abrieron de par en par. "¡Yo también me he dado cuenta!"

Katerina sonrió. "De hecho, Nathan, dudaste sólo un minuto. Te vi tomar la decisión consciente de confiar en él, antes de entregársela".

"Vaya". Nathan se echó hacia atrás en la silla, con la cabeza dándole vueltas. "Eso es... guau".

La puerta se abrió y otra hermosa joven, esta vez una despampanante pelirroja, se asomó, con los ojos brillantes de excitación. "Sr. Burke, su jackalope... ¡eh, jillalope! ...está listo para irse a casa. Soy Tamera, por cierto, y estoy encantada de conocerte".

"Emocionada por conocer a su jillalope, más bien", se burló Katerina, y Tamera se echó a reír.

"¡Eso también! Vamos", invitó, abriendo más la puerta. "Te cargaremos con todo tipo de instrucciones y cosas".

"No olvides darle nuestros números de teléfono", dijo Katerina. "Nathan, puedes llamarnos en cualquier momento si tienes preguntas o si surge algo, ¿vale?".

Todavía algo aturdido, Nathan se dejó conducir fuera de la habitación. A su paso, Katerina y

Naomi se desplomaron en sus sillas, riendo hasta llorar.

"¡Oh, pobre hombre!" dijo finalmente Noemí, secándose las lágrimas. "Su vida nunca volverá a ser la misma".

Katerina soltó una risita. "Ohmigosh, ¿viste su cara cuando cambié? Creí que se iba a desmayar".

Liam entró en el despacho justo a tiempo para oírlo, y se rió entre dientes. "Troy sigue bastante conmocionado".

Katerina suspiró. "Realmente no lo sabía. Aunque debería haberlo hecho. Lo que quiero decir es que *todos* deberíamos saber qué criaturas mágicas existen. Aunque odio hacer referencia a la ficción popular, creo que los libros de Harry Potter tenían razón. Deberíamos incluir a las criaturas mágicas en nuestro plan de estudios".

Liam acercó a Naomi y le besó la sien. "Estoy de acuerdo. Se lo comentaré a Maroulla cuando la llame esta noche. Lo cual tendré que hacer, para informar de este avistamiento más que oficial".

Con una sonrisa malévola, Katerina se deslizó de la silla. "Tengo que decírselo a Jacinth. Liam, ¿has conseguido fotos?"

"¡Por supuesto!"

"Estupendo, envíamelos, ¿quieres? Voy a coger a mi Elegido y a llevármelo a comer antes de que ocurra nada más".

Y salió de la habitación. Liam rió entre dientes, acariciando a Naomi. "Lo segundo. ¿Qué te apetece? ¿Hamburguesas? ¿Tacos? ¿Mierda sana?"

¿"Mierda sana"? Ella resopló burlona, pero se inclinó hacia él, sonriéndole. "Quiero comida reconfortante. Hamburguesas. Grandes y grasientas, con muchas patatas fritas".

"Ya lo tienes, nena".

"¡Espera!" De repente recordó por qué estaba allí, en la clínica. "¿Y el agente inmobiliario con el que íbamos a reunirnos?"

"Ah, claro. Ha llamado justo antes de que llegaras, le ha surgido algo y no puede venir hasta las cinco. Lo cual -reflexionó- probablemente sea una buena idea, teniendo todo en cuenta. No estoy seguro de estar en condiciones de concentrarme en lo mundano ahora mismo. Quiero decir... ¡un jackalope! Vaya, vaya. No podía creerlo ni con mis propios ojos".

"Tú y yo", le aseguró. "Sí, me estoy riendo de la introducción del pobre Nathan en nuestro mundo, pero en realidad aún estoy un poco aturdida".

"Shock", dijo él sabiamente, rodeándole la cintura con el brazo. "Vamos a comer algo".

CAPÍTULO 23



A MITAD DE LA COMIDA, Naomi dejó su hamburguesa con queso, suspirando cuando la remordía la conciencia. "Me siento culpable por el pobre Nathan", confesó. "Quiero decir... le echan todo eso encima, y luego lo mandamos a casa con un..." lanzó una mirada cautelosa alrededor del restaurante, bajando la voz. "Con un animal mágico. Tiene que estar flipando".

Liam se rió entre dientes. "Ya lo tengo cubierto. He estado en contacto con Maroulla y nos ha enviado más información sobre los chacales. He enviado un mensaje a Nathan para informarle de que nos pasaremos por su casa cuando salgamos de aquí. Ya he avisado a Troy de que me tomaré el resto del día libre para ayudar a Nathan en lo que necesite. Douglas estará en la clínica después de comer y me cubrirá".

"¡Oh!" Naomi exhaló un suspiro de alivio, recogiendo su hamburguesa. "Vale, ya me siento mejor. ¿Me vas a contar lo que dijo Maroulla?".

"No, esperemos a llegar a casa de Nathan y lo repasaremos todo los tres juntos". Señaló con la cabeza la mesa contigua a la suya, donde se sentaba una familia de cuatro miembros. "En privado".

"Ah, claro".

Se apresuró a comer el resto del almuerzo, para gran diversión de Liam. "Naomi, no van a ir a ninguna parte".

"Lo sé, pero quiero volver a verla, y quiero oírlo todo sobre ellos".

Se rió, se terminó la hamburguesa con patatas fritas y se levantó con las llaves en la mano. "Muy bien, muy bien".

Nathan vivía en un barrio encantador y antiguo, con grandes patios, muros bajos de piedra cubiertos de hiedra y muchos árboles que daban sombra. Naomi se echó hacia delante en el asiento y observó las casas cuando giraron hacia la calle de Nathan.

"Ésta es una zona bonita, y mira, esos bosques llegan justo hasta la parte trasera de las casas del lado izquierdo de la calle".

Liam comprobó su GPS. "Ese es el lado en el que vive Nathan. El jackalope debe de haber salido de esos bosques y entrado en su jardín".

Ella soltó una risita. "Jillalope".

"Bien". Accionó el intermitente. "Ésta es su casa".

Naomi miró a través del parabrisas la bonita casa de ladrillo de una sola planta, con hiedra serpenteando por los lados y contraventanas de color verde oscuro. "Es muy bonita. Supongo que esperaba algo más pequeño, viendo que es soltero". Hizo una pausa. "También tiene

contraventanas verde bosque".

Liam tenía la mirada perdida. "¿Eh?"

Ella soltó una risita. "No importa. Es una cosa, en ¡Hola, Dolly!"

"¿El musical?"

"Mmhmm".

La miró de reojo, como si dudara de su cordura. "Si tú lo dices".

Ella se limitó a sonreír, y juntos subieron por la acera hasta el porche. Liam llamó a la puerta principal, e inmediatamente se oyó el ruido de algo que se caía y el estruendo de un cristal. Naomi dio un respingo instintivo y compartió una mirada confusa con Liam.

Un momento después se abrió la puerta y apareció Nathan, agarrado a la puerta con una mano y vacilando un poco. Detrás de él, pudo ver una mesita volcada y fragmentos de un vaso, con una mancha que se extendía por el suelo de madera. Nathan se quedó mirándolos, un poco como un búho.

"No sois los repartidores".

Ella y Liam intercambiaron miradas.

"Eh, no, no estamos", admitió Liam. "¿Podemos entrar?"

"Sssshure". Sin duda arrastraba las palabras, y Naomi tuvo que morderse el labio para contener una carcajada. Estaba claro que el pobre hombre se había estado automedicando. También estaba claro que, o bien no había leído el mensaje de Liam en el que le decía que iban a venir, o se las había arreglado para olvidarlo en muy poco tiempo. Tardaron un minuto, pero Nathan por fin se acordó de dar un paso atrás y le siguieron al interior.

"¿Por qué no limpio yo el vino... o lo que sea?", se ofreció ella. "Tú recoge la mesa, Liam".

"Sí, estoy en ello".

Buscó toallitas de papel y una bolsa de basura para los trozos de cristal y volvió al salón. Juntos se aseguraron de recoger todos los cristales, ya que Liam había rechazado el intento de Nathan de espantarles y hacerlo él mismo.

"No queremos que te manches de sangre con el cristal, amigo", le dijo Liam. "No eres demasiado firme".

"¿Qué parto esperas?" preguntó Naomi al volver de deshacerse de la bolsa de basura y las toallitas de papel manchadas -había sido whisky, no vino, lo que se había derramado- y tomó asiento en el sofá.

Nathan agitó una mano expansiva hacia la parte trasera de la casa. "Alambre de gallinero, supongo. Acero galvanizado. Y clavos. Y un martillo".

"¡Oh! ¿Le estás construyendo una conejera?"

Nathan se incorporó, con expresión ofendida en el rostro. "Desde luego que no. Es un animal salvaje. No puedo tenerla en una conejera. Iba a cubrir el patio trasero, ya sabes, la parte superior de la valla".

Ella le parpadeó. "¿Todo el patio?"

"Pues sí".

"Pero la valla es como...", recordó la vista que tenía de la casa cuando habían aparcado, y frunció el ceño. "Espera, no tienes una valla. Tienes un muro de piedra".

"Sí, así es". Nathan hizo una mueca y miró a su alrededor, posiblemente en busca de otra botella de valor líquido, sospechó Naomi. "Supongo que no lo pensé bien, ¿eh?"

"Además, el muro sólo tiene metro y medio de altura", reflexionó Naomi. "No creo que pueda saltarlo. Quiero decir, quizá si fuera adulta, pero sólo es un bebé".

"¡No estoy intentando retenerla!". Nathan volvió a parecer ofendido y extendió los brazos,

agitado. "¡Intento mantener alejados a los depredadores! ¿Sabes cuántos animales se comen a los conejos? Yo sí, porque he mirado en Internet. No son sólo los halcones y los búhos, o los coyotes. Ya me lo imaginaba. Sino gatos monteses y mapaches, y hurones, y... y... ¡y no quiero que se la coman!".

Naomi dio dos vueltas de campana. ¿"Hurones"? ¿De verdad?"

Al parecer, Liam encontró otra objeción. "Además, si pudieras colocar de algún modo el alambre por encima de las paredes y cubrir todo el patio, no podrías salir tú mismo, ya que las paredes sólo tienen metro y medio de altura".

Nathan volvió a asentir, moviendo la cabeza. "Porque no soy un hobbit. Cierto".

Conteniendo su diversión, Naomi se puso en pie. "Creo que prepararé una cafetera".

"Buena idea", secundó Liam. "Mientras tú haces eso, yo llamaré a los de la construcción a ver qué se les ocurre en cuanto a un recinto seguro para el... er...".

"Jill". dijo Nathan con firmeza. "La llamaré Jill".

"Bien. Jill".

"¿Qué construcción, chicos?" Nathan miró una botella de whisky medio llena que estaba sobre una mesa auxiliar, y Liam se levantó y trasladó la botella a la cocina.

"Creo que ya has tenido bastante, colega. Estás a tres velas".

"No lo soy". Nathan hipó. "Sólo tenía unos dedos".

"Unos dedos, ¿cuántas veces?"

Nathan lo debatió. "¿Unos cuantos?"

"Sí, me lo imaginaba. Aquí hay un equipo de construcción local formado en su mayoría por cambiaformas de lince".

A Nathan se le escapó un sonido estrangulado. "Cambiaformas Bobcat. Porque, por supuesto, eso existe".

"Liam, no ayudas", canturreó Naomi desde la cocina.

Liam se limitó a reír, impenitente. "Nuestro herrero de la clínica es un cambiaformas lobo".

"¡Arrgghhh!" Nathan dejó caer la cabeza entre las manos, con los dedos agarrándose el pelo.

Incapaz de reprimir la risa, Naomi buscó en los armarios café, filtros y tazas. Después de preparar el café, miró a su alrededor. Era una bonita cocina de un tamaño respetable, con mucho espacio en la encimera y una nevera y un congelador grandes. En un extremo estaba el comedor, que se abría al salón. En un rincón del comedor, una caja de arena demostraba que el entrenamiento de Jill estaba en marcha y que, al menos al principio, había tenido éxito.

Cuando la cafetera estuvo llena, Naomi llenó una taza con la infusión caliente y se dirigió al salón. Se sentó junto a Nathan y le acercó la taza a los labios, pues no confiaba en que él la sostuviera por sí solo.

"Bebe un poco de esto", me animó. "Pensé que negro sería lo mejor". Lanzó una mirada a Liam. "Puedes tomarte la tuya".

"Recuerda que sólo somos gente normal", le dijo a Nathan, dándole unas suaves palmaditas en el hombro cuando sus manos subieron para agarrar la taza humeante. "Con un pequeño extra, eso es todo".

Unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de un camión de reparto que trajo, como era de esperar, un gran rollo de alambre para gallinero (acero galvanizado), alicates para cortar alambre, un nivelador (*¿un nivelador? ¿eh?*, pensó Naomi), dos martillos, un montón de maderas de 2x4 de distintas longitudes y clavos diversos. Liam se encargó de que los repartidores lo llevaran todo al patio trasero. Volvió a la casa después de despedir a los hombres, sacudiéndose el polvo de las manos.

"Prácticamente se podría construir un búnker con todo eso", refunfuñó.

Naomi le sonrió. "Creo que necesitas cemento para eso".

Ahora que ya estaba razonablemente sobrio, Nathan dijo: "Gracias, Naomi, Liam. Os lo agradezco".

"No hay problema". Liam miró su teléfono y recibió un mensaje de texto. "Algunos de los chicos llegarán dentro de unos minutos. Echarán un vistazo a lo que tienes e idearán algo factible que la mantenga a salvo, con espacio suficiente para que se mueva pero permanezca encerrada".

El portazo de un camión en el exterior hizo que Liam se pusiera en pie y se dirigiera a la puerta principal. Un momento después, la sala de estar estaba llena de hombres, todos vestidos con vaqueros, camisas de franela y botas pesadas. Liam saludó a Joe, el único de la tripulación al que conocía.

"Hola, Joe. Me alegro de que hayáis podido venir".

"¿Estás de broma? ¿Un jackalope? No podrías pagarnos para que nos mantuviéramos alejados".

"Joe es nuestro herrero", explicó Liam.

Nathan se quedó mirando, tragando saliva. "¿El tipo del lobo?"

Joe se limitó a sonreír, asintiendo con la cabeza, y luego se volvió hacia el hombre que tenía al lado, un hombre compacto de unos cincuenta años, con el rostro curtido y el pelo canoso. "Éste es Paul, el capataz. Paul, éste es Liam, nuestro nuevo veterinario/médico".

"Hola, encantado de conocerte". Paul extendió una mano y se estrecharon. "Estaba deseando que te instalaras aquí. Y tú debes de ser Naomi", dijo, volviéndose hacia ella. "Yo también estaba deseando conocerte. Te doy la bienvenida a la familia, por así decirlo".

Un poco sorprendida, Naomi esbozó una sonrisa. "Encantada de conocerte -dijo con cortesía automática, sin saber muy bien qué más responder.

Paul se volvió para señalar a los demás que se agolpaban en la entrada. "Ésta es la mayor parte de mi tripulación: Greg, Bob y Alex".

"Bobcats", asintió Nathan sabiamente.

Uno de los hombres sonrió. "En realidad, soy un lince canadiense".

Liam se echó a reír. "Nathan es quien encontró al jackalope. Ha pedido un montón de madera, alambre y otras cosas para construirle una especie de recinto. Sólo que no sabemos qué construir".

"Tiene que ser espaciosa", dijo Nathan, al parecer ya más sobrio. "Es un animal salvaje, no debería estar encerrada en una conejera ni nada parecido".

"Por no hablar de la cornamenta", añadió Liam. "Así que tiene que tener un techo un poco alto".

"Entonces probablemente no quieras distintos niveles", reflexionó Paul. "Más bien una pista para perros, tal vez".

"Quiero algo que llegue hasta la parte trasera de la casa, y una puerta para perros en la puerta de la cocina". Nathan se cruzó de brazos, con la boca trazada en líneas obstinadas. "Quiero que pueda entrar en la casa si algo la persigue".

Joe se pasó una mano por el pelo. "Si hacemos una puerta para perros lo bastante grande para que quepa su cornamenta, sobre todo cuando crezca, casi todo lo que pueda perseguirla, menos un oso, podrá seguirla hasta dentro".

"Vale, espera", dijo Naomi, sacando su teléfono. "Espera. Tengo una idea. Déjame llamar a Jacinth".

"¿El Djinn?", preguntó uno de los miembros del equipo de construcción -Naomi creía que era

Alex, el metamorfo lince canadiense-. Si hubiera estado en su forma de lince, pensó, habría levantado las orejas.

"Sí. Espera un segundo". En pocas palabras, explicó la situación a Jacinto.

Junto a Joe, Nathan palideció. "¿Djinn?"

"Uy". Naomi le dirigió una mirada de disculpa. "¿Ah, sí? ¿Necesitas volver a sentarte?"

Se lo pensó seriamente antes de negar con la cabeza. "No, creo que estoy bien. Pero, en serio. ¿Djinn? Eso es un genio, ¿no?"

"Correcto". confirmó Liam, mientras Naomi hablaba por teléfono con Jacinth. "Y no, no concede deseos". Hizo una pausa, pensativo. "Bueno, solía hacerlo, así es como conoció a Douglas, pero creo que ya no lo hace. Al menos, no que ella haya mencionado".

"Y Douglas es..." preguntó Nathan.

"Su marido, y uno de los socios de Troy en la clínica veterinaria".

"Vale, escuchad", anunció Naomi, deslizando de nuevo el teléfono en el bolsillo. "Jacinth dice que sigamos adelante y seccionemos un lado del patio, junto con una puerta para entrar y salir, pero que no nos preocupemos por un tejado. Mañana vendrá Julian de Nueva York y ella lo traerá. Va a hechizar la zona para que ningún depredador pueda entrar, ya sea a través de la valla o desde arriba... humano, animal o rapaz".

Nathan parecía a punto de desmayarse. "¿Hechizo? Le temblaba la voz.

"Es un mago, lo suyo son los hechizos", dijo Naomi, frunciendo el ceño a Liam para evitar que mencionara que Julian era un mago de seiscientos años de Génova, Italia. Liam captó el mensaje, hizo la mímica de cerrarse el labio y tirar la llave.

Paul, sin embargo, se limitó a asentir. "¿Entonces no necesitamos construir ningún tipo de cubierta?"

"No, sólo muros y puerta".

"Vale, chicos, ya habéis oído a la señora. Vamos a ello".

Al cabo de muy poco tiempo, en el patio trasero de Nathan había un corral robusto y espacioso, de unos cuatro metros cuadrados. Anclado a las paredes traseras y laterales del patio, contaba con un recinto amurallado y techado en la esquina trasera, ligeramente elevado del suelo con una rampa, para proteger a la pequeña criatura de las inclemencias del tiempo.

"Demonios", comentó Nathan, contemplando el corral. "Es casi tan grande como mi salón. Tendré que conseguir paja para poner en su casita para que pueda hacer un... nido, o algo así. Busqué conejos en Google en cuanto volvimos de la clínica. Necesitaré heno de fleo y pienso. ¿Sabías que no deben comer col?"

"Hay una tienda de piensos cerca", dijo Joe con conocimiento de causa. "Te enviaré la dirección. Por cierto, soy herrador, así que si alguna vez necesitas herraduras para ella..."

Guiñó un ojo, sacó el teléfono y empezó a teclear. Un minuto después, el teléfono de Nathan emitió la alerta.

"Gracias", dijo, pareciendo más feliz que en todo el día. "Deja que vaya a buscarla a ver si le gusta".

"Hazlo tú", aconsejó Paul, "mientras nosotros limpiamos aquí y quitamos de en medio todos estos restos".

"¿Por qué no voy ahora mismo a recoger la paja, el heno y los pellets?", se ofreció Naomi. "Cabrás en la parte trasera del Jeep de Liam, mientras vosotros hacéis todo eso. También puedo pasarme por el supermercado y comprar cerveza para todos".

"Claro que sí", se entusiasmó Alex. "La cerveza funciona".

Liam levantó una ceja hacia Naomi. "¿Vas a luchar con fardos de heno y paja? Esto tengo

que verlo".

Ella levantó la barbilla. "En absoluto. El personal de la tienda de piensos los cargará en el jeep y, cuando yo vuelva, vosotros los meteréis en el patio trasero".

"Deja que te traiga algo de dinero", dijo Nathan, dirigiéndose a la puerta trasera. "Supongo que también necesitaré una lona para cubrir la paja y el heno, y algunos amarres".

"Sí, y necesitarás un palé para mantenerlo alejado del suelo y seco", dijo Paul, haciendo señas a su equipo. "Podemos construirlo con la madera sobrante. Chicos, si empezamos ahora podremos tenerlo hecho antes de que vuelva Naomi".

Los sonidos de sierras y martillos ya llenaban el aire cuando Naomi salió de la calzada. Una vez alejada de todo el mundo, se apartó a un lado de la carretera, dejándose llevar por la hilaridad que la había invadido desde el momento en que vio a Nathan vacilante en la puerta cuando llegaron. Se rió tan fuerte que le dolían los costados y las lágrimas le corrían por la cara. ¡Pobre, pobre Nathan! No paraban de golpearle.

Finalmente se sentó recta, utilizando la manga para secarse las mejillas húmedas, y puso el jeep en marcha, alejándose del bordillo. Se notaba que Nathan era un buen hombre. Estaba totalmente entregado a cuidar del conejito con cuernos que había buscado su protección. El *jacalopo* -jacalopo, pensó con otra carcajada- juzgaba bien el carácter.

Una hora más tarde, con todo el jeep oliendo a heno y paja, y el asiento trasero rebosante de paquetes de seis cervezas de varios tipos, un par de cajas de refrescos, una bolsa de hielo y suficientes patatas fritas y salsas como para servir de anuncio de Lay's, salió del aparcamiento del supermercado.

No se había alejado ni una manzana del supermercado, cuando aquella extraña y punzante sensación de peligro volvió a invadirla. No pudo evitar pisar el freno. Pero en lugar de miedo, sintió un torrente de ira.

"¿En serio?" Gritó en voz alta. "¿En serio, cabrón?" Aferró el volante con las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos y metió la tercera marcha, pisando el acelerador a fondo mientras avanzaba por la calle hacia la casa de Nathan.

"Si quieres hacer do-si-do, a ver si me sigues a una casa llena de depredadores", murmuró.

Debió de ser pura suerte que no hubiera policías cerca y que no la detuvieran mientras rugía por las calles. Entró en la casa de Nathan con un chirrido de neumáticos y detuvo el jeep bruscamente. Accionó el freno de mano y observó con satisfacción la desaparición de la sensación de peligro.

"¡Lo sabía!" Gritó con todas sus fuerzas. "¡Maldito cobarde!"

Un golpe en la ventanilla del copiloto hizo que se girara para ver a Liam mirándola con cierta preocupación, y a los hombres que salían de la casa. Uy. Debía de hacer mucho ruido con los neumáticos, los frenos, los gritos y todo eso. Abrió la puerta y sacó las piernas, pero se dio cuenta de que estaba temblando.

"Naomi, ¿qué pasa? Liam rodeó el jeep y le tendió la mano para sostenerla mientras bajaba, rodeándola con el brazo una vez que estuvo firme en el suelo.

"Fue esa... esa *cosa* otra vez", dijo amargamente. Ahora el subidón de adrenalina estaba desapareciendo, empezaba a temblar violentamente. La rabia se desvaneció y el miedo subyacente surgió. Para entonces, los demás ya se habían reunido a su alrededor mientras ella se aferraba a Liam, con el corazón latiéndole a toda velocidad por el terror. Él le explicó la situación en pocas palabras.

"Nunca he oído hablar de algo así", dijo Paul, el capataz, frunciendo el ceño. Miró a su alrededor y su mirada se posó en uno de los miembros de su equipo, un hombre mayor, alto y

enjuto, de pelo canoso, que Naomi no había visto antes. Debía de haber llegado cuando ella no estaba. "¿Sam?"

"En ello", dijo Sam, y se encaminó hacia la casa, desapareciendo por la parte de atrás. Un minuto después, la llamada de un halcón resonó en el tranquilo vecindario, y un halcón de cola roja se elevó, alzando el vuelo en la distancia.

Nathan se quedó mirando, con la mandíbula desencajada. "¿Eso es...?"

Paul le puso una mano amistosa en el hombro. ¿"Sam"? Sí. Los halcones tienen sentidos diferentes a los de nosotros, los cuadrúpedos. Como ninguno de vosotros ha sido capaz de percibir lo que sea esto, puede que él tenga más suerte".

Todos esperaron, el ambiente tenso, todos los ojos puestos en el lejano horizonte. Puede que sólo pasaran unos minutos antes de que el halcón volviera a aparecer, pero a Naomi le parecieron horas.

"Entremos", sugirió Paul bruscamente. "Sam tendrá que cambiarse".

"Sigues temblando, Naomi", secundó Liam la sugerencia de Paul. "Puedes sentarte mientras nos pone al día. Parece que soy lo único que te sostiene".

Podía tener razón. La mayor parte del temblor había remitido, pero sentía las piernas extrañamente gomosas.

"Sí, de acuerdo", aceptó.

Todos juntos entraron en la casa y tomaron asiento en el sofá y las sillas, con uno de los hombres, Greg, pensó ella, encaramado a la mesa de centro. La puerta trasera se abrió y se cerró, y Naomi se sintió tensa cuando Sam entró en el salón, aún abrochándose el botón superior de la camisa.

"Bueno", dijo, su mirada los abarcó a todos antes de posarse en Naomi. "No te lo estás imaginando. Había alguien... o algo... observando desde el cielo".

"¿El cielo?" preguntó Liam. "¿Lo sabías?"

Sam asintió. "Ah, sí. Había un rastro... No sé muy bien cómo describíroslo, pero es como una especie de energía que podía sentir".

"¿Como un rastro de olor?" Era Joe, y Naomi recordó que era el cambiaformas lobo.

"Sí, así, pero con energía. Supongo que se trata de algún tipo de mítico, y en cuanto él, o ella, supongo, se dio cuenta de que lo seguía, se camufló y lo perdí".

"¿Un mítico?" preguntó Nathan.

"Un ser mítico", le dijo Liam. "Como un dragón o un unicornio".

"Sí, pero no era uno de esos", dijo Sam, frunciendo el ceño. "Había una especie de oscuridad en la energía. Peligrosa. Mi halcón estaba agitado, enfadado y asustado al mismo tiempo".

Naomi se irguió en su asiento. "¡Eso es, exactamente! Estoy tan enfadada que quiero destrozar algo, pero al mismo tiempo estoy aterrorizada y quiero encontrar un lugar profundo donde esconderme."

Sam se pasó las manos por el pelo canoso, con expresión irónica. "Sí, odio admitirlo, pero así era más o menos. Lucha y huida existiendo en el mismo espacio. De todos modos, sea lo que sea, por ahora se ha ido".

"¿Y dices que esa cosa te ha estado siguiendo?" preguntó Pablo a Noemí.

Ella asintió. "Pero estoy a salvo en la posada. Renee y Angus vigilan el lugar".

Tuvo que reprimir una risita cuando, al menos un hombre, todos los metamorfos de la sala parecieron encogerse un poco.

"No volveré a entrar en ese bosque", murmuró Joe.

"Lo siento, ¿podemos retroceder aquí?" preguntó Nathan, agitando la mano para llamar la

atención de todos. "¿Míticos? ¿Dragones? ¿Unicornios? ¿Cómo puedes hablar de esto tan tranquilamente?".

"Lo dice el nuevo mejor amigo de un jackalope... que ni siquiera nosotros, los metamorfos, sabíamos que existía", señaló Paul.

Naomi miró a su alrededor con curiosidad. "¿Dónde está?"

Como sobresaltado, Nathan la miró fijamente. "Eh... ¿está ahí mismo?"

Señaló la esquina del comedor, visible desde el salón. Se hizo el silencio en la sala mientras todos miraban en dirección al dedo de Nathan.

"Santa Madre María y José", murmuró alguien en voz baja.

Mientras Naomi miraba fijamente la pared de color marfil, poco a poco fue apareciendo la silueta de la criaturita con forma de conejo y su diminuta cornamenta, que se había mezclado entre las sombras de la mesa y las sillas del comedor con tanta astucia que no resultaba evidente a primera, ni siquiera a segunda vista.

"Vaya. Supongo que viene con su propio camuflaje", adivinó Liam, sacando su teléfono y tomando notas. "Estuvo allí todo el tiempo, pero no la vimos hasta que nos dijeron que estaba allí y la buscamos específicamente".

"Menudo camuflaje", dijo Joe. "Yo tampoco la huelo, incluso ahora que puedo verla".

Nathan parecía absolutamente encantado. "¿De verdad? ¿No pudiste verla en absoluto?"

Las cabezas se agitaron solemnemente al unísono.

"Totalmente extraño", dijo uno de los cambiaformas de lince. "Mi gato debería haberla visto por muy quieta que estuviera, porque respira y sus ojos parpadean. Eso debería haber llamado mi atención".

Nathan, que parecía estar adaptándose por fin a su nueva realidad, se enderezó en la silla y sus ojos brillaron de interés.

"¿Tienes los sentidos aumentados de tu... animal, incluso cuando eres humano?"

"No tan aumentadas como cuando estamos en nuestra forma animal", le dijo Liam, "pero sí, siguen estando por encima de las capacidades de un humano mundano".

"No puedo ir a un optometrista para que me examine la vista", dijo Sam con ironía. "Incluso con una simple tabla optométrica tengo que fingir que no veo las líneas por debajo de lo que sería normal para una visión 20/20".

"Vaya", dijo Nathan, echándose hacia atrás en la silla. "Nunca se me habría ocurrido algo así".

"Y otra razón por la que necesitamos médicos metamorfos", añadió Liam.

"¡Oh, sí!" Joe fijó su mirada de lobo en Liam, sus ojos castaños se tiñeron ligeramente de amarillo cuando su lobo escudriñó a través de ellos. "Ahora eres el médico que cuida de los gatitos de la chica Kazakis. ¿Cómo están? He oído que han podido cambiar".

"Están bien, sanos al cien por cien. Cambiaron hace unas semanas, que es pronto para un primer Cambio".

"¿Qué edad tienen ahora?" quiso saber Sam.

Liam pareció hacer un cálculo rápido. "Cuatro meses. Por lo general, los niños metamorfos empiezan a metamorfosearse a los dos años, pero no teníamos ni idea de cuándo los metamorfos nacidos como animales podían metamorfosearse por primera vez en humanos. Los dos gatitos parecieron cambiar espontáneamente por sí solos. Cuando Melanthe se levantó una mañana, tenía bebés en vez de gatitos en el moisés. Se han quedado como bebés, y no tenemos forma de saber si seguirán la línea temporal habitual en el futuro. Si lo harán o no, nadie lo sabe. No tenemos estadísticas que seguir para un suceso tan raro... ¡y menos mal! Las circunstancias...", se

le cortó la voz.

¿"Nacieron como gatitos"? preguntó Nathan, con los ojos brillantes de curiosidad. "¿Y eso no es habitual?"

"No, los niños cambiaformas nacen humanos. Ésta fue una situación... desafortunada, ya que la madre tuvo que dar a luz en su forma cambiada".

Naomi se estremeció un poco y volvió la cara hacia el hombro de Liam. Sintió que la rodeaba con el brazo, y la ligera presión de sus labios en contacto con su pelo.

"No tiene nada que ver contigo, Naomi", me tranquilizó.

"Claro que no". Oyó la voz grave de Paul, sintió el hundimiento del cojín del sofá cuando él se movió para sentarse a su otro lado. "Naomi, tú no tienes la culpa de las acciones de tu tía. Aquí nadie piensa eso, y tú tampoco deberías".

Al otro lado de la habitación, alguien le explicaba a Nathan lo de Beatrice en voz baja.

"Oh, tío, qué putada", fue su preocupada respuesta, y ella sintió más que vio su mirada clavada en ella. "Oye, escucha, si te hace sentir mejor, mi padre es un psicópata".

Levantó la cabeza y se volvió para mirar a Nathan con los ojos muy abiertos, al igual que todos los presentes. Un tenue color llenó sus mejillas mientras un silencio sobresaltado se apoderaba de la sala. Se aclaró la garganta, encogiéndose un poco de hombros.

"Pues lo es. Es un monstruo. Que yo sepa, no ha matado a nadie, pero participó en la manifestación del Ku Klux Klan en Virginia, donde un tipo arrolló a la multitud con su coche. Me lo imagino haciendo algo así, le encantaría. Probablemente animó al tipo, si es que no lo incitó en primer lugar. Sabemos que también participó en el asalto al Capitolio del 6 de enero, aunque no le hemos visto en ninguna de las fotos de sospechosos que han publicado. Todavía - añadió en tono sombrío -

"Lo que quiero decir", continuó Nathan, "es que mi padre no tiene nada que ver con quién soy yo, ni con mi madre, ni con mis hermanas. Todos le hemos apartado de nuestras vidas, no queremos tener nada que ver con él. Pero lo entiendo. Odio saber que comparto la sangre de un tipo que es un completo desperdicio de espacio. Lo odio de verdad. Odio saber que está ahí fuera, haciendo lo que hace, pensando lo que piensa. Diciendo y haciendo cosas horribles a la gente. No es sólo lo que es capaz de hacer lo que odio, eso ya es bastante malo, sino que yo esté emparentado con alguien así". Apretó los puños, con la mandíbula tensa por una ira que no encajaba con su naturaleza habitualmente amable. "Le desprecio, y por lo que a mí respecta... Cuanto antes desaparezca, mejor".

Naomi sintió que un profundo suspiro brotaba de lo más profundo de su alma. "Sí", asintió, agradeciéndole que pusiera en palabras lo que ella no podía. "Realmente lo entiendes".

CAPÍTULO 24



AQUELLA NOCHE, sola en su habitación, Naomi daba vueltas en la cama. La noche se había alargado en casa de Nathan, pues Liam había llamado y había cambiado la cita con el agente inmobiliario para la noche siguiente. Habían presentado a Jill su nuevo hogar, y el equipo de construcción se había quedado por allí, tentando a la pequeña criatura con trocitos de comida, cuidadosamente examinados y aprobados por Nathan en su búsqueda en Internet sobre lo que era apropiado para los conejos. Al final acabaron pidiendo pizza. Nathan insistió en que Jill se quedara dentro con ellos durante la velada, y estuvo constantemente en guardia para que los hombres no le dieran de comer trozos de pizza y palitos de pan con queso. La velada sólo había terminado porque todos tenían que trabajar al día siguiente. Naomi había alegado cansancio cuando llegaron de vuelta a la posada y se escapó a su habitación.

Ahora, sin embargo, se le agolpaban tantas cosas en la cabeza... su familia y Nathan, la clínica y sus nuevos amigos, su nuevo trabajo, el jackalope (*jillalope*, se corrigió con una risita) de todas las cosas... que no conseguía que sus pensamientos se detuvieran el tiempo suficiente para conciliar el sueño. Finalmente, cogió el portátil de la mesa y escribió un resumen de las actividades del día. Se lo envió a Beth, junto con algunas fotos y un par de vídeos de Jill. Recordar todo aquello le hacía reír, pero no la acercaba al sueño.

Se puso la larga bata acolchada que había comprado en un viaje al centro comercial antes de Acción de Gracias, metió los pies en las zapatillas acolchadas a juego y bajó al salón. Quizá un chocolate caliente la ayudaría a relajarse. Al llegar al salón, calentó agua en el hervidor eléctrico y la vertió en una taza, junto con un paquete de rica mezcla de cacao. No pudo evitar echar una mirada anhelante a los puestos de galletas, brownies y otros dulces, pero el azúcar no ayudaría en absoluto. El cacao caliente era una excepción por su condición de alimento reconfortante.

Con un suspiro, se acercó al sillón que había ante la chimenea, con el fuego encendido, y se acurrucó, con los pies recogidos bajo la espalda, mientras sorbía el cacao. Tony, el perro blanco y desgreñado que yacía sobre la alfombra de gancho de la chimenea, levantó brevemente la cabeza para inspeccionarla y luego la dejó caer de nuevo sobre la alfombra con un gemido, aunque su cola dio un amistoso golpe. María, acurrucada en su sitio habitual junto al hombro del perro, se limitó a mover una oreja en dirección a Noemí, sin abrir siquiera un ojo.

Naomi nunca había visto a ninguno de los dos levantarse y moverse de verdad, aunque siempre se los encontraba en distintos lugares. Con una sonrisa interior, Naomi se imaginó a Angus y a Renee recogiendo al perro y al gato y depositándolos en un nuevo lugar siguiendo algún tipo de horario.

"¡Oh!"

Al oír la exclamación sobresaltada, Naomi se volvió, para ver a Renee y Angus, cogidos de la mano, enmarcados en la puerta del vestíbulo. Sonrió instintivamente cuando entraron en el salón.

"No sabía que aún hubiera alguien levantado". La mirada sorprendida de Renee se dirigió al reloj de la repisa. "Es casi medianoche. Creía que mañana trabajabas".

"Yo sí. No podía dormir", admitió. "Pensé que tal vez un poco de cacao caliente me ayudaría".

Bajo sus miradas comprensivas, de algún modo todo salió a la luz. Su madre y Beatrice, sus hermanas. Su gemela, Beth. Nathan y el jackalope, y el padre psicópata de Nathan. Su propio miedo a convertirse en Rogue, a pesar de que todos le habían asegurado que no ocurriría.

"¿Y si soy un psicópata en secreto? A los psicópatas se les da bien ocultar lo que son a todo el mundo. ¿Y si yo soy tan bueno ocultándolo que ni siquiera yo lo sé?"

El hombre mayor soltó una carcajada. Al menos, nunca había oído una carcajada de verdad, pero si alguien le hubiera preguntado cómo sonaba una, habría sido ésa.

"Niña, no eres más psicópata que yo".

Miró a Angus con incertidumbre, pensando en los cuentos que le habían contado sobre los misteriosos bosques sensibles que se comían a los visitantes poco amistosos.

"Tiene tu número, Angus". Renee se rió con evidente regocijo. "¡Eso es, chica!"

Naomi se sonrojó mucho. "No quería decir..."

Angus rechazó su intento de disculparse. "La cuestión es, Naomi, que no importa la predisposición genética que hayas podido tener a volverte mala, eso se convierte en un punto discutible frente a la fuerza de tu propio deseo de no elegir hacerlo. ¿Lo entiendes?"

Ella asintió, a regañadientes, pero encontró una objeción. "Supongo que ni siquiera un psicópata hecho y derecho *nació* con la intención de convertirse en un asesino a sangre fría".

"Mira, joven cambiaformas", Angus se acercó al extremo del sofá y le cogió las manos con su fuerte y correoso apretón. "Nadie puede *obligarte* a ser nada que no quieras ser. Tu madre y tus hermanas, por lo que dices, se pasaron veinte años intentando que fueras como ellas. Sin embargo, aquí estás".

"Ella siempre me dijo... mi madre", vaciló sobre las difíciles palabras. "Me dijo, estaba ahí dentro de mí, que mi gata era una asesina, y que yo la retenía con mis remilgos..."

"¿Te lo ha dicho de verdad? interrumpió Renee, con la voz llena de ira. "¿Te dijo que tu gato era un asesino?"

Naomi asintió miserablemente. "Lo sé, pero la quiero", admitió con voz quebrada. "Quiero a mi gata".

"Dime esto", dijo Angus. "¿Te parece que tu gato es un asesino? ¿Le gusta matar cosas?"

Soltó una risita, sin poder evitarlo, mientras su gata bostezaba, con las fauces abiertas y los colmillos relucientes. "Es más probable que quiera encontrar un sitio para echar una cabezadita. Por ejemplo, en una rama cómoda. Lo cual no quiere decir que no persiga a una ardilla o a un pájaro si pasa alguno por allí, pero se trata de perseguirlos, no de matarlos".

Renee se hundió en el asiento de al lado y asintió satisfecha. "Bueno, ahí lo tienes".

"Sí, pero... quiero decir, ¿cómo puedes saberlo *realmente*? ¿Cómo puedes ver en el corazón de alguien... en el alma de alguien, y ver lo que hay ahí dentro?"

"En el alma de alguien", repitió Renee en voz baja. Miró a su marido, que seguía de pie detrás del sofá, e intercambiaron una larga mirada.

Exhalando un suspiro, Naomi se pasó la mano por el pelo. "Sé que todo el mundo piensa que

le doy demasiadas vueltas a esto. Que me lo estoy tomando demasiado en serio. Pero no crecieron con mi madre, con Beatrice. Con mis hermanas mayores. Oyendo hablar de las cosas que habían hecho, de las cosas que *disfrutaban* haciendo. No quiero... tomarme las cosas a la ligera y luego descubrir que estoy equivocada. Porque estamos hablando de la vida de personas, literalmente. Ahora mismo, estamos hablando de la vida *de Liam*".

Se hizo un breve silencio. Al cabo de un momento, Angus alargó la mano para acariciarla.

"No desespere", aconsejó. "Puede que aún tengamos un as en la manga".

Volvió al vestíbulo y Naomi se quedó a solas con Renee. Miró a la mujer mayor, vacilante. Le pesaba la necesidad de confiar en alguien, pero esto podía salir muy, muy mal. Podrían expulsarla, no sólo de la posada, sino de la comunidad. Se mordió el labio inferior con los dientes. Liam le gustaba mucho y quería un futuro con él. Pero al guardar este secreto, lo estaba poniendo en peligro. Por no ponerle una pega, él podría estar en peligro de muerte si todo el mundo se equivocaba con ella.

"El caso es que hay más". soltó, consciente de que Renee había estado esperando, con una expresión interrogante en el rostro. Respiró hondo y tragó saliva, llena de ansiedad. "Algo que nunca le he contado a nadie. Pero el año pasado, mi gato hizo daño a alguien. Poco antes de que... antes de que entrara en el zoo".

"¿Un hombre?"

Al asentir, Naomi se dio cuenta de que se le retorcían los dedos y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para aquietarlos. "Sí. Sólo intentaba alejarme de él, y ella apareció... mi gata. No cambié ni nada, pero de repente era más fuerte, ¿sabes? Y... y le marqué. Había arañazos en sus brazos, que él supuso que eran de mis uñas, pero estoy bastante segura de que ella... yo... le rasguñé con las garras".

Frunciendo el ceño, Renee sacudió un poco la cabeza, como si intentara despejársela. "¿Alejarme de él? ¿De qué manera?"

Naomi se sonrojó. "Bueno, habíamos tenido una cita. Me invitó a salir, y parecía simpático, y... bueno, me sentía sola, y sola. Y fue una simple cita, ¿sabes? Me llevó a cenar a un restaurante italiano que estaba a unas manzanas de donde yo vivía. Pero cuando volvíamos a casa... esto era en Manhattan... me preguntó si podíamos pasar por la bodega que había a la vuelta de mi casa, para asegurarse de que estaba bien cerrada. Su padre era el dueño. Por eso lo conocí, estaba justo al lado de mi apartamento. Estoy divagando, ¿verdad?"

Renee se rió entre dientes. "Sólo un poco, pero te sigo. ¿Así que la bodega estaba cerrada cuando volviste de cenar y él quiso pasar a ver cómo iban las cosas?"

"Sí. Pero una vez que estuvimos dentro, él... um... él quería..." ella tropezó con sus palabras. "Tuvo una idea equivocada o algo así. Cuando le dije que me vería en casa, me agarró y me besó". Hizo una mueca al recordar. "Fue horrible, toda mojada y... en fin. Entonces tiró de mi vestido, y yo intentaba escapar, y no podía... no podía respirar, y de repente ella estaba allí, cerca de la superficie. Tuve que contenerla para que no se cambiara en ese momento. Quería arañarle, ir a por sus ojos, a por su garganta". Naomi tragó saliva, palideciendo. "Quería desgarrarle los genitales con sus garras traseras. Es más, *me* hizo querer hacer esas cosas a mí también".

La mirada de Renee era firme, con los ojos entrecerrados en el rostro de Naomi. "A ver si lo he entendido. ¿Le dijiste que no y él siguió intentándolo?"

Naomi se mordió el labio. "Pues sí".

"¿Seguía intentándolo como... forzándote?"

Ella asintió.

insistió Renee. "No aceptaba un no por respuesta, intentaba forzar tu conformidad. Como si

fuera a violarte".

Naomi sintió que se le calentaba la cara y estaba bastante segura de que sus mejillas estaban escarlatas ahora mismo, y dejó caer la mirada al suelo, con los hombros encorvados. No le gustaba utilizar la palabra con "r", ni siquiera le gustaba pensar en la palabra con "r".

"Bueno... sí", admitió. "Fue bastante claro, diciéndome lo que iba a hacer, tanto si yo quería como si no".

"Se llama violación", le informó Renee. Apoyó las manos en las caderas. "Naomi. Mírame".

Juntó las manos para calmar el nervioso aleteo de sus dedos y miró a Renee. Los profundos ojos marrones de la mujer mayor eran inusitadamente serios, y Renee alargó la mano para estrecharla cálidamente.

"Cariño, ¿tu gato no te habla? Si no con palabras, ¿con sentimientos? ¿Con imágenes?"

"A veces, sí. No tanto las palabras, pero como has dicho, ella me transmite sentimientos. Ella... estaba furiosa, aquella noche. No podía razonar con ella".

"Naomi". Renee le apretó las manos. "Tu gata no se volvía loca porque se pusiera furiosa. Claro que se habría puesto furiosa, ese hombre te estaba agrediendo. No se estaba volviendo Rogue, te estaba *protegiendo*".

"I..." Naomi se quedó mirando a Renee, sin palabras. Se tomó un minuto para asimilarlo. "No había pensado en eso. Ni siquiera se me había ocurrido. Ella... mi gata... estaba tan enfurecida que no me escuchaba, no se calmaba, y supongo que supuse...".

Su voz volvió a entrecortarse, pero Renee asintió.

"Asumiste que todo lo que te habían dicho sobre que tu gato era un asesino, era cierto".

"Sí", susurró. "Pensé que empezaba... la locura. Claro que *ellos* no lo consideraban una locura. Mi madre y Beatrice. Se deleitaban en la caza, en la matanza. Me parecía repugnante".

"Pero eso no es lo que te estaba ocurriendo aquella noche. Tú, y tu gato, teníais todo el derecho a protegeros de una agresión. Igual que Angus y yo tenemos derecho a hacer lo que sea necesario para defender este lugar y proteger a las personas que, aunque sea brevemente, llaman hogar a este lugar."

Naomi inspiró hondo, temblorosa, sintiendo como si de repente le hubieran quitado una pesada carga de encima. "Lo entiendo. De verdad". Volvió a respirar y pudo sonreír. "Gracias", dijo con fervor. "Muchísimas gracias. Aquella noche... me ha estado pesando, sobre todo después de lo que le pasó a Beth. Por mucho que todo el mundo me tranquilizara, no podía olvidar lo que ocurrió aquella noche. Pero tienes razón. Mi gata se presentó para protegerme, y lo hizo. Gracias a ella, pude alejarme de él, salir y llegar sana y salva a mi apartamento. Ella me salvó".

Renee sonrió cálidamente. "Así es. Ahora, entonces, ¿crees que podrás dormirte?"

"¡Sí!" Naomi se bebió lo que quedaba de cacao y se puso en pie. "Gracias de nuevo, Renee. Y a Angus también".

"De nada, de parte de los dos. Intenta dormir un poco ahora, Naomi".

"Sí, lo haré. Buenas noches, Renee".

CAPÍTULO 25



POR FIN IBAN a ver la casa que Joe les había dicho que estaba en venta. Cuando se detuvieron frente a la casa con el cartel de "Se vende" delante, Naomi se quedó boquiabierta. A su lado, Liam se quedó mirando un momento, y luego pronunció un sincero: "¡Oh, claro que sí!".

Se quedó callada un minuto, ocupada en contemplar la casa de dos pisos con su enorme muro de piedra a juego. "El muro de piedra tiene la altura del primer piso. Debe de medir, ¿cuánto, dos metros y medio?".

"Sí. Y si ese muro rodea toda la propiedad, será perfecto para desplazarse. Privacidad total".

Dentro, sintió que su gato se agitaba, flexionando las garras, y sonrió. "Mira qué árboles tan grandes y viejos. Mi gato quiere salir, ¡sólo de verlos!".

"Sí, a los leopardos les gusta pasar el rato en los árboles, ¿no?".

"Sí, y los leopardos nublados son los más arborícolas de todos los felinos. ¿Sabías que en realidad no somos leopardos?".

"¿Qué? Eso llamó su atención, y arrastró la mirada de la casa a la cara de ella. "¿Los leopardos nublados no son leopardos?".

"No, una familia totalmente distinta. Somos una especie de puente entre los grandes y los pequeños felinos, en una clase propia. De hecho, incluso tenemos nuestro propio Género, el Género neofelis, que sólo tiene dos miembros, el leopardo nublado y el leopardo nublado de Sundra". Sonrió. "¿Sabías que nuestros colmillos caninos son del mismo tamaño que los de un tigre?".

La miró fijamente. "No me lo puedo creer. Un tigre es diez veces más grande que tú".

Naomi se encogió de hombros. "Es verdad. Miden unos 5 cm, lo mismo que un tigre. También podemos abrir las mandíbulas más que cualquier otro gato".

La miró fijamente. "¿Algún otro dato curioso?".

Se lo pensó. "Sí. Podemos bajar de los árboles de cabeza. El margay es el único otro gato que puede hacerlo".

"Eres una raza interesante en general, ¿verdad?".

Complacida, se rió, sintiendo cómo su gato se acicalaba. "¡Sí, lo estamos!".

Alargó la mano hacia el picaporte de su puerta cuando un sedán blanco entró en el camino de entrada de un solo coche. "Debe de ser el agente inmobiliario. Venga, vamos a ver tu nueva casa".

La agente inmobiliaria era una mujer mayor, con el pelo castaño y plateado recogido en una cuidada trenza francesa, pero una buena figura enfundada en un clásico traje de negocios. Les

tendió la mano, estrechándosela a ambos.

"Hola. Soy Miranda East", se presentó. "Tú debes de ser Liam McConnell, y..."

"Soy Naomi Kerrigan".

"Encantada de conocerlos a los dos". Miranda señaló hacia la puerta principal, situada a poca distancia del garaje. "Hay un dormitorio en la planta baja", les informó mientras abría la puerta y les guiaba hacia el interior. "Y un baño completo en suite, y medio baño. Arriba hay cuatro dormitorios y dos baños completos. Naomi entró en el corto pasillo y se detuvo, sorprendida.

"¡Oh, esto es precioso!"

El vestíbulo estaba pintado de un bonito amarillo, más oscuro que el limón pero no tanto como el mostaza. Ella no habría pensado que aquel tono de amarillo funcionaría, pero en realidad era muy atractivo, realzado por los brillantes ribetes de madera blanca. A la izquierda había una escalera pintada del mismo amarillo, y a la derecha continuaba el pasillo, con una puerta de dormitorio a la derecha. Las propias escaleras estaban pintadas de blanco, y cada peldaño estaba rematado con madera natural muy pulida.

Inmediatamente a la izquierda, una amplia puerta daba a la sala de estar, con paredes de color marfil y el mismo ribete blanco. Lo más probable era que una puerta situada en el otro extremo del salón condujera a la cocina, o tal vez a un comedor.

A la derecha del vestíbulo, otra puerta daba a una habitación familiar o estudio, pintada del mismo color marfil que el salón, con ventanas que daban al pequeño patio delantero. Naomi se acercó a las ventanas y dio unos golpecitos. "Doble acristalamiento", dijo con aprobación. "Esto ayudará en invierno".

"Y en verano", dijo Miranda, habiéndola seguido hasta la habitación. "Todas las ventanas son de doble cristal. Todas las habitaciones tienen aire acondicionado instalado en la pared y calefactores de zócalo, y el salón y los dormitorios tienen ventiladores de techo. Además, la piedra ayuda mucho a aislar".

El estudio tenía una bonita chimenea a ras de la pared, con un manto de madera encima. Liam fue a inspeccionarla, echando un vistazo a lo que había dentro de las chimeneas; Naomi pensó que había algo llamado tiro, o... algo. En cualquier caso, parecía satisfecho.

"Hay cuatro chimeneas: ésta, una en el salón y dos en los dormitorios de arriba, pero las dos de arriba se han convertido en chimeneas de gas con troncos de cerámica. Las dos de abajo siguen siendo de leña. Las dos chimeneas activas se limpiaron esta última primavera -Miranda consultó sus notas-. "Tengo el número del deshollinador, así como del servicio de jardinería, por si el nuevo propietario quiere mantenerlos".

Liam asintió pensativo, claramente tomando notas mentales mientras su mirada recorría la habitación. "Aquí no hay mucha luz natural", observó. "A pesar de las ventanas delanteras. Sería una gran sala de televisión. Montaría un televisor de pantalla grande contra esa pared, pondría un par de sofás y sillones reclinables contra las paredes, un montón de mesas esparcidas por ahí..."

"¿Para sujetar cajas de pizza?" sugirió Naomi, riéndose entre dientes.

Le sonrió. "Sí. Incluso podemos poner una pequeña nevera sólo para cervezas y refrescos, para cuando haya partido".

Puso los ojos en blanco y se volvió hacia Miranda. "Sigamos adelante, ¿quieres?"

El agente inmobiliario les llevó a través del vestíbulo hasta el amplio salón. Mientras que el vestíbulo estaba cubierto de baldosas tipo terracota, el resto de la casa parecía tener unos preciosos suelos de madera pulida.

"¿Qué tipo de madera es ésta?" preguntó a Miranda, arrodillándose para pasar los dedos por la madera lisa, sintiendo el pulimento contra las yemas de los dedos. "Diría que caoba, pero la

caoba es más oscura que esto".

"Yo tampoco estoy segura", confesó Miranda. Ella también inspeccionó detenidamente el suelo de madera. "Podría ser roble rojo".

"Supongo que no importa", comentó Naomi, poniéndose en pie. "Pero es muy bonito, y calienta la habitación".

Miranda sonrió. "Así es".

En el otro extremo, una amplia puerta daba a un pequeño pero atractivo comedor, y en el otro extremo, una puerta daba a la cocina. Naomi entró en la cocina y se detuvo bruscamente, incapaz de reprimir su grito de consternación.

"¿Quien perpetró este atropello no pudo ser la misma persona que eligió la decoración del resto de la casa!".

Liam se detuvo a su lado, su expresión reflejaba la de ella mientras miraba los armarios verdes. No un bonito verde bosque ni un verde pastel pálido, sino un verde brillante entre lima y aguacate.

"Sombras de los setenta", bromeó. "¿Quizá dejaron la cocina para el final y no llegaron hasta aquí?".

"Deberían haber rehecho *primero* la cocina", afirmó.

Sin embargo, el resto de la cocina era agradable, con un fregadero doble, un enorme frigorífico de acero inoxidable, un microondas empotrado sobre una vitrocerámica impecable y mucho espacio en la encimera.

"Excepto porque me sangran los ojos por el verde, es una cocina estupenda", observó Naomi. "Tienen buen gusto para los electrodomésticos, aunque sean daltónicos".

"¿Los electrodomésticos vienen con la casa?" preguntó Liam al agente inmobiliario.

Miranda asintió. "Sí. Los propietarios se están mudando a una residencia asistida y, de hecho, cualquiera de los muebles que quieras estarán encantados de dejártelos".

Liam se quedó pensativo y se volvió para entrar en el comedor. Hasta ahora, ninguno de los dos había prestado atención a los muebles, pero ahora Naomi apreciaba la mesa de caoba pulida y las seis sillas a juego. Una costura en el centro indicaba que tenía al menos una hoja que podía insertarse, ampliando los asientos. En una de las paredes había un aparador y una vitrina, también de caoba.

"Definitivamente quiero esto", comentó Liam, dirigiendo su mirada a Naomi. "¿Qué te parece?"

"Por supuesto". Pasó los dedos por el frente de cristal. "¿Es un cristal emplomado? Creo que sí".

"Sin duda", dijo Liam, acercándose a su lado para inspeccionar la conejera. "Son antigüedades, o no acierto a adivinar. A esto se le llama frente de separación".

Ella le miró interrogante, y él se encogió de hombros, un poco avergonzado. "A mi madre le gustan las antigüedades. De niña me arrastraba por todo el noreste cuando le apetecía ir de anticuario".

Retrocedieron hasta el salón, donde una buena madera maciza y un grueso damasco formaban el sofá y dos sillones, con una mesa de centro y mesas auxiliares a juego.

"Esto es lo bueno", señaló Liam. "De cuando los muebles se construían para durar".

Volvió su atención hacia Miranda. "Sin duda nos interesan los muebles. ¿Te han dado una cifra por él?"

El agente inmobiliario le miró pensativo. "Tengo alguna idea, sí. Hablemos de los detalles cuando lo hayas visto todo".

"Sí, buena idea".

Al volver a la cocina, vieron que había otra puerta que daba a un pequeño pasillo. Junto al pasillo había un lavadero con lavadora, secadora y tabla de planchar. Naomi parpadeó.

"¿La gente todavía los usa?"

Detrás de ella, Miranda se rió. Siguiendo adelante, el pasillo desembocó en el otro pasillo, más allá de la escalera, de modo que cerraron el círculo y volvieron a la parte delantera de la casa. El dormitorio del vestíbulo principal tenía un cuarto de baño sorprendentemente moderno, con asideros de seguridad para el váter y la bañera.

"¡Mira!" Naomi señaló el toallero de un cuarto de baño. "¡Tiene calefacción! Qué idea tan estupenda para las frías tardes... o mañanas de invierno".

"Hace unos años, los propietarios no podían seguir subiendo y bajando las escaleras, así que remodelaron completamente el cuarto de baño y se mudaron a esta suite", les contó Miranda.

Naomi cruzó la habitación hacia las puertas dobles de marco blanco que daban al exterior. "Tiene su propio patio", observó. "Qué bonito".

"Hmm". Liam observó la suite pensativamente, desde la cama ajustable con su colcha de flores, la atractiva cómoda blanca y el pequeño escritorio, hasta las cortinas de encaje blanco de las ventanas. Presionó el colchón y comentó: "Espuma con memoria".

Naomi lo observó con curiosidad, preguntándose qué se le estaría pasando por la cabeza. Mientras seguían al agente inmobiliario escaleras arriba, se inclinó hacia él para murmurar: "Podría alquilar la suite como un shifterbnb. Tenemos uno, ¿sabes? Como un Airbnb pero sólo para Otros".

Naomi tuvo que reprimir la risa, pues estaban llegando al rellano superior, donde las esperaba Miranda. La visita al piso de arriba fue breve; cuatro dormitorios, todos con aire acondicionado, calefactores y ventiladores de techo, como habían prometido, y dos cuartos de baño. Los muebles eran del mismo estilo que los de abajo, resistentes, hechos para durar y bien cuidados.

Volvieron a bajar las escaleras, y Miranda las condujo de nuevo al salón y por las puertas dobles acristaladas a un amplio patio en el jardín trasero. Naomi se quedó boquiabierta al ver el tamaño. Sabía que era un acre, pero no se había dado cuenta de lo grande que parecía.

"Creo que necesitarás uno de esos cortacéspedes", le dijo a Liam.

Soltó una carcajada. "Creo que necesitaré el número de esos jardineros", replicó.

Su mirada se posó en la casa de carruajes y dio un pequeño respingo. "Nunca había visto una de éstas", le confió a Miranda. "Tengo mucha curiosidad por ver el interior".

"El piso de abajo no tiene nada de especial", le dijo la agente inmobiliaria. "Sólo un gran espacio vacío. Pero el piso de arriba se reformó para convertirlo en una vivienda en los años setenta, y me han dicho que nunca se ha utilizado."

Naomi gimió. "¡No más cocinas verdes!"

Miranda se rió. "No, es muy bonito, te lo prometo".

Era de dos plantas... después de haber buscado en Internet sobre casas de carruajes, se lo había esperado. Se había construido claramente a juego con la casa principal, con el mismo estilo arquitectónico y la misma piedra. Había una gran puerta, más grande que un garaje individual pero no tanto como uno doble, y una puerta normal a un lado. Una escalera de piedra a un lado conducía a una puerta del segundo piso.

"También hay una escalera interior", les dijo Miranda, abriendo la puerta principal. "No hay cuarto de baño abajo, pero hay varias habitaciones, cualquiera de las cuales podría remodelarse en uno si te apetece".

Dentro, la sala principal era sorprendentemente espaciosa y estaba limpia. A pesar del suelo

de cemento, era atractiva, con sus paredes de piedra y ventanas con marcos de madera.

"Las ventanas de aquí también son de doble cristal", explicó Miranda, al ver la mirada de Noemí sobre ellas.

Una escalera abierta conducía al piso de arriba, que tenía no uno, sino dos dormitorios, así como un cuarto de baño completo y una pequeña cocina, muy básica, pero funcional.

"Podrías alquilar todo el piso de arriba como casa rural", le susurró a Liam mientras seguían a Miranda escaleras abajo. Pero él negó con la cabeza.

"No, lo quiero para los pacientes que vienen de fuera de la ciudad y tienen que quedarse a dormir, por el motivo que sea".

Vale, eso tenía sentido.

Volviendo a entrar en la casa, Miranda se detuvo justo dentro. "¿Vamos al comedor y repasamos los detalles?".

Naomi rebuscó en su bolso y encontró su Kindle.

"Os dejaré hablar de negocios", se ofreció. "Me pondré cómoda en el salón".

"¿Estás segura de que no te importa esperar?" preguntó Liam, posando una mano en su espalda, frotándola ligeramente.

"En absoluto. Me lo esperaba". Ella le sonrió, reconfortada por su preocupación, y le hizo un gesto con la mano. "He venido preparada".

Se echó a reír. "Otra vez cargando con tu biblioteca".

Sonriendo, asintió. "Culpable de los cargos".

Se alejó, dirigiéndose por el pasillo hacia el estudio, en la parte delantera de la casa. Era una habitación acogedora, los paneles de madera tan diferentes del resto de la casa, pero la hacían sentir cómoda. Eligió uno de los sillones acolchados que había junto a la ventana delantera, se acurrucó en él y metió los pies debajo mientras abría el Kindle y elegía un viejo favorito, una novela de misterio y suspense ambientada en el Reino Unido.

No tenía ninguna noción del paso del tiempo, pero ya iba por el capítulo cuatro cuando Liam entró en la habitación. La levantó de la silla y ella chilló mientras él la hacía girar en círculo.

"¡Yo lo he hecho! Bueno", enmendó, "¡hice una oferta!".

"¡Oh, qué maravilla!" Le sonrió mientras la ponía en pie. Sus brazos seguían rodeándola, sosteniéndola mientras encontraba el equilibrio... ¡y entonces se inclinó hacia ella y la besó!

No se parecía en nada al otro beso que había soportado tras aquella horrible cena del año pasado. Sus labios eran cálidos, irresistibles, e instintivamente los de ella se amoldaron a los suyos, separándose para él mientras él se demoraba, explorando, saboreando. Se acercó más a él y le rodeó la cintura con los brazos. Se sintió cómoda, como si estuviera en casa. En su interior, su gato ronroneó.

¡Su gato! Recordó, en un instante, y el terror la invadió. Se apartó de Liam, empujándose con pánico.

"¡No! ¡No, Liam, no podemos!"

Se le llenaron los ojos de lágrimas. No podía mirarle, no podía encontrar su mirada mientras permanecía temblorosa, con una mano apretada contra la boca.

"Naomi".

Dio un paso adelante, y sus manos se posaron ligeramente sobre los hombros de ella.

"Naomi. Mírame".

Ella levantó la mirada ante su insistencia, y sus cálidos ojos avellana se mantuvieron firmes y seguros mientras sostenían los suyos.

"No ha pasado nada, Naomi. Estoy bien".

"¡Pero... podría haberte hecho daño!"

"No lo hiciste. Nos besamos y estoy bien. Tú estás bien".

Tragó con fuerza, los miedos de toda una vida no se abandonaban fácilmente.

"Pero podría haber..."

"Pero no lo hizo". Liam le dio una pequeña sacudida. "¿Qué dice ahora?"

Naomi le parpadeó, y luego buscó a su gato, en su interior. Tuvo que reír y gemir a la vez, y por primera vez comprendió realmente a qué se refería el término "facepalm".

"No dice nada. Está ronroneando y revolcándose", informó, frunciendo el ceño. "La muy libertina".

"¿Lo ves?"

Naomi se mordió el labio, sin poder evitar preocuparse. "Sí, pero ¿y si ella, no sé, de repente se vuelve loca y va a por ti?"

"En primer lugar, no va a ocurrir", dijo con seguridad. "En segundo lugar, aunque ocurriera, cambiarías. Entonces cambiaría yo. No sé si te acuerdas, ya lo he mencionado antes, pero una Gran Pirenaica es bastante grande. Sólo tendría que tumbarme sobre ella".

Se ahogó en una carcajada. "Dios mío, recuerdo que ya lo habías dicho antes. Pensé que estabas loca entonces, y sigo pensando que estás loca ahora".

"No tan loca como para dejar pasar lo que tengo delante". Liam deslizó sus manos hacia abajo para estrechar los dedos de ella. "Tú lo eres para mí, Naomi. Mi Elegida. Verte aquí, en esta casa, caminando juntos por ella, me hace sentir tan bien. Como si estuviéramos destinados a estar aquí. Juntos. Tú y yo".

Ella abrió los labios para protestar, pero él la hizo callar. "Quiero que te cases conmigo, Naomi. Que nos mudemos a esta casa, o a cualquier otra, y la convirtamos en un hogar juntos. Tener hijos, criarlos desde lindos cachorros y gatitos hasta adultos sobresalientes. Envejecer juntos, Naomi. Lo quiero todo".

Sólo pudo mirarle fijamente, sin habla, con el corazón latiéndole tan fuerte que podía oír el latido en sus oídos.

"¿Casarse? El anhelo se elevó en una marea, las imágenes que sus palabras evocaban en su mente.

"Entonces". Liam le subió y le bajó las manos por los brazos, hasta posárselas sobre los hombros. Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. "¿Puedo besarte otra vez?"

La salvó de tomar una decisión el rápido repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de madera, y un momento después apareció Miranda. Sonreía al cruzar la puerta.

"Liam, los vendedores han aceptado tu oferta". Ella sonrió a los dos, mientras Liam parecía sobresaltado.

¿"Ya"? ¿Ya? Acabo de rellenar los papeles".

Miranda se rió. "Les he llamado con la oferta. Aún hay que hacer el papeleo, pero ya tenemos la aceptación".

Aparentemente todavía un poco aturdido, Liam se limitó a mirar a la agente inmobiliaria. Naomi se recuperó, riendo, y se abrazó a él. "¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido de verdad! Enhorabuena, Liam".

"Vaya", dijo él, devolviéndole el abrazo automáticamente. Naomi soltó una risita al ver su mirada aturdida. "Lo estoy haciendo de verdad. Comprar una casa".

"Lo eres", convino ella, dándole un último apretón y dando un paso atrás, mientras Miranda tendía la mano a Liam con una sonrisa comprensiva.

"Felicidades por convertirte en propietario, Sr. McConnell".

CAPÍTULO 26



NAOMI YACÍA EN LA CAMA, insomne, mirando al techo. ¡Liam quería casarse con ella! Podría tenerlo todo, la vida que siempre había anhelado, pero que sabía que nunca podría ser suya. Y ¡oh! ¡Quería a Liam! Cuando estaban juntos, era como si todo estuviera bien en su mundo. Como si estuvieran hechos el uno para el otro. Él la había llamado su Elegida. Si pudiera elegir, elegiría a Liam. Pero, ¿lo era? Todos le dijeron que confiara en ellos cuando le dijeron que nunca se convertiría en una Pícara. Y aunque sus temores sobre lo que había ocurrido en Manhattan habían quedado disipados tras su conversación con Renee, aún quedaba lo que le había ocurrido a Beth. Ella también se había enamorado. Ella también se había arriesgado a no convertirse en Rogue. Y su amante había pagado el precio más alto... al igual que Liam, si todos se equivocaban con ella.

Pero Beth... De repente se abrazó a sí misma, sonriendo como una loca. Haber vuelto a ver a su hermana, haberla cogido en brazos, haberla abrazado. Había sentido como si una parte de ella que le faltaba se hubiera reunido de repente.

Naomi se sentó en la cama y encendió la lámpara de mesa, mirando a su alrededor. Realmente era una habitación preciosa, con sus muebles antiguos, la acogedora alfombra del suelo y el cálido edredón de la cama. A Beth le encantaría verla. Quizá aún estuviera despierta.

Levantándose, encendió el resto de las luces de la habitación y cogió el teléfono del cargador que había sobre el escritorio. El otro extremo sonó una sola vez cuando sonó una voz familiar y querida.

"¿Naomi?"

No pudo evitar chillar de alegría. "¡Beth!"

La risita de su hermana fue lo más maravilloso que había oído nunca. "Entonces, ¿estabas dormida?"

"No... Estaba despierta. Pensando".

"Lo mismo. Pero, ¡eh! ¿Quieres ver mi habitación aquí en el bed and breakfast?"

"¿De verdad? ¡Me encantaría! Tengo Facebook configurado, así que podemos hacer FaceTime, pero si quieres Zoom o Discord, no tienes suerte, me acordé de mi contraseña de Facebook, pero no de las otras".

"No, FaceTime funciona".

Se colocó junto a la puerta de su habitación e hizo un lento barrido con la cámara, recorriendo la habitación.

"Ohmigosh, es precioso", se entusiasmó Beth. "Me encanta el edredón de la cama y las

fundas a juego. Y una chimenea, ¡qué guay! ¿Cómo es tu balcón?"

"Da a la parte delantera de la posada, que tiene un césped enorme, así que es muy agradable. También hay bosques alrededor. Arces, robles y no sé qué más. Muy diferente de Florida".

"¿Mañana me lo enseñarás?" La voz de Beth contenía anhelo. "Me encantaría verlo".

"Claro que lo haré. Pero no será hasta la noche", advirtió Naomi. "Mañana tengo que trabajar. Pero puedo enviarte un mensaje en mis descansos y durante la comida".

"¡Sí! Oh, Naomi, soy tan feliz". Pero parecía más bien que Beth estaba llorando. "Te he echado tanto de menos. Me alegro tanto de que al menos podamos hablar y mandarnos mensajes, y estar en contacto".

"Podemos, y siempre podremos, desde ahora hasta siempre", juró Naomi. "¿Cómo te estás adaptando?"

"Más o menos. Quiero decir, me gusta, el apartamento es muy cómodo y me alegro mucho de volver a mi forma humana, y aún más de estar lejos de mamá y los demás. Es sólo que... bueno... es tan extraño volver a dormir en una cama. No sé cómo describirlo".

"No, lo entiendo", la tranquilizó Naomi. "Pasé casi un año en ese zoo, así que lo entiendo de verdad. Pero también, ¿esos primeros días después de que me sacaran? No hacía casi nada más que dormir, es decir, estaba despierta un ratito, comía algo y luego me quedaba dormida durante horas seguidas".

"¡Oh! Sí, eso es lo que estoy haciendo yo también". Beth suspiró aliviada. "Es bueno saber que esto no es completamente anormal. Pero, después de dormir casi todo el día de ayer y hoy, aquí estoy, completamente despierta en la cama".

"Tenemos que comprarte cosas para el baño", decidió Naomi. "Ya he pensado en ello y prepararé un paquete para ti y te lo enviaré por correo. Un baño largo y agradable con burbujas, aceites, sales de baño y exfoliantes, seguido de algunas lociones corporales, te sentirás como una nueva tú".

"¡Eso suena muy bien!"

"Así que..." Naomi se puso de lado, sujetando el teléfono para poder ver a su hermana. "Tengo algo que decirte".

"¿Oh? ¿Qué? Cuéntalo". dijo Beth ansiosamente, con los ojos brillantes al mirar hacia atrás. "¡Ohmigosh, me encanta poder volver a verte!".

"Yo también. Te he echado muchísimo de menos".

"Lo sé, ha sido horrible. Pero, ¿qué tienes que contarme? Escúpelo".

"Bueno..." Naomi se royó el labio inferior, inquietándolo con los dientes. "Hoy hemos estado mirando una propiedad que Liam quiere comprar. Es una propiedad estupenda, un acre entero, todo rodeado por un alto muro de piedra y muchos árboles grandes, con una gran casa de dos plantas con cinco dormitorios y una cochera".

"¡Suena maravilloso!" A Beth se le iluminó la cara. "¡Qué divertido! Pero, ¿por qué necesita una casa tan grande? ¿Tiene familia?"

"No, está soltero. Ésa es la cuestión. Después de hacer la oferta por la casa y de que el agente inmobiliario se fuera a hablar con los vendedores, él... bueno... él... me besó".

chilló Beth. "¿Lo hizo? ¿Un beso de verdad, con lengua y todo?".

Las mejillas de Naomi se encendieron y enterró la cara en la almohada. "Sí", murmuró. "Lo que has dicho".

"Saca la cara de ahí", ordenó Beth. "¡Vamos, háblame! Entonces, ¿qué ha pasado?"

"Nada, porque Miranda -la agente inmobiliaria- volvió a entrar en la habitación. El caso es que Beth... dijo que quería casarse conmigo. Todo el trato. Matrimonio. Hijos. Vivir juntos en

esa casa, envejecer juntos".

"Oh". La voz de Beth se apagó de repente. "Sí".

"Sí", se hizo eco Naomi.

Tras un largo silencio, Beth se aventuró: "¿Quizá estaría bien? Siempre fuiste más fuerte que yo".

Naomi se incorporó, frunciendo el ceño. "¡No digas eso! Eres más suave que yo, pero eso no significa que seas débil".

"¿Qué hizo tu gato cuando te besó?"

Naomi puso los ojos en blanco. "Más o menos lo que cabría esperar".

Beth soltó una risita. "Vale, así que le gusta".

"A tu gato le gustaba Neil", señaló Naomi. "Todo el mundo, y quiero decir absolutamente todo el mundo aquí, todos los demás metamorfos, y Angus y Renee, los posaderos de aquí, de los que aún tengo que hablarte, pero en fin, todo el mundo dice que no voy a convertir a Rogue. ¡Estamos hablando de gente a la que Beatrice *atacó*, Beth! Y están tan, tan seguros. Me dicen que tenga fe en ellos. Que crea. Y quiero creer, pero entonces recuerdo lo que te pasó".

"La cosa es, bueno... la razón por la que entré en ese zoo en primer lugar...". Respiró hondo. "Fui a una cena, cuando estaba en Nueva York. En la ciudad, quiero decir. El año pasado. Después, el tipo intentó, ya sabes, forzarme. Y mi gata se volvió loca. Estaba furiosa, quería salir, arañarle, hacerle daño de verdad. Y fue entonces cuando pensé que yo también empezaba a volverme canalla. Así que lo tiré todo en mi coche y lo guardé, y me colé en el recinto de los leopardos del zoo. Pero hace una semana, más o menos, le conté lo ocurrido a Renee, una de las posaderas, y me señaló que mi gata no se estaba volviendo Rogue, sino que me estaba *protegiendo* de alguien que intentaba violarme. Lo cual tiene todo el sentido".

Beth se puso pálida. "¡Dios mío!", jadeó. "¡Qué terrible para ti, Naomi!".

"Sí, pero ésta es la cuestión. Desde que Renee dijo eso, he estado pensando y pensando". Volvió a morderse el labio. "El caso es que dices que no recuerdas nada de aquella noche, salvo que te fuiste a dormir y al despertarte encontraste a Neil muerto. Y si, no sé, y si pasó algo. Por ejemplo, tal vez tenía un trastorno de estrés postraumático o algo así y tuvo un ataque de pánico y te atacó por la noche. ¿Quizá no le atacó, quizá te *protegió*, pero fue tan traumatizante que tu mente lo bloqueó?".

El rostro de Beth se quedó en blanco, y durante un minuto pareció que casi se olvidaba de respirar.

"Eso está muy lejos", consiguió decir finalmente Beth.

Naomi asintió. "Sí, lo sé, pero tendría más sentido que cambiar y atacar al hombre que amabas".

"Sí, es verdad". Los ojos de Beth se empañaron. "Supongo que nunca lo sabremos. ¿Qué dice Liam?"

"Está cien por cien seguro de que nunca convertiría a Rogue. Aunque, es su vida la que está en juego. Literalmente". Soltó una risita de repente. "Su animal es un Gran Pirineo. Dice que si mi gata Cambia y le ataca, lo único que tiene que hacer es Cambiar y echarse sobre ella, ya que pesa como cinco veces más que ella".

Beth se rió con ella. "Tiene gracia. Recuerdo haber visto su animal la primera vez que vino a hablar conmigo. Un gran pirineo, ese gran perro blanco y desgredado de la región de los Alpes, ¿verdad?".

"Mmmhmm. También hay un Gran Pirineo... uno de verdad... que vive aquí en la posada, junto con un pequeño gato atigrado que yace acurrucado en su pelaje".

"Qué mono". Beth sonrió.

"Lo es, y escucha esto. Se llaman Tony y María".

Beth se echó a reír encantada al establecer la conexión. "¡De West Side Story!"

"Sí. Y la pensión se llama West Side Inn. De todos modos, son demasiado monos juntos. Además, casi nunca se mueven. Siempre están así tumbados".

"Ojalá pudiera verlos". La voz de Beth estaba llena de anhelo.

"Las grabaré en vídeo, o te las enseñaré por FaceTime", prometió Naomi. "Voy a ir a Ohio dentro de un par de semanas, cuando tenga un fin de semana completo libre en la biblioteca, y te veré. Voy a traer un montón de cosas, podemos ver películas, y tomar chocolate y helado y palomitas, y hacer manicuras y pedicuras".

El chillido de alegría de Beth por teléfono casi destroza el tímpano de Naomi, que sostuvo el teléfono a distancia. "¿Supongo que ha sido un sí?"

"¡Sí! ¡Suenan muy divertido!"

"Estupendo. También te traeré más ropa, una bata y zapatillas. Te pondremos cómoda, Beth".

"No me importa, de verdad", la tranquilizó Beth. "Quiero decir, al menos no es una cárcel-prisión, ¿sabes? Y ya no estoy atrapada con mamá y Beatrice. Podría ser mucho peor. Tengo suerte, de verdad. Tengo esta habitación, y aunque no puedo salir si no es con escolta, puedo pedir comida a la cocina y está muy buena, y puedo pedir salir a cambiar y jugar siempre que quiera. Y te tengo a ti".

"Vendré a visitarte tan a menudo como pueda. Si ese lugar estuviera más cerca", suspiró Naomi. "Pero Liam dice que lo convertiremos en una aventura, que iremos y pasaremos el fin de semana en un hotel, y él podrá reunirse con, no sé, miembros del Consejo y hablar de asuntos oficiales de los cambiaformas mientras tú y yo tenemos tiempo de chicas".

La sonrisa de Beth era melancólica. "Parece un guardián".

"Lo es", dijo Naomi, suspirando. "Si supiera qué hacer".

"Creo que deberías ir a por ello", dijo Beth de repente. Naomi pudo ver cómo su hermana se sentaba de golpe en la cama, metiendo los pies debajo de ella, como a Naomi le gustaba hacer. "Tienes a toda esa gente a tu alrededor, Naomi, ahí para apoyarte. Para detenerte, si tu gato se pone malo. Pero ellos dicen que no lo hará, y tienen experiencia. Tienen conocimientos que nosotros no tenemos. No teníamos a nadie, Naomi. Nadie a quien preguntar, con quien hablar, en quien confiar. Sólo nos teníamos la una a la otra, y ninguna de las dos sabía nada sobre los cambiaformas, salvo lo que nos enseñaron mamá y Beatrice. Si insisten en que es seguro que estés con Liam, creo que deberías hacerles caso".

"Lo pensaré", prometió Naomi. De repente se encontró luchando contra un bostezo. "Creo que ahora podría dormir".

"Sí, yo también. Buenas noches, hermanita".

"Buenas noches, Beth. Te quiero".

"Te quiero más".

Con una sonrisa por el intercambio familiar, Naomi apagó el teléfono y se acurrucó en las almohadas, subiéndose el edredón por los hombros, y se quedó dormida en cuestión de minutos.

CAPÍTULO 27



LIAM RECORRIÓ EL porche delantero y trasero de la posada mientras esperaba a que Naomi bajara. Se dio cuenta de que tenía las manos apretadas por la ansiedad, y se obligó a relajarse. Todo iba a salir bien. Esperaba que no se estuvieran equivocando, aunque necesitaban saberlo. ¿Y si...?

"¡Para!", se dijo, pasándose una mano por la cara. Tenía que calmarse y confiar en que todo iría bien.

"¿Ahora hablas solo? se burló Naomi al salir. Se acercó a él y su mano se deslizó entre las suyas.

"Uy, me has pillado".

Le lanzó una mirada inquisitiva. "¿Qué pasa? ¿Lo sabes?"

"Sí, lo sé -admitió, sintiéndose extrañamente culpable. No quería decírselo, ser él quien le diera esperanzas. Era mejor dejar todo esto en manos de Maroulla. "Es cosa de Maroulla", le pasó la pelota. "Dejo que sea ella quien lo explique".

Ella le miró con el ceño fruncido. "Vale".

Sin embargo, el vehículo que entró en la entrada no era el todoterreno plateado de Maroulla, sino una furgoneta negra con los cristales tintados. A Liam se le apretaron las tripas de los nervios, pero salió del porche a la pasarela, con Naomi a su lado. Ella miraba la furgoneta con curiosidad.

"¿Quién es? No lo veo".

"No sé, pensé que sería Maroulla, ya que acaba de enviar un mensaje. A lo mejor es otra persona y todavía está de camino".

Un golpeteo les hizo volverse, para ver a Flora, apoyada en su bastón, que se acercaba a ellos.

"¡Señorita Flora!" Naomi subió los dos escalones poco profundos del porche para coger el brazo de la anciana. "Ven, deja que te ayude".

"Gracias, Naomi".

Se apoyó ligeramente en Naomi mientras se dirigían al lado de Liam. La puerta del pasajero de la furgoneta se abrió y Maroulla salió, su mirada aguda abarcó al pequeño grupo que la esperaba.

"Ah, ya estáis todos aquí. *Yasou*".

"*Kalinichta*, Maroulla", respondió Liam "buenas noches" en griego.

"*Kalinichta*", repitió Noemí, con los ojos brillantes de curiosidad.

Flora inclinó la cabeza. "Maroulla".

La puerta lateral de la furgoneta se abrió y Héctor, el guardián del Santuario, apareció en el umbral. Saltó al suelo y se giró, ayudando a bajar a alguien. Naomi jadeó al ver que era su hermana.

"¡Beth!" Corrió hacia delante, abrazando con fuerza a su hermana. Se echó hacia atrás, mirando primero a Maroulla y luego a Liam. Él pudo ver la esperanza naciente en sus ojos, el repentino latido del pulso en su delgado cuello. "¿Qué ocurre?"

Maroulla no respondió, sino que se volvió hacia Flora.

"Lady Flora, ésta es la hermana de Naomi, Beth".

Naomi parpadeó y le dijo a Liam: "¿Señora? Él parecía tan sorprendido como ella, y se encogió de hombros ante su falta de conocimiento.

Flora se acercó a ellos, apoyada en su bastón, con una sonrisa amable.

"Me gustaría tener unas palabras con vosotros dos, si no os importa".

"No, claro que no", se apresuró a tranquilizarla Naomi, lanzando otra mirada interrogante a Liam, que se encogió de hombros sin poder hacer nada. Beth sólo parecía confusa, y Naomi agarró con fuerza la mano de su gemela.

"Demos un breve paseo", sugirió Flora, señalando con la cabeza la franja de césped verde, ahora casi oculta bajo las capas de hojas rojas y doradas que se extendía entre la posada y el bosque. Le entregó su bastón a Liam. "Si me sostienes esto, jovencito. Estoy segura de que Beth y Naomi me prestarán su apoyo si lo necesito".

Ella se dio la vuelta cuando él cogió el bastón, pero él estaba seguro de haber captado el parpadeo de un guiño. Tragó saliva y retrocedió.

"Te lo cuidaré bien".

Flora se situó entre Naomi y Beth, enlazando los codos con cada una, y las condujo a un paso que no era tan lento como él hubiera pensado para una anciana que necesitaba utilizar un bastón para caminar.

Naomi tragó saliva mientras Flora las conducía inexorablemente hacia el linde del bosque. Ella no había estado allí, pero había oído las historias. Tuvo que hacer todo lo que pudo para no retroceder cuando pasaron por debajo de las primeras ramas.

"Ummm", tartamudeó, con el corazón latiéndole con fuerza. "¿Señorita Flora?"

Beth la miró por encima de la cabeza plateada de Flora. "¿Qué ocurre?"

"Este bosque tiene... una historia", dijo Naomi, temblando.

Flora retiró la mano del brazo de Beth el tiempo suficiente para acariciarla. Extrañamente, el tacto la inundó de una sensación de bienestar, no muy distinta de la de un fuego cálido y tostado en una fría noche de invierno.

"Nada puede hacerte daño mientras estés conmigo". Su voz era fuerte y firme, y contenía una convicción absoluta. "Además, la magia de la tierra de Angus protege a quienes la traspasan con malas intenciones. No tienes por qué preocuparte cuando estés en estos bosques".

El ritmo cardíaco de Naomi volvió un poco a la normalidad, y respiró hondo. "De acuerdo, entonces".

Había un débil sendero que se adentraba en el bosque. Naomi no estaba segura de qué podría haberlo hecho: ¿un ciervo, tal vez? Flora se adentró en él con confianza, y Beth se quedó detrás de ellas, ya que el sendero no era lo bastante ancho para caminar tres a la vez.

La curiosidad consumía por completo a Noemí mientras Flora las adentraba en el bosque. Sin embargo, permaneció en silencio, intercambiando miradas interrogativas por encima del hombro con su gemela.

Más adelante, un débil gorgoteo anunciaba la presencia de agua corriente, y unos minutos más tarde salieron de debajo de los árboles y entraron en un pequeño claro, atravesado por un profundo arroyo que caía sobre rocas y raíces. Flora se detuvo junto a la orilla y se volvió hacia ellos.

"Ahora, pues, aquí estamos. Me gustaría que os pusierais uno al lado del otro, justo ahí".

Desconcertadas, Naomi y Beth se quedaron inmóviles frente a ella. Sin saber qué estaba pasando, Naomi cogió la mano de su hermana y se aferraron la una a la otra. Flora se rió suavemente.

"No temáis, queridos. Maroulla me lo ha pedido como un favor personal. Ahora", y su voz se tornó nítida y profesional. "Nunca debes revelar lo que vas a descubrir. A nadie, por ningún motivo".

Dando aparentemente por sentado su consentimiento, su figura pareció alzarse, su espalda se enderezó y la depresión abandonó sus hombros. Las arrugas desaparecieron de su rostro, dejando una piel suave y brillante, y el pelo gris se volvió rubio plateado. Sólo por un instante, se presentó ante ellos una joven doncella, alta y esbelta. Luego pareció resplandecer, como un metamorfo al cambiar, y su forma se desvaneció. Flora desapareció en el brumoso resplandor, y otra forma se transformó en un brillante caballo blanco con ojos azul plateado y una crin pesada y rizada. Sus cascos plateados pisaban suavemente el suelo sembrado de hojas, y de la frente crecía un largo cuerno en espiral de la plata más pura.

A su lado, Naomi oyó a Beth jadear. A ella misma le costaba respirar mientras sus ojos contemplaban a la criatura que tenía delante.

"Un unicornio", exhaló asombrada.

Sí. Una voz ligera y juvenil habló en su cabeza. Por el salto de sorpresa que dio Beth a su lado, dedujo que ella también había oído la voz. *Quiero que te quedes tal como estás, Noemí, y yo te tocaré.*

El cuerno plateado bajó y se posó ligeramente sobre el corazón de Naomi. Permaneció allí unos instantes, y luego la unicornio levantó la cabeza.

Y tú, Beth.

De nuevo, la unicornio bajó la cabeza y tocó con la punta de su cuerno el corazón de Beth.

La cola larga y rizada... que a Noemí le recordaba a la cola de un frisón... se agitó dos veces. Entonces el unicornio se alejó un paso. El brillo mágico del Cambio llenó el aire, y la anciana que conocían como Flora volvió a presentarse ante ellos, asombrosamente vestida.

"¿Cómo lo haces?" estalló Naomi. "¿Conservar tu ropa cuando vuelvas a cambiar?"

Flora parecía divertida. "No soy un metamorfo, querida niña. El cambio de forma es diferente para las criaturas míticas. No somos humanos con doble naturaleza, como vosotros. Yo soy un unicornio, siempre. Aunque puedo adoptar forma humana si así lo decido, no soy humana".

"No tenía ni idea", admitió Naomi.

A su lado, Beth asintió enérgicamente. "No tenía ni idea de que existieran las criaturas míticas. Fuera de los mitos, quiero decir".

"Ahora somos pocos y preferimos que se nos conozca sólo como míticos, incluso para los sobrenaturales como vosotros".

Naomi no pudo contener más su curiosidad. "Entonces, ¿por qué te pidió Maroulla que te reunieras con nosotros? Y vale, ahora entiendo por qué hemos venido hasta el bosque, para que nadie te viera cambiarte, ¿verdad?"

Flora le sonrió en señal de aprobación. "Precisamente por eso. En cuanto a por qué me reúno contigo...", hizo una pausa y miró entre las dos hermanas. "Los unicornios tienen la capacidad

única de mirar en el corazón de alguien, en su alma misma, y verle tal y como es en realidad. La mayor parte de esta discusión debería tener lugar con Maroulla presente, pero os diré una cosa ahora. Ninguno de los dos sois Pícaros, ni lo habéis sido nunca, ni llegaréis a serlo".

Beth se tambaleó de repente, sus rodillas parecieron doblarse, y Naomi se agarró a su hermana gemela, rodeándole la cintura con el brazo .

"¿No soy una Rogue?" susurró Beth con voz agónica. "¿No?"

"No. No se podía cuestionar la absoluta convicción que había en la voz de Flora. "Tampoco mataste a ese joven desafortunado".

"Pero..." La objeción de Beth fue detenida por la esbelta mano de Flora.

"Tenemos que volver a la posada, e incluir a Maroulla y a Liam en esta conversación".

Beth se agarró a Naomi, parecía aturdida. "I.... ¿No maté a Neil?", susurró con voz quebrada. "¿No soy una Pícara?"

"Y no voy a serlo", convino Naomi, sintiéndose igual de aturdida. Toda su vida había temido, y mucho, convertirse en Rogue. Y ahora...

"¿Estás segura? ¿Cómo puedes estar segura?", no pudo evitar preguntar a Flora, que se limitó a reír, con un sonido que parecía el tintineo de una campana, tan en desacuerdo con su aspecto de anciana.

"Sí, estoy seguro. Vamos, los demás nos esperan".

Se volvieron para seguir a Flora por el camino que llevaba de vuelta a la posada. Flora, observó Noemí divertida, ya no fingía necesitar su apoyo. Caminaba perfectamente, ¡sola!

Atravesaron los árboles y encontraron a Maroulla, Héctor y Liam todavía de pie en el paseo delantero. Incluso desde allí podía sentir la ansiedad de Liam. Naomi soltó la mano de Beth y voló por el césped, lanzándose a sus brazos. Riéndose, él la cogió y la hizo girar mientras ella lo abrazaba.

"¡No soy un Pícaro! Nunca lo seré". Ella rió triunfante y aliviada, y volvió a abrazarlo. Le cogió la cara entre las dos manos y le besó. "¡Sí, me casaré contigo!"

"Ohmigosh", dijo Beth, llegando hasta ellos a tiempo de oírlo. "¿En serio?"

Liam sonrió. "Y todos sois testigos, por si intenta echarse atrás".

Maroulla esbozó una sonrisa brillante y tendió la mano para coger la de Beth, mientras su atención se dirigía a Flora. "¿Estás segura?"

"No hay duda. Ninguna de estas jóvenes tiene la oscura mancha del Granuja".

Héctor inclinó la cabeza hacia Beth, esbozando una amplia sonrisa. "Iré a buscar tus cosas a la furgoneta".

Ella le miró fijamente. "¿Mis cosas? ¿Eso es lo que había en esas cajas de atrás?"

"Liam y yo estábamos seguros de que no eras una Pícara", le dijo Maroulla. "Pero necesitábamos la confirmación de Lady Flora, para el Consejo. Y Naomi necesitaba la confirmación por su cuenta".

"Pero... pero... ¿Neil?" vaciló Beth, mirando de Maroulla a Flora. "¿Mi prometido?"

Flora se adelantó y le puso una mano en el hombro. "Ven, tengamos esta discusión dentro".

"De acuerdo", dijo Maroulla enérgicamente, volviéndose para guiarla hasta el salón. Eligió un sillón junto a la ventana, Flora cogió uno frente a ella, y Naomi se sentó en el sofá con su hermana a un lado y Liam al otro.

"En cuanto a ese joven -comenzó Flora, y luego hizo una pausa, apretando los labios mientras volvía la mirada hacia Maroulla-. "Beth no lo asesinó. Lo hicieron sus hermanas".

Beth jadeó, balanceándose. "¡No! ¡No, no han podido! Él y yo estábamos solos, y ni siquiera sabían de él".

Naomi asintió en señal de corroboración. "Tuvimos mucho cuidado de mantener en secreto que salía con alguien".

"Lo sabían", les dijo Flora. "Te drogaron, Beth. Entraron por la ventana mientras dormías y te pusieron cloroformo en la nariz. Lo mataron, te untaron con su sangre y volvieron a salir, para que al despertar lo encontraras a tu lado, muerto".

Beth se llevó la mano a la boca y miró fijamente a Flora. "Pero ¿por qué harían algo tan horrible?", susurró. "¿Por qué?"

"Porque no os dejaríais llevar por el mal, ni tú ni tu hermana". Los pálidos ojos azules de Flora se suavizaron con simpatía. "Al hacerte creer que te habías convertido en Pícaro, ganaron poder sobre ti, y en el proceso también destruyeron a Naomi, que siempre viviría con miedo a convertirse en Pícaro. Para ellos era una victoria total".

Naomi se llevó una mano al estómago, sintiéndose mal. "Eso es... eso es despreciable".

"No lo entiendo", dijo Beth, con la mirada perdida. "¿Por qué iban a hacer eso? ¿No les basta con matar a sus propios amantes?"

De repente, Maroulla parecía muy cansada. "La teoría que manejamos ahora es que son psicópatas sádicos. Es decir, disfrutan con el acto de matar, disfrutan torturando a sus víctimas. No podemos interrogar a ninguno de ellos. Beatrice está completamente entregada a su animal, y aunque hemos intentado entablar un diálogo con tu madre y tus hermanas, lo cierto es que no están interesadas en mostrarse colaboradoras." Maroulla les sonrió con ironía. "Me temo que vosotras dos sois nuestra única fuente de información, ya que tenéis conocimiento de primera mano de, al menos, haber vivido con ellas, de haber crecido con ellas. Vuestras percepciones podrían ser valiosas para nuestros investigadores".

A su lado, Beth se estremeció, y Naomi le cogió la mano en un apretón reconfortante, sintiéndose protectora de su hermana.

"Beth se ha pasado los dos últimos años pensando que había asesinado a su prometido", le dijo a Maroulla. "Aunque a las dos nos gustaría no tener que revivir esos recuerdos, estoy dispuesta a hablar con... bueno, con quien sea..., pero mi hermana necesita recuperarse y curarse de todo esto".

Maroulla asintió. "Entendido. Y la gente no va a venir a por ti de golpe, sin avisar. Me encargaré de que todas las solicitudes de entrevistas lleguen a través de mí, o", hizo una pausa y su mirada se posó en Liam. "Liam, ¿estarías dispuesto a encargarte de eso? Tendrías que descartar a los curiosos y a los buscadores de emociones. Sólo a los investigadores legítimos se les deberían permitir las entrevistas".

Sonriendo, Liam rodeó a Naomi con el brazo y le acarició la cabeza. "Puedo hacerlo, sí. Si tengo dudas sobre alguien, lo consultaré contigo".

"Muy bien, informaré a los Consejos".

Naomi tragó saliva. "¿Consejos, en plural?"

"Es un tema de interés crucial para todos los cambiaformas, en todo el mundo", explicó Maroulla. Su voz se suavizó. "No te preocupes, también dejaré claro a los Consejos que su investigación no debe ser un factor molesto mientras sigues adelante con tu vida. No les perjudicará coordinar sus investigaciones y compartir información. No hay necesidad de que te arrastren por el mismo terreno una y otra vez sin motivo".

Su hermana seguía con cara de asombro. "No puedo creer que mataran a Neil... ¡que lo *mataran*! Sin otra razón que hacerme creer que era una asesina".

Preocupada, Naomi miró a Liam, que se puso en pie. "Creo que está un poco conmocionada. Deja que le traiga algo caliente para beber".

"Gracias", dijo agradecida. Volvió su atención hacia Maroulla y Flora. "Yo tampoco lo entiendo. No tenían nada tangible que ganar. Es decir, ¿por qué iba a importarles tanto si Beth y yo íbamos por ahí matando gente? No tiene sentido".

Maroulla suspiró y se acercó para acariciarle la mano. "Puede que nunca lo sepamos", admitió.

Liam volvió con dos tazas de té humeante, una para cada uno. "Tú también estás un poco conmocionada", le dijo a Naomi, poniéndole una taza en las manos.

Tomó un sorbo y esputó. "¿Has vaciado en él el azucarero?".

"Es caliente, fuerte y dulce", dijo, con una marcada falta de disculpa. "Bébetelo. Te sentará bien".

Bebió un poco y sintió que se tranquilizaba un poco. Miró a Liam. "¿Lo sabías? Lo de Lady Flora, quiero decir".

Asintió con la cabeza. "Maroulla me dijo que le había pedido a Flora que mirara en tu corazón. Eso es lo que hacen los unicornios. Bueno, parte de lo que pueden hacer. No había otra forma de que tú, y también Beth, pudiérais estar realmente seguros".

No podía discutirlo.

Liam golpeó su taza con un dedo. "Sigue bebiendo. Lo necesitas".

A su lado, Beth estaba a mitad de su taza. Por la leve sonrisa que le dirigió a Naomi, al parecer ya le estaba sentando bien. Beth se inclinó hacia ella para preguntarle en un suave susurro. "¿Deberíamos preguntar por nuestro padre?"

consideró Noemí, mirando un poco dubitativa a Maroulla. La mujer mayor esperó pacientemente, con las cejas levantadas. Finalmente, Naomi asintió a Beth y respiró hondo.

"Mamá siempre decía que nuestro padre se alejó de ella. Siempre hemos supuesto que se enteró de lo que era ella. De todos modos, desapareció antes de que ella pudiera... ya sabes". Hizo una mueca, tragando saliva al pensar en ello.

"Espera". Flora levantó una mano y todas las miradas se volvieron hacia ella. "Hay algo más que debo contar. Antes de venir aquí, pasé por el Santuario. Quería hacerme una idea de los Pícaros conocidos". Hizo una pausa y su mirada, cálida de simpatía, se posó en Naomi y Beth. "No es fácil decir esto. Valerie no es tu madre. No tienes ningún parentesco con ninguna de ellas".

Se produjo un silencio atónito.

Por último, Liam consiguió decir: "Y-y-y, parece que nuestro debate naturaleza versus crianza acaba de inclinarse fuertemente de nuevo hacia la naturaleza. ¿Qué demonios?"

"Pero, ¿cómo? balbuceó Naomi. A su lado, Beth se aferraba con fuerza a su mano, parecía tan perdida como Naomi.

Flora negó con la cabeza. "Puede que nunca lo sepamos. Es posible que estuviera limpiando su territorio, matara a vuestra madre y os acogiera como bebés".

"¿Por qué?" preguntó Beth, claramente al borde de las lágrimas. "¿Por qué iba a hacer eso?"

"Hmm". Maroulla frunció los labios, pensativa. "Ahora que sacas este tema, Lady Flora, me hace recordar los sucesos de principios de año. Beatrice fue primero a por Melanthe Kazakis, cuando estaba a punto de dar a luz. Y Melanthe no sólo es gemela, sino que ella misma estaba embarazada de gemelos. Beatrice lo habría sabido, con sus sentidos de metamorfa".

Naomi intercambió una mirada horrorizada con Beth. "¡Eso es.... horrible! ¿Quieres decir que querían criar a otro par de hermanas para que fueran asesinas?"

"Es posible", dijo Flora con suavidad. "De nuevo, puede que nunca lo sepamos. Beatrice ya no puede transformarse en humana y, aunque Valerie debería poder transformarse y hablar con

nosotros, creo que nunca nos lo diría, aunque pudiera".

"Quizá tengamos familia", dijo Beth, buscando a tientas la mano de Naomi y apretándola con fuerza. "No sabemos si mató a nuestra madre, quizá esté viva, y nuestro padre también".

Naomi frunció el ceño, pensativa. "Esa es otra cosa que hay que explicar. Nuestra madre... es decir, Valerie... siempre decía que nuestro padre se le había escapado, que había huido. ¿Por qué molestarse en decírnoslo, si no era cierto y nos habían secuestrado? Valerie estaba tan orgullosa de ser una Pícara, ¿por qué no decirnos que lo había matado, como a sus otros amantes, aunque no fuera cierto? Es decir... podría no haberlo hecho, ¿no? ¿Por qué inventarse una historia?"

"Y si nos secuestraron y aún tenemos al menos un padre ahí fuera, o quizá una madre, ¿por qué nadie nos ha buscado?". La pregunta de Beth era razonable, pero nadie tenía respuestas.

"El Consejo correrá la voz a través de nuestro Gran Consejo". El tono nítido de Maroulla era tranquilizador. "Empezaré a hacer averiguaciones enseguida. Los leopardos nublados suelen estar en grupos pequeños e insulares, una vez que contactemos con uno de esos grupos, la noticia se extenderá entre ellos con más rapidez de lo que imaginas."

Beth parecía esperanzada. "Incluso podríamos descubrir que tenemos otros parientes. Tías, tíos y primos".

"Podríamos tener hermanos", Naomi también sintió brotar la esperanza. "Hermanos y hermanas. Quizá incluso abuela y abuelo".

"Oh, genial, tendría que pedirte permiso para casarme contigo", bromeó Liam, dándole golpecitos en la nariz con un dedo.

Ella soltó una risita. "¡Demasiado tarde! Ya lo he pedido y he aceptado".

"Esperemos que no intenten secuestrarte y llevarte cautivo como su nuevo criador", refunfuñó Liam en voz baja, refiriéndose a los metamorfos caracal.

Flora les sonrió amablemente. "El Alto Consejo de los Otros está alborotado con la noticia de que tu Consejo de Cambiantes consiguió contactar con un dragón, para determinar la culpabilidad o inocencia de algunos de los hombres implicados. Hace mil años que no me cruzo con un dragón".

"Sí, Kaylee", confirmó Maroulla. "Eso fue un golpe de suerte y se debió enteramente a que la Djinn, Jacinth, estaba involucrada. Conocía a un Djinn que conocía a Kaylee desde hacía siglos. Le expuso nuestro caso y ella accedió a ayudarnos".

"Un golpe de suerte, desde luego", aprobó Flora.

Naomi los miró fijamente. "¿Un dragón? ¿De verdad, dragón-dragón?".

Liam se rió, y ella se sonrojó. "Bueno, ya sabes lo que quiero decir".

Maroulla también se rió, pero amablemente. "Sí, un dragón, igual que Lady Flora aquí presente es un unicornio. Y, como Lady Flora y otras criaturas mitológicas, Kaylee puede adoptar forma humana cuando lo desea, pero siempre es un dragón".

Beth parecía curiosa. "¿Qué otras clases hay? ¿Hay quimeras, sirenas, centauros y duendes?". Frunció el ceño de repente. "¿Los duendes son criaturas mitológicas?".

Maroulla desechó la pregunta mientras se levantaba y recogía su bolso. "Ahora que te hemos absuelto, Beth, querrás empezar a pensar en lo que quieres hacer a continuación. He dispuesto que tengas una habitación aquí en la posada con tu hermana durante el tiempo que necesites. Tus objetos personales de cuando te detuvieron se están trayendo aquí desde nuestro almacén, y también te devolverán dinero. Habíamos cerrado también las cuentas bancarias de tu madre, de tu tía y de tus hermanas, y esos fondos se os distribuirán a ambas por igual. El contable de nuestra Sala se pondrá en contacto".

El dinero estaría bien, pero...

"Pero Valerie no es nuestra madre", vocalizó Beth sus propios pensamientos. "Así que no tenemos derecho a su dinero".

La sonrisa de Maroulla contenía algo más que un atisbo de satisfacción cuando se levantó de su asiento. "Legalmente, *sois* sus hijas. Hay certificados de nacimiento, tarjetas de la Seguridad Social. Todo perfectamente legal. Independientemente de cómo los consiguiera, desde el punto de vista legal, son inamovibles. Aunque se encontrara algún pariente que lo impugnara... y las mujeres a las que has conocido como tus hermanas toda la vida también estuvieran encarceladas y no pudieran hacer tal impugnación... los documentos son legales, y habéis sido criadas como hijas de Valerie." Su sonrisa se volvió más amable. "Considéralo una compensación por todo lo que has pasado".

Desapareció en una ráfaga de movimientos, mientras Naomi y Beth seguían sentadas, desconcertadas. Naomi sintió algo parecido al pánico y, al mirar a los ojos de su hermana, vio reflejada su propia ansiedad.

"Umm", dijo ella, brillantemente.

"Estoy de acuerdo". respondió Beth. Soltó una risa temblorosa. "Me siento un poco abrumada. Acababa de empezar a acostumbrarme a funcionar como humana, en el Santuario".

"Tómatelo día a día", aconsejó Flora. Su sonrisa era cálida, su mirada compasiva. "No tengas prisa por decidir qué hacer. No hay que tomar ninguna decisión que no pueda esperar. Salid a pasear juntos, o cambiaos y salid a correr por el bosque. Cenad en algún sitio especial, salid a dar una vuelta en coche. Haz lo que te apetezca en ese momento y disfruta de tu libertad".

Naomi posó su mirada pensativa en la dama unicornio sentada frente a ellos. "¿Fue una coincidencia lo que te trajo aquí a tiempo para ayudarnos? Tuvo que serlo, porque estabas aquí en la posada antes de que supieran de mí".

"Las coincidencias son verdaderas", admitió Flora. "Pero en este caso, me atrajo la reunión de magia en esta zona. Está la mujer Djinn casada con el humano, y la creciente comunidad de cambiaformas de aquí, así como Angus y su encantadora dama", hizo un gesto con la mano hacia el vestíbulo. "Por no hablar de los duendecillos del bosque, y...".

"Espera, ¿qué?" Liam se incorporó como un rayo, sobresaltado, justo cuando Naomi y Beth decían a coro: "¿Pixis en el bosque?".

Las dos hermanas se miraron y soltaron una risita, chocando las palmas de las manos. "¡Todavía lo tenemos, hermanita!".

Trasladaron sus miradas a Flora, que parecía divertida.

"Así que... ¿pixies?" preguntó Naomi.

"Oh, sí, están ahí", les aseguró Flora. "Sin embargo, no los verás a menos que ellos lo deseen. Y me imagino que fueron atraídos hasta aquí por la magia que Angus y Renee infundieron en su bosque cuando los cambiaformas caracal estuvieron en peligro de ser secuestrados".

Naomi se estremeció, tras haber oído la historia de primera mano de Tamera, pero Beth, a su lado, seguía con cara de asombro. Estaba claro que se había perdido en visiones de duendecillos, y Naomi no pudo evitar soltar una risita. Frente a ellas, Flora se levantó de su sillón, apoyándose de nuevo en su bastón.

"Os dejaré para que os volváis a conocer", dijo a Noemí y a Beth.

La vieron dirigirse al vestíbulo, con el bastón golpeando el suelo. Se volvió para subir las escaleras y desapareció de su vista.

CAPÍTULO 28



"PIXIES", susurró Beth. Apretó con fuerza la mano de Naomi. "¿Podemos ir al bosque a ver si vemos alguno? Aunque sólo viéramos uno, sería increíble".

"¿Y si nos cambiamos, como sugirió Flora, y pasamos un rato divertido corriendo por el bosque?".

"Estoy de acuerdo", declaró Liam.

"No he cambiado desde que hiciste que me trasladaran al apartamento del Santuario", dijo Beth. "Aunque me encanta poder volver a ser humana, me ha costado un poco. Mi gato quiere salir".

"¿No quieres subir primero a instalarte en tu habitación?".

Beth se estremeció. "Estoy harta de muros desde hace un año. Quiero salir al aire libre, y correr y trepar, y saborear la libertad, sabiendo que nunca volveré a estar en una jaula".

Naomi abrazó bien a su hermana. "Lo entiendo, totalmente. Vale, ¡vamos!"

Cuando llegaron al primero de los árboles, Naomi miró a Liam. "Tamera me habló de estos bosques. Estaba muerta de miedo cuando Flora nos trajo por aquí. Pensé que tal vez el bosque se daría cuenta de que soy una Pícaro y me comería".

"Me lo imagino", respondió Liam. "Pero al menos ahora sabes -realmente sabes- que está bien".

"Recuerdo que dijiste algo sobre el bosque". Beth parecía curiosa. "¿Por qué te daban miedo? Dijiste que me lo contarías más tarde".

"Así es. La versión resumida es que Tamera, una de las cambiantes de caracal, tenía a unos secuestradores tras ella. La acechaban desde el bosque, escondiéndose entre los árboles. Y cuando Angus se enteró, puso una especie de hechizo mágico sobre los bosques de aquí, de su propiedad. Cuando alguien con malas intenciones pone un pie aquí, el suelo se convierte en arenas movedizas y se lo traga".

Beth parecía horrorizada, y no sólo un poco enferma. "¿Tragado, como...?"

"Sí", confirmó Liam. "Tal como piensas. Se hunden en las arenas movedizas. El Fin... a menos que alguien esté cerca para rescatarlos".

Naomi asintió. "Al no estar segura de todo el asunto de los Pícaros, he evitado acercarme a los árboles, aunque desde luego nunca he tenido malas intenciones. Aún así... arenas movedizas".

Beth miró dubitativa al suelo que tenía delante, pero Liam se rió, cogió a ambos de la mano y los condujo hacia los árboles. "¡Está bien! Ahora venid a jugar".

Una vez a salvo de la vista tanto de la posada como de la carretera, encontraron un árbol

caído y se desnudaron, doblando sus ropas y colocándolas ordenadamente debajo de él. El aire brilló, los humanos desaparecieron y tres pares de patas tocaron el suelo. Liam lanzó un ladrido de alegría. Poniendo las orejas hacia atrás, Naomi le siseó.

Perro.

Se quejó. *Coño.*

Estaba a punto de abalanzarse sobre él, cuando una ráfaga de pelaje leonado la derribó. Silbando y escupiendo, los dos pequeños leopardos lucharon por el suelo en una furiosa bola de colmillos y garras. Al separarse, Noemí saltó hacia un árbol cercano y se subió a una rama alta con las garras; luego, mientras su hermana la seguía, bajó de la rama y descendió de cabeza por el tronco.

Fanfarrona, se burló Beth, todavía subida al árbol.

Naomi se alegró, luego metió la cabeza bajo la barbilla de Liam, mientras el enorme perro peludo le mordisqueaba juguetonamente la oreja.

Asco de saliva de perro, se burló Beth. Saltó del árbol, aterrizando ligeramente sobre sus cuatro patas. *Venga, ¡a correr!*

Naomi se alegró de su hermana y echó a correr a toda velocidad, con Beth pisándole los talones. Como el gran pirineo no era tan rápido como las dos gatas, dieron la vuelta para ponerse a su lado. Naomi, como leopardo nublado, era considerablemente más pequeña que el Pirineo de Liam, y saltó sobre su lomo mientras corrían, clavando sus garras en su espeso pelaje para agarrarse. Al verla, Beth chilló con fuerza y saltó sobre los dos, y los tres cayeron amontonados.

Era muy difícil reírse en su forma gatuna, y Naomi se rió tanto que, sin darse cuenta, volvió a su forma humana. Beth y Liam siguieron su ejemplo, y los tres yacieron en un montón de hilaridad.

"¡Guau, ha sido divertido!" declaró Naomi, secándose las lágrimas de alegría de los ojos. Miró a las otras dos personas desnudas en el suelo, a su lado, y empezó a reírse de nuevo. "Uy. Nos hemos dejado la ropa ahí detrás".

Beth sonrió. "Así es".

"No me apetece dar un paseo de vuelta por el bosque todos juntos", comentó Liam. "Nos vamos a congelar. Cambiémonos de piel hasta que volvamos a donde dejamos la ropa".

"Hace un poco de frío", convino Naomi. "Hace sólo dos semanas, habríamos estado perfectamente cómodos".

Liam asintió. "Esos veranos indios pueden desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Aunque, sinceramente, el otoño ha durado mucho más de lo normal. Supongo que el invierno llegará rápido, y lo próximo que sabrás es que estará nevando".

"¡Nieve!" exclamó Beth, con los ojos brillantes de entusiasmo. "¡Me muero de ganas de correr y jugar en la nieve! Nunca tuvimos nieve en Florida".

Naomi se estremeció. "Vale, si vamos a hablar de nieve, voto por que cambiemos y volvamos a nuestra ropa".

"¡El último es un huevo podrido!" declaró Beth mientras cambiaba.

Liam y Naomi la siguieron rápidamente y saltaron tras ella. Se lanzaron a través del bosque, y Naomi se adelantó a Beth justo a tiempo para alcanzar primero el tronco caído. Estaban riendo y tirándose de la ropa cuando el Pyr llegó corriendo por el sendero, jadeando y con la lengua fuera.

"Lento", se burló Naomi mientras cambiaba.

"Para ti es fácil decirlo", dijo Liam, agachado con las manos sobre las rodillas, jadeando. "Vosotros los gatos estáis hechos para la velocidad. Mi Pyr está hecho para la guardia".

"Vale, te perdono". Naomi alisó las arrugas de la camisa que acababa de ponerse y se inclinó para besarle la mejilla con un sonoro chasquido. "Me rescataste de aquel zoo, así que eres mi héroe, aunque no puedas seguirme el ritmo".

Liam emitió un gruñido fingido. "Te voy a morder la próxima vez que sea mi Pyr".

Ella sacudió la cabeza. "Si puedes cogerme, grandullón".

"Si habéis terminado de flirtear -dijo Beth lastimeramente-, ¿podemos volver a la posada? Tengo que coger la llave de mi habitación, deshacer la maleta y todas esas cosas divertidas. Supongo que ahora tendré que pensar qué voy a hacer, pero eso puede esperar. Ahora mismo, sólo quiero ser feliz".

"Me parece bien", dijo Liam, y Naomi asintió.

Beth deslizó la mano hacia la de Naomi. "Espero que tengan una habitación cerca de la tuya", confió. "Llevamos demasiado tiempo separadas".

"¡Amén a eso!"

Sin embargo, cuando entraron en el vestíbulo, Angus ladeó la cabeza, con los ojos oscuros brillantes. "Así que, gemelas".

"¡Sí!" Desbordante de felicidad, Naomi acercó a Beth al escritorio. "Angus, ésta es mi hermana, Beth. Beth, éste es Angus, el dueño del Bed and Breakfast, junto con su mujer, Renee, que es la panadera más fabulosa que existe".

Angus dirigió una de sus cálidas sonrisas a Beth. "Estamos encantados de tenerte aquí, Beth". Volvió su atención hacia Naomi. "¿Qué te parecería cambiar de habitación?".

Ella parpadeó. "¿Qué?"

"Tenemos una suite familiar disponible en el segundo piso, en la parte trasera. Dos habitaciones contiguas con un baño completo compartido entre ellas, así como un balcón compartido."

"¡Oh, perfecto!" Sonrió, mientras Beth parecía sin habla.

La sonrisa de Angus los envolvió a los dos. "No creíamos que quisieras separarte, después de tanto tiempo. Haré que Martin suba el equipaje de Beth a la suite, luego podrá echarle una mano para trasladar tus cosas, Naomi".

"Yo también ayudaré", se ofreció Liam. "Vosotras podéis trasladar la ropa y las cosas de Naomi, mientras yo meto los libros en esas cajas plegables".

"Sí, pero, ¡oh!" Naomi agarró la mano de Beth. "Primero quiero llevarla a conocer a Renee".

"No hace falta que la lleves a ninguna parte, estoy aquí -anunció Renee, entrando en el vestíbulo, con el rostro envuelto en sonrisas mientras abrazaba primero a Naomi y luego a Beth. Se apartó, mirándolas fijamente, con los brazos en alto y las manos apoyadas en las anchas caderas.

"Pues mira en qué estado te has puesto", regañó a Beth. "Tienes tan mal aspecto como tu hermana cuando llegó. ¿Qué habéis hecho las dos, mataros de hambre al unísono también?".

Beth agachó la cabeza, culpable, pero Naomi se limitó a abrazar con fuerza a su gemela.

"No seas duro con ella", le dijo a Renee. "Ha tenido un año duro... incluso más duro que el mío".

"Me lo imagino, si ha pasado el último año en el Santuario". La voz de Renee se suavizó. "Pero ahora estarás bien. Volverás a engordar enseguida".

"Lo hará de verdad", aseguró Naomi a su gemela. "Espera a probar la repostería de Renee... creerás que has muerto y has ido al cielo".

Subieron juntos los escalones, con Liam detrás.

Una hora más tarde, todas las pertenencias de Beth habían sido subidas y desembaladas, y las

de Naomi habían sido trasladadas desde su antigua habitación y también guardadas. Beth se dirigió a su habitación en busca de su teléfono, con la intención declarada de sentarse en el balcón mientras lo preparaba. Naomi la dejó marchar, sin decir nada, pero se mordió el labio, consciente de que su hermana ya había instalado el teléfono en el Santuario. Pensó que su hermana aún estaba débil, pues seguía estando demasiado delgada y demacrada, y la siguió con la mirada, preocupada.

El brazo de Liam rodeó la cintura de Naomi y tiró de ella, acariciándole el pelo.

"Ella te necesita", respiró suavemente para que sólo ella pudiera oírlo. "Los dos necesitáis pasar tiempo a solas".

Ella asintió, agradecida por su comprensión, recordando sus primeros días aquí tras haber pasado casi un año en su forma gatuna. Era cierto que ella había elegido su encierro, pero Beth se había pasado el último año y más creyendo que había asesinado a su prometido.

"¿Pero nos veremos esta noche?"

"Ya lo creo", le dijo alegremente, con una inclinación de cabeza que incluyó a Beth, que volvió a entrar en la habitación de Naomi justo en ese momento. "Llevaré a mis dos damas a cenar".

Beth se echó a reír, como él esperaba. Cogió a Naomi entre sus brazos y sus labios se encontraron, prolongándose, con un beso suave pero que prometía más. Con evidente reticencia, Liam se apartó.

"Hasta esta noche".

Ella le sonrió. "Hasta esta noche. Y gracias, Liam".



PASADA LA MEDIANOCHE, Naomi renunció a intentar dormir. Los acontecimientos del día tenían sus pensamientos desbocados, su mente incapaz de dejar de... bueno... ¿pensar! Era como una grabación que se repetía cada vez que cerraba los ojos. Se puso la bata acolchada y se calzó unas zapatillas a juego, y se asomó a la habitación de su hermana. La respiración lenta y constante le aseguró que Beth dormía profundamente. Cerró la puerta en silencio y bajó las escaleras.

Al entrar en el salón de la posada, vio a Tony y María instalados en la alfombra de gancho. La cola de Tony golpeó una vez el suelo y María agitó una oreja, pero por lo demás ninguno de los dos respondió a su presencia. Desde luego, eran los animales más fríos que había conocido en su vida. Los rodeó y encendió la chimenea, tiritando un poco. Definitivamente, el invierno estaba en camino, parecía que las temperaturas bajaban cada noche. Se sentó en un sillón, acurrucó los pies bajo los pies y se quedó mirando las llamas.

Los acontecimientos del día siguieron sucediéndose en su mente... La llegada de Beth, el paseo con Lady Flora y sus asombrosas revelaciones. El juego en el bosque con su hermana y Liam. Y, ohmigosh, ¡un auténtico unicornio!

"¡Gah!" Esto no funcionaba, aunque el fuego la calentaba agradablemente. Quizá una bebida caliente funcionara. Y algunas de las galletas de Renee... sólo con fines medicinales, por supuesto, pensó, riéndose para sus adentros. Se levantó y se acercó al bufé. A punto de encender el hervidor eléctrico, se fijó en una jarra grande que había sobre la mesa. La cogió y olfateó experimentalmente el pitorro. ¡Sidra de manzana! Y además especiada, por el aroma que le hacía la boca agua. Cogió una taza térmica y estaba escanciando la sidra cuando sintió el inconfundible cosquilleo de la magia en la habitación.

Se giró, la taza salió volando y un grito se le atascó en la garganta al ver una tenue figura,

que aún emergía de la bruma de la magia, en medio de la habitación. Al minuto siguiente, estaba en su forma gatuna. Presa del pánico, luchó contra el pijama de franela en el que se encontraba atrapada, siseando y escupiendo mientras intentaba liberarse, pero sus garras seguían enganchándose en la tela.

Un momento después, una voz masculina joven, ligeramente acentuada y profundamente preocupada, decía: "Eh, eh. No pasa nada. Lo siento, no quería asustarte. No creí que viniera nadie tan tarde".

Unas manos suaves retiraban la tela que la envolvía y le acariciaban el pelaje con movimientos torpes.

Liberada por fin del pijama y la bata, se volvió para ver a un chico arrodillado a su lado. Tenía la piel pálida y el pelo negro de punta teñido de azul en las puntas. Juzgó que tendría unos doce o trece años y, por su aspecto, acababa de sufrir uno de esos estirones que tienen los chicos de su edad, en los que él se dispara y el resto de su cuerpo no lo alcanza. Tenía unos ojos grandes y conmovedores, de color marrón oscuro, ahora muy abiertos por la alarma.

"¿Estás bien?", preguntó. "Um, si quieres volver a cambiarte, me daré la vuelta para que puedas, ya sabes, vestirte. Y todo eso".

Los latidos de su corazón volvieron a un ritmo más normal y ella asintió con la cabeza. Él le dio la espalda y ella se cambió, poniéndose rápidamente el pijama. El sonido de unos pasos apresurados hizo que ambos se giraran, y Angus y Renee irrumpieron por la puerta, con magia azul brillante chispeando en la punta de los dedos de Angus. Él también vestía un pijama de franela, y Renee un camisón hasta el suelo, y ambos parecían furiosos.

Se detuvieron al ver a Naomi y al visitante desconocido. A su lado, el chico tragó saliva, encorvando los hombros. Incluso el pelo de punta pareció caer.

"Um, hola", dijo débilmente, mirando con culpabilidad a Angus, que parecía elevarse sobre él. "Soy Remi. Soy amigo de Jacinth".

Angus exhaló un suspiro, y las chispas alrededor de las puntas de sus dedos se desvanecieron mientras Naomi observaba, fascinada. Nunca había visto nada parecido, y le picaba la curiosidad. Guardó sus preguntas para más tarde, cuando pudiera preguntarle a Liam.

"Ya veo. ¿Y por qué estás en mi posada a las...?". Angus miró el reloj de la pared: "¿A las dos y cuarto de la mañana?".

El niño djinn agachó la cabeza, claramente avergonzado, y restregó un dedo resbaladizo en el suelo. "Yo sólo, ya sabes, quería echar un vistazo. He oído hablar mucho de él a Jacinth, y ahora a Talya, y, bueno. Quería verlo".

Renee se cruzó de brazos y dirigió al chico una mirada severa. Pero Naomi ya la conocía bien y se dio cuenta de que Renee estaba conteniendo la risa.

"¿Y no podías entrar por la puerta principal de día?".

Remi se encorvó aún más. "Sí, eh, lo siento. Fue... fue algo improvisado. Y no era plena noche donde vivo".

Al final, Renee no pudo contener la risa y le brillaron los ojos. "A diez horas y quinientos años de distancia".

Al oírlo, levantó la cabeza, con una expresión de sorpresa en sus rasgos de duendecillo. "¿Cómo lo has sabido?"

Renee y Angus intercambiaron una mirada, una que Naomi había visto muchas veces. Era una mirada privada y cómplice. Las palabras de Renee tardaron un minuto en llegar.

"¡Espera!", exclamó, mirando de Renee al chico. "¿Quinientos años? ¿Qué?"

"Es un viajero en el tiempo", explicó Angus con calma.

Se quedó mirando a Remi, con las palabras atascadas en la garganta, pero por un momento fue incapaz de hablar. "Creo que debería sentarme". Mirando a su alrededor, localizó la silla más cercana y fue a hundirse en ella. "¿Viaje en el tiempo?"

"Podemos, pero se supone que no debemos hacerlo", explicó Remi. "Me metería en un buen lío si los Ancianos se enteraran. Y me refiero a *muchos* problemas. Está prohibido". Sus ojos marrones eran suplicantes. "Por eso he venido por la noche".

Naomi frunció un poco el ceño, tratando de entenderlo. Extrañamente, sus pensamientos parecían revueltos, y era difícil pensar con claridad. "Pero... dijiste que conocías a Jacinto y a Talya".

"Sí, pero nunca lo dirían", respondió, parecía recuperar la confianza. "Conozco a Jacinth desde que era un bebé, somos del mismo pueblo de Qaf. Talya me ha estado enseñando cosas sobre tecnología. Como los móviles, y los blogs, y TikTok. No tenemos esas cosas en el siglo XVI".

"Uhh..." Naomi no sabía qué pensar, y su mirada se dirigió a Angus y Renee, que parecían decididamente divertidos.

Me vino a la mente una pregunta. "Espera... eres Djinn, así que eres inmortal. ¿Cómo es que no vienes aquí en la época actual? Es decir, ahora también estás por aquí, ¿no?". Frunció el ceño. "Vaya, es un poco complicado pensar en esto".

"Bueno, sí, pero *ahora* me aburro", se quejó Remi. "En este tiempo. Quiero decir, mi tiempo. Aún soy demasiado joven, no puedo hacer casi nada con mi magia de Djinn, y todo el mundo siempre me grita y me regaña, excepto mi mejor amiga, pero ella se enamoró de un tipo vampiro y, bueno, su vida tomó otro rumbo después de aquello."

Se apresuró a añadir: "No es que no me alegre por ella, porque lo hago. Totalmente, lo estoy. ¡Es la mejor! Pero ya no es lo mismo".

Vestigios de simpatía se agitaron. "Ya veo", dijo suavemente. "Soy Naomi, y puedes visitarme cuando quieras. Al menos -se interrumpió, mirando inquisitivamente a Angus y Renee-, siempre que Angus y Renee estén de acuerdo. Son los dueños de la posada".

"Sí, ya lo he entendido", dijo Remi, dirigiendo una mirada de disculpa a la pareja. "Siento mucho haber asustado a todo el mundo".

"Quizá la próxima vez podrías entrar por la puerta principal", sugirió Renee, dirigiendo los ojos hacia la sidra derramada y la taza que había rodado bajo una mesa. "Sería preferible a matar a nuestros invitados de un susto".

Volvió a raspar el suelo, mirando hacia abajo. "Sí, señora", murmuró, antes de levantar la mirada esperanzado. "¿Significa eso que puedo volver, entonces?"

"Por la puerta principal, jovencito", le dijo Angus con severidad.

"Sí, señor".

Noemí tuvo que morderse la mejilla para no sonreír ante el rostro apesadumbrado de la joven Djinn.

"Y tú puedes limpiar ese desastre", señaló Renee a la sidra del suelo.

"Sí, señora, enseguida".

Remi se volvió para mirar al suelo, donde estaba el derrame... ¡y de repente había desaparecido! La madera, muy pulida, mantenía su brillo habitual, sin una sola mancha, y la taza caída ya no estaba debajo de la mesa. Volviéndose hacia el aparador, Naomi parpadeó y tampoco vio la taza allí. ¿Adónde se había ido? ¿A algún tipo de éter de Djinn?

"¿Naomi?" Volviendo a centrar su atención en Remi, vio que le estaba tendiendo la taza, de la que salía un fragante vapor con el aroma de la sidra caliente. "Siento haberte hecho

derramarla".

"Disculpa aceptada", le dijo, cogiéndole la taza.

Y también había algo más, recordó de repente, y el vello de su nuca se erizó suavemente. "¿Dijiste que tu amiga se había enamorado de un... un... un vampiro?"

"Mmhmm. Quién lo hubiera dicho, ¿verdad?"

Eso no era exactamente lo que había querido decir. Tragó saliva y miró a Renee. "¿Los vampiros existen?"

"Sí, pero no te preocupes", la tranquilizó Renee. "No pueden atravesar nuestros pabellones para entrar en la posada".

Eso no era del todo tranquilizador. Antes de que pudiera expresar sus preocupaciones, el rostro de Beth asomó por la esquina de la puerta.

"¡Oh! ¡Ahí estás!"

Entró en la habitación, con el aspecto de una versión más delgada y pálida de Naomi, aunque con un pijama de franela a juego. Naomi se levantó para correr a abrazar a su gemela. "¡Hermana! Creía que pasarías la noche fuera".

Beth hizo una mueca. "Pesadilla", dijo escuetamente. Miró a su alrededor. "¿Qué hace todo el mundo levantado?"

"No podía dormir, así que he venido a por sidra. Beth, ésta es Remi, una Djinn del... ¿siglo XVI?", le preguntó a Remi, que asintió con la cabeza, mirando hacia atrás entre las dos hermanas con los ojos muy abiertos. A ella le hizo gracia su expresión. "Beth y yo somos gemelas -explicó.

"Sí, ya lo veo. Hola, Beth". Otra taza, idéntica a la que sostenía Naomi, apareció en sus manos, y se la ofreció a Beth. "¿Quieres sidra caliente?"

"Bueno, ahora que todo está bajo control, volveremos a la cama. Buenas noches a todos", dijo Angus. Cogidos de la mano, él y Renee se marcharon ante un coro de buenas noches de Naomi, Beth y Remi.

Beth miró a Remi con curiosidad. "No había conocido a ningún Djinn, ni siquiera sabía que eran reales hasta que Naomi me lo contó la semana pasada".

"¿Sabes qué más es real?" A Naomi aún le costaba creérselo. "¡Los vampiros!"

Beth se quedó mirándola, con la boca abierta. "¡No!"

"Parece que sí. Acabo de enterarme ahora, por Remi".

La mirada de Beth se dirigió instantáneamente a Remi. Él les devolvió el gesto con el ceño fruncido.

"Vosotros dos sois cambiaformas, ¿verdad? Te he visto cambiar de forma -miró a Noemí acusadoramente-.

"Sí, lo estamos", le aseguró Naomi.

"Bueno, entonces, ¿cómo es que no sabías ya lo de los Djinn y los vampiros?"

"Ah, eso". Naomi arrugó la nariz, al igual que Beth, y juntas soltaron una risita. Naomi volvió a centrar su atención en el chico, y se puso sobria. "Podemos contártelo en otro momento. Es una larga historia, y no muy divertida. No entremos en ella ahora".

"Vale", dijo Remi, aparentemente dispuesta a dejarse llevar. Se acercó al bufé y cogió una galleta.

"Mmm, esto está muy bueno", murmuró entre dientes.

Al minuto siguiente, había desaparecido. Desaparecido, sin destellos, sin luces brillantes ni niebla mágica, simplemente... desaparecido.

Naomi se dio cuenta de que estaba mirando fijamente al lugar donde él se había parado, con la boca abierta.

"Vale, entonces. ¿Supongo que eso era algo?"

Beth parecía igual de desconcertada. "¿Supongo que sí? ¿Crees que va a volver?".

"Ni idea". Sacudió la cabeza. "Vale, estamos en mitad de la noche. ¿Qué tal si cambiamos a cacao y volvemos arriba a ver si podemos volver a dormir?".

"A mí me parece un buen plan", dijo Beth, cogiendo un puñado de galletas por el camino. Sonrió. "Hay que comer galletas con cacao".

"Nunca dormirás con todo el azúcar de las galletas", le regañó Noemí.

Beth se limitó a encogerse de hombros, sonriendo mientras vertía agua caliente en una taza térmica y echaba la mezcla de cacao instantáneo. "No tengo que levantarme por la mañana". Levantó la taza. "¡Salud!"

Naomi puso los ojos en blanco, riendo, mientras removía su propia taza de cacao. "Por Dios. Venga, vamos a la cama, hermanita".

CAPÍTULO 29



FRUNCIENDO EL CEÑO, Naomi estudió la pizarra de la mesa y el estante de cartas que tenía delante.

"¡Ja!" Sonriendo, eligió algunas fichas de letras y las colocó en el tablero de Scrabble. "Iguales".

"Caray, qué bien", aprobó Beth, estudiando sus propias letras. "Puedo hacer algo con esa Q. Ahí... Aqua".

Naomi le sacó la lengua a su hermana.

"Y puedo hacer llama de la L". Liam colocó cuatro de sus fichas en el tablero.

Habían pasado dos días desde que Lady Flora había declarado que no eran Pícaras, y Naomi y Beth aún estaban un poco aturcidas. Pero Beth tenía mejor aspecto, aunque decía que había dormido la mayor parte del día mientras Naomi estaba en el trabajo. Liam las había llevado a ambas a cenar. Cuando volvieron, Beth señaló las estanterías del salón que tenían, entre un revoltijo de libros y revistas, varios juegos de mesa. Tras algunas disputas amistosas, se habían decidido por el Scrabble, y se acomodaron en los cómodos muebles del salón para jugar.

El crujido de las ruedas sobre la grava anunció la llegada de alguien a la posada, y Naomi estiró el cuello para mirar por la ventana delantera.

"Es la señorita... Quiero decir, Lady Flora", dijo. Frunció el ceño al ver a la mujer mayor salir del asiento trasero de lo que al parecer era un Uber, apoyándose pesadamente en su bastón. "Quizá deberíamos ir a ayudarla a subir", se inquietó.

Liam le sonrió. "Sabes que no es vieja. Quiero decir que sí lo es", corrigió. "Es muy, *muy* vieja, según Maroulla. Como milenios".

Beth le frunció el ceño. "Pero parece vieja", coincidió con su hermana. "Quizá cuando adopta esa forma de anciana, realmente es frágil, y quizá sufra. Deberíamos ayudarla".

"Además, parece que ha salido de compras", anunció Naomi, poniéndose en pie. "Hay un montón de bolsas. Lo menos que podemos hacer es ayudarla a subir sus cosas".

Beth y ella salieron, y ella le sacó la lengua a un sonriente Liam cuando pasaron junto a él. Se puso detrás de ellas, mientras salían de la posada y cruzaban el césped hasta la entrada.

"¡Lady Flora!" gritó Naomi cuando el Uber se alejó.

Girándose, Flora les sonrió.

"Buenas noches, Naomi, Beth, Liam". Señaló amablemente con una mano la maraña de bolsas de la compra, casi como si les concediera un favor. "Sí, queridos, por favor. Son demasiado para mí en un solo viaje".

Desde lo alto se oyó el ruido de unas alas, cada vez más fuerte, como el de una locomotora que se aproxima. Inmediatamente, Naomi sintió un pinchazo en la nuca y la asaltó la persistente conciencia de un peligro inminente. En lo más profundo de su mente, su gato se agitó, siseando de rabia y de miedo. A su lado, Beth jadeó, al parecer sintiéndolo también.

Noemí se giró, sus ojos escudriñaron el cielo, divisando sólo un movimiento borroso que podría haber sido unas alas que desaparecían sobre el tejado de la posada. A su lado, se dio cuenta de que Lady Flora se ponía rígida y de que de su esbelta figura emanaban oleadas de peligro. De repente, ya no parecía tan frágil. Sus pálidos ojos relampaguearon de ira, justo cuando Angus salía de la posada con un improperio inusitado en los labios. Cargó hacia ellos a través del césped y los alcanzó justo cuando apareció un hombre que salía de detrás de la posada.

Lady Flora empujó a Naomi y a Beth hacia atrás.

"Detrás de mí", ordenó, con una voz repentinamente gélida y llena de autoridad. Naomi agarró con fuerza la mano de Beth y juntas retrocedieron. Renee también se apresuró a salir de la posada, todavía limpiándose las manos en el delantal, para reunirse con su marido y Flora. Liam se acercó para colocarse hombro con hombro con Angus, mientras los cuatro se disponían para presentar un frente unido, un escudo entre las dos mujeres metamorfomago y el extraño que se acercaba.

Al acercarse, Naomi pudo ver que era un hombre alto, que llevaba un largo guardapolvo de cuero negro y botas negras. El pelo de ébano, más negro que el negro, le caía por la espalda desde debajo de una especie de sombrero de ala ancha. Tenía la piel delineada, de color oliva oscuro, más bien italianizado, pero curtido, como cabría esperar de un vaquero de la pradera. Tenía una nariz fuerte y pesadas cejas negras sobre unos ojos que eran profundidades sin fondo, tan negros como su pelo. Sus movimientos eran fluidos, el andar de alguien siempre alerta, siempre preparado. Los pasos de un depredador. Sus ojos también eran los de un depredador, recorriendo los rostros de quienes se enfrentaban a él.

Beth se inclinó hacia Naomi, susurrando por lo bajo: "Parece recién salido del plató de una de esas películas de cazavampiros".

A pesar de la tensión que reinaba en el ambiente, Naomi tuvo que reprimir el impulso de soltar una risita, aunque incluso ese pequeño humor se esfumó cuando su mirada pasó por encima de los sobrenaturales que la protegían, hasta posarse en su rostro. Se estremeció, sintiendo que el terror se apoderaba de ella, y sintió que Beth le apretaba dolorosamente la mano.

Un estallido de magia chisporroteó en el aire, y una pequeña bola de furia siseante y escupidora aterrizó a sus pies. Sobresaltada, miró hacia abajo y vio que la gatita de la barbacoa se enfrentaba al hombre desconocido. Su pelaje se erizaba en todas direcciones, en un despliegue que enorgullecería a un pez globo. La gatita... Lacey, recordaba Naomi... retrocedió hasta apoyar la grupa en el tobillo de Naomi, pero mantuvo la mirada fija en el intruso, con la boquita rosa abierta mientras siseaba y las orejas pegadas al cráneo.

"Tranquila, pequeña". Angus se adelantó, y más allá de él, Naomi se dio cuenta de que las luces del vestíbulo y del salón, visibles en el crepúsculo temprano, parpadeaban, y habría jurado que vio temblar al propio edificio. Angus se inclinó para recoger al gatito y se enderezó, pasando a Lacey a Naomi mientras miraba al desconocido. Naomi acunó a la gatita en un brazo, abrazándola y murmurándole cosas tranquilizadoras, mientras agarraba con fuerza la mano de Beth con la mano libre mientras observaban.

"No eres bienvenido aquí". Angus no alzó la voz, pero pareció resonar en el aire fresco del atardecer.

El hombre se detuvo, todavía a cierta distancia, y levantó las manos en el gesto universal por

la paz.

"No pretendo hacer daño". Habló en voz baja, pero, al igual que la de Angus, llenaba el aire.

Junto a Angus, la espalda de Renee se puso rígida, toda su postura corporal gritaba indignación.

"No queremos a los de tu clase aquí", dijo con voz severa. "Marchaos".

Naomi intercambió miradas sorprendidas con su hermana, y luego volvió a centrar su atención en el cara a cara.

"Ya sabes lo que soy". El hombre mantuvo el mismo tono uniforme, aparentemente no conmovido por la hostilidad de la pareja mayor.

"Lo hacemos", asintió Angus. "Tus servicios no son necesarios. Ahora, marchaos".

El hombre se mantuvo firme. "Sólo deseo hablar con los jóvenes".

"No les harás daño". Angus hizo una afirmación llana, pero que contenía una clara amenaza.

El desconocido no dio muestras de ofenderse. "No es ésa mi intención".

Angus compartió una larga mirada con Lady Flora y Renee, y parecieron llegar a un acuerdo silencioso. Se separaron, y Renee se volvió para indicar a Naomi y Beth que se adelantaran.

"Quédate un poco detrás de nosotros", le ordenó Renee. "Si algo va mal, no os mováis. No corráis y no dejéis que os separen de nosotros".

Naomi tragó saliva, al igual que Beth, que estaba a su lado. Juntos se acercaron a Angus y Renee. Liam pasó de su posición junto a Angus al lado de Naomi, y ella se inclinó hacia él mientras su brazo se deslizaba alrededor de su cintura.

Su visitante se dirigió a ellos sin aspavientos.

"Soy Hurin, y soy un Guardián".

"¡Un Guardián!" Las cejas de Angus se alzaron con sorpresa, y luego bajaron, mientras algo parecido a un ceño fruncido descendía por su rostro. "Podrías haberte presentado para avisarnos, y nos habríamos evitado todas estas alarmas de las últimas semanas. ¿Por qué estás aquí ahora?"

Hurin inclinó la cabeza hacia Naomi. "Esa no debería haber sido capaz de sentir mi presencia, y sin embargo estaba claro que sí. Sus años de exposición al verdadero mal la han vuelto sensible".

"¿Entonces por qué te sintió, si no eres malvado?" desafió Beth. A Naomi le impresionó la valentía de su hermana.

Hurin no pareció ofenderse. "Ella percibió el peligro que yo representaba, la amenaza potencial. Es probable que su hermana también tenga esta habilidad. Esto será de gran ayuda para tu comunidad aquí", continuó, y su mirada volvió a Naomi. "Tus instintos son excelentes. Aprende a confiar en ellos. Recuerda lo que sentiste cuando me percibiste. Cada vez que alguien te provoque esas sensaciones, no lo cuestiones e informa inmediatamente a uno de los ancianos de esta comunidad. Si es necesario, pueden llamar a un Guardián para que lo verifique".

"¿Qué es un Guardián?" preguntó Beth, justo cuando Naomi estaba a punto de hacer la misma pregunta.

La mirada de Hurin se dirigió a Beth. "Somos un grupo de míticos cuyo objetivo declarado es erradicar el mal entre los sobrenaturales. Nos llegó la noticia de la actividad del Pícaro aquí, y de la existencia de las hembras de Florida que fueron apresadas por vuestro Consejo. Me enviaron para asegurarme de que no había otras al acecho".

"Si hubieras acudido a nosotros -dijo Angus, manteniendo la nota de enfado en su voz-, podríamos haberte tranquilizado respecto a Noemí y, de hecho, a su hermana".

La mirada de Hurin se tornó severa. "No aceptamos las garantías de otros. La carga de juzgar, y de actuar, recae sobre los Guardianes. A excepción de aquellos como Lady Flora".

Hizo a Flora una extraña reverencia cortesana. "Ocultáis bien vuestra presencia, milady. De haberlo sabido, mi preocupación se habría disipado. Nadie de tu clase permanecería donde acecha la oscuridad".

Al lado de Naomi, Liam se agitó. "Así que eres juez, jurado y verdugo".

"Debe ser así, por el bien de todos nosotros. Los cambiaformas lo habéis hecho bien, vigilando a los vuestros. Pero no podéis estar en todas partes, ni ver en el corazón y el alma de los demás. Ni deberías desear esa carga".

Naomi frunció el ceño, intentando encontrarle sentido a aquello. "¿Viniste aquí y has estado observándome, para asegurarte de que no era una Pícara?"

"En esencia, es correcto", Hurin inclinó la cabeza hacia ella. "Como hice con los demás en Ohio".

"Lady Flora, nos dijo que... que no estamos emparentados con ellos por la sangre".

"Así es", afirmó.

Tragó saliva y Beth y ella intercambiaron miradas. Se mordió el labio inferior con los dientes, esforzándose por encontrar las palabras para formular las preguntas que ardían en su mente.

"Esas mujeres que creías tus hermanas tampoco están emparentadas con las mayores", le dijo, y los ojos de Noemí se abrieron de par en par.

"¿Puedes leer mi mente?"

Se encogió ligeramente de hombros. "Si así lo deseo. En este caso, tus pensamientos eran tan fuertes que no pude evitar oírlos".

Lady Flora asintió con la cabeza, dedicándoles una leve sonrisa. "Estoy de acuerdo".

"Las otras hermanas son irredimibles", afirmó Hurin. "No se sabe si nacieron con la oscuridad en su interior o si se la enseñaron. Abrazaron plenamente ser Canallas, y no hay vuelta atrás".

"¿Qué les pasará? preguntó Beth vacilante, con la voz un poco temblorosa.

"Vivirán sus vidas en el Santuario de los metamorfos". Una leve curvatura de sus labios, no del todo una sonrisa, alivió la severidad de sus rasgos. "Y no, no los ejecutaré. No es necesario. Sin embargo, he captado su esencia. Si escapan de algún modo del Santuario, podré rastrearlos en cualquier parte del mundo y acabaré con ellos".

Volvió su atención hacia Angus y Renee. "He pasado semanas escaneando esta zona. No hay indicios de maldad, ni oscuridad en los paranormales. Habéis hecho bien, manteniendo esta zona a salvo. Si en el futuro lo necesitáis, Lady Flora sabe cómo ponerse en contacto conmigo, y acudiré".

Su mirada volvió a Naomi y Beth. Se inclinó desde la cintura en una reverencia cortesana a la antigua usanza, como la que le había hecho a Flora, con las manos extendidas en el gesto universal de la paz.

"Mis disculpas por las molestias que te ha causado mi vigilancia".

Y con eso se fue, dando zancadas hacia atrás para desaparecer al doblar la esquina de la posada.

Las preguntas rondaban los labios de Naomi, pero las contuvo. El rostro de Angus seguía marcado por unas líneas firmes y decididas, y los ojos entrecerrados de Renee estaban fijos en la posada, presumiblemente observando la retirada de Hurin.

Poco a poco, la pareja de ancianos pareció relajarse y, al cabo de un minuto, Renee se volvió para sonreírles.

"Bueno, ¿no ha sido emocionante?"

"¿Qué era?" preguntó Beth. "¿Era un demonio?"

Renee estalló en carcajadas, e incluso Angus perdió su mirada enfadada y sonrió ampliamente.

"¿Un demonio? Por Dios, no".

Naomi se estremeció. "A mi gata no le gustaba. Estaba aterrorizada, pero enfadada al mismo tiempo".

Angus inclinó la cabeza. "En efecto, y así debe ser".

Renee estuvo de acuerdo. "Sí, lo haría. Es una reacción visceral ante un peligro reconocido inconscientemente. Confía en esos sentimientos". Inclinó la cabeza en la dirección en que había desaparecido el hombre. "Tened en cuenta, jóvenes metamorfos, que en este mundo hay cosas que es mejor no saber. Ese hombre era una de ellas, a pesar de ser un Guardián".

Angus frunció el ceño y su mirada se posó en la posada donde había desaparecido el Guardián. "Sabía que nuestro inoportuno visitante de hace semanas era una mantícora. Sin embargo, no tenía ni idea de que fuera un Guardián. Qué extraño. Nunca había oído que una mantícora fuera un Guardián".

Naomi tragó saliva, inclinándose hacia Liam. Él la miró y sonrió, acercándola más a él. A su lado, Beth palideció. "¿Mánticora? ¿Como... la mantícora de los mitos griegos?"

"Persa, en realidad", corrigió Lady Flora con una suave sonrisa. "Pero sí, la mantícora de la mitología tiene cuerpo de león, cabeza humana y cola de escorpión. Todas las criaturas mitológicas son bastante peligrosas, pero la mantícora lo es aún más que las demás, y mucho más propensa a... bueno. Digamos que no suelen encontrarse del lado del bien. Es sorprendente saber que uno de ellos es un Guardián".

Renee se hizo eco de la sonrisa de Flora. "Aunque bien está lo que bien acaba".

Angus extendió las manos, señalando a Lacey. El pelaje de la gatita se había calmado, pero de su garganta seguían saliendo pequeños gruñidos de gatita, puntuados por pequeños siseos.

"¿Puedo?", preguntó a Noemí.

"Por supuesto".

Le entregó la gatita y Angus la cogió por debajo de las patas delanteras, manteniéndola colgando ante él, de modo que se miraban fijamente a los ojos.

"Has hecho bien, pequeño", le dijo al gatito. "Percibiste el peligro que corrían tus amigos y viniste a protegerlos. Eso está bien. Pero el peligro ya ha pasado. Tranquilízate".

Unos ojos de un azul seráfico se clavaron en los marrones de Angus, y Lacey parpadeó lentamente, con la cola balanceándose de un lado a otro como el péndulo de un reloj, la punta de la cola enroscada formando un gancho. El hombre y la gatita se miraron durante un largo momento, y luego Renee dio un paso adelante, cogiendo a Lacey de Angus. Acurrucó a Lacey en un brazo, acariciándole la cabeza.

"Es un placer conocerte, joven Lacey", dijo. Lacey aguzó las orejas y un pequeño ronroneo salió de su garganta. "Eres bienvenida aquí cuando quieras".

Un leve ceño frunció las cejas de Renee, y una mirada de intensa concentración cruzó su rostro.

Naomi, acurrucada firmemente contra el costado de Liam, con su brazo alrededor de ella, le miró interrogante. Liam negó con la cabeza, tan desconcertado como ella.

Renee esbozó una amplia sonrisa, con los ojos brillantes. Volvió a acariciar al gatito. "Has sido paciente, jovencita, pero tu espera casi ha terminado. El que buscas llegará, no inmediatamente, pero sí antes de que empiece el verano".

Lacey emitió un maullido trino, seguido de más ronroneos. Renee dejó de sujetar a la gatita y

la acunó con ambas manos. "Vuelve a casa contigo, entonces".

El gatito desapareció en una nube de magia chisporroteante.

Beth negó con la cabeza. "No lo habría creído si no la hubiera visto. Cuando apareció por primera vez, casi me caigo".

"Te lo contaré todo sobre ella cuando volvamos a entrar", prometió Naomi.

"Habíamos oído hablar de ella, pero ésta es su primera visita a nuestra posada", dijo Renee. "Seguro que no será la última. Ah, Martin". Saludó al joven cuando salió de la posada y miró con curiosidad al grupo reunido en el césped. "¿Podrías llevar las maletas de lady Flora a su habitación?".

"Por supuesto, Renee".

"Gracias, Martin".

Renee deslizó su brazo por el de Angus, enlazando los codos, y juntos la pareja, Lady Flora a su lado, siguieron hacia la posada.

Beth soltó un resoplido. "Vale, ahora me voy a morir de curiosidad", anunció. Su mirada se dirigió a Liam. "Así que, en aras de aumentar nuestra falta de educación sobre los metamorfos, y los Otros, y los seres mitológicos... ¿*existen* los demonios?".

Naomi levantó las cejas mirando a su hermana. "Angus dijo que no, ¿no le oíste?".

"Bueno, sí, dijo que Hurin no era un demonio, no que no existiera tal cosa".

"Ah, claro".

Naomi dirigió su mirada interrogante hacia Liam, que se encogió de hombros y levantó las manos. "¡No me preguntes! Ni siquiera sabía que había dragones y unicornios de verdad, hasta que llegué a este lugar".

Beth murmuró en voz baja algo que sonó sospechosamente como "¿Para qué sirves, entonces?".

Naomi sonrió a Liam, que le devolvió la sonrisa.

"Estoy impaciente por poder contarles todo esto a Douglas y a Troy".

"¡Dios mío!" Se dobló de risa. "¡Se van a morir!"

Beth pinchó el costado de Naomi con un dedo. "¡Escucha! Esto va en serio".

Naomi volvió su atención hacia su hermana, al igual que Liam.

"¿Qué pasa?"

"Allá en el bosque, justo antes de transformarse en un unicornio, Lady Flora, se transformó primero en una joven, ¿recuerdas?".

"¡Oh! Así es".

Naomi miró a Liam y sus dedos se entrelazaron con los de él. "No fue exactamente como nuestro Cambio", explicó. "Hubo una neblina como la que tenemos cuando Cambiamos, pero eso vino después. Lady Flora se irguió del todo. Era más alta que nosotros y joven, como...".

"Como uno de los elfos de El Señor de los Anillos", añadió Beth cuando Naomi hizo una pausa, sin saber qué decir.

Naomi asintió. "Exacto. Atemporal, ¿sabes?"

"Entonces, ¿es realmente joven?" preguntó Beth a Liam. "¿Y esa es su forma básica? ¿Y ser vieja es sólo un... un camuflaje, o algo así?".

"Y yo qué sé", se encogió de hombros Liam. "Pero, voy a suponer que es vieja. Los unicornios... todos los mitológicos... son inmortales, eso lo sé. Al menos, supongo que se les puede matar, pero no envejecen ni mueren de viejos. Supongo que Lady Flora utiliza la forma de una anciana para no llamar la atención. La gente la pasaría por alto. La subestimaría".

Naomi asentía. "Sí, eso tiene sentido".

"Su joven figura llamaba mucho la atención", coincidió Beth. "Era... hermosa. Pero hermosa ni siquiera empieza a describirla".

"Era increíble", suspiró Naomi, recordando. "Como sacada de un sueño".

Beth asintió. "El mejor tipo de sueño".

Liam dio un codazo a Naomi con el hombro. "Vale, vamos, milady. Quiero llevarte a tomar un helado".

Naomi se animó enseguida. "¡Oh! ¡Me parece estupendo! Entremos a guardar el juego, y yo iré a por mi chaqueta y mi bolso".

Beth fingió enfurruñarse. "Eso es porque estaba ganando al Scrabble". Sin embargo, siguió a Naomi al interior y juntas empezaron a recoger las piezas del juego. "Voy a tomar un poco de esta sidra de manzana caliente que ha puesto Renee y me daré un relajante baño de burbujas. Me encanta que las suites tengan su propia bañera y no tengamos que compartirla con la gente de otras habitaciones. ¿Me traes un helado de chocolate caliente?".

"Ya lo tienes, hermanita".

CAPÍTULO 30



LAS CEJAS DE Liam se alzaron cuando Naomi y Beth entraron en el comedor a la mañana siguiente. Iban vestidas de forma idéntica, hasta las coloridas corbatas brillantes de sus zapatillas, con la única diferencia de los colores de los voluminosos jerséis de Arán que llevaban sobre los vaqueros. El de Naomi era de un verde bosque intenso, mientras que el de Beth era de un ámbar intenso.

"Realmente parecéis dos gotas de agua".

Atrajo a Naomi hacia sí y sus labios se encontraron durante un largo instante. Levantó la cabeza, disfrutando del cálido resplandor de tenerla entre sus brazos, con su hermosa sonrisa iluminando la habitación.

Beth le sonrió. "Cuando me haya rellenado más, no podrás distinguarnos".

Sacudió la cabeza, sus dedos acariciando el sedoso pelo de Naomi.

"Siempre podré distinguirte", dijo, con total confianza.

"¿Ah, sí?" Los ojos de Beth brillaron como un desafío.

"Sí", respondió, inclinándose para acariciar el pelo de Naomi. "Siempre podré saberlo, porque está en cómo me mira Naomi".

"Los brazos de Naomi se estrecharon alrededor de él y le sonrió. "Eso es muy dulce, Liam".

"Realmente lo es", admitió Beth, y luego fingió hacer un mohín. "Pero no será divertido si no podemos engañarle".

"No importa", la consoló Naomi, volviéndose para guiarla hacia el bufé. "Vamos a desayunar, ¡y he tenido una gran idea! Liam, ¿estás libre hoy?".

"Sólo esta mañana. Esta tarde tengo consulta. ¿Por qué?"

"Bueno, he pensado que quizá podrías mandarle un mensaje a Miranda, a ver si tiene tiempo para reunirse con nosotros, y podríamos llevar a Beth a ver la casa".

"Beth miró a su alrededor, haciendo una pausa en el proceso de apilar un montón de huevos revueltos en el plato. "Me encantaría verlo".

Liam envió un mensaje rápido a la agente inmobiliaria y miró el reloj. "Aún no son las nueve, pero al menos no la habré despertado".

"No, no en fin de semana", aceptó Naomi.

Estaban a medio desayunar cuando su teléfono respondió con una campanada.

"Puede reunirse con nosotros allí dentro de una hora", informó Liam con satisfacción.

Naomi sonrió, dando un mordisco al beicon. "Perfecto. Tenemos tiempo de sobra para acabar lo que tenemos en el plato y trabajar en los segundos".

"Habla por ti", dijo Beth, haciendo una mueca mientras miraba las modestas raciones de su propio plato. "Será todo lo que pueda hacer para terminar esto".

Naomi se inclinó rápidamente hacia delante para colocar su mano sobre la de Beth, encima de la mesa. "Será más fácil", le aseguró. "Volverás a tener apetito y podrás comer más cada vez. No te presiones ni intentes comer demasiado. Muchas comidas pequeñas es bueno, y si tenemos que rogarle a Renee que te dé espacio en la nevera para que puedas hacer sándwiches y ensaladas durante el día cuando Liam y yo estemos trabajando, apuesto a que no le importará".

"Creía que había un mini frigorífico en tu suite", dijo Liam, frunciendo el ceño.

"Oh, duh". Naomi se golpeó la frente con la palma de la mano. "Pues sí. ¡Estupendo! Podemos llenarlo de sándwiches y ensaladas, Beth, y luego saldremos todos a cenar por las noches".

"Así que poneos a comer", instó Liam. "Tenemos sitios a los que ir, cosas que hacer, y tengo que llevaros de vuelta a tiempo para llegar a la clínica a la una".

"Vale, vale, joder", murmuró Naomi, comiéndose el desayuno.

Después de comer, Liam les hizo subir para que cogieran sus bolsos y teléfonos.

"Iré a calentar el jeep y lo traeré por delante. Y no olvidéis las chaquetas", les dijo mientras subían corriendo las escaleras. "Hace frío ahí fuera".

"Sí, papá", replicó Naomi, mientras Beth se reía a su lado.

"Será mejor que nos demos prisa, queremos tener tiempo para echar un vistazo a toda la propiedad. Te va a encantar", profetizó Naomi.

Una vez en el jeep, sólo tardaron quince minutos en llegar a su destino.

"No está tan lejos", observó Naomi. "Podemos llegar fácilmente a la clínica, o a Katerina y Troy, o a Jacinth un poco más lejos".

Liam asintió, y salieron del coche una vez que hubo aparcado en la entrada, junto al sedán de Miranda. La agente inmobiliaria llevaba una bolsa grande al hombro y una taza de café en una mano.

"Buenos días, Liam y Naomi", les saludó la agente inmobiliaria, que se quedó boquiabierta.

Naomi se rió entre dientes. "Buenos días. Ésta es mi hermana, Beth".

"¡Dios mío!" exclamó Miranda, estrechando la mano de Beth. "¿Gemelos?"

Beth asintió, sonriendo a Naomi. "Culpable de los cargos".

Miranda la miró con el ceño fruncido. "Querida, no tienes buen aspecto".

"Ha estado enferma", dijo Naomi, acercándose para rodear a Beth con el brazo en un abrazo lateral. "Pero ahora se queda con nosotros y conseguiremos que mejore".

"Ya veo lo unidos que estáis", sonrió Miranda. "Me parece maravilloso". Se sacudió un poco. "¡Vale! Vale". Se dirigió a la puerta principal y dijo por encima del hombro: "He traído el periódico y el café. He pensado esperar en el salón mientras tú y Liam le enseñáis la casa a Beth. No tengo otra cita hasta las once, así que tómate tu tiempo".

"Empecemos por el estudio y sigamos en el sentido de las agujas del reloj", dijo Naomi cuando entraron en la casa. "Por aquí, Beth".

Al ver a Beth explorar la habitación y explicar la visión que Liam tenía de ella, Naomi sonrió cuando Liam se acercó por detrás, rodeándola con sus brazos. Ella se recostó contra su pecho, girando la cabeza para mirarle. Él bajó la cabeza para besarla y ella se puso rígida. El pánico se apoderó de ella, le costaba respirar y automáticamente levantó las manos como si quisiera apartarlo.

"Oye, no pasa nada", dijo Liam, volviéndola hacia él. "No pasa nada, Naomi, ¿recuerdas?".

"Lo siento...", empezó ella, y él la hizo callar poniéndole un dedo en los labios.

"No pasa nada. Lo entiendo. Has vivido toda tu vida adulta con miedo a la intimidad, no va a desaparecer de la noche a la mañana".

"Me siento tan extraña, al no tener ese miedo todo el tiempo", confesó. "Cuando vas a besarme, es lo primero en lo que pienso, y quiero apartarte, por tu propio bien. Y luego pienso, espera, no. No pasa nada".

"Te resultará más fácil con el tiempo", prometió Liam, y le besó la nariz. "Mientras tanto, te ayudaré a practicar todo lo que quieras".

Al otro lado de la habitación, donde estaba probando un sillón acolchado, Beth soltó una risita, y Liam sonrió de repente, con sus ojos color avellana brillantes de travesura. "Pero tengo la solución perfecta".

Ella le miró con desconfianza. "¿Qué?"

Liam parecía engreído, y bajó la cabeza para darle un beso duro y breve.

"Terapia de exposición".

Beth soltó una risita. "¡Te ha pillado, hermanita!"

"Lo hizo". Riéndose, Naomi le miró. "Así que terapia de exposición, ¿eh?"

"Por supuesto", dijo en tono solemne. "Voy a besarte en todas las habitaciones de esta casa".

Ella se rió alegremente, levantándose sobre las puntas de los pies para besarle los labios. "¡Adelante!"

Fiel a su palabra, Liam volvió a besarla en el salón, ligeramente, mientras Miranda levantaba la vista de su periódico y les sonreía. En el comedor, Naomi se dio el beso más largo. Liam se tomó su tiempo, con las manos enredadas en el pelo de ella. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se apretó más contra él. Sus labios se separaron bajo la presión de los de él, y la lengua de él rozó los suyos, invitando, engatusando. Ella respondió tímidamente, explorando con la lengua la curva de sus labios, y fue recompensada con un leve zumbido de aprobación. Liam rompió el beso, de mala gana.

"Tenemos público", le susurró contra los labios.

"¡Oh!" Con las mejillas encendidas, miró a Beth, que hacía la mímica de abanicarse con una mano.

"Hubba, hubba", dijo Beth, moviendo las cejas de arriba abajo. "¿Ya estamos listos para seguir con la visita?". preguntó con pertinacia, y Naomi le sacó la lengua, separándose de Liam.

"Vale, vale".

Señaló la puerta abierta. "Prepárate para el horror que es la cocina".

"Dios mío". Beth se quedó inmóvil en la puerta, mirando los armarios de color lima y aguacate, tan horrorizada como Naomi, y juntas debatieron una nueva combinación de colores para la cocina mientras pasaban por delante del lavadero y daban la vuelta a la escalera. Se dirigieron arriba, con Liam a su paso.

"¿Y te quedas con todos estos muebles?". Beth sonaba incrédula mientras pasaba los dedos con asombro por un viejo arcón de cedro de Lane, muy tallado, que había en el dormitorio principal.

"Sí", confirmó Liam. "De hecho, una de las razones por las que los propietarios aceptaron nuestra oferta fue porque nos enamoramos de los muebles y queríamos conservarlos".

Naomi asintió. "Liam incluso se ofreció a negociar por separado los muebles, para pagarles por ellos, ¿sabes? Y dijeron que les parecía bien la oferta por la casa y los muebles juntos".

Al volver abajo, se detuvieron al pie de los escalones, en el pasillo exterior del dormitorio.

"Esto es lo que estaba pensando". Liam miró a las dos jóvenes, que volvieron su atención hacia él. Naomi levantó las cejas inquisitivamente, y Beth hizo lo mismo, como si estuvieran

sincronizadas. "Maldita sea, las dos sois realmente dos mitades de un todo".

"Sí, lo somos", sonrió Naomi con orgullo, enlazando los brazos con Beth, que soltó una risita.

Sonó un tono de llamada procedente de algún sitio, y todos miraron a su alrededor, buscando a tientas sus teléfonos. "Es el mío", anunció Naomi, deslizándolo por su teléfono. "¿Diga?"

"¡Oh... Oh!" Rebotó sobre las puntas de los pies. "¡Es maravilloso, Max! ¡Enhorabuena! Dale la enhorabuena de nuestra parte y pronto iremos a visitarles".

Dejó caer el teléfono de nuevo en su bolso y sonrió a Liam. "Era Max. Angela tuvo a sus hijos anoche. Todos están bien y se van a casa esta mañana".

"Es maravilloso", dijo Liam, sonriéndole. "Me alegro de que no ocurriera en la cena de Acción de Gracias".

"Max es un taxista que conocí en Nueva York", explicó Naomi a Beth. "Liam y yo pasamos Acción de Gracias con ellos en su casa, con todos sus hijos y varios nietos. Acaban de añadir más a la familia... mellizas, nacidas anoche".

"¿Gemelos? chilló Beth, encantada. "¡Es fabuloso! ¿Cómo se llaman?"

"Amanda y Emma".

"Vale, lo apruebo. ¿Puedo ir contigo cuando vayas a verlos? ¿Por favor?"

Liam se rió, ya que ella estaba tan excitada como Naomi. "Claro que sí. En casa de Max, cuantos más seamos, mejor".

"Podríamos pasar el día", sugirió Naomi, con los ojos brillantes. "Podemos ver las luces de Navidad, ir a Rockefeller Plaza y ver el árbol. Nunca pude hacerlo cuando viví allí el año pasado. Y a lo mejor nieva. Quiero hacer todo eso de la Navidad con nieve".

"Oh, habrá nieve", advirtió Liam. "De hecho, es sorprendente que aún no hayamos tenido ninguna, es tarde para la primera nevada. Cuando la tengamos, puede que te arrepientas de haberla deseado".

Naomi sonrió. "¡Venga!"

"Sí, tráela", repitió Beth, tan emocionada como su hermana ante la perspectiva de la nieve.

"Se acerca el invierno", entonó Naomi, poniendo los ojos redondos y espeluznantes, mientras Beth se reía.

"Veo que has leído los libros".

Ella le miró fijamente, ofendida. "¡Claro que he leído los libros! Sería una mala bibliotecaria si no me mantuviera al día de la cultura popular".

"Pero no lo hice", confesó Beth. "Naomi me advirtió que no lo hiciera. Me comprometo demasiado con los personajes y me enfado mucho cuando los matan".

"Lo hace", asintió Naomi. "Tendrías que haberla visto cuando llegó a la parte en la que Sirius Black moría en Harry Potter. Estaba hecha un lío".

"Pero sigo queriendo ver mucha nieve", insistió Beth. "Y luces de Navidad, y villancicos, y quiero ir a una granja de árboles de Navidad y tomar cacao caliente y montar en trineo".

Liam suspiró. "Es fácil ver que nunca has vivido en un lugar que tenga nieve en invierno. Te diré una cosa. Si para entonces hay nieve... que la habrá... Cogemos el tren hasta Manhattan, y luego, cuando hayáis terminado de recorrer la ciudad, cogeremos el metro hasta Brooklyn, y desde allí tomaremos un taxi hasta casa de Max".

Cuando Naomi y Beth aprobaron con entusiasmo este plan, Liam se aclaró la garganta. "Bueno, volvamos a la suite de abajo. Lo que estoy pensando es que Beth podría venir a vivir con nosotros. Puede tener la suite para ella sola, lo que le dará algo de intimidad cuando lo desee, junto con su propio patio y acceso al jardín trasero."

Naomi chilló de alegría. "¡Ohmigosh, sí! Nos vamos a vivir todos juntos!".

Liam puso los ojos en blanco. "Tened en cuenta que sólo me voy a casar con uno de vosotros", bromeó.

"Bueno, en realidad..." exclamó Beth, dejando que sus palabras se desviaran significativamente.

La expresión de consternación en el rostro de Liam fue demasiado fuerte y ambos estallaron en carcajadas al mismo tiempo.

"¡Te pillé!" dijo Beth, agarrándose a su hermana, encorvada de risa.

"La expresión de tu cara, Liam", jadeó Naomi.

Beth se echó a reír de nuevo. "¡Vale la pena!"

Liam les frunció el ceño. "Sois una amenaza", murmuró con buen humor.

Naomi le sonrió. "Pero tú me quieres".

Inclinó la cabeza para besarla. "Sí, la quiero".

Le rodeó la cintura con los brazos y se inclinó hacia él, sus labios se suavizaron y se amoldaron a los de él.

Detrás de ellos, Beth soltó una risita. "Iros a una habitación, los dos".

Sonrojada, Naomi bajó los brazos, dando un paso atrás.

Liam se rió entre dientes. "Me temo que vas a tener que acostumbrarte, Beth".

"Se nota que vas a ser un cuñado muy satisfactorio". Beth sonrió a los dos y se volvió para meter la cabeza por la puerta del dormitorio. "Así que esto es una suite, ¿eh?".

Entró y observó detenidamente el dormitorio, el gran vestidor y el modernísimo cuarto de baño. Finalmente se volvió hacia ellos, con una expresión de asombro en el rostro. "No me lo puedo creer. Y este juego de dormitorio, es precioso. ¿De verdad te lo vas a quedar?"

Naomi asintió. "Mhmm, así es".

Beth lanzó una mirada melancólica alrededor de la habitación. "La verdad es que me encanta. Aunque", dijo, volviéndose hacia ellos. "No me quedaré para siempre, lo prometo. Sólo... sólo hasta que pueda recuperarme. Resolver las cosas. Conseguir un trabajo y ver qué rumbo tomará mi vida a partir de ahora".

Eso hizo que Liam se pusiera sobrio rápidamente. "Así es, tenemos que hablar de eso". Miró a su alrededor. "¿Lo hemos visto todo? ¿Podemos irnos?"

"Sí, ¿por qué?" preguntó Naomi.

"Dejemos que Miranda vuelva a cerrar la casa, mientras nosotros nos dirigimos a algún sitio para hablar un poco más".

Naomi arrugó la nariz mientras pensaba. "Sabes, cuando leía el folleto del bed and breakfast, me pareció que decía algo de un lago cercano. Sé que hace un poco de frío para sentarse fuera, pero también es algo refrescante".

"Todos llevamos jerseys y chaquetas", observó Beth. "Yo me apunto".

animó Naomi. "Vale, hagámoslo. Y si tenemos frío, podemos volver a la posada y calentarnos con el cacao caliente y la sidra de Renee".

"Avisaré a Miranda para que cierre".

Poco después, se dirigían al parque. Naomi se quedó mirando sorprendida mientras caminaban por el terreno hacia el lago. "Creía que los patos y los gansos volaban al sur para pasar el invierno".

"La mayoría, sí", respondió Liam. "Pero hay muchos que se quedan todo el año".

"Ojalá lo hubiéramos sabido", se lamentó Beth. "Podríamos haber traído pan o algo".

Se dirigieron a una mesa de picnic cercana a la orilla del agua y se pusieron cómodos.

"Entonces, ¿de qué querías hablar?" preguntó Naomi a Liam.

"Primero, supongo, ¿Beth? ¿Tienes coche? ¿Lo ha guardado el Consejo con el resto de tus cosas?"

Sacudió la cabeza, bajó la mirada hacia la mesa y juntó las manos sobre su áspera superficie. "No. Aún estaba en la universidad, trabajando en mi máster, así que nunca tuve dinero suficiente para comprarme un coche y, en realidad, no lo necesitaba. Me desplazaba en autobús, y en Uber a veces, claro".

Las cejas de Liam se alzaron con sorpresa. "¿Del maestro? ¿En qué?"

Beth hizo una pequeña mueca. "¿Psicología?"

"Bueno, supongo que tiene sentido", reflexionó. "Dadas las circunstancias. ¿Conseguiste tu maestría?"

Sacudió la cabeza, sin dejar de mirar la mesa. "Me tomé un tiempo libre, después de... bueno, después. Y entonces llegó el Consejo".

Parecía pensativo. "¿Quieres terminarlo?"

Al oír eso, levantó la cabeza. "¡Sí! Por supuesto que sí. Pero... no quiero volver a Florida... ¡nunca!". dijo Beth con vehemencia. "Volver al lugar donde ocurrió todo, simplemente no puedo. Significaría volver a empezar aquí arriba, transferir créditos y... me siento tan desesperada - terminó, con los hombros caídos.

"Vale, esto es lo que tienes que recordar. Los dos", dijo Liam, mientras su mirada viajaba de un rostro al otro. "Ya no estáis solos, teniendo que resolver las cosas por vuestra cuenta. Formáis parte de una familia fuerte y solidaria. Habla con Maroulla, Beth. Ella puede dirigirse al Consejo, ver qué puertas pueden abrirte a nivel local, aquí. Como mínimo, pueden facilitar tu solicitud y tu traslado a la universidad que elijas".

Los ojos de Beth se empañaron un poco. "¿Pueden hacer eso? ¿Lo *harían* por mí?"

"Para cualquier metamorfo", le dijo. "Eres uno de los nuestros. De la familia. Aunque sea una familia inmensamente grande y muy dispersa".

"Yo... ni siquiera sé qué decir", balbuceó.

Sonrió. "No tienes que decir nada. Habla con Maroulla. Explora tus opciones. Tómate tu tiempo para averiguar qué es lo que quieres hacer... no por necesidad, sino por elección. Luego deja que tu familia te ayude a hacerlo realidad".

Sonrió y apretó la mano de Naomi. "Puedo hacerlo".

CAPÍTULO 31



UNOS DÍAS MÁS TARDE, Naomi y Liam habían sido convocados a casa de Troy y Katerina para montar en trineo en el prado, tomar cacao caliente y hacer malvaviscos. Por fin había llegado el invierno, y lo había hecho con fuerza. Había llegado prácticamente de la noche a la mañana, y la Madre Naturaleza había arrojado medio metro de nieve sobre el valle del Hudson. El clan Kazakis y sus Elegidos, junto con Jacinth y Douglas, además de Liam y Naomi, estaban todos reunidos en casa de Troy. La pendiente del prado de los caballos era perfecta para que los niños pequeños se deslizaran en trineo, no demasiado empinada ni peligrosa, y fácilmente transitable.

Naomi miró hacia la colina nevada, donde estaba Beth, acomodando al pequeño Benny en un volante de madera roja. Era el viejo trineo de la infancia de Troy, que había sacado de algún lugar del granero, junto con un trineo de platillos. Detrás de Benny, Talya bailaba impaciente, deseando una vuelta colina abajo.

"Yo también", insistió Molly, tirando del dobladillo de su parka. Naomi miró hacia abajo. La niña era adorable, con su traje de nieve rosa, el pelo rubio al viento y los ojos azules muy abiertos por la emoción.

"Um, vale", Naomi miró el desordenado camino cortado en la nieve que habían hecho los adultos que iban delante. "¿Necesitas ayuda para levantarte?"

La boca del capullo de rosa se perfiló en una línea decidida. "Puedo hacerlo yo sola", anunció la niña.

Mordiendo una sonrisa, Naomi asintió, señalando la larga y poco profunda pendiente hasta la cima de la colina. "De acuerdo, entonces, vete. Yo me quedaré aquí para vigilarte".

Molly hizo una pausa, mirando hacia atrás por encima del hombro. "¿Qué es un observador?"

"Me quedo al pie de la colina para asegurarme de que no te desvíes demasiado y choques contra la valla".

"Ah, vale".

Molly empezó a subir a trompicones. Naomi la observó atentamente, dispuesta a acudir al rescate. La nieve hasta los pies no era un verdadero problema para los adultos, pero pensó que podría suponer una dificultad para una niña pequeña. Sin embargo, Molly parecía decidida y llegó a la cima de la colina sin esfuerzo aparente.

"¡Bombas fuera!" sonó la voz de su hermana, mientras Beth daba un empujón al trineo y Benny bajaba volando por la colina. Estaba riendo, con el pelo castaño sobresaliendo en todos los ángulos por debajo de un gorro de punto, y los ojos brillantes de diversión. Se detuvo mucho antes de llegar a ella, que montaba guardia al pie de la ladera, a pocos metros de la valla del

prado. En un instante se apeó del trineo y se dirigió colina arriba, arrastrando el trineo tras de sí.

"¡Naomi!"

Miró hacia la colina, donde Beth estaba levantando la barbilla hacia la casa. Al volverse, Naomi vio que todos los adultos del lugar, que habían estado sentados en sillas alrededor de una hoguera, se habían puesto en pie. Estaban agrupados en torno a un hombre, que Naomi no reconocía, al menos desde aquella distancia. Miró a Beth, que se encogió de hombros en un gesto de "¿quién sabe?"

"¡Naomi! Beth!" gritó Troy a lo lejos, agitando un largo brazo hacia ellos, haciéndoles señas.

Beth se inclinó para hablar con Talya, que la ayudaba a acomodar a Molly en un platillo. Talya asintió, y Beth se encaminó colina abajo. "¿Sabes qué pasa?", preguntó.

"Ni una pista. Parece que acaba de llegar alguien, pero no sé quién es".

Atravesaron la nieve, salieron por la puerta del prado y se dirigieron al patio, donde todas las miradas estaban puestas en ellas. Naomi tragó saliva y buscó a tientas la mano de Beth. Sujetándose la una a la otra, se acercaron al grupo con cautela.

El pequeño grupo pareció separarse, como una ola, y un hombre se adelantó. Tendría unos 30 años, su color era claro y llevaba el pelo rubio pálido un poco largo, enroscado sobre la bufanda de punto que llevaba al cuello. La bufanda era de un tono azul grisáceo claro que hacía juego con sus ojos. Le resultaba vagamente familiar, aunque Naomi no sabía dónde podría haberlo conocido.

"¡Eres tú!" Se acercó, con la mirada intensa, como si no pudiera apartar los ojos de ellas. Su voz estaba tensa por la emoción, los ojos rebosantes. "Nunca pensé que volvería a verte, a encontrarte, no después de todo este tiempo".

Liam se acercó y puso una de sus manos sobre los hombros del hombre.

"Naomi, Beth... Éste es Mark Sullivan". Hizo una pausa, con la mirada fija en sus rostros. "Vuestro hermano".

Naomi le miró fijamente, y luego al desconocido. Sintió un fuerte zumbido en los oídos y sacudió la cabeza, no segura de haberle oído bien. El agarre de Beth sobre su mano se tensó dolorosamente.

"¿Nuestro... hermano?" susurró Beth.

"Sí, tu hermano". La voz de Mark se entrecortó, y pareció adelantarse, rodeándolos con los brazos y acercándolos a ellos. Estaba temblando. Lloraba, con la cara hundida en su pelo. "Fue culpa mía. Todo ha sido culpa mía. Perdóname. Por favor, perdóname. Lo siento tanto. Te hemos buscado tanto tiempo que habíamos perdido la esperanza".

"¿Nosotros? consiguió preguntar Naomi, sometiéndose a su abrazo, sintiéndose extrañamente indefensa.

"Sí". Mark se echó hacia atrás, aunque sus manos permanecieron tocando sus caras, sus cabellos. "Yo, mamá y papá. No se lo he dicho todavía, tenía que verte primero, estar seguro... pero, ¡Dios mío! Eres tú de verdad!"

Jacinth se adelantó, cogiendo a Naomi y a Beth de la mano. "Venid a sentaros", les instó. "Pareéis un poco conmocionadas. Troy", dijo por encima del hombro. "Tráeles algo de beber".

Los condujo hasta uno de los bancos de picnic y los empujó para que se sentaran en él. Frente a ellos, el hombre, Mark, acercó una silla y se sentó frente a ellos.

"Sé que esto debe de ser un shock. Lo que pasa es que leí sobre ti en el chat y vine enseguida".

"No antes de que YiaYia le sometiera al tercer grado", añadió Katerina. Cogió un álbum de recortes antiguo de una mesa cercana, encuadernado en cuero beige, y se lo entregó a Mark. "Me

mandó un mensaje diciendo que venía hacia aquí, no tuve ocasión de avisarte".

Mark cogió el álbum de recortes con un gesto de agradecimiento y se lo ofreció a Naomi y Beth. "Tengo fotos... partidas de nacimiento. La Sra. Kazakis ya las ha verificado, antes de decirme dónde ir a buscaros".

Beth se quedó mirando el álbum, con una expresión que oscilaba entre el terror y la nostalgia. Naomi supuso que su propia expresión no era muy diferente. Tragó saliva, con la garganta seca.

"¿C-cómo...?"

Jacinto se adelantó y dijo con voz suave: "¿Por qué no entráis los tres en la casa, donde podréis hablar en privado?".

"Ah, sí", secundó Katerina. "Vamos, te acomodaré en el salón, puedes tomarte el tiempo que necesites".

"Un momento". Troy entró por la puerta de la cocina, con dos vasos de chupito en la mano. Apretó uno contra la mano de Naomi. "Esto te ayudará con el shock".

Naomi arrugó la nariz, olfateándolo. "Odio el whisky".

"Te ayudará". Insistió, volviéndose para entregarle a Beth el otro vaso.

Naomi volvió a inclinarla y se la bebió de un trago. "¡Uf!" Era como si le ardiera la garganta y le lloraban los ojos al toser. Pero, efectivamente, tenía la cabeza más despejada.

"Gracias... creo". Le devolvió el vaso a Troy. Él le palmeó el hombro con simpatía.

"Ahora lo harás mejor". Se volvió hacia Beth. "Lo mismo te digo a ti. Hasta el fondo!"

Beth hizo lo mismo, tosiendo y con lágrimas en los ojos. "Sabes que no estoy acostumbrada al alcohol, ¿verdad?".

Troy le cogió el vaso. "Tenemos café preparándose, no te preocupes".

Pasándole el brazo por la cintura, Liam la empujó hacia la casa. Sintióse todavía un poco entumecida, Naomi se aseguró de que su otra mano estuviera firmemente unida a la de su hermana mientras se dirigían hacia el interior, con Mark... ¡su hermano! ... les seguía. Atravesaron una cocina espaciosa y bien iluminada, y entraron en un salón encantador y anticuado, con una chimenea frente a la puerta principal y suelos de madera oscura con alfombras esparcidas. Había cómodos sofás y sillas acolchadas, junto con un enorme sillón reclinable, perfecto para alguien del tamaño de Troy.

Después de quitarse los abrigos y colgarlos en los ganchos de detrás de la puerta principal, Naomi y Beth se tumbaron en el sofá. Liam se sentó al otro lado de Naomi, con el brazo alrededor de su cintura, acercándola. Mark eligió un sillón frente a ellos. Colocó el álbum de recortes sobre la mesita. Al mirarlo, Naomi se dio cuenta de repente de por qué le había resultado tan familiar la primera vez que lo vio.

"Os parecéis a nosotros", soltó, y luego se coloreó con fiereza. "Lo siento, no quería..."

"No pasa nada", dijo, con una sonrisa repentina. "Nos pasaba a menudo, cuando erais niñas".

"¿Qué ha pasado?" preguntó Naomi, apretando con más fuerza la mano de Beth. A su lado, el brazo de Liam le rodeaba los hombros en señal de apoyo silencioso.

Mark se pasó una mano por el pelo y luego se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

"Os había estado ayudando desde que nacisteis las dos, mis hermanitas, mis encargadas de cuidar. Os cambiaba los pañales, os daba biberones, os alimentaba con potitos, os cogía de la mano cuando aprendíais a andar. Exigía leeros cuentos a la hora de dormir, como mi derecho. Cuando tenías tres años, mamá y papá querían ir al cine. Yo acababa de cumplir doce años y estaba muy orgullosa, segura de que ya era mayor. Le juré a mamá que podría cuidar de ti, que no necesitaba contratar a una niñera".

Naomi apretó con fuerza la mano de Beth, adivinando lo que se avecinaba.

"Me quedé dormido", admitió Mark. "Mamá te acostó antes de que se fueran. Estaba viendo la televisión y me quedé dormido. Cuando mamá y papá llegaron a casa, yo seguía dormido en el sofá, y vosotros dos os habíais ido. No había señales de allanamiento, ni de intrusos, las puertas seguían cerradas. Pero vosotras dos, mis hermanas, simplemente habíais desaparecido".

Se interrumpió, con la voz quebrada. "Nunca me lo he perdonado. Te buscamos. Nuestra familia, la comunidad, la policía. EL FBI. Demonios, incluso la señora realmente desagradable que odia a los niños de la puerta de al lado ayudó a buscar. Pero nunca hubo rastro de ti".

Naomi encontró la voz. "Nuestros padres... ¿siguen vivos?"

"¡Sí! Dios, sí". Mark parecía estar hiperventilando, y tardó un momento en controlarse. Luego se enderezó, sonriendo. "Vosotros... nosotros... también tenemos abuelos, los dos conjuntos. Y algunas tías y tíos, primos. Un montón. Se van a volver locos cuando sepan de ti, prepárate para recibir un aluvión de llamadas y mensajes. Como mínimo".

"¿Son todos leopardos nublados?". Beth recuperó por fin la voz y empezó a mostrarse ansiosa.

Mark sonrió con orgullo. "Sí, más o menos. Una prima se casó con un metamorfo oso pardo y tuvo un cachorro, pero casi todos somos gatos. La familia vive sobre todo en Washington, en el noroeste del Pacífico. El Parque Nacional del Monte Rainier es un lugar increíble para correr, escalar y jugar".

Se aclaró la garganta y preguntó tímidamente: -¿Crees que podrías hablar con mamá y papá? No les dije adónde iba, que quizá te había encontrado. Ha pasado tanto tiempo que no quería darles esperanzas hasta que te hubiera visto con mis propios ojos".

Naomi y Beth se miraron, y luego Naomi volvió la mirada hacia su hermano.

"¿Cuánto te ha contado Maroulla sobre nosotros?"

Mark frunció un poco el ceño. "No mucho", admitió. "Sólo que estabas aquí, en el valle del Hudson, y que estabas a salvo y bien".

Naomi y Beth volvieron a intercambiar miradas.

"Será mejor que se lo digamos antes", dijo Beth, y Naomi asintió.

"Así que...", vaciló Naomi, sin saber cómo empezar. "Supongo que sabes lo del grupo de pícaros que encontraron en Florida".

"Dios, sí", dijo Mark. "Hizo estallar los foros de chat cuando se supo la noticia.

Liam asintió para confirmarlo. "El Consejo envió un memorándum al tablón principal. Corrían rumores y querían estar al tanto de todo para que todo el mundo supiera que sí, que se había descubierto a los Pícaros y que habían sido capturados".

Beth soltó una risita. "¿Como un comunicado de prensa?"

"Sí, exactamente".

Mark frunció un poco el ceño, parecía confuso. "¿Qué tiene eso que ver con nosotros?"

Naomi tragó saliva y miró a Liam, que inclinó la cabeza para acariciarle el pelo. "No pasa nada".

Ella asintió, moviendo la mirada hacia su hermano. "Esas mujeres... ésa... ésa es nuestra familia. Con la que crecimos".

"¡Qué!" Mark puso cara de asombro.

"*Pensábamos que era nuestra familia*", subrayó Beth. "Crecimos en Miami con nuestra madre y su hermana, y nuestras dos hermanas".

"Bueno, y la abuela y el abuelo, pero murieron cuando teníamos once años". Naomi hizo una pausa, pensando en eso, con el ceño fruncido. "Abuela y abuela, ¿sabían que no éramos hijas de

Valerie?"

Beth arrugó la nariz contemplativamente. "¿Podrían haberlo hecho? ¿Supongo? Es decir, podrían haber pensado que nos había adoptado. Mucha gente no les dice a sus hijos que son adoptados".

interrumpió Mark. "Espera. Espera. ¿La madre, Valerie, era una Pícara, pero tenía madre y padre? ¿Vivos?"

Naomi asintió. "Sí, pero no sabían que Valerie y Beatrice eran Pícaras. Juraría sobre una pila de biblias que no lo sabían".

Mark se incorporó bruscamente en la silla, con los ojos brillantes. "¿Beatrice?"

Naomi se quedó paralizada, mirándole fijamente. "¿Por qué lo dices así?"

"No puede ser", dijo Mark en voz baja. "No puede ser".

Naomi tragó saliva y, a su lado, Beth hizo lo mismo.

"Podría ser una coincidencia", dijo Beth, pero Naomi se dio cuenta de que en realidad no lo creía.

"No hay ninguna coincidencia tan fuerte", opinó Liam. Su mirada estaba fija en Mark. "¿De qué conoces a Beatrice?"

"Conocía", dijo Mark. "Conocía a Beatrice. Era nuestra vecina de al lado cuando Naomi y Beth desaparecieron". Hizo una pausa. "Ésos son sus verdaderos nombres. Naomi y Beth. Yo... ayudé... es decir, mamá y papá me dejaron ayudar a elegir los nombres, cuando nacisteis".

Liam se inclinó hacia delante. "¿Qué aspecto tenía?"

"Para mí ya era mayor entonces, claro", respondió Mark. "Es decir, yo tenía doce años. Echando la vista atrás, creo que tendría unos veinte años. No le gustaban nada los niños, siempre tenía esa expresión agria en la cara cuando nos veía, como si fuéramos infecciosos o algo así. Le tenía un poco de miedo", confesó. "Era alta, tenía el pelo rojo fuego y unos ojos verdes tan penetrantes como para cortarte".

"Oh, sí", dijeron Naomi y Beth al unísono, y luego se detuvieron para mirarse. Sin embargo, su habitual exuberancia se atenuó cuando volvieron a centrar su atención en Mark. "Ésa es Beatrice".

Liam sacudió la cabeza, frunciendo el ceño. "¿Cómo puede ser? Si entonces tenía veinte años, ahora tendría unos cuarenta. Ni siquiera Douglas mencionó que era mucho mayor que él, y eso que una vez tuvo una cita con ella".

"Oh, se cuidaba mucho", dijo Beth, y Naomi asintió en señal de confirmación. "Era totalmente vanidosa. Siempre estaba probando cosas para deshacerse de las arrugas, se hacía tratamientos faciales y cosas así cada semana".

"Y sabía utilizar los cosméticos como una experta", añadió Naomi. "Nunca salía de casa hasta que estaba perfectamente maquillada. Dudo que alguien que no la conociera hubiera creído que tenía más de treinta años".

"¿Pero por qué iba a llevarte Beatrice, de entre todas las personas? ¿Y cómo te mantuvo oculta? Es imposible... ¡Vivía justo al lado! No podría haber mantenido en secreto que te tenía".

Naomi y Beth se miraron. "Valerie", dijeron al unísono.

"¿Quién es?" preguntó Mark.

"Nuestra madre... *creíamos que* era nuestra madre", corrigió Beth. "La hermana mayor de Beatrice".

"¿Recibió Beatrice alguna visita, antes de que apareciéramos desaparecidos?" preguntó Naomi, sabiendo ya la respuesta.

"Sí", dijo Mark lentamente, con el ceño fruncido mientras intentaba evocar recuerdos de

hacía dos décadas. "No recuerdo exactamente cuándo, pero era otra mujer de su edad, quizá un poco mayor, con el mismo pelo rojo. No era tan mala como Beatrice, recuerdo que me sonrió un par de veces. Pero sé que se marchó antes de que desaparecieras".

"Apuesto a que estaba en algún lugar de los alrededores, no demasiado lejos de todos modos", dijo Naomi. "Beatrice vigilaba, nos atrapaba cuando encontraba una oportunidad, y Valerie pasaba por allí, nos recogía y nos llevaba. Nadie habría sospechado de Beatrice, y como Valerie no había estado allí en aquel momento, a nadie se le habría ocurrido relacionar su visita con nuestra desaparición."

"Lady Flora dijo que nuestras otras hermanas tampoco estaban emparentadas".

A su lado, Beth se sentó un poco más recta. "Seguro que hicieron lo mismo antes que nosotros".

Mark se horrorizó. "¿Quieres decir que hay otras dos familias de cambiaformas ahí fuera, echando de menos a sus hijas?"

"Sí". Naomi suspiró, apoyándose en la fuerza de Liam. "Pero es mejor que no los encuentren. Lady Flora dijo que habían abrazado ser Pícaros, no hay forma de redimirlos".

"Es horrible", susurró. "Pero... ¿pero por qué?"

Fue Liam quien respondió. "Por lo que se sabe, era para construir una familia de hembras Granujas. Se esperaba de las chicas... ¡se las animaba! ...a acechar, seducir y matar. A diferencia de las otras dos hermanas, Naomi y Beth se resistieron. Han rehecho sus vidas aquí, en el valle del Hudson".

Liam se inclinó hacia delante para ofrecer su mano al otro hombre. "Por cierto, soy Liam McConnell. Soy el Elegido de Naomi".

Los ojos de Mark se abrieron de par en par en señal de reconocimiento. "El médico que también es veterinario, ¿verdad?". Cogió la mano de Liam y la estrechó. "Encantado de conocerte".

Su mirada se dirigió a Beth. "¿Tú también tienes un Elegido?"

La cara de Beth se descompuso y se apartó un poco, ocultando su expresión. "No", susurró.

"Esa es una historia para otro momento", dijo Naomi con firmeza. "¿Sabes?", añadió pensativa. "Probablemente fue mejor que te durmieras aquella noche. Llevamos años conociendo a Beatrice, y si estuviera realmente decidida a tenernos, no habría dudado en hacerte pedazos".

"Dios mío", dijo Beth, estremeciéndose. "Sí, sin duda. Tienes mucha, mucha suerte de que no te matara entonces, sólo porque podía hacerlo".

Mark palideció. "¿Tan mala era?"

"Era peor", confirmó Naomi. "Era absolutamente una asesina, sin conciencia alguna. El hecho de que sólo tuvieras doce años no habría supuesto ninguna diferencia para ella".

"Probablemente quería quedarse viviendo allí, vigilar cómo iba la búsqueda", dijo Beth. "Mientras Valerie nos tenía a salvo en algún lugar lejano".

"Vivió allí otros, no sé.... años", dijo Mark.

"Eso tendría sentido", pensó Naomi. "Teníamos once años cuando murieron nuestros abuelos y Beatrice vino a vivir con nosotros. La cronología coincide".

Entonces, incapaz de contener su impaciencia, preguntó: "Entonces... ¿podrías... podríamos hablar con nuestros padres?"

"¡Claro que sí!" Mark sacó el teléfono del bolsillo, riendo. "Casi se me olvida".

Naomi tragó saliva y Beth, a su lado, hizo lo mismo. Sus dedos se apretaron el uno contra el otro mientras veían a Mark hacer la llamada. Lo tenía en el altavoz del teléfono, y oyeron que contestaba una ligera voz de soprano.

"¡Mark, cariño!"

"Hola, mamá. ¿Está papá por aquí? Necesito hablar con los dos".

"Sí, está fuera, quitando la nieve". Su risa era cálida, contagiosa, y Naomi intercambió una sonrisa ansiosa con Beth. "¿Dónde estás? Anoche te echamos de menos en la cena".

"Oh". Mark les hizo una mueca, levantando la vista del teléfono. "Estoy en Nueva York, mamá".

"¡Nueva York! ¿Qué haces allí? No me habías dicho que te ibas y se me ha olvidado, ¿verdad?"

"No, mamá, fue un acuerdo de última hora. ¿Tienes a papá allí?"

"Estoy aquí, hijo". Una voz grave, de barítono, sonó desde el altavoz del teléfono, y Naomi apenas pudo controlar su excitación.

"Sí, quizá sería mejor que os sentarais, mamá, papá".

"De acuerdo". La voz de su madre adquirió una nota de ansiedad. "¿Va todo bien?"

"Nos sentamos", dijo su padre. "¿Qué pasa?"

"Vamos a FaceTime", sugirió Mark.

Cuando Beth y Naomi se inclinaron hacia delante, Mark levantó un dedo y se pusieron a esperar, jugueteando juntas.

"No hay una forma fácil de decirlo", dijo Mark, "así que lo diré sin rodeos". Levantó la mirada hacia sus hermanas y sonrió. "Las he encontrado".

Hubo un breve silencio y, de repente, su madre soltó un grito ahogado. "¿Nuestras niñas? ¿Habéis encontrado a nuestras hijas?"

La amplia sonrisa de Mark los abarcó a todos, y giró su teléfono hacia Naomi y Beth. "Así es".

Se oyó un grito ahogado cuando Naomi, Beth, su madre y su padre se vieron. Su madre era una versión mayor de ellas mismas, rubia y con los ojos del mismo gris azulado, mientras que su padre tenía el pelo ondulado de color castaño oscuro y los ojos de un azul intenso. Su madre tenía las manos sobre la boca y los ojos llenos de lágrimas. Su padre parecía sin habla y se limitaba a mirarlos.

La mirada de Beth se dirigió a Mark, apartando la cara del teléfono para susurrar: "N-ni siquiera sabemos sus nombres".

"Janette y Russell", les dijo. "Janette y Russell Sullivan".

Ella asintió y volvió a mirar el teléfono.

"Soy Naomi", les dijo Naomi, acercando a su hermana. "Y ésta es Beth".

"¡Ohhh!" La respiración de Janette se escapó en un medio sollozo. "Los mismos nombres".

"Sí". Por su vida, a Naomi no se le ocurría qué decir y, al parecer, a Beth tampoco.

Su padre... Russell... se aclaró la garganta. "¿Y tú estás bien? ¿Eres feliz?"

"Ohmigosh, sí". Sacudida de su estado de congelación, Naomi miró a su alrededor. Cogió a Liam y lo arrastró hasta el campo de visión de la cámara. "Éste es Liam. Es mi Elegido", dijo con orgullo. "Soy bibliotecaria, aquí en el Valle del Hudson".

Beth también encontró su voz. "He estado un poco de parón, pero he estado trabajando para obtener mi Máster en Psicología". No era una falsedad, pero otro día habría tiempo para ahondar en los detalles.

Janette extendió una mano, como si pudiera tocarlos a través del teléfono. "Mis bebés", susurró entrecortadamente. "Han pasado tantos años que perdí la esperanza de que siquiera estuvierais vivos, y mucho menos de que os encontrarían, de que volveríamos a veros".

A su lado, Russell asintió, aclarándose la garganta. Extendió la mano fuera de la cámara,

sacó un Kleenex y se sonó la nariz ruidosamente.

"Tengo tantas preguntas", dijo Janette, con una media carcajada. "Ni siquiera sé por dónde empezar".

"Es una larga historia", dijo Naomi, cohibida. Ella y Beth intercambiaron miradas, en silencioso acuerdo para mantener las cosas positivas. "Pero hace sólo una semana que descubrimos que la familia que nos crió no era nuestra familia".

"Ésa es una historia para otro momento", se inclinó Beth para decir. "Pero no podemos expresar lo aliviados que nos sentimos. Que Mark apareciera de la nada fue... bueno...".

Parecía no saber qué decir.

"La mejor sorpresa *de todas*", terminó Naomi por ella.

"Sí, eso", dijo Beth, sonriendo.

La mirada de Janette se desplazó, como si buscara a su hijo. "Mark, ¿cómo demonios los has encontrado?"

Cambió la cámara para mirarse a sí mismo. "Había un mensaje en el chat de cambiaformas. Maroulla Kazakis, la guardiana del noreste de EE.UU., había publicado un mensaje en el que pedía específicamente noticias de alguna mujer metamorfa leopardo nublado secuestrada hace unos veinte años. Me puse en contacto con ella al instante". Hizo una mueca. "Me puso a prueba con preguntas, pero cuando le dije los nombres de mis hermanas... sus secuestradores nunca cambiaron sus nombres de pila... estaba bastante claro que hablábamos de las mismas chicas. Así que me dijo dónde estaban y cogí el siguiente avión a Nueva York".

"Nunca nos dijiste ni una palabra al respecto", dijo Russell.

Mark parecía incómodo, pero se mantuvo firme. "No quería hacerte ilusiones, por si acaso... bueno... por si acaso. Pero *son* ellos. Lo supe en cuanto les vi".

Russell le dio un pañuelo a Janette y ella se limpió los ojos. "¿Cuándo podremos verte?"

"Podemos estar en el primer avión que salga por la mañana", afirmó Russell. Hizo una pausa, tragando saliva visiblemente. "Eso... si quieres...".

Su voz se entrecortó, pero Naomi y Beth asintieron al unísono.

"¡Sí!" Naomi apenas podía contenerse, la burbuja de excitación, de querer, de necesitar, los brazos de su madre y de su padre a su alrededor.

"Hay una pensión local", dijo Beth. "Allí nos alojaremos. Le daremos a Mark la información... o, bueno, puede venir con nosotros y hablar él mismo con los dueños".

Miró a Naomi, que asintió enérgicamente. "Hay un salón encantador, con cómodos sofás y una chimenea donde podemos sentarnos y hablar. Y los dueños son Otros", les aseguró. "Por lo que sé, de momento sólo se alojan allí metamorfos...".

"Y una mítica", le recordó Liam.

"¡Oh, claro! Y Lady Flora. Ya oirás hablar de ella cuando contemos toda la historia. Pero el caso es que podemos hablar libremente en la posada".

Beth miró a Mark y luego volvió al teléfono. "¿Podríamos llamarte?", preguntó vacilante. "¿Esta tarde?"

"¡Por supuesto!" dijeron Janette y Russell al unísono, y luego se miraron mientras Beth y Naomi soltaban risitas.

"Debe de ser cosa de familia", dijo Naomi. "Lo hacemos siempre".

A través del teléfono llegó el sonido del timbre de una puerta, y Russell miró a un lado, luego hacia atrás.

"Tenemos que irnos, llegan invitados".

"Pero hablaremos contigo esta noche", añadió Janette, tan contenta que casi resplandecía.

"¡Queridas mías! Os quiero tanto".

"Les conseguiré vuestros números de teléfono", prometió Mark, y luego dudó. "¿Mamá? ¿Papá? Esto también ha sido un shock para ellos. ¿Quizá deberíamos decírselo primero a nuestros abuelos, para que Naomi y Beth no se sientan demasiado abrumadas? Luego, cuando estéis en Nueva York, podemos dar la noticia al resto de la familia".

Russell. "Estoy de acuerdo, hijo. Bien pensado".

Janette volvió a tocar la pantalla del teléfono y sus ojos volvieron a empañarse. "No vamos a despedirnos, queridos. No digamos nunca adiós".

"Lo entiendo", dijo Naomi en voz baja. "Hablares contigo más tarde".

"Sí, más tarde", intervino Beth.

Mark pasó el teléfono, desconectándose, y durante un minuto todos permanecieron sentados en silencio.

Naomi fue consciente de la mano de Liam en su espalda, frotándola con ligeros círculos. Le dio un codazo y apoyó la cabeza en su hombro.

"Estoy bien, Liam. De hecho...", sonrió, sintiendo que las emociones se agolpaban, recorriéndola como una ola. Cerró los ojos un largo instante, saboreándolas.

"Tengo padres... *tenemos* padres", dijo, tendiendo la mano a Beth. "Tenemos un hermano. Abuelos, y una gran familia que nos quiere. Y te tengo a ti, Liam... mi Elegido. Formaremos un hogar, tendremos una familia. Envejeceremos juntos".

Tragó saliva y miró a Beth, a Mark y luego a Liam. Su sonrisa era cegadora. "Lo tengo todo, ¿verdad?".

Liam inclinó la cabeza para besarla suavemente, la cálida presión de sus labios hizo que su corazón se acelerara.

"Lo tienes todo", confirmó. "Y *juntos*, lo tenemos todo".

CAPÍTULO 32



NAOMI CASI BAILABA DE IMPACIENCIA, con los tacones repiqueteando en las tablas de madera del porche de la posada.

"Hace quince minutos que me mandaron un mensaje diciendo que se bajaban en la salida", se quejó.

"Está nevado", dijo Liam con infinita paciencia. "Lleva más tiempo".

"Lo sé", confesó. "¡Sólo quiero que lleguen!"

Beth, a su lado, estaba igual de mal. "Los quiero", gimoteó. "¡Los quiero ya!"

"Oh, tío", dijo Mark, lanzando a Liam una mirada comprensiva. "¿Cuánto tiempo llevas lidiando con los dos?"

Riéndose entre dientes, Liam cogió a Naomi en brazos y le dio un beso fuerte y rápido en los labios sobresaltados, antes de volver a ponerla en pie.

"No tanto. Sobreviviré, estoy segura".

Detrás de ellos, las luces brotaban de todas las ventanas de la antigua casa victoriana, y el aire fresco y frío llevaba el aroma de las chimeneas en uso. Las centelleantes luces navideñas mostraban el contorno del edificio, los frontones y los balcones, mientras que un gran árbol de Navidad ocupaba un lugar destacado en el ventanal del salón.

"Tendríamos que habernos reunido con ellos en el aeropuerto", se inquietó Beth.

Su hermano puso los ojos en blanco. "¿Cuántas veces hemos hablado de esto?"

"Sí, habría sido incómodo", coincidió Naomi con Mark. "Encontrarse por primera vez, en medio de un aeropuerto la semana antes de Navidad, con un montón de gente corriendo de aquí para allá".

"Supongo", se enfurruñó Beth.

El grito ahogado de Naomi atrajo la atención de todos, que miraron hacia la calle, donde un monovolumen plateado se abría paso entre los montones de nieve hasta la entrada.

"Ut-oh", murmuró Mark.

Naomi le miró. "¿Qué?"

"Mamá y papá no necesitan un monovolumen grande, ni aunque trajeran un montón de regalos".

"¿Quizá era todo lo que tenía el sitio de alquiler de coches? Después de todo, falta menos de una semana para Navidad".

"No lo creo".

El monovolumen se detuvo ante la acera y los faros se apagaron. Un momento después, todas

las puertas de la furgoneta se abrieron y empezó a salir gente. Naomi tardó un momento en darse cuenta de que sólo había seis personas. A los dos que salían de los asientos delanteros de la furgoneta los reconoció fácilmente como sus padres, Janette y Russell. Las otras dos parejas que salían de los asientos traseros eran bastante mayores. Tragó saliva. Debían de ser sus abuelos.

"Eso pensaba", suspiró Mark. "Mamá, papá, ¿qué habéis hecho?"

"Lo que nos dijiste que hiciéramos, cariño. Se lo dijimos a tus abuelos". Subió por la acera, dando a su hijo un obediente beso en la mejilla, pero su mirada no se apartó de Naomi y Beth. Soltó a Mark y se acercó a ellas a toda prisa, estrechándolas en su abrazo, como había hecho Mark en la barbacoa del día anterior.

"Queridos míos", lloró, agarrándolos con fuerza. Detrás de ella, Russell se acercó, cogiéndolos a los tres en brazos.

"De verdad que nunca pensamos volver a verte". No estaba llorando, pero las palabras le salieron entrecortadas, con la voz espesa por la emoción.

Su madre se echó hacia atrás, enjugándose los ojos entre palmada y palmada en las mejillas. "Mírate", consiguió decir. "Crecidas y guapas. Mis queridas, queridas niñas".

A Naomi le costó un poco pronunciar la palabra que durante tanto tiempo había llevado el peso del miedo y el odio. "¿Mamá? La palabra para su padre le resultó más fácil. "Papá".

Janette pareció comprender, y le acunó la cara entre ambas manos, sonriendo mientras se tocaba las frentes. "No te preocupes, todo será más fácil, te lo prometo".

La pareja mayor, que había esperado a unos metros de distancia, se acercó ahora, cuando el pequeño grupo de la acera se separó.

"Estos son tus abuelos", dijo Janette, señalando a la pareja de la derecha. "Estos son mis padres, Belle y Graham".

"Y Corinne y Owen me pertenecen", afirmó Russell.

Todos se rieron de la leve broma, y Naomi y Beth se estrecharon en largos y apretados abrazos.

"Como aquí fuera hace un frío que pela, ¿qué te parece si entramos?", sugirió Mark. "Podemos registrar a todo el mundo en sus habitaciones y luego ocupar el salón por la noche. Supongo que tenéis habitaciones para los seis". preguntó a su madre, con las cejas levantadas.

"Claro que sí, tonto". Le dio una palmadita en el brazo y se volvió para guiarle hacia la posada. "No esperabas realmente que pudiéramos darles la noticia y que se quedaran sentados en casa esperando, ¿verdad?"

"No, supongo que no", admitió. "Debería haberles avisado, supongo".

"Claro que sí". Janette, que sin duda era el árbol del que había caído su manzana, miró por encima del hombro a Naomi y Beth.

"Mientras tú te registras, nosotros cogeremos tu equipaje y llevaremos el monovolumen a la parte de atrás", ofreció Liam, haciendo una seña a Mark.

"Buena idea". Russell dejó caer las llaves en la mano de Mark, que esperaba.

Un cuarto de hora más tarde, todos se habían registrado, el equipaje fue arrastrado escaleras arriba hasta las distintas habitaciones, y toda la familia se reunió en el salón.

"Mark sólo dijo que nos lo explicaría con detalle cuando llegáramos, pero que saben quién te robó", dijo Russell, acomodándose en el sofá, con su mujer al lado. Los abuelos ocuparon los dos sillones cercanos, y Beth y Naomi se apretujaron en el sillón acolchado, sonriéndose mutuamente. Mark acercó una silla del comedor mientras Liam, con una sonrisa, se encaramaba al brazo de la silla en la que estaba Naomi.

"No nos quedaremos mucho tiempo", dijo Graham. Naomi tardó un minuto en recordar que

era el padre de su madre. "Sabemos que necesitas conocer a tus padres, y ellos a ti. Pero no podíamos quedarnos en casa".

"No, habrían tenido que encadenarnos para mantenernos alejados", convino Corinne (abuela paterna). "En breve subiremos a nuestras habitaciones, ha sido un vuelo muy largo y ya no nos recuperamos tan fácilmente como a tu edad".

"Habla por ti", refunfuñó Owen (abuelo paterno).

Corinne se limitó a reír antes de volver su atención a Naomi y Beth. "Sin embargo, queremos saber qué ha pasado. Al menos, todo lo que sepáis de ello".

Naomi se encogió ante la perspectiva de tener que relatar su historia, aunque por supuesto había sabido que tendrían que contársela. Fue rescatada por su hermano.

"Mamá, papá", dijo Mark, con la voz áspera por el dolor. "Ha sido Beatrice".

Se quedaron en blanco durante un minuto. Janette fue la primera en recuperarse. "Beatrice... ¿nuestra vecina? ¿La pelirroja que *odiaba* a todos los niños?".

"Ella y su hermana. ¿Recuerdas la que vino de visita unas semanas, no mucho antes de... bueno, antes?".

Se quedaron mirando durante un largo momento, y luego Janette se llevó la mano a los labios. "No me lo puedo creer. Todo este tiempo... ¡e incluso ayudó en la búsqueda! Recuerdo que cogió folletos, los puso en las tiendas. Era tan comprensiva. Solidaria, cuando yo estaba tan frenética, tan destrozada".

"Mientras lo hacía, su hermana se los llevó a Florida y los crió como si fueran suyos".

"Espera, espera". Russell levantó las manos para pedir silencio, con expresión agónica. "Beatrice también era el nombre de aquella Pícaro detenida y juzgada. Aquí, en el Distrito Noreste".

Naomi tragó saliva. "Sí, *esa* Beatrice. Era nuestra... al menos, *creíamos que* era nuestra tía", corrigió. "Toda la vida pensamos que era nuestra tía. Y no era la única Pícaro. Valerie también lo era. Su hermana, que creíamos que era nuestra madre. Más dos hermanas".

Naomi pensó que podría haber oído caer un alfiler, el silencio era tan profundo, mientras todos la miraban fijamente a ella y a Beth. Su madre palideció.

"¡Queridos míos! Pero... ¿pero estáis bien? ¿No os han hecho daño?"

"No... no físicamente", tropezó Beth, inclinándose hacia su hermana. Naomi la abrazó con fuerza.

"No pasa nada, Beth".

"No, no lo está. Nunca estará bien".

La mano de Liam se acercó al hombro de Naomi, subiendo hasta su nuca en un apretón reconfortante.

"También intentaron convertir a Naomi y Beth en Pícaros. Cuando las chicas se negaron, una noche se colaron en la habitación del prometido de Beth, la drogaron y lo asesinaron, haciéndole creer que se había convertido en Pícaro y lo había matado."

Todos lanzaron jadeos horrorizados y a Janette se le llenaron los ojos de lágrimas. "Oh, mi pobre Beth".

"Para abreviar una historia bastante larga, Naomi huyó a Nueva York. Beth fue detenida en Florida con Beatrice, Valerie y los demás, pero cuando se supo la verdad, fue puesta en libertad y vino aquí con nosotros."

"Ya estamos bien", se apresuró a tranquilizarles Naomi. "Estamos instalados aquí, y somos felices, y nos va bien".

Beth asintió con entusiasmo. "Liam y Naomi van a comprar la casa más increíble, y tiene un

dormitorio en la planta baja sólo para mí".

Janette sonrió. "Veo que tendrás muchas compras que hacer".

"No, eso es lo bonito", le dijo Naomi. "Viene con todos los muebles... muebles preciosos, antiguos, que probablemente muchos sean antigüedades si los hubiéramos tasado".

"No hay ni una plancha en el sitio", asintió Liam en señal de aprobación.

Naomi inclinó la cabeza para mirar a Liam. "Sabes, estaba pensando que deberíamos limpiar la cocina y empezar con vajilla nueva, plata, ollas y sartenes. Ese tipo de cosas".

Se inclinó para besarle la nariz. "Si eso es lo que quieres, eso es lo que haremos. También necesitaremos nuestras propias sábanas, aunque quizá quieras quedarte con algunas de las colchas y edredones. Parecían hechos a mano".

Al observar la mirada melancólica en el rostro de su madre, así como en el de sus abuelas, Naomi les sonrió brillantemente. "¿Y si mañana te llevamos a ver la casa, si nuestra agente inmobiliaria puede hacernos un hueco, y hacemos una lista, y luego vamos al centro comercial y pasamos un día de compras de chicas para comprar artículos para el hogar?".

Graham (abuelo, materno, se recordó Naomi) fingió ofenderse. "¿Y qué pasa con nosotros, los hombres?"

"¡Oh, espera! Ya lo sé!" dijo Beth. "Dejemos el centro comercial para el sábado, sólo faltan dos días. Así todos los chicos podrán pasar el rato en casa de Troy y ver el partido, y el pre-partido y el post-partido y todo eso mientras salimos de compras".

Mark puso los ojos en blanco ante sus hermanas. "Los partidos son los domingos, no los sábados".

Beth se mordió el labio, frunciendo el ceño pensativamente. "Bueno, vale, es el fin de semana anterior a Navidad, todo estará abierto el domingo".

"Sí, y también va a ser una pesadilla", le recordó Liam.

Naomi y Beth se miraron y sonrieron.

"Pero nunca llegamos a experimentar la pesadilla que son los centros comerciales en Navidad", dijo Naomi, Beth asintió con la cabeza. "Aunque nunca más nos aventuremos a poner un pie en un centro comercial en Navidad, tenemos que hacerlo sólo esta vez, porque podemos".

Janette se rió. "Estoy dispuesta si tú lo estás", declaró. "Pero el domingo es Nochebuena, así que hagámoslo el sábado, y los hombres podrán valerse por sí mismos aunque no haya juego. ¿Madre? ¿Corinne? ¿Te apuntas?"

"Cuenta conmigo", aceptó Belle.

"Claro que sí", dijo Corinne con una sonrisa. "Adelante".

"Todavía podrías ir mañana o el viernes", sugirió Liam. "Seguro que podemos encontrar algo que hacer".

"De ninguna manera", le informó Beth. "Queremos la pesadilla del centro comercial de Navidad".

"Estás loco", murmuró Liam.

Naomi se echó a reír y se inclinó para besarle. "Sí, pero al menos no somos psicóticos".

"Eso es así", admitió.

Belle (abuela, materna) se echó a reír y se levantó del sillón, arrastrando consigo a Graham (abuelo, también materno).

"En ese sentido, nos iremos a la cama y os dejaremos a solas con vuestros padres".

Corinne y Owen (abuelos paternos) también se levantaron y se dieron las buenas noches, con abrazos por doquier, y los dos grupos de abuelos subieron las escaleras hacia sus habitaciones.

Apenas se habían instalado de nuevo, Beth en el sillón y Liam y Naomi en el sofá, cuando el

golpeteo de un bastón hizo que Naomi mirara hacia el vestíbulo. Al unísono, ella y Beth se pusieron en pie cuando Lady Flora dobló la esquina.

"¡Lady Flora!" exclamó Noemí, emocionada de verla, de compartir sus noticias. Agitó la mano para abarcar a su familia. "Estos son nuestros padres... nuestros verdaderos padres", recalcó. "Y los dos abuelos también están aquí, se acaban de acostar". Miró a su alrededor y vio a Mark a un lado. "Y nuestro hermano, Mark. Es el que nos encontró".

"Me alegro mucho por ti, Naomi, Beth", dijo Lady Flora. Su amable sonrisa envolvió a los reunidos. "Por favor, continúa. Sólo he venido a tomar una taza de té".

Beth se adelantó. "Puedo subirlo por ti si quieres, Lady Flora".

"No, querida. Estoy bien".

Para cubrir el silencio potencialmente incómodo que se produjo mientras Lady Flora se preparaba una taza de té en la mesa del bufé, Liam preguntó,

"¿Cuánto tiempo de estancia tienes previsto?"

"Pensamos en una semana. Tenemos billetes de ida y vuelta para la noche del día de Navidad, pero también compramos billetes que se podían cambiar", explicó Russell.

"Eso te hará volver a casa en mitad de la noche", objetó Beth, frunciendo el ceño.

Janette sonrió brillantemente. "No nos importaba. Queríamos pasar la mañana de Navidad con nuestras hijas. Después de tantos años. Bueno. Queríamos la Navidad".

Se hizo un respetuoso silencio cuando Lady Flora pasó junto a ellos con su taza de té humeante.

"Buenas noches", les dijo con su habitual sonrisa amable.

"Buenas noches, Lady Flora", corearon Liam, Naomi y Beth.

Naomi esperó a que Lady Flora subiera las escaleras y saliera de su alcance antes de soltar un largo suspiro. Beth y ella intercambiaron miradas y se giraron para ver las caras de desconcierto de su familia.

"¿Señora?" preguntó su madre. "¿Como la realeza, de Europa?".

Ambas soltaron una carcajada, y Naomi se inclinó hacia delante, manteniendo la voz baja.

"Definitivamente, una especie de realeza. Algo así".

"Es un unicornio", respiró Beth, con la voz llena de asombro.

Un silencio atónito llenó la sala, antes de que Janette soltara un grito ahogado. "¿Un unicornio?"

"¿Un unicornio de verdad? ¿Un mítico?" preguntó Russell.

Naomi y Beth confirmaron con la cabeza.

"Madre mía", susurró su madre. "Todos hemos oído los susurros, por supuesto, de que aún existían. Pero nadie lo sabe realmente, y nunca jamás pensé que conocería a uno, aunque existieran".

"Ha sido maravillosa con nosotras". La mano de Beth buscó a tientas la de Naomi, que la estrechó con un apretón reconfortante.

"Fue Lady Flora quien nos dijo que Valerie no era nuestra madre", confirmó Naomi. "Sin ese conocimiento, Maroulla no habría empezado a buscar a los niños leopardo nublado desaparecidos".

"Le debemos tanto", dijo Janette, con la voz temblorosa y los ojos empañados de lágrimas. Su padre la rodeó con el brazo y se abrazaron durante un largo rato.

"También hay una dragona", les dijo Noemí. "Pero no la hemos conocido".

Eso llamó la atención de todos.

"¡Un dragón!" Tantas voces hablaron al unísono, la de Mark uniéndose a la de sus padres,

que Naomi tuvo que reírse.

"¡Sí! Al parecer, los dragones pueden oír la verdad, y ésta llegó al Consejo de Cambiantes, cuando algunos cambiantes de caracal estaban siendo interrogados sobre su implicación en la debacle de Marruecos".

Su padre se irguió y frunció el ceño. "Todos nos enteramos, por supuesto. La noticia corrió por el mundo de los cambiaformas como la pólvora. Fue una vergüenza absoluta lo que había ocurrido allí. ¿Hubo gente de aquí implicada en el rescate?"

"Más que eso. A Tamera, la mujer caracal secuestrada, que hizo que descubriéramos lo que estaba pasando, se la llevaron de aquí. Bueno, del bosque -Naomi señaló hacia los árboles visibles desde las ventanas-. "Trajeron a varias familias de caracales aquí, a la posada, y se quedaron hasta justo antes de Acción de Gracias. Se trasladaron a la casa de la manada del lobo alfa local como siguiente paso en su transición a la independencia".

"Vergonzoso", espetó Russell. "No puedo imaginarme cómo han podido salirse con la suya, en los tiempos que corren".

"Ahora están todos capturados... y su líder está muerto". Naomi sintió que su gato se levantaba, con un gruñido particularmente feroz en la garganta. Calmó a su gato, pero dejó que una sonrisa de suficiencia se dibujara en su rostro mientras decía, con voz intencionadamente sosa "El bosque se lo comió".

Todos la miraron fijamente, mientras Beth se reía detrás de una mano. A su lado, todavía encaramado al brazo de la silla, Liam cayó en un ataque de tos mientras se ahogaba con una carcajada reprimida.

Su padre preguntó: "¿Has dicho... que se lo comió el bosque?"

"Mmhmm". Compadeciéndose de su confusión, les explicó. "Angus y Renee también son Otros. No tenemos ni idea de lo que son, nadie lo sabe, pero son... -hizo una pausa, intentando encontrar la palabra adecuada.

"¿Potente?" sugirió Liam.

"Sí, pero... benevolentes. Excepto cuando no lo son. Así que, después de que secuestraran a Tamera, Angus y Renee pusieron una especie de hechizo de protección en la propiedad, en el bosque". Tragó saliva, todavía asombrada de haber podido correr por aquellos mismos bosques con Liam y Beth. "Son casi... bueno, supongo que dirías algo así como... ¿sentientes?"

Consciente de que estaba malinterpretando la historia más allá de lo imaginable, miró a Liam en busca de ayuda.

"La propia tierra es capaz de percibir si alguien tiene malas intenciones al estar aquí", retomó el relato, manteniéndolo sencillo. "Si lo hacen... el suelo bajo sus pies se convierte en arenas movedizas, con el resultado inevitable, si no se rescata a la persona".

"Y no lo era", dijo Naomi con satisfacción.

Janette arrugó la nariz. "Oh, vaya. No es una buena forma de irse. No es que no se lo mereciera".

"Todo el mundo se ha asustado tanto al respecto, que ya casi nadie sale a correr por esos bosques", informó Liam, riendo entre dientes.

El acuerdo de todos fue tan ferviente que Noemí tuvo que reírse.

"Es perfectamente seguro. Beth, Liam y yo fuimos y corrimos de maravilla por allí, y hay árboles fabulosos para trepar".

"Soy un Gran Pirineo", se ofreció Liam. "Digamos que son mucho más rápidos que yo".

"Cachorro", se burló Naomi.

"¡Coño!"

Russell se rió entre dientes, mientras Janette les sonreía a los dos.

"¡Pero espera! Hay más!" anunció Beth con una sonrisa. Se inclinó hacia delante en la silla, con los ojos brillantes de ilusión. "Hay un Djinn".

"¿Un Djinn, aquí?" exclamó Russell.

Ante sus asentimientos, Janette preguntó ansiosa: "¿Le habéis conocido?".

"Ella", dijo Naomi, asintiendo con la cabeza. "Se llama Jacinth, y está casada con uno de los socios de la clínica veterinaria donde trabaja Liam. Han adoptado a una de las adolescentes del complejo de Marruecos, que quedó huérfana desde que los bastardos mataron a su madre cuando era demasiado vieja para tener más hijos".

"Matar era demasiado bueno para esos bastardos", gruñó Russell, mostrando su gato en los ojos.

Naomi decidió que era político callarse, en lugar de señalar que sólo habían matado al líder, y que los demás hombres estaban prisioneros en el Santuario, viviendo allí el resto de sus vidas sin esperanza de conseguir la libertad. Pero, en general, estaba de acuerdo con la opinión de su padre.

La mirada de Janette se posó en Liam. "¿Eres el Elegido de Naomi, y... prometido?", preguntó, con una nota tentativa en la voz, como si temiera sobrepasarse.

Liam sonrió, tranquilizador. Se llevó la mano de Naomi a los labios, depositando un beso en sus nudillos. "Sí, es nuevo. Habríamos ido a elegir los anillos esta tarde, si no fuera porque alguien", y le mordió los dedos con tono burlón, "se había puesto nerviosa por el próximo encuentro con sus padres, que hacía tiempo que no veía".

Naomi se sonrojó, pero Beth sonrió. "Ahí te ha pillado, hermanita".

La expresión de Janette era de simpatía. "Estuve hecha un manojo de nervios todo el viaje en avión", confesó. "Tu padre no paraba de tranquilizarme".

"Lo era, y lo hice", confirmó Russell.

"Me llamó diez veces desde el avión", añadió Mark, con cara de dolor. "¡Diez! Y eso sin contar los mil millones de mensajes".

"Al menos yo tuve trabajo todo el día para mantenerme ocupada", dijo Naomi. "Aunque la pobre Beth no lo tuvo".

"Oh, me entretuve buscando programas de máster en la zona en general", le aseguró Beth. "Eso me llevó siglos y siglos, créeme. Incluso después de encontrar las universidades que están a una distancia razonable, no es como si pudiera señalar y decir: 'Quiero esa'. Hay que tener todo tipo de consideraciones".

Liam soltó una risita y se inclinó para susurrar: "Creo que tu madre estaba dando pie a hablar de bodas".

"Oh". Naomi parpadeó. "¡Oh!"

Miró a su madre, cuya mirada contenía incertidumbre mezclada con esperanza.

"Sinceramente, no hemos tenido tiempo de discutirlo", dijo Naomi, mirando a Liam, cuyo brazo le rodeaba el hombro. Sonrió y volvió a mirar a Janette. "Me acababan de decir que nunca iba a ser una Pícara, cuando él me lanzó la pregunta".

"En realidad, yo se lo propuse unos días antes", corrigió Liam, haciendo un claro esfuerzo por no sonreír, y ella puso los ojos en blanco. "Simplemente aceptó, cuando Lady Flora le dijo que no se convertiría en Rogue".

Naomi volvió a centrar su atención en sus padres. "Sinceramente, aún me estoy acostumbrando a la idea de no volverme mala. Me he pasado toda la vida preocupándome por ello, y hay como... un gran agujero dentro de mí, donde antes estaba ese miedo, pero ahora ya no.

Es... desconcertante".

"Tardó semanas en aceptar que los metamorfos de aquí podían ofrecerle su amistad", confirmó Liam. "No podía entender cómo podían arriesgar su seguridad acogiéndola en la comunidad".

"He mejorado", se defendió Naomi.

Liam sonrió, rozándole la sien con un beso. "Sí, lo has hecho".

Ella lo miró, un poco ansiosa. "No quiero una gran boda", confesó. "No creo que pudiera soportarlo".

Volvió a sonreír, acariciándole el pelo. "Eso ya lo sé, Naomi. No me lo había planteado ni por un momento. Pensé en una ceremonia tranquila, sólo con nuestra familia y los amigos más íntimos".

Naomi se lo pensó, y luego soltó una risita. "Sabes que nunca nos saldríamos con la nuestra sin invitar a toda la tribu de los Kazakis y demás".

"Cierto". Hizo una pausa, con la mirada escrutando a cada uno de ellos, pensativo. "Tengo una idea".

Janette parecía esperanzada, Beth enarcó una ceja y Naomi contuvo la respiración. "¿Qué?"

Su sonrisa se extendió hasta convertirse en una amplia mueca. "¿Te gustaría ser una novia de Nochebuena?".



NOCHEBUENA

Las mariposas daban volteretas en su vientre mientras Naomi miraba su reflejo en el espejo cheval de la esquina de su dormitorio. Se llevó una mano al estómago, luchando contra el pánico que intentaba apoderarse de ella.

"Estás preciosa", le dijo Beth, cepillándole el pelo con movimientos largos y tranquilizadores. "Respira hondo y piensa en lo mucho que quieres a Liam".

Bueno, vale. Podía hacerlo. Girando a un lado y a otro ante el espejo, observó con placer cómo la falda se arremolinaba sobre sus piernas. Sobre el terciopelo dorado se superponía una malla dorada bordada con lentejuelas doradas. Los tirantes de espagueti sujetaban el corpiño, el terciopelo se ceñía amorosamente a sus pechos, dejando una profunda V al entrecruzarse sobre su cintura, y la falda fluía en pliegues sueltos hasta justo debajo de sus rodillas. Su madre y sus abuelas habían protestado porque querían que llevara un vestido de novia blanco tradicional, pero lo habían entendido cuando les dijo que no quería un vestido que sólo pudiera ponerse una vez en la vida, sino algo que pudiera ponerse para salir con él en ocasiones especiales.

"Este vestido es realmente precioso", murmuró.

"Es la elección perfecta", se entusiasmó Beth. "El dorado es estupendo para la temporada, y todas las lentejuelas lo hacen brillar".

Naomi volvió a mirarse en el espejo. "¿Debería haberme recogido el pelo?".

Beth puso los ojos en blanco. "No. Es precioso así, arrancado de tu cara y derramándose por tu espalda. A Liam le va a encantar. Siempre te está acariciando y peinando con los dedos".

Un cálido resplandor se encendió en el corazón de Naomi y sonrió. "Sí, lo es".

Beth abrochó un bonito collar de oro con un medallón de corazón alrededor del cuello de Naomi, y dio un paso atrás.

"Vale, ya estás lista".

Naomi se volvió y estrechó a su hermana en un fuerte abrazo. Beth le devolvió el abrazo, y

las hermanas se estrecharon durante un largo rato. Beth se apartó y la miró con el ceño fruncido. "No irás a llorar y a estropear el maquillaje, ¿verdad?"

Naomi soltó una especie de carcajada que quitaba el hipo. "No", dijo, parpadeando rápidamente. Beth le tendió un pañuelo y ella se dio unas palmaditas en los ojos para atrapar la humedad. "¡No voy a ir a mi boda con ojos de mapache!".

Riéndose, Beth se acercó a la puerta y tiró de ella para abrirla. "Vamos, antes de que *te pierdas* tu boda".

"¡No puede ser!" La voz de Liam flotó desde el pie de la escalera, y las hermanas soltaron una risita.

Naomi se dirigió a lo alto de la escalera, contemplando a su Elegido. Llevaba un traje de color gris paloma, con un chaleco plateado sobre una camisa de seda de color blanco perla. Su espesa cabellera, con reflejos rojizos, estaba bien peinada. Le sonrió, con ojos cálidos al contemplar su aspecto y, por un momento, el calor brilló entre ellos. Luego le tendió la mano y ella bajó hacia él.

Cogidos de la mano, con Beth a su paso, entraron en el salón, donde les esperaban sus familiares y amigos. Angus y Renee también estaban allí, por supuesto. Otra vez por sorpresa, Angus había sacado otro truco de su chistera cuando le pidieron que celebraran la boda en el bed and breakfast, ofreciéndose a oficiarla, ya que tenía credenciales de ministro. Además de la familia de Naomi, estaban presentes sus amigos más cercanos. Katerina y Troy, Jacinth y Douglas con Talya, y Tamera y Kester. Julian y Alessandra habían venido en coche desde Staten Island, donde vivían, y pasaban la noche en el bed and breakfast. Los padres de Liam no habían podido venir, ya que se encontraban de vacaciones en una villa en lo alto de los Alpes suizos, pero habían dado la bienvenida a Naomi a la familia, y toda la familia prometió descender en masa hasta ellos después de Año Nuevo.

Liam la condujo hasta donde Angus les esperaba delante del árbol de Navidad. Angus iba vestido con elegancia anticuada, con un pañuelo de seda blanca sobre los hombros de una levita negra. Con una sonrisa, les indicó que ocuparan sus puestos, uno frente al otro, ante los reunidos. Un fuego crepitaba alegremente en la chimenea y, al otro lado de la sala, una tarta nupcial de cinco pisos ocupaba el lugar de honor en la mesa del bufé. Se hizo el silencio, sólo roto por el lastimero maullido de Lacey, firmemente abrazada a Jacinth. Las risitas llenaron la sala y Angus se aclaró la garganta.

La ceremonia fue breve y sencilla, con unas pocas palabras de Angus. Los votos también fueron sencillos pero sinceros, Naomi y Liam se miraron a los ojos mientras intercambiaban sus promesas. Luego fueron declarados marido y mujer por un radiante Angus. La felicidad que brotaba de su pecho no podía contenerse, y Naomi casi saltó a los brazos de Liam, tirando de su cabeza hacia abajo para reclamar su beso.

Las risas sorprendidas fueron seguidas de aplausos, y ella se sonrojó cuando Liam la bajó al suelo. Todo el mundo se abalanzó sobre ellos, abrazándolos y besándolos, mientras Liam mantenía el brazo firmemente alrededor de la cintura de Naomi, negándose a soltarla.

"Ahora es mía", les dijo, mirándola a los ojos mientras la estrechaba contra sí.

"Lo soy", aceptó Naomi, y se puso de puntillas para besarle suavemente. "Y tú eres mía".

"Así es", respondió Liam. "Así es".

LIBROS DE ALLIE MCCORMACK

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

Deseos en una Botella

Un Regalo de Jacinth

Una Gata para Troy

Compañera Codiciada

Pícara Reacia

Una Bruja en el Tiempo

SOBRE LA AUTORA

Allie McCormack es una veterana militar discapacitada que ahora persigue el sueño de su vida: ser escritora. Allie ha viajado bastante y ha vivido en muchos lugares de Estados Unidos, además de un año en El Cairo (Egipto) como estudiante de intercambio y un año en Arabia Saudí contratada por un hospital de Riad. Allie vive ahora en la región vinícola del hermoso sur de California con su familia y dos gatos rescatados.

Allie dice: "Una escritora es quien soy y lo que soy... una escritora romántica. Escribo lo que sé, y lo que sé es romance. Docenas de líneas argumentales y literalmente cientos de personajes viven y respiran dentro de los no tan estrechos confines de mi imaginación, y es mi alegría y privilegio darles vida, compartirlos con los demás escribiendo sus historias."